
MALENKA RAMOS
ROSAS MUERTAS
CONTRALUZ

MALENKA
RAMOS

Rosas muertas



PARTE 1

He mirado a las rosas y me he acordado de ti.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

1
ROSAS MUERTAS - LA PRIMERA ROSA

CARLA

Tiene otra vez la misma pesadilla. Ni siquiera entiende el significado. A la derecha, junto a su cama, hay una puerta inexistente; sobre la moqueta, una fila de hormigas. En el sueño sigue su rastro y abre la puerta de ese cubículo irreal donde se aglutinan más insectos formando una especie de elevación. Grita por el asco, porque están devorando algo que no logra ver, pero siente que es malo, que no debe estar allí y que, si aparta a las hormigas y moscas, verá algo que le helará la sangre.

Siempre ha sido una chica pragmática —sigue igual— y poco dada al miedo irreal o al temor por tonterías de ese tipo, pero esa pesadilla se repite una y otra vez, haciendo que sus noches sean eternas. Luego está esa sensación indeleble de que no está sola.

Empieza siempre casi a la misma hora, sobre las diez de la noche.

Primero son los arañazos, o la sensación de que algo rasca la pared de su habitación. Habla con la comunidad de propietarios; en el otro piso no vive nadie, así que cree que son ratones y deja de darle importancia hasta que se repite una vez más y luego otra, seguido de unos susurros imprecisos. Paralizada por el terror, una noche a las dos de la mañana llama a la Policía, pero todo queda en nada. Examinan la casa y no dan con nada; incluso uno de los agentes le pregunta si se ha tomado algo, a lo que ella responde que jamás se ha drogado o medicado. Se van y se queda devastada, con la sensación de que empieza a volverse loca. Se gira lentamente y chilla al verse a sí

misma en el reflejo del espejo del salón. Quizá es el momento de aceptar que algo le pasa y acudir a un buen médico; todo puede ser fruto del estrés.

Dos días después vuelve a escuchar su nombre en algún lugar remoto de la casa, como si alguien se hubiese escondido en un armario y tratara de asustarla. El miedo la paraliza y se queda más de un minuto escuchando, sintiendo. Y entonces oye la risa, tan suave, sutil y delicada que cree perder el conocimiento. Avanza temblorosa por el pasillo sin apartar la vista del perchero y la puerta principal. Se precipita hacia el abrigo, se lo pone sobre el pijama y sale a la calle; el débil resplandor de una farola es su única iluminación y hace un frío invernal.

Desde la calle ojea la fachada buscando la ventana de su habitación. Es la única iluminada dadas las horas intempestivas, y cree ver una silueta en la de al lado, pasando de un rincón a otro en completa oscuridad. Y así es como aquel día pasa la noche vagando por las calles, aterrorizada, sin nadie a quien llamar. Camina y camina, piensa, se atormenta. Si sus pocos amigos se enteraran de lo que le ocurre, la tomarían por loca con toda seguridad y no está dispuesta a pasar por ello, no quiere volver a ser el bicho raro una vez más. Cuando la luz del día cubre el cielo formando un manto azul y blanco, vuelve a casa; todo está igual. Se sienta en la cama, preguntándose si de verdad está totalmente loca y, tras una ducha de agua caliente, se enfrenta al trabajo, casi colapsando al final del día. No escucha ruidos esa noche porque el cansancio la hace caer inconsciente en el sofá del salón. Y entonces comprende que debe medicarse para poder dormir y silenciar esas voces en su cabeza —o, más bien, las voces que ella cree que están en su cabeza—, eso es de lo que se convence día tras día.

Pero los ruidos vuelven, también los sonidos de los pasos, la suave risa y los murmullos. Sueña de nuevo con la puerta de la habitación y

aquella fila de hormigas que serpentean por la moqueta. En su sueño, la puerta siempre está entreabierta y los bichos siempre comen algo. Algo que no debería hallarse ahí y que está envuelto en un halo de malignidad, puede sentirlo cada vez más real, y esa sensación la acompaña todo el día.

En el sueño nunca entra en la habitación, nunca aparta a las hormigas y moscas para ver lo que hay debajo. Hasta que en su pesadilla lo que hay dentro sale.

Desde esa noche no vuelve a ser la misma.

Poco tiempo después, llegarán las ratas...

2
EL EQUIPO

Miércoles, 5 de febrero

Kai Vila contemplaba el mar desde lo alto del acantilado. Si miraba hacia la playa, calculaba más de treinta metros a ojo sobre el nivel del mar. La panorámica era impresionante; la acción del viento había esculpido formas irregulares, con pequeñas grietas y cuevas marinas. Dio un paso atrás cuando fue consciente de que si resbalaba acabaría en el fondo del Cantábrico con la cabeza rota, y eso siendo positivo, no sobreviviría a una caída desde aquella altura.

Desde muy niño había deseado vivir en un lugar así, Madrid a veces lo devoraba por dentro. Su padre siempre fue un amante de las rutas de senderismo que recorrían los acantilados, pero, siendo él muy pequeño, se rompió una pierna al caer de una grúa y todo aquello se terminó. A veces su padre cojeaba y la humedad le provocaba dolores. Si caminaba mucho, luego se pasaba varios días hecho polvo frotándose la pierna. El médico le dijo que era una artrosis postraumática que le causaba un dolor crónico debido al desgaste del cartílago, aunque el tejido cicatricial le provocaba también rigidez, otro punto a sumar. Así que al final se conformó con fantasear con la posibilidad de retomar aquellas rutas de las que tanto le hablaba, aunque nunca llegó ese momento.

Una gaviota pasó volando por encima de su cabeza y Kai lanzó el cigarro con una especie de parábola. Se abrochó el botón superior del abrigo, hacía un frío de mil demonios y se le estaban congelando las manos. Las metió en los bolsillos y lanzó un suspiro como si estuviera a punto de comenzar un discurso.

—Tirar una colilla encendida en un sitio como este es un peligro, inspector. Debería ser un poquito menos incívico.

Se volvió bruscamente y torció la boca. El tipo que iba hacia él caminaba con paso torpe mientras su gabardina ondeaba en el aire. Kai le dedicó una mirada reprobatoria y asintió.

—Llevo cuatro horas con el culo encajado en el asiento del coche y me he comido una hora más de atasco en la M30, teniente. Sea usted un poco compasivo.

—Siempre has sido un quejica —le respondió estrechándole la mano con firmeza—. Teniente coronel, que no se te olvide mi cargo.

Kai sonrió. Por mucho tiempo que pasara, su relación con aquel hombre se prolongaba como el cauce de un río sin alterar el trato que siempre habían tenido.

—Me alegro de verte, Marco. Ha pasado mucho tiempo.

Marco Mencía se giró hacia el acantilado y Kai se puso a su lado.

—Cuando estabas casado con mi hija tenías mejor aspecto, Vila. ¿Qué tal te va la vida?

—No me quejo.

—Eso está bien.

A pesar de su aspecto recio y firme, dejaba entrever que se estaba divirtiendo y Kai chascó la lengua. Tenía casi setenta años, pero aquel hombre se conservaba mejor que él.

—Tiene que ser gordo para que el máximo responsable de la Guardia Civil me llame. Lo poco que me has contado es que tenéis un cadáver.

Marco Mencía asintió despacio y Kai sacó el paquete de tabaco con el último cigarrillo espachurrado, lo aplastó entre los dedos y jugueteó con la pelotilla. Si no hubiese ido hasta allí, habría estado en su despacho calentito viendo pasar las horas tranquilamente como un marqués. Las pequeñas olas de allá abajo barrían las rocas formando espuma que golpeaba los riscos con violencia. Se giró hacia Marco rezongando y preguntó:

—¿La Unidad Orgánica de la Policía Judicial está con esto?

—No, y por eso te he llamado. Necesito a alguien de confianza que no remueva la mierda, Kai. Eres un tipo curtido, un buen inspector de Homicidios y un buen perfilador criminal. Hace un par

de semanas te habría dicho que teníamos un cadáver, pero en estos últimos días las cosas han cambiado.

Kai no había escuchado nada en las noticias y eso lo dejó algo descolocado.

—¿Hay más?

—Digamos que han pasado ciertos acontecimientos que nos llevan, en poco tiempo, a tener varias muertes, todas demasiado cerca geográficamente unas de otras y con demasiadas coincidencias entre sí.

—¿Qué? ¿Crímenes en serie? Soy inspector de Homicidios, pero tienes a la Unidad Central Operativa. Esto es un maldito pueblo costero, ¿por qué no tiras de la UCO?

—No he hablado de crímenes en serie. Queremos llevar el tema con discreción. Además, si tuviera que tirar de alguien, ya estaríamos hablando de la Europol.

Kai hizo un giro de lo más extraño para mirarlo de frente. Se estaba perdiendo. Su exsuegro lo había llamado hacía dos días a las doce de la noche para verlo en Asturias, en un pueblo perdido de la costa. No le había explicado nada, solo que tenía que ir y que sus superiores ya estaban al tanto. No le sorprendió; no era la primera vez que colaboraban, pero la falta de información lo dejó desconcertado, pese a que trató de indagar con esmero y con todos los medios que tenía.

—¿Europol? ¿Tus cadáveres tienen algo que ver con el crimen organizado?

—Eso es lo que debes averiguar —le dijo mirando al océano—. De momento tengo el cadáver de una cría. No queremos que la prensa se entere, por eso te llamé. Si esto sale a la luz, cundirá el pánico y empezarán a enredar la realidad. Tenemos un cadáver que apareció hace dos días en una nave industrial a dos kilómetros de aquí. Los detalles te los contaré por el camino. No son agradables.

—Espera, espera. ¿Todo esto por una chica muerta? No me lo creo. ¿Por qué has mencionado a la Europol?

Marco Mencía se acarició el bigote con dos dedos.

—Puerto Castro tiene ocho mil habitantes, chico, aquí nunca pasa nada, pero si has estudiado un poquito de historia, sabrás que desde la Guerra Civil este tipo de orografía ha servido como punto estratégico para el contrabando de mercancías. ¿Te pongo un poco más al tanto de historia de España? Durante el franquismo se usaba como ruta clandestina de contrabandistas que movían mercancías entre España y Portugal. —Puso una mueca al ver la expresión de Kai—. Este lugar tiene su historia. Es un pueblo turístico. Hace unos años se construyó un hotel y varios restaurantes. El municipio ha crecido mucho. Eso es lo que todos saben, o al menos la versión oficial. La otra parte es un poco más delicada. La mafia italiana construyó todo ese entramado turístico y compró hace años varias fábricas y almacenes, pero eso lo sabemos ahora. Más bien, lo sabemos desde hace varios días, cuando la cría apareció asesinada a golpes en uno de los almacenes de esa gente.

—¿Qué?

—Lo que oyes, Kai. No podemos levantar la liebre porque creemos que no tienen nada que ver. Y los calabreses llevan tiempo cooperando con la policía española ofreciendo información de cárteles sudamericanos. Puede que sea casualidad y que el asesino haya dejado a la cría en esa nave sin saber de quién era, pero estaremos de mierda hasta el cuello si esto sale a la luz. Vamos. Te explicaré todo con calma mientras comemos en…

Kai lo agarró del brazo y Marco lo miró.

—¿Estamos hablando de sobornos o de confidentes clave?

Siempre habían existido confidentes clave en la mafia; a cambio, los dejaban operar con ciertas restricciones, pero si hablaban de blanqueo de dinero que financiaba a políticos o cuerpos de seguridad, era otro cantar. Kai detectó cierto titubeo en su exsuegro y tensó la mandíbula.

—Marco… No me jodas.

—Hay un poco de todo.

—Me *cagüen* la puta. ¡Esto es un puto marrón!

—Espera a que te cuente toda la historia, joder. No puedo ponerte al día en media hora.

—¿Estás metido en esto, Marco?

—¿Qué? ¿Eres gilipollas? No, no estoy metido en esto.

El suave ronroneo de las olas se mezcló con el sonido de las ramas de los árboles cuando el aire sopló.

—¿Es una investigación reservada?

Un método que se solía usar para ocultar datos a la misma Policía. A veces solo los investigadores y el juez tenían acceso a la investigación. Se filtraba o anulaba la información a la prensa, incluso había muertes que se catalogaban como «accidentales» o «suicidio» en vez de «homicidio». Era un modo de controlar a los testigos que podían ser sobornados.

—Creo que vamos a ir un poco más allá —respondió Marco—. Se te asignará un grupo reducido de agentes de confianza sin vínculos con la comisaría local. El juez decretará secreto de sumario para que otros departamentos no puedan ver nada y así impedir que la información se filtre. Evitaremos la comunicación desde correos oficiales y tendremos reuniones en persona.

—Piensas que hay agentes corruptos.

—Creo que tenemos que ser prudentes porque vas a tener que trabajar con la mafia.

Kai parpadeó.

—¿Qué?

—La cría que encontramos en el almacén era la hija de un enlace de los calabreses. Un estibador que introducía cocaína en contenedores marítimos. Puede que el crimen no tenga nada que ver con ellos y sea una maldita casualidad. Las otras muertes son algo que quiero analizar un poco, prefiero no dejar ningún cabo suelto ni llevarme sorpresas. Pero, sea una casualidad o no, los calabreses se lo han tomado como una ofensa. Ayer llegaron al pueblo y están alojados aquí. Si no damos con el asesino, van a poner patas arriba este jodido lugar y si llega a la opinión pública…

—Algunos de los nuestros estarán jodidos…

Marco asintió.

—Algunos lo suficientemente importantes para generar una crisis a nivel nacional, Kai… Debemos averiguar quién mató a esa chica y si los otros cadáveres están relacionados, aunque sea mínimamente. Tenemos que trazar un perfil y averiguar si la mató un pirado que la eligió al azar o si es algo personal con la mafia.

—Ninguna de las dos opciones es buena —susurró. Miró hacia los dos vehículos aparcados muy cerca del bosque—. ¿Quién será mi compañero?

—Eso mejor te lo cuento por el camino.

Cuando lo vio acelerar el paso, tras zafarse por segunda vez de sus garras, Kai lo siguió veloz.

—Marco, espera un momento. ¿Quién será mi compañero de confianza?

—Sígueme, iremos en mi coche.

El teniente coronel se apartó la gabardina y se metió en el coche. Kai sujetó la puerta y se inclinó.

—Oye, ¿quién…?

—Alguien de confianza como tú, Kai. De mucha confianza. ¡Vamos!

Los dos hombres se miraron unos segundos y Kai frunció el ceño.

—Tienes que estar de broma… —murmuró segundos antes de que le cerrara la puerta en las narices.

***

Febrero era un mes que detestaba, siempre estaba teñido de colores grises. Jirones de nubarrones solapaban la luz del sol. Si contemplaba el cielo se deprimía, si miraba un poco hacia abajo sentía cierta ansiedad, más aún cuando vio a Kai bajar del coche de su padre con aquellos andares de matón de discoteca que siempre solía llevar.

—Inspectora, tengo los documentos que…

A Rodrigo se le escurrió la carpeta de las manos y una cascada de papeles tapizó el suelo de madera. El pobre chico se agachó nervioso y se puso a recogerlos sin orden alguno. Martina no tuvo tiempo ni de moverse, Rodrigo parecía un pulpo. Cuando se incorporó, hizo un mohín y ella lo miró con cierta conmiseración.

—Trata de calmarte un poco, Rodrigo. Esto no es el fin del mundo.

—Es importante para mí. El teniente coronel… —susurró zarandeando la mano—. Quiero decir, su padre me…

—Servirá «el teniente coronel».

—Perdón. El teniente coronel me ha ofrecido formar parte de esto y estoy un poco nervioso.

El chico parecía estar a punto de sufrir una apoplejía mientras ordenaba todos los documentos a una velocidad pasmosa. Su padre y el capullo de su exmarido charlaban en el aparcamiento, seguía observándolos desde la ventana del segundo piso del restaurante donde iban a comer. Reunir a «la familia», cosa que no tenía nada que ver con lo que la había traído hasta allí, era un acto que solía hacerse en fechas señaladas, no en mitad de un febrero que contaba con un aviso de masas de aires polares y árticas que venían directas a España. El titular del periódico le había hecho gracia. La «bestia del Este» amenazaba el norte del país. Ella se imaginaba a un tipo del tamaño de un armario vestido con pieles sujetando dos machetes y atravesando la autopista. Quien hubiese escrito aquello parecía tener un humor negro que le encantaba, aunque no todo el mundo era bueno haciéndolo.

—Me falta una hoja…

—La tienes debajo de la mesa.

Pero ahí estaba ella, plantada como un maniquí, observando a los dos hombres más importantes de su vida; o, más bien, al hombre más importante de su vida y al capullo egocéntrico que llevaba a su lado y que creyó que era algo importante en su vida. Al verlos caminar hacia la entrada, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta

del traje y sacó un caramelo, lo desenvolvió con cuidado, se lo metió en la boca y directamente lo trituró y se lo tragó.

—Ya está poniendo esa cara, jefa —oyó detrás.

—¿Qué cara?

—Esa cara. Parece que se va a partir la mandíbula. Debería saber que la tensión acumulada puede provocar dolores de cabeza. Mi primo tuvo bruxismo.

Cuando quiso darse cuenta, lo tenía al lado y miraba hacia la calle.

—¿Y ese quién es?

—Un gilipollas.

Rodrigo asintió despacio.

—Pero es uno de los mejores en su trabajo, tengo que ser justa. —Aunque le apeteció añadir que, como persona, dejaba mucho que desear—. Ya te pusieron al día: seremos un grupo reducido de plena confianza.

—Me hicieron firmar un contrato de confidencialidad y todo.

—Es un simple formalismo.

Se dio la vuelta al oír unos pasos y suspiró. Sabía que ese día tenía que llegar, el día que volviera a encontrarse con Kai Vila, pero que ocurriese sin previo aviso, y en una situación así, no era lo que tenía planeado. Porque ella solía planearlo todo y jamás dejaba que las circunstancias la pillaran desprevenida. Solía tener el control de la situación y cuando la cosa se iba de madre trataba de ponerle remedio, aunque no siempre lograba lo que quería.

—¿Entonces no vale para nada? ¿No es necesario?

Ya podía escuchar la voz de su padre.

—Sí, pero si te vas de la lengua, te mandarán en una lancha a alguna isla bananera con poca civilización, y eso siendo prudentes.

—¿Qué?

El chico la miró espantado y ella sonrió de medio lado.

—Eres un buen agente, Rodrigo. Trata de relajarte un poquito o te dará algo.

Aquel restaurante decadente la ponía de peor humor; en el fondo era una concatenación de catastróficas casualidades: el tiempo, aquel marrón de caso que su padre le había encasquetado y su ex. Habría sido una negativa viniendo de cualquier otro, jamás habría imaginado que volvería a trabajar con Kai, pero la situación lo requería y su padre jamás le había pedido un favor así. No le quedaba más remedio, aunque sintió cierta satisfacción insana cuando entraron los dos por la puerta y vio la cara de culo que llevaba su exmarido. Estaba claro que a él tampoco le había agradado la idea o, como poco, no se lo esperaba, cómo no.

«Al menos no seré la única que aguante carros y carretas», pensó.

—¡Ya estamos aquí!

Su padre se fue directo hacia la mesa que habían preparado para ellos en un salón aislado del comedor principal y se quitó la gabardina.

—Me alegro de verte, Martina —le dijo Kai, pero, antes de que pudiera responder que ella no se alegraba tanto, se volvió hacia Rodrigo y le tendió la mano—. Kai Vila, inspector de Homicidios, un gusto. ¿Y tú eres?

—Oh, yo, Rodrigo Aldana, trabajo con la inspectora. Soy analista y experto en ciberseguridad y… Bueno, un montón de cosas más.

—Nos falta la perito forense, Amalia Delgado, que no tardará en llegar —comentó su padre tomando asiento—. Vamos, ella ya está al tanto de todo. Aldana, dame los papeles que te pedí.

—Te veo estupenda, querida —le susurró Kai al pasar a su lado. Martina notó una pequeña vibración en la parte superior de la mejilla, muy cerca del ojo.

—Yo a ti no.

Él esbozó una sonrisita tensa y la apuntó con el dedo.

—Graciosa.

—Que sepas que esto lo hago por mi padre. Verte la cara no es algo que estuviera en mis planes.

—Siento cierto rencor, ¿quién diría que la que me abandonó fuiste…?

—¿Nos sentamos, chicos? —Marco los miraba fijamente con la carpeta delante y Rodrigo detrás—. Me gustaría poneros al día de todo antes de comer, y si es posible querría que fuera antes de las siete de la tarde.

Martina y Kai se lanzaron sendas miradas despectivas. El analista, que no se enteraba de nada, repartió algunos papeles y luego se sentó frente a ellos.

—Hace dos días un trabajador del puerto encontró el cadáver de Valeria Lucas en uno de los almacenes sin uso. Esta presentaba fractura de cráneo por objeto contundente.

La imagen que tenían en el dosier era la del cuerpo de una chica con un abrigo gris perla abierto, vaqueros, jersey de lana y pelo largo y rubio. Había una mancha de sangre en el suelo junto a su cabeza, y los ojos grandes y azules miraban a un punto fijo de la pared descascarillada.

—Es muy joven —susurró Martina.

—Veinticuatro años. Vivía sola en un piso de Puerto Castro. Según nos ha dicho una conocida, había quedado con alguien ese fin de semana para cenar. No se veían todos los días, así que tampoco le dio importancia a no saber de ella al día siguiente. A Valeria se la encontró el lunes 3 de febrero por la tarde. Se citó con alguien el sábado de noche, es lo único que sabemos ahora mismo.

—¿Su familia?

—Solo su padre, la conexión con los calabreses —dijo Marco. Les mostró una fotografía de un tipo rubio con cara de malas pulgas—. Ciro Lucas, cincuenta y ocho años, viudo. Ha trabajado durante veinte años como estibador. Ha estado viviendo muchos años en Valencia. En 2011 se detuvo a tres personas relacionadas con los calabreses. Ciro estuvo en el ajo, pero no fue arrestado. Es lo que os puedo decir. Se trasladó a Puerto Castro hace quince años, suponemos que, como enlace, sigue trabajando para la ‘Ndrangheta.

Martina se apartó el flequillo de la cara y observó la imagen de la chica.

—¿Y qué pasa con las otras muertes? —preguntó Kai.

—Sí, tres chicas más. Aparecieron en sus respectivas casas hace meses y su fallecimiento se catalogó como accidente. Una se cayó por la escalera del dúplex en el que vivía a veinte kilómetros de aquí. La otra chica era de Puerto Castro y apareció en la bañera. La tercera estaba colocando unas cortinas y se precipitó desde una pequeña escalera de tres tramos. Os entregaré los informes más tarde. Los restos de sangre y su patrón de dispersión coincidieron con el de una caída. Tenían heridas compatibles con un golpe con el suelo y la bañera, no había signos de haberse defendido.

—Doy fe de ello. —Una mujer alta y morena de unos cincuenta años entró en ese momento en la sala y saludó a todos con un gesto de la mano—. Buenas a todos, perdón por el retraso, tuve que atender una llamada importante. No necesito presentaciones. Puedes seguir, teniente coronel.

Kai la saludó con un gesto de cabeza.

—De este tema, mejor que hables tú, Amalia —dijo él.

—Revisé yo misma los informes de las chicas encontradas en sus casas y es cierto. Nada fuera de lo normal, se hizo un examen craneoencefálico y otro toxicológico. No se detectaron lesiones incompatibles ni signos de agresión. Nada.

—¿Y por qué relacionarlas con el asesinato de esta última chica?

—No las relaciono, simplemente sucedió y queremos saber si podrían tener algo que ver. A través de uno de nuestros contactos en la comisaría del pueblo, supimos que la amiga de una de las víctimas se pasó días persiguiendo a los agentes. Repetía una y otra vez que su amiga no se había matado por un accidente, insistía en el hecho de que había algo más. Y luego está esa tontería de los pétalos en las fotografías. —Marco lanzó sobre la mesa tres fotografías ampliadas a tamaño folio algo difusas.

Señaló a Rodrigo y este se puso muy recto.

—Yo. Pues eso, sí. —Carraspeó cuando se lo quedó mirando todo el mundo y, al ver que nadie hablaba, se aclaró de nuevo la voz y dijo—: Me gusta ojear los expedientes cuando tengo un poco de tiempo libre…

—Rodrigo, ve al grano, por Dios —rumió Martina.

—Perdón. Sí. Los pétalos.

Kai frunció el ceño.

—¿Qué pétalos?

El chico apoyó el dedo índice en una de las imágenes.

—Las fotografías que tomó la Científica. En las dos escenas había pétalos de rosa. Una cosa rara, pero ahí estaban. Cuando el teniente coronel comentó lo de los accidentes trajo los informes y me llamó la atención ver dos pétalos en una imagen y otro en la otra. Fue algo que me sorprendió, aunque creí que era una tontería mía y, bueno, ojeando las fotografías más a fondo, no vi floreros ni nada de eso y se me quedó en la cabeza.

—La chica que apareció en el almacén tenía pegado al abrigo varios pétalos también —añadió Martina—. De ahí que la tontería de los pétalos no deje de ser un tema para tener en cuenta. Sin más.

Kai tomó la imagen de la joven con abrigo gris perla.

—Y esto no lo vio ninguno de tus chicos en comisaría —soltó Kai mirando de reojo a Martina.

—No lo verías ni tú, es un jodido pétalo y Rodrigo es uno de mis chicos.

—Bueno, yo soy analista de…

Martina lo perforó con la mirada y este se calló.

—Estoy bromeando, chico —comentó Kai—. Esto es algo con poco valor. Es cierto que llaman la atención tantas muertes de chicas en un espacio de tiempo tan reducido y no está mal que se estudie una posible conexión, pero no creo que todo esto nos lleve a ningún lado. Y está claro que los pétalos ni se ven. Hay que tener mucha imaginación para diferenciarlo de un manchurrón.

La forense giró una fotografía.

—A mí me costaría verlo, la verdad —dijo—. Sobre todo, el que está en la casa de la chica de la bañera. Es uno solo, podría haberse transferido de cualquiera de los agentes que inspeccionaron el lugar. Pero me costaría verlo en esta imagen, no en la escena del crimen. Si es una transferencia, tiene su gracia, pero si esos pétalos estaban ya allí, es una torpeza desde mi punto de vista. Un despiste imperdonable.

—¿A nadie se le ha ocurrido la idea de que sea una especie de firma? —comentó Martina.

—¿Un pétalo? —preguntó descolocado Rodrigo.

Kai cogió la fotografía.

—No es descabellado, hay asesinos que dejan luces encendidas o apagadas como firma, o una marca imperceptible como algo simbólico. Si fuera así, ya estaríamos vinculando a todas las chicas y nos encontraríamos con un asesino en serie.

Todos se quedaron en silencio y entonces Rodrigo dijo:

—Me gustan los juegos de escape, suelo ir con amigos los fines de semana —comentó—. Buscar pistas ocultas, resolver acertijos. Me apasionan los juegos de lógica y observación y…

—Lo que hacemos todos los fines de semana, vaya… —comentó Kai con cierta sorna.

Martina chascó la lengua.

—Venga, solo estoy de broma.

—¡Oh! No pasa nada. —El pobre Rodrigo estaba rojo como un tomate—. Soy un poco raro, ya lo sé.

—Otros van de putas. —Martina sonrió a su ex.

—Esto se anima. —Amalia jugueteaba con la carpeta de cartón.

—Tengamos la fiesta en paz —dijo Marco y puso otra carpeta encima de la mesa—. Vayamos a la otra parte de la historia. Ya tenemos trabajo. Hay que averiguar todo de esas chicas, la conexión con esos pétalos está cogida con pinzas. Puede ser una tontería. Ahora bien, debemos investigar un poco más esas muertes accidentales si queremos descartar cualquier relación, aunque sea para quedarnos tranquilos, que es exactamente lo que quiero. Deseo

tan poco como vosotros que sea obra de la misma persona, pero, con la mafia por medio, perder un poco de tiempo en los otros dos casos me parece lo adecuado. Veo a menudo la unión de los conceptos «accidente» y «mafia». Kai, vais a ir a ver a los calabreses a ese hotel, ellos ya están al tanto. Si no lo hacemos, se ocuparán del asunto y quedaremos como el puto culo sin olvidarnos de que comprometeremos a más de un alto mando que ha hecho la vista gorda para poder conseguir información de los cárteles latinoamericanos.

Kai miró de reojo a la forense cuando el teniente coronel dijo aquello.

—Estoy obligada a mantener la confidencialidad, inspector —le dijo ella—. Ya sé que no es normal que esté al tanto de toda la investigación criminal.

—Debe estarlo por posibles presiones —comentó Marco.

—Una cuestión de protección… —susurró Kai—. Crees que hay más policías que aprovechan esos acuerdos para enriquecerse de los que pensabas, pero no me lo vas a decir, ¿verdad?

—Amalia lleva años trabajando conmigo y considero justo que sepa dónde se va a meter. Es una buena amiga y su trabajo será inalterable incluso si alguien la presiona. No tiene por qué suceder nada, pero si la muerte de esa chica está relacionada con las mafias en el más mínimo detalle, habrá presiones externas.

Martina miró a su padre.

—Las chicas que aparecieron en los pisos fueron entregadas a las familias cuando se descartó una muerte violenta y todas han sido incineradas —comentó.

—Estudiaré el análisis forense que se ha hecho a la víctima del almacén y haré una segunda autopsia si es necesario —intervino Amalia—. El cuerpo de esa chica sigue en el Instituto Anatómico Forense; si necesito análisis complementarios, los haré.

Rodrigo entregó un dosier a cada uno y se volvió a sentar.

—Ahí tenéis las fotografías de los hermanos Rinna.

Kai frunció el ceño como si tratara de recordar algo al ver las fotografías. Había cuatro fotos tomadas a cierta distancia de hombres en distintas situaciones cotidianas. Los cuatro eran rubios, pero muy diferentes entre sí. Marco dejó la primera imagen en el centro de la mesa: un hombre de pie delante de un edificio hablando con otros dos hombres. Un tipo alto con barba de dos días, manos tatuadas y traje elegante. Frente a él había otro con el pelo igual de rubio que él y gafas de pasta oscuras.

—Esos dos son los mayores de los cuatro hermanos: Bernabé y Adriano Rinna. Bernabé es el cabeza visible; podría decirse que está el mando, aunque los cuatro se entienden bien. Adriano Rinna, que es el hombre de las gafas, se ocupa de todo lo que tiene que ver con la seguridad del grupo. Es capaz de infiltrarse en cualquier sistema operativo, lo han visto trabajar. Redes encriptadas, *dark web,* sistemas de mensajería privada, cámaras, comunicaciones…, todo. Es difícil seguirle el rastro, pero creemos que sabe muy bien cómo lavar dinero digital y crear empresas fantasmas para justificar ingresos.

Junto a la fotografía de los dos hermanos mayores calabreses, dejó otra: era la de un chico más joven de pelo rubio, un poco rizado, comiendo lo que parecía un regaliz en una terraza.

—Paolo Rinna es el más joven de los cuatro. No llega a los treinta años, como su otro hermano, Marcelo. —Señaló a otro hombre, que llevaba unas enormes gafas de sol—. No se le ve muy bien en esta imagen. Estos son los dos hermanos que bajan al barro, como diríamos. Dos auténticos asesinos sin escrúpulos, por la información que tenemos.

Marcelo Rinna tenía el pelo lacio tipo tazón, que lo hacía parecer aún más joven. En otra imagen, que seguía sin verse con nitidez, salía con el pelo engominado junto a su hermano Paolo, en lo que parecía una cena de negocios.

—Los dos mayores dan miedo, pero estos dos parecen inofensivos… —susurró Rodrigo.

—No te confundas, chico —dijo Marco—. Estos dos hombres son la mano ejecutora de la 'Ndrangheta. Nuestros informadores nos han explicado que suelen trabajar en primera línea de fuego y eso genera una absoluta veneración por parte de los hombres que trabajan para ellos. Honor y familia, supongo que alguna vez lo habréis escuchado en la televisión, solo que esto es la vida real. Son la mafia más fuerte por encima de la siciliana y la Camorra, y no por número, sino por unión. El grupo está controlado por la familia Rinna desde hace muchos años y está jerarquizado. No hay un solo caso de deslealtad en sus filas; ahí radica su poder.

—Vínculos familiares —comentó Kai.

—Controlan sectores económicos y financieros —continuó Marco—. Sobornan a funcionarios, jueces y políticos. Invierten en restaurantes, empresas de construcción, bienes raíces, hoteles… El mercado de la cocaína que entra en Europa desde América Latina es prácticamente suyo.

—¿Nadie se ha infiltrado? —preguntó Martina.

—Es imposible hacerlo por los lazos familiares que tiene el grupo. No hay modo de meter a nadie, sabemos que lo han intentado más de una vez, pero siempre fracasan. Los clanes que operan independientemente unidos a ellos tienen absoluta lealtad a la organización central.

—¿Quiénes han venido hasta Puerto Castro? —preguntó Kai con la vista fija en los dos hermanos mayores.

—Bernabé y Marcelo Rinna; el cabeza de familia y uno de los más jóvenes. Por la información que tengo, Bernabé es un hombre bastante cauto, de sangre fría, pero el joven es más temperamental y me han dicho que es algo especial, pero no sé a qué se refieren. Será con ellos dos con los que hablaréis esta noche. Conocedlos, tragad bilis y tratad de avanzar. Sin su apoyo no tenemos nada que hacer; y si nos apartan de la investigación, vamos a quedar como gilipollas. Os aviso a los dos porque sé muy bien que no os hace gracia trabajar con ellos, pero no nos queda más remedio.

Kai y Martina lo miraron fijamente.

—¿Esta noche? —Martina soltó una risita seca.

—Tenéis una reunión a las diez. Aldana os dará toda la documentación que necesitáis para poneros un poco al día. Será vuestro enlace y podréis pedirle cualquier tipo de información sobre la marcha. Tiene acceso a todo el expediente y os mantendrá al tanto de todo.

—Ese soy yo —comentó el aludido.

—Creo que es un buen momento para comer —dijo Kai cuando escuchó su estómago quejarse. Llevaba todo el día sin tomar más que un mísero café y ya eran las dos y media del mediodía—. Leeré todos los documentos cuando deje la maleta y me dé una ducha.

Tenían una casa alquilada a poca distancia de allí. Un hotel era demasiado llamativo para ponerse a trabajar en una investigación encubierta. Lo importante era no llamar la atención en exceso y una vivienda exclusivamente para ellos resultaba lo más adecuado. No era la primera vez que trabajaban en algún asunto delicado que requería cierta discreción, aunque esto era algo bastante diferente.

De hecho, era demasiado diferente.

***

Martina apoyó una mano en la cadera y observó al otro lado del puente, donde se elevaba la vivienda de dos plantas. Su fachada verde y su tejado gris ceniciento le daban un toque tradicional. Un pajarraco escuálido pasó planeando por encima de su cabeza y se perdió en el bosquecillo que rodeaba la casa. El aire estaba cargado de partículas saladas y olor a yodo. Había un pequeño sendero a la derecha lleno de maleza que daba a una diminuta finca cerrada con una valla de madera destartalada que rodeaba a la casa.

Rodrigo se estaba peleando con la cerradura de la puerta, cargado con un montón de bolsas, donde llevaba su equipo informático, la ropa y todos sus enseres. Parecía que se iba a mudar de país.

—Te queda bien el pelo castaño.

Kai pasó a su lado y ella lo miró fijamente. Lo que más le molestaba de aquella situación no era el hecho de trabajar con él. Si se había mudado al norte dejando su casa y la ciudad en la que nació, fue justo para no coincidir en ningún operativo o cooperación. Para no tener noticias ni saber nada de su vida. Pero no es que le guardase rencor; al final, cuando algo fracasaba, siempre era culpa de ambas partes en mayor o menor medida. Lo que la reventaba era que Kai fue capaz de pasar página mucho más rápido que ella, y eso al principio le dolió. Se puso tensa cuando él se dio la vuelta como si hubiera recordado algo y regresó con la mochila colgada del hombro.

—Escucha, los dos estamos aquí para resolver esta situación. No tengo ganas de pasarme el día peleándome contigo.

—Kai, no eres tan importante para eso. —A veces el odio volvía a florecer en ella solo por ese pasotismo que tenía; a él siempre le dio todo igual.

—Vale. Lo entiendo. Está bien. Solo te digo que no voy a convertir esto en una partida de tenis a ver quién es el más ocurrente o incisivo.

Martina se irguió y pegó su cara a la de él.

—Tú haz tu trabajo y deja lo personal a un lado.

—Lo mismo te digo.

—Bien. —Le golpeó suavemente en el hombro cuando pasó a su lado y fue directa a la casa—. ¡Vamos! ¡Son las seis y media de la tarde y no estamos de vacaciones!

Mientras Rodrigo fijaba los frenos de una enorme pizarra blanca de cuatro ruedas junto a un televisor, que debía tener más años que ellos, Martina subió a la planta de arriba y escogió una habitación lo suficientemente grande. Una araña del tamaño de un cangrejo la recibió alegremente; cogió un trozo de papel y la tiró por la ventana. Cuando oyó la ducha en la habitación de al lado, se sentó en la cama y se quedó mirando un armario de madera de puertas batientes que tenía delante. Un enlace de la UDEF les había equipado la vivienda con lo que necesitaban; de hecho, no solo

tenían una pizarra enorme, sino también dos ordenadores más ya instalados y la nevera hasta arriba de comida. Sabía que el alquiler de aquella vivienda se había hecho a través de una persona tapadera no vinculada con el operativo, ese era el modo de proceder y siempre había una red de confidentes o colaboradores, aunque en ese caso era muy reducido. Tenían que trabajar con un perfil bajo, eso era muy importante.

A la derecha de la cama había un aparador de cuatro cajones con un espejo ovalado. Se levantó y fue hacia él. Estaba pálida, ojerosa, cansada. Parecía que hacía días que no dormía y en los últimos meses había trabajado tanto que había perdido algún que otro kilo. Abrió la maleta, sacó el neceser y cogió un bote de crema de color para darse un poco y no parecer una muerta. Oyó un improperio procedente del baño, de Kai, y un ruido seco como si algo se le hubiera caído. La rabia podía aparecer de repente con un simple comentario o una mirada, pero también podía desaparecer a la misma velocidad. Había dejado de quererlo al año de romper con él, pero se sentía rara compartiendo la misma casa y la misma investigación. Sacó su Glock, abrió el armario y atisbó la pequeña caja fuerte en la balda inferior junto a una manta de lana. Separó la munición del arma, la guardó en ella y luego dejó el cargador bajo la manta, que colocó en la balda superior, un poco más alejada.

Mientras se estaba maquillando un poco, oyó la puerta y Rodrigo se asomó por ella con una sonrisita prudente.

—Perdone, jefa. Ya lo tengo todo organizado; voy a darme una ducha si no le importa.

—Rodrigo, haz lo que quieras. No estás en un cuartel.

El analista era muy joven, si pasaba de los veinticinco, era de milagro, pero resultaba fácil trabajar con él.

—Vale. Pues voy a ello. Oiga…

Martina cerró el bote de crema y lo miró.

—Me alegra trabajar con usted en algo tan importante —dijo. Luego cerró despacio la puerta y se alejó haciendo sonar sus pisadas sobre el suelo de madera.

—Yo no sé de lo que me alegro… —susurró con un suspiro—. Joder, qué cansada estoy.

3
LOS RINNA

—Vaya con el hotelito. —Kai pronunció aquella frase como si fuera una revelación en toda regla.

El edificio que tenían delante era una pintoresca construcción del siglo XX de estilo indiano con unos enormes ventanales y balcones de hierro forjado. El interior no era para menos; los techos altos y la moqueta burdeos le daban un aire clásico. Un tipo estirado de aspecto anodino los recibió en una recepción vacía y les indicó que los estaban esperando. Pasaron por un salón enorme con una chimenea igual de grande, las ventanas estaban decoradas con cortinones color dorado y había un camarero en una barra limpiando una coctelera.

—Cualquier época del año es mucho mejor —dijo el hombre cuando les indicó con un dedo huesudo dónde estaba el ascensor—. Febrero es un mes tranquilo. Los recibirán en la última planta.

—Uno tiene que pasarse un día entero limpiando esas lámparas —comentó Martina mientras ojeaba los cristales colgantes en forma de lágrima que tenía sobre la cabeza.

—Se limpian cada seis meses cristal por cristal. —El tipo esbozó una sonrisa de lo más inquietante enmarcada en una cara afilada demasiado pálida—. Por eso somos un hotel de alto nivel, señorita.

Aquel hombre delgado como una anguila era algo espeluznante y gesticulaba con cierto aire teatral.

—Suban, yo me quedo aquí —dijo con una leve reverencia. Metió una llave en el panel del ascensor y la giró—. Es un acceso restringido. Les indicarán allí el camino.

—No me quiero imaginar cómo íbamos a arreglárnoslas si esto llega a suceder en época de vacaciones o verano —dijo Kai cuando las puertas se cerraron.

—Nos dijeron sin armas. Espero que no lleves la tuya.

—No. Tu padre fue claro cuando…

—Por favor, trata de dirigirte a él como teniente coronel. Al menos cuando estemos trabajando.

Una musiquita ambiental sonaba mientras una pantalla encastrada en el panel del ascensor indicaba los horarios del desayuno y la variedad de productos típicos que se servían en el restaurante. Kai desvió la vista al cuello de Martina y, cuando estaba a punto de decir algo, se abrieron las puertas y un tipo enorme, con el pelo cortado a cepillo y una espalda como dos campos de fútbol, los miró fijamente.

—Coño… Sí que eres alto, amigo.

El hombre se apartó a un lado y les indicó con un gesto que lo siguieran; no abrió la boca en ningún momento. Kai y Martina avanzaron por un pasillo cubierto por una moqueta hasta una puerta de doble hoja. El guardaespaldas, el matón, o quien demonios fuera, abrió despacio y pasó primero. Bernabé Rinna, el cabeza visible de la familia, estaba acomodado en un sofá de tres plazas con las mangas de la camisa arremangadas mientras hacía bailar entre los dedos una pequeña pelota de goma roja. Sus ojos inquisitivos se clavaron en ellos, primero examinó con mucha atención a Martina y luego a Kai, les hizo un gesto para que tomaran asiento y durante unos segundos nadie dijo nada. El inspector se dio cuenta de que, en la habitación anexa a donde estaban, había una mujer de perfil mirando por la ventana. Lo poco que llegó a ver fue el traje sastre y el pelo muy rubio y corto peinado hacia atrás, pero fue un breve instante porque el tipo enorme se colocó delante y le impidió observarla con más atención.

—Kai Vila y Martina Mencía. Supongo que no es muy agradable esta reunión, pero nos encontramos ante una situación delicada que todos queremos resolver lo más rápido posible —dijo Bernabé Rinna.

Kai soltó un silbido mientras miraba la opulencia del salón.

—Vaya rinconcito, sí, señor… —Devolvió la mirada a Bernabé—. Habla muy bien mi idioma.

—Tampoco es que sea arameo, inspector, pero sí. En mi familia somos muy políglotas. Es importante.

Su mano tatuada hizo un juego veloz con los dedos y la pelota de goma pasó a la otra, la dejó en la mesa, cogió un vaso que tenía cerca y le dio un sorbo.

—Vamos a investigar el crimen de la chica del almacén y varias muertes más que inicialmente…

—Eso a mí me importa muy poco, inspectora —la interrumpió él—. Digamos que solo les estamos dando un tiempo para que descubran quién se ha atrevido a dejar en uno de nuestros almacenes el cadáver de la hija de uno de mis hombres. Le dije a su superior lo mismo hace unos días: o lo encuentran ustedes o nosotros. La cuestión es qué es lo que les interesa más.

—No está en su país, Rinna. Esto no es su cortijo. —Kai sonrió.

Bernabé se reclinó hacia atrás y le devolvió la sonrisa.

—No se olvide de que mi cortijo se extiende hasta lugares que su razón no alcanzaría a ver. Ese hombre trabaja para mi familia y, como tal, seremos nosotros los que limpien de mierda este pueblo si la Policía no es capaz de hacerlo. No solo han asesinado a esa joven, han dejado el cadáver en una de nuestras propiedades. Si alguien ha hecho eso con intención de salpicarnos, seremos nosotros quienes lo solucionemos. Eso que les quede claro.

A Martina se le erizaron los pelillos de la nuca cuando Rinna la miró.

—Si el asesino no tiene nada contra ustedes, es asunto nuestro —dijo ella.

—Por supuesto, y pondremos de nuestra parte todo lo que esté en nuestras manos para que trabajen en la más absoluta confidencialidad, pero el pacto con sus superiores es el que es, inspectores; si es algo contra mi familia, cogeremos las riendas del asunto y ustedes… harán como que no saben nada. Sin más. Cogerán sus cosas y regresarán por donde han venido.

«Pacto con nuestros superiores», pensó Kai. Algo se movió en la habitación de al lado y el guardaespaldas se volvió.

—Es asombroso que un capo de la mafia nos diga cómo tenemos que hacer nuestro trabajo —soltó Martina—. Pero los pactos son los pactos, ¿no?

—Llámelo intereses, inspectora. Y su posición es la de un pequeño insecto sujeto a una tela de araña que manejan y tejen otros. Pensaba que, cuando se unió al cuerpo, estaba en el temario que tuvo que estudiar.

La vibración bajo el ojo volvió y le apeteció agarrarlo por aquella camisa impoluta y darle un puñetazo, pero Rinna la observaba con mucha atención y parecía saber muy bien cómo leer a la gente.

—La ira es buena siempre que la redirija adecuadamente, inspectora.

—No le voy a decir por dónde se puede meter la…

—Me gusta esta mujer, tiene carácter.

Una voz masculina hizo volverse a Kai cuando fue consciente de que la mujer que había creído ver en la otra habitación no era otro que el hermano menor, Marcelo Rinna. Se quedó descolocado, era un tipo de lo más ambiguo. Tenía cierto aire femenino, pero caminaba como un hombre. Entró en la habitación con la nariz apuntando al techo con dignidad y se quedó delante de Martina, la cual levantó la vista igual de descolocada que el inspector.

—¿Sorprendida?

—Joder. Parece…

—Lo sé. Soy un tipo bastante camaleónico.

—Marcelo es mi hermano menor, supongo que también los han puesto al tanto.

Marcelo Rinna era la antítesis física de su hermano mayor. En las imágenes que Marco les había enseñado no se percibía. Se acomodó junto a Bernabé y, con una sonrisa de lunático, preguntó:

—¿Ya tenemos claro a quién tenemos que matar y a quién no?

—¿Qué? —Kai no había salido todavía de su asombro inicial y ya flotaba en otro nuevo.

—Kendo —Bernabé señaló al hombre que seguía de pie—, ve a buscar a Ciro. Cualquier cosa que le pregunten será delante de

nosotros.

—¿Está de coña? —ladró el inspector.

—Kai… —susurró Martina.

—No voy a interrogar al padre de esa niña con la mafia…

—No vamos a interferir en nada, inspector —intervino Bernabé—. Incluso si él se negara a hablar, lo hará. No va a necesitar un abogado, se lo aseguro, pero si entran en detalles que afecten a mi organización y que no tengan que ver con el crimen, entonces la conversación terminará. No sé si me entiende.

Martina lo agarró del brazo y murmuró:

—Ese hombre no hablará más que lo imprescindible si trabaja para ellos, Kai. Es la mejor opción. Si sabe algo más que pueda darnos una pista, lo dirá si están los Rinna.

—¿Nos disculpan un momentito? —Se levantó de un brinco tomando a Martina por el brazo, pasó con ella junto al gigante llamado Kendo y entraron en la otra habitación.

—Pero ¿qué demonios haces?

—¿Desde cuándo, en una jodida investigación, tenemos que interrogar a un hombre mientras la mafia dirige la orquesta?

—No seas gilipollas, Kai —susurró ella—. Ese hombre no es sospechoso de nada y es el padre de la cría. Si oculta algo por miedo, con ellos nos lo dirá. No hablará de nada, ya sabes cómo funcionan los putos enlaces de esta gente, joder.

El inspector soltó un taco y vio por el rabillo del ojo a Marcelo Rinna; el tipo levantó la mano y movió los deditos en señal de saludo.

—Ese chico me pone los pelos de punta.

—Kai, nos están ofreciendo apoyo y están cooperando, ya escuchaste a mi…, al teniente coronel. Ocultan muchas cosas, eso ya lo sabemos, pero eso no es lo que nos ha traído hasta aquí. No tenemos nada en contra de los Rinna y es una maldita colaboración.

Él se pasó los dedos por el pelo y se puso a dar vueltas en círculos.

—¿Quieren una copita? —preguntó Marcelo.

—¡No, muy amable! —bramó Kai.

—Yo sí —dijo ella, y se fue hacia el salón, dejándolo allí plantado.

—¿Qué cojones…? ¿En serio?

El tal Kendo lo miraba desde arriba mientras esperaba pacientemente a que regresara al salón.

—¿Y tú qué coño miras? —susurró al pasar a su lado.

***

Ciro Lucas llegó media hora después, seguido de Kendo. Era un tipo alto, de cejas rubias y rostro quemado por el sol, que parecía un ballenero con aquel jersey de lana de cuello de cisne y unos pantalones de pana. Ojeó la habitación, más poblada de lo normal, y luego hizo un movimiento de cabeza hacia los hermanos Rinna. Bernabé le pidió que tomara asiento y este se sentó. La mente de Martina vagó hasta dar con la fotografía de la cría del almacén, era consciente de que lo más duro que le podía pasar a alguien era sobrevivir a un hijo y aquel hombre mostraba una mezcla de rabia, dolor y duda.

—Ciro, trata de decirles lo que puedas sobre lo que ha pasado —comentó el hermano mayor. Marcelo se había levantado y servía una copa, que luego le entregó al hombre.

—A la Policía…

Bernabé asintió.

—Tratamos de cooperar para resolver esto lo antes posible.

Ciro se quedó en silencio un momento mientras contemplaba el interior del vaso. No había que estar muy lúcido para darse cuenta de que no confiaba en la Policía. Quizá nunca lo había hecho. Un hombre fuerte y de aspecto duro, que, a medida que pasaba el tiempo, parecía más vulnerable y dolido.

—Mi niña estaba feliz. Hacía solo unos meses que había alquilado un piso en el pueblo y se había independizado. Desde que su madre murió siendo muy pequeña, nunca la había visto tan contenta y… —Carraspeó—. Estaba bien.

—¿Notó algo fuera de lo normal los últimos días? —preguntó Kai—. ¿Nuevas amistades? ¿Un novio? ¿Cambios de hábitos?

Ciro se encogió de hombros.

—Era una niña muy amable con todo el mundo, siempre conocía gente por su trabajo. Le gustaba la tienda de ropa, aunque yo le pedía constantemente que no dejara de estudiar y todo eso. Era el sueño de su madre que hiciese una carrera y se fuera a conocer el mundo, pero empezó en esa tienda y le gustó. Me había prometido que retomaría los estudios, que solo sería un tiempo. Lo pasaba bien allí y le gustaba. No entiendo…

Alzó la vista y se quedó observando a los dos. Martina detectó un atisbo de odio en una herida abierta que aún supuraba. Como un perro fiel, miró de reojo a los Rinna, bebió y se recompuso.

—Sabemos que había quedado con alguien ese sábado para cenar —dijo ella.

—Mi hija siempre estaba rodeada de gente.

Marcelo Rinna serpenteó entre los sofás y se acercó a la ventana, dándoles la espalda. Otra vez volvía a parecer una mujer allí erguido frente a ellos.

—Diles todo lo que creas importante, Ciro —susurró.

El hombre dejó el vaso en la mesa.

—Dudo de todo el mundo. Me he pasado varios días observando a los hombres del muelle, buscando una simple mirada que me haga pensar que alguno está relacionado, pero no soy capaz de averiguar nada. Me puede la rabia y el odio por esta desgracia. ¿Quién querría hacerle daño a una niña tan buena?

—¿Enemigos?

—¡Yo no tengo enemigos! —bramó el hombre con furia—. Llevo años rodeado de las mismas personas. Se lo expliqué a los suyos: tienen el móvil de mi hija, las llaves de su casa para que puedan… Maldita sea…

—Calma, Ciro —dijo Bernabé.

—Si tienen algún tipo de negocio entre manos, puede…

—No vaya por ahí, inspector.

Bernabé lanzó una mirada fría a Kai y este se lo quedó mirando fijamente.

—Si su gente tiene algo entre manos, puede ser una razón de peso, Rinna. Estamos tratando de encontrar a quién hizo esto; debemos tener un punto de partida. No me estoy metiendo con su mierda de negocio.

—De lo que tenga que ver con mi negocio, me ocuparé yo. Le aseguro que, si encuentro un atisbo de duda con uno de mis hombres, se lo entregaré a la policía siempre que todo esto no sea algo hacia nosotros, creo que fui claro hace unos minutos.

—Esto es de locos —rumió, pero Martina le dio un suave empujón y él se apartó, rabiado—. No tiene sentido.

—Hablaremos con sus amigas —intervino entonces ella—. Necesitamos que nos haga una lista de personas cercanas y sus teléfonos. Ya sabe: amigos, compañeros de trabajo, cualquier persona que estuviera cerca.

El guardaespaldas le entregó un pequeño cuaderno y un bolígrafo, y Ciro anotó varios nombres, luego buscó en su teléfono y escribió un par de números.

—Es lo que tengo. No conocía a todo el mundo.

—Con esto es suficiente —dijo Martina mirándolo.

—Diles lo que nos contaste ayer, Ciro —le ordenó Bernabé cuando él ya se disponía a salir de la habitación.

El hombre se volvió chocando suavemente con Kendo y miró a su jefe, luego bajó la vista y titubeó.

—Vamos, Ciro…

—A veces las chicas de la edad de mi hija pasan épocas de rebeldía y ella llevaba unos días algo tensa. Nada más.

—¿A qué se refiere? —Kai se puso en pie.

—Se la veía feliz, pero no sé, fue una sensación que tuve. A veces estaba más triste, pero los jóvenes suelen tener esos cambios de humor, ya me entienden; un día están más alegres y otros no tanto. Me dijo que estaba cansada del trabajo cuando le pregunté si iba todo bien. También me dijo que dormía mal. Le quitó importancia,

pero no la vi como siempre, quiero decir, no la vi con esa euforia que siempre llevaba, aunque no le presté atención porque supuse que el trabajo la tendría agotada y todo eso.

—¿Podría estar viéndose con alguien, señor Lucas? —preguntó Martina.

—Yo qué voy a saber —dijo él, tajante—. Si la pregunta es si tenía novio, estoy seguro de que no porque me lo habría presentado. Soy su padre, pero si se veía con alguien o no, es algo que no puedo saber.

—Está bien, vete a casa y descansa —le indicó Bernabé.

Ciro asintió y salió velozmente sin mirar atrás. Cuando la puerta se cerró, Marcelo Rinna, que no se había vuelto en ningún momento, dijo:

—Con veinticuatro años le va a contar a su padre con quién se va a la cama… —Su suave risa resonó en el silencio.

—Necesito ir a ese almacén mañana sin falta —dijo Kai.

Bernabé se levantó del sofá y paseó despacio por la habitación hasta la enorme mesa de madera cubierta de papeles.

—Me parece bien, pero irá usted —dijo mirando a Martina.

—¿No me ha escuchado? —rugió el inspector.

—Perfectamente, pero yo seré quien me ocupe de llevarlos y prefiero que sea ella —dijo con una sonrisa—. Nuestra colaboración es al cincuenta por ciento y me gusta de vez en cuando trabajar con mujeres. Si lo llevo conmigo, acabaré pegándole un tiro y tirándolo al mar. Es usted una persona un poco…

—Oiga, váyase un poco a la mierda.

Marcelo volvió a reír.

—Da igual, Kai, maldita sea. Iré yo.

—Justo de eso estoy hablando —añadió Bernabé—. Su carácter es más llevadero.

—Yo iré con usted, inspector —dijo Marcelo y, al girarse, se contoneó como una bailarina—. Seremos como dos parejitas fuera de lo común. ¡Qué divertido!

A aquel chiflado le importaba muy poco la muerte de la chica; todo aquello era una cuestión de negocios, habían mancillado su territorio y era lo que más les preocupaba. Kai observó la expresión malévola del hermano pequeño y la calma absoluta del mayor y se dio cuenta de que si querían avanzar en una parte de aquella investigación tendrían que trabajar juntos. Se le revolvieron las tripas.

—Espero con toda mi alma que esto no tenga que ver con sus mierdas. Así les perderé de vista más pronto que tarde —farfulló dirigiéndose a la puerta, Kendo estaba delante y él lo empujó—. Apártate de mi camino.

Martina volvió a notar la vibración del párpado.

—Qué hombre más temperamental. —Marcelo dio una palmada y volvió a reír.

—A mí me lo va a decir.

—La recogeré a las ocho delante de su casa —dijo Bernabé.

Ella se fue hacia la puerta y, cuando se giró, casi chocó con él.

—Y recuerde una cosa, inspectora —Rinna se apartó un poco. Olía a perfume—: queremos ayudarnos, no matarnos.

—Eso lo tengo claro, pero tendrá que entender que es complicado ir a rebufo de la mafia calabresa.

—Suena poético —dijo con una sonrisa.

Martina abrió la puerta.

—¡Pase un buen día! —oyó mientras se alejaba.

—Esto es de locos…

***

Cuando salió a la calle, Kai estaba apoyado en un coche fumando un cigarro. Fue hacia él y lo empujó.

—Sigues siendo el mismo gilipollas de siempre.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Pretendes decirles que sí a todo como si fueran nuestros superiores? ¡Son la puta y jodida mafia, Martina! ¿Lo recuerdas?

Ella apretó los dientes hasta que se hizo daño.

—Lo único que sé es que con una investigación encubierta como la que tenemos que llevar es nuestra única posibilidad de conseguir cierta información y si tengo que bailarles el agua hasta lograr saber lo que quiero, lo haré, Kai. Se trata de sentido común y claudicar un poquito, no de medirte la polla con ellos.

—¿Medirme la…?

—Si no colaboramos con ellos, no tendremos acceso a los hombres que trabajan en el muelle y ellos pueden darnos los medios para ocultar nuestra jodida investigación. ¡Estamos solos en esto, joder!

—¡No me hace ni puta gracia recibir órdenes de dos putos criminales!

—Yo solo quiero resolver todo esto. ¡Y me da igual si esos hombres me ayudan!

Kai abrió mucho los ojos, lanzó la colilla con fuerza y se encaminó al coche. Ella fue detrás.

—¡Guarda tu jodido ego! ¡Kai, estoy hablando contigo!

El inspector ya había llegado al coche y se estaba subiendo en él; casi le cerró la puerta en la cara y ella golpeó el cristal con el puño. Cuando se sentó a su lado, su exmarido miraba al frente con la vista perdida.

—Solo hasta que nos permitan acceder a la información que queremos… Si lo hizo uno de sus hombres y no tiene que ver con su puta mafia, es el modo de llegar a él…

—Claro, y tengo que ir yo con el mayor tarado del reino mientras tú te metes sola con el cabeza visible de la mafia en un muelle lleno de narcotraficantes.

—No veo otro camino. Quieren tener la misma información que nosotros. Toma —dijo dándole el papel donde Ciro Lucas había apuntado los nombres de los amigos de Valeria—. Son amigas. Habla con ellas y…

—¡Hace tiempo que dejaste de darme órdenes!

—Por el amor de Dios… Eres imbécil…

Kai arrancó el motor y salió del aparcamiento. Enfiló una avenida principal totalmente vacía. Era tarde y se notaba en la circulación. El silencio se volvió incómodo a los cinco minutos, pero se rompió con el sonido del móvil de Martina. Pulsó el manos libres.

—Dime, Rodrigo, ya estamos regresando.

—Jefa, ya está todo instalado y tengo los ordenadores funcionando. Son equipos potentes, así que me vienen de lujo. He estado sacando los datos de las dos chicas que fallecieron en casa.

—¿Algo en común?

—La edad y el estilo de vida. Ninguna superaba los treinta años y eran chicas independientes y que vivían solas. He curioseado un poco sus redes y hay algo que quiero que vean.

Kai giró a la derecha con tanta brusquedad que a Martina casi se le cayó el teléfono. Lo miró de reojo.

—Vale, lo veremos todo durante la cena.

—Oh, estupendo. ¿Quiere que prepare algo?

Kai puso una mueca burlona.

—No te preocupes. Ya nos arreglaremos. Ahora nos vemos.

Colgó la llamada. La sonrisa de su exmarido la conocía bien; de hecho, solía sacarla de sus casillas tiempo atrás.

—¿Qué? ¿Ahora qué problema hay?

—No, nada.

—¡Venga ya, Kai! Nos conocemos muy bien.

—¿Tu chico para todo también te hace de chacha?

Martina puso los ojos en blanco.

—Vete a la mierda.

***

Bernabé Rinna se acabó la copa de ginebra y se recostó en el sofá. Su hermano seguía frente a la ventana contemplando el pueblo y las pequeñas luces que decoraban los jardines de alguna de las casas que había enfrente. Una silueta cruzó la calle entre luces y sombras y se quedó observando su caminar. Era alta y espigada, y sostenía

un paraguas en la mano derecha. Desvió despacio la vista hacia un grupo de tres personas que acababa de salir del hotel y atravesaba el aparcamiento a paso ligero.

—No te separes de ese policía, Marce. Tenemos que saber exactamente lo mismo que ellos de esta investigación.

Marcelo entrecerró los ojos con un movimiento algo sensual para ser un asesino sin escrúpulos y murmuró:

—¿Crees que esto tiene que ver con el robo de mercancía que hubo hace dos meses?

—No lo sé, pero nos ayudará a indagar. El problema de trabajar fuera de nuestro entorno es que siempre cae alguna oveja negra que pasa desapercibida. Los hombres de este pueblo no son italianos, no nos conocen del todo bien. Nuestros valores no están muy presentes en ellos, así que debemos observar y aprovechar la situación.

Marcelo se sentó frente a su hermano y mostró una sonrisita maliciosa.

—¿Y si Ciro nos oculta algo?

—Lo sabremos con el tiempo, aunque sigo teniendo fe en él.

—Siempre ha sido leal, pero los años cambian a las personas. Si necesitaba dinero…

Bernabé levantó la vista muy despacio y lo observó fijamente.

—El dinero reemplaza los valores tradicionales, hermano. Siempre hemos tenido algún problemilla cuando los negocios no están en casa. No me sorprenderá nada de lo que pueda averiguar. No son los nuestros, son meros empleados asalariados.

Marcelo se acarició el pelo de la nuca con un gesto y ladeó la cabeza.

—Es imperdonable que esa cría haya aparecido en nuestro almacén. Si el crimen tiene que ver con nuestra organización, los mataré —dijo muy despacio—. Sean quienes sean. Me da igual los años que lleven a nuestro servicio.

—Lo sé, pero trata de… no desquiciar a ese tal Kai. No se lo ve con mucha paciencia.

Marcelo dejó escapar una risa encantadora y aquella mirada suya afilada le hizo parecer un zorro astuto.

—Ah, vamos… Ten un poco de fe. En el fondo soy un tipo adorable.

—Ya. Claro. El problema es que tienes un fondo muy profundo.

El hermano pequeño abrió mucho los ojos.

—Esto va a ser muy divertido… Pero que muy divertido…

***

El salón de la casa era grande y en él convergían las demás habitaciones de la planta baja. Rodrigo estaba sentado frente a dos monitores y, al oírlos entrar, giró un poco la silla y les hizo un gesto. Martina y Kai dejaron los abrigos en un perchero y se aproximaron. Habían llegado los móviles que usarían y estaban sobre la mesa, etiquetados con sus nombres.

—Bonitos teléfonos —dijo Kai cogiendo el suyo—. Tienen más años que un bosque.

—Menos da una piedra. —Martina tomó el que le correspondía y lo examinó.

—Mirad —Rodrigo apuntó con el dedo hacia la pantalla derecha, donde tenía abierto un perfil de Facebook—, es de Carla Llaneza, la chica que se cayó por las escaleras de su casa hace unos meses a veinte kilómetros de Puerto Castro. Y, en esa pantalla, están el Facebook y las demás redes sociales de Elda Rivas, la chica que apareció en el baño.

Carla Llaneza salía sonriendo en una imagen frente a un bosque, vestida con ropa deportiva, y Elda Rivas tenía una foto de perfil sentada en un restaurante con una amiga. Las dos parecían de la misma edad y se notaba que tenían una vida social normal por la variedad de imágenes tomadas a lo largo del tiempo. Rodrigo minimizó varias pantallas y abrió otra.

—Este Facebook es de Miriam Coto, la chica que colgaba unas cortinas. Es la única red social que tiene y no pone nada especial.

Hay muchas imágenes de cosas relacionadas con dientes y eso. Era dentista. Ah, y los cerezos japoneses. Le debían de gustar mucho porque tiene varias fotografías metidas en una carpeta exclusivamente de ese árbol.

—¿Qué piensas entonces? —preguntó Martina ojeando los comentarios de uno de los perfiles.

—Solo veo perfiles similares, pero, claro, puede ser casualidad. Valeria Lucas, la hija de ese Ciro, tenía veinticuatro años, y Carla y Elda, veintiocho y veintinueve años. Miriam tenía treinta años. No hay contactos en común. Todas tenían una vida normal, pero algo me ha llamado la atención. —Pasó varias fotografías de Carla y se situó en una en la que salía apuntando a un edificio, luego hizo lo mismo con la otra chica, Elda, y pasó sus fotos hasta llegar a una en la que salía sujetando una botella de cava delante de una cocina. Señaló el título de ambas y sonrió—. Eso.

Kai frunció el ceño porque cada vez veía peor. Se inclinó un poco hacia delante.

—Empieza mi nueva vida… —leyó.

—Ya tengo piso —continuó Martina—. Las dos se habían mudado este año. ¿Y la otra? ¿Miriam?

—No he encontrado nada porque no compartía mucha actividad personal. Tengo que mirar sus publicaciones con más calma.

—Ciro dijo que su hija se había independizado —añadió Kai—. ¿Su hija no tiene redes sociales?

—Sí, pero solo subía imágenes de paisajes. Supongo que, dedicándose su padre a lo que se dedicaba, sabía que no era buena idea compartir mucho de su vida privada. No sé, es lo que se me ha ocurrido.

Martina toqueteó el ratón de la pantalla de la derecha y fue pasando más imágenes de la tal Elda.

—Mirad esto —dijo y bajó hasta llegar a los comentarios.

«Ánimo, los comienzos son difíciles, seguro que te acostumbras».

«Ten un poco de paciencia, seguro que sale todo bien».

La chica que había escrito aquellos comentarios se llamaba Susana, pero no ponía nada más.

—Elda tenía alguna preocupación, a ver si das con esa chica y alguna amiga de las tres mujeres mientras nosotros mañana nos vamos de paseo con la mafia.

El analista giró totalmente la silla y los miró.

—Tengo hambre y paso de entrar otra vez en una discusión que no me va a llevar a ningún lado. ¿Qué hay de cenar? —Kai enfiló hacia la cocina.

—¡Pues abre la nevera y míralo! —bufó Martina.

Rodrigo observó cómo el inspector se iba dando zancadas y miró a su jefa.

—Trabajar con la mafia no le gusta, no acaba de entender que no nos queda más remedio si queremos avanzar un poco —dijo ella con un suspiro.

Se quitó la chaqueta del traje, la lanzó al sofá y se sentó frente a la mesa del comedor. El analista se levantó y fue con ella.

—¿No es un poco peligroso ir con esa gente, jefa?

—Al revés. Ahora mismo es lo más seguro. Si vamos a ese muelle con el cabeza visible de la mafia calabresa, nadie nos va a tocar las narices y es el único modo de llegar a cierta información que de otro modo no conseguiremos. Esa gente no coopera con la policía y esto es un caso encubierto.

—Muy encubierto, la verdad…

—Pues no lo entiende —dijo y sonó un portazo al fondo—. Ya ves, le puede el ego, como siempre, pero, bueno, yo estoy acostumbrada. Nadie sabrá quiénes somos si vamos con ellos y lo último que pensarán es que somos policías. Los hombres de los Rinna funcionan con unos códigos muy estrictos.

—Algo he leído. La ley del silencio. *Omertà*. ¿Cómo son?

Lo poco que Martina había analizado de los dos hermanos Rinna era suficiente para hacerse una idea del tipo de personas con las que iba a trabajar; Bernabé era la imagen exacta de frialdad y aplomo, y su hermano, aun siendo totalmente opuesto a él, tenía

una mirada peligrosa y serena, llena de malicia y seguridad. Un tipo que usaba la ambigüedad con cierta sorna y que tenía la expresión de un lunático decidido a apuñalarte en el momento en que tu gesto no fuera el adecuado. Su padre se había quedado corto al compartirles su opinión y ellos habían empezado en desventaja dando la sensación de un titubeo que no habían tenido los Rinna; remaban en la misma dirección y ellos daban palazos al aire.

—Saben lo que hacen —susurró ella—. Bernabé es enigmático y observa con frialdad. Es ese tipo de persona que te puede paralizar con solo mirarte, y luego su hermano es… ¿Cómo lo diría? Distinto.

Rodrigo puso una mueca y ella asintió. ¿Cómo podía explicar que lo primero que vieron en esa habitación era una mujer? En el fondo, aquel aspecto camaleónico parecía un arma para él. Una apariencia delicada en una expresión mezquina que distaba mucho de la fragilidad. Marcelo quizá era mucho más peligroso que su hermano. Su padre tenía razón…

—Distinto… —repitió Rodrigo pensativo—. Qué curioso.

—Me pondré al día sobre todo esto antes de dormir —dijo ella y se frotó la sien—. Ahora mismo me duele la cabeza y tengo hambre.

—Hay de todo en la nevera, inspectora.

Ella asintió. Si no dormía, no iba a pensar con claridad, y si no comía bien, su humor iba a ser el de un perro rabioso. Ninguna de las dos opciones era la correcta dada la situación que se le avecinaba al día siguiente. Tenía que descansar, cargar las pilas y analizar el día que había tenido rodeada de la más variopinta variedad de mamones en todas sus variantes. Se masajeó la sien y sintió cierta sensibilidad en la cicatriz que tenía en la mano derecha por culpa de un capullo al que había detenido hacía meses. Un corte limpio con una navaja cuando trataba de agarrarlo en una persecución. Un corte que causó que le dieran siete puntos en la palma y que aún le dolía. Pero al menos no la había acuchillado en el estómago, que era donde apuntaba cuando le hizo una especie de finta.

—Bien, vamos a cenar. Hoy ha sido un día raro.

Aquello no había hecho más que empezar.

***

Kai se encerró en la habitación, abrió la ventana y encendió un cigarro. La pizza que se había comido le había sentado con una patada en el estómago.

Cogió su teléfono personal, marcó el número de su madre y esperó. Había prometido llamarla cuando llegara, aunque no era muy dado a hablar con sus padres a menudo. Obviaría el hecho de que iba a trabajar con Martina para no alterarla. Nunca le sentó bien su separación y no tenía ganas de escuchar reproches.

—Menos mal que cumples tu palabra —dijo ella nada más coger la llamada.

—Hola, mamá… Ya sabes que suelo estar ocupado, pero prometí llamarte.

—¿Qué tal?

Vio a Martina junto a su coche hablando con alguien por teléfono y se quedó contemplándola mientras daba la primera calada. Allí estaba ella, azotada por el aire nocturno, observando fijamente la calle con la mano en el flequillo para que no se le metiera en los ojos. Hacía casi cinco años desde la última vez que la había visto y seguía igual, aunque él tampoco es que hubiese cambiado demasiado. El mayor problema de su relación era que primero fueron amigos, compañeros y, cuando su matrimonio no funcionó y ella decidió dejarlo, él no hizo nada para solucionarlo. Si hubiese sido otra persona, habría exigido explicaciones, habría tratado de recuperarla de algún modo, pero esa forma de ser no iba con él, tenía demasiado amor propio. Nunca llegó a preguntarle por qué no había luchado por arreglarlo. Martina era una mujer fría como él. Quizá por eso nadie dio un paso atrás y trabajar juntos se convirtió en algo insostenible y, por segunda vez, ella dio el paso y pidió el traslado.

—Bien, tengo trabajo fuera de Madrid, pero no estaré muchos días, espero. ¿Cómo vais por allí?

—Tu padre está viendo la televisión y yo he salido a caminar un poco. Come, Kai. Y no bebas. —Seguía tratándolo como un niño—. Y ojo con las mujeres, que últimamente te veo muy suelto.

Le dio la risa.

—¿Qué? Pero ¿qué narices estás diciendo?

—O con los hombres. Ahora con todo esto de ser modernos da igual una cosa que otra, pero ya sabes. Ana, mi amiga, con la que juego al mus los martes, me dijo el otro día que a su primo cuando se divorció le dio por experimentar, ya me entiendes.

—Mamá, ¿qué estás diciendo?

—Lo que oyes. Cuando pasáis de los cuarenta, os da por hacer cosas raras y más en estos tiempos. Y vaya si experimentó: se lio con una chica veinte años más joven que él que lo dejó sin un duro.

—Mamá… Yo no me… —Él no era lo que podía decirse un santo, pero de momento no le había dado por «experimentar» tanto—. No te preocupes, no tengo tiempo para pensar en mujeres o… lo que sea. Oye, solo quería daros las buenas noches y deciros que todo va bien. Estaré fuera, supongo, como mínimo una semana, cuando regrese os llamo.

—Abrígate. Hace un frío que pela.

—Lo haré, mamá…

Cuando colgó tras despedirse, se quedó mirando el teléfono y luego lo apagó. Pegó un brinco cuando oyó un pitido de lo más estridente y se dio cuenta de que era el maldito móvil que Marco les había dado. Supuso que era él, aunque en la agenda estaban guardados los teléfonos del equipo y el mensaje de WhatsApp era de un número que no conocía.

—¿Qué coño…?

«Lo veo mañana a las ocho y media de la mañana en la habitación 305».

Firmaba como Marce, y le había puesto dos corazones. Kai parpadeó.

—¿En serio?

El chiflado de la mafia le había escrito; el tipo al que había confundido con una mujer y que tenía la sonrisa más sibilina y maníaca que había visto en su vida. Lanzó la colilla por la ventana, se acercó al pequeño escritorio que tenía a la izquierda y abrió el expediente. Las fotografías de los Rinna regaron la cama y ojeó las anotaciones. Luego tomó la imagen de la chica en el almacén y se recostó mientras giraba la fotografía sobre su cabeza.

—Siempre vais a por ellas… —susurró—. Putos cobardes de mierda.

***

—¿Por qué nos haces trabajar juntos? Sabías perfectamente que en algún momento íbamos a chocar, papá.

Martina se sujetó el flequillo para que no se le metiera en los ojos y se volvió, de espaldas al viento.

—Tenía fe en que la calma durara más de una hora, hija —dijo Marco—, pero está claro que lo vuestro no cambiará. Fuisteis un desastre como pareja, pero sois buenos trabajando en equipo.

Equipo… Como si en algún momento hubieran sido un equipo.

—No fuimos…

—¡Sí lo fuisteis! ¡Solo que no quieres recordarlo! Martina, trata de tragar toda esa bilis un poco, os necesito para este trabajo y sois los únicos en los que puedo confiar.

Se frotó con la lengua un diente. Recordó que tenía que ir al dentista cuando notó el calambrazo de dolor en la encía. Tres días antes había intentado abrir una botella de agua con la boca y ahí estaba el resultado de su proeza.

—Maldita sea…

—Tienes demasiado carácter, Martina. Y no digo que esté mal, solo que a veces uno necesita apaciguar esa furia…

Su padre le empezó a recordar a Bernabé Rinna con aquel tema de redirigir la furia y lo dejó hablar. Desde donde estaba se veían las

luces del pueblo pasado el puente, pero allí no había un alma. Lo bueno de aquel lugar era que estaba apartado de todo y para llegar a la casa había que cruzar el río. Era fácil detectar a cualquier intruso a cierta distancia. Martina permitió que terminara su sermón sin interrumpirlo y le prometió que intentaría canalizar su mala leche en pro de la operación, pero sabía que no tardaría mucho en soltarle como un ladrido unas cuantas palabras de reproche a Kai, era un experto en sacarla de quicio.

—Una cosa más —le dijo su padre—. Recordad que no ha salido a la luz la muerte de esa cría. Solo su encargada, la mujer que trabajaba con ella, está al tanto de algo, hablé personalmente con el dueño de la tienda y de momento solo saben que está desaparecida. Necesitamos mantener controlado el hecho de que no haya ido a trabajar. Tienes todo en el informe. Revísalo bien, Martina.

Se despidió de él, guardó el móvil en el bolsillo de la americana y cruzó el puente, medio congelada por el frío. A derecha e izquierda se extendían dos calles que daban a diminutas casas de dos plantas formando filas perfectas. La periferia de Puerto Castro no tenía el glamur de la zona central repleta de casitas coquetas y edificaciones de indianos. Se acarició el cuello y toqueteó el colgante que su padre le había regalado cuando se hizo policía muchos años atrás. Una joya que tiempo después supo que costaba un pastizal. Le había sorprendido tanto que no se separaba de él, aunque a veces se lo quitaba cuando tenía un operativo. Lo soltó despacio, lo observó con atención y apretó los dedos en torno al brillante hasta que se hizo daño.

El día siguiente iba a ser un día intenso. Inicios de febrero y un frío de mil demonios. Lo peor: estar allí era su mejor plan. La alternativa era ver una buena película de Netflix mientras se atiborraba de mierdas hasta que sus arterias no pudieran más. Tres mujeres jóvenes fallecidas en su casa por un accidente, una cuarta encontrada en el almacén de una zona industrial con un golpe en la cabeza y la mafia en medio de su investigación «colaborando».

—Mierda, joder…

Y su ex…
La jornada siguiente iba a ser un día intenso, sí.

4
ESCENARIOS

Jueves, 6 de febrero

Desde algún rincón de la zona portuaria alguien soltó una sarta de palabrotas mientras un sonido metálico retumbaba de fondo. Dos enormes grúas y un montacargas se recortaban en el cielo. El puerto operaba veinticuatro horas, así que había turnos rotativos.

Bernabé Rinna hablaba con dos hombres de aspecto rudo mientras Martina contemplaba la actividad. No era un puerto grande, pero aquella mañana había ambientillo. Una carretilla elevadora pasó zumbando por delante de ella cargando cajas enormes y se apartó.

—¡Esa eslinga! —rugió un tipo a lo lejos—. ¡Usa otro gancho, pedazo de inútil!

—¿A tu madre no le importa que vistas con dos tallas menos? —Un grupo de hombres reía junto a un portón mientras un chico muy joven se miraba los pantalones, que parecían demasiado cortos para su más de metro ochenta.

El ronroneo de algo metálico zumbó en otro de los almacenes cercanos y un tipo de barba blanca cerró una de las puertas correderas de metal, que debía de pesar dos toneladas por el esfuerzo que parecía tener que hacer para arrastrarla hasta el final del carril.

Martina se apartó un poco más hacia su izquierda para no ser aplastada por otra carretilla.

—¡Ojo con ese palet, que está cojo! —gritó un hombre que pasó casi rozándola.

Vio a Rinna hacerle una señal con la mano y se fue hacia el pequeño cónclave de machirulos. Los dos tipos la miraron de arriba abajo y uno de ellos escupió antes de hablar.

—Dile lo que sabes —ordenó el que parecía más veterano.

—Había dos trabajadores de guardia en la zona del almacén la noche que pasó lo de la cría —empezó el más joven—. Norman y Arty. Los dos trabajan en el depósito temporal. Ese almacén, justo a la entrada del puerto, está en desuso, cualquiera puede entrar ahí, pero es difícil no verlo si estás a lo que estás, claro.

—¿Dónde están esos dos hombres? —preguntó ella.

—Norman está en su puesto —comentó el veterano—. Arty lleva dos días enfermo.

Bernabé Rinna la miraba fijamente como si todo aquello le divirtiera, pero los dos trabajadores no parecían percatarse de quién era él porque su actitud no era de miedo o respeto.

—Bien, pues vamos a hablar con ese tal Norman a ver qué nos cuenta —dijo ella cuando los tipos se alejaron un poco—. ¿Qué le hace tanta gracia?

—Trate de ser un poquito menos policía, inspectora. Se le nota bastante a qué se dedica.

Rinna pasó a su lado y ella fue tras él.

—No creo que haya hecho nada para parecer policía.

—Es la arrogancia.

—¿Qué arrogancia?

Abrió una puerta que estaba a su derecha y la invitó a pasar.

—La que supura, inspectora.

—Lleva un traje que cuesta mi sueldo y sus manos están tatuadas. No es que usted parezca un hermanito de la caridad —dijo parándose a su lado.

—Mi trabajo no es un problema aquí, el suyo sí.

—Ya, claro, pero es obvio que no saben quién es usted. Así que supongo que irá de jefe o una cosa así. Su guardaespaldas se quedó en el coche; llama un poco la atención que un armario de tres puertas lo acompañe adonde vaya.

—Soy el jefe, de hecho, pero sí, digamos que de momento vamos los dos de incógnito. Por cierto, me gusta cómo me habla.

—No me diga. ¿Y eso por qué?

La nave estaba llena de trabajadores y una escalera de metal daba a una especie de garita acristalada, donde había un tipo sentado frente a un escritorio.

—Porque es de las pocas personas que se atreve —dijo con una sonrisa.

Martina chascó la lengua y lo observó subir las escaleras. Rinna entró en la garita y el hombre que estaba dentro alzó la vista y lo miró. Fue cuestión de un segundo: empujó la mesa, golpeando a Rinna, y se lanzó hacia ella. Martina no tuvo tiempo ni de reaccionar. Cuando el hombre la empujó al pasar a su lado, resbaló con el último peldaño y se precipitó hacia atrás.

«Estoy jodida», fue lo último que pensó.

***

Kai conducía en dirección a la casa de la primera chica fallecida, aún con la retina ardiéndole por lo que acababa de presenciar. Cuando había llegado a buscar a Marcelo Rinna, lo salió a recibir con una bata de terciopelo burdeos y el periódico en la mano. En la habitación, Kendo ordenaba irse a alguien que no logró ver, que debía haber dormido con él, aunque no quiso ni imaginárselo. El detalle de verlo medio en pelotas con aquella bata de cola arrastrando por el suelo no fue la imagen que deseaba ver a primera hora de la mañana. Marcelo desapareció tras la puerta del baño y quince minutos después apareció arreglado con un traje de dos piezas cobalto y un abrigo negro. La bipolaridad estética de aquel hombre era asombrosa.

Kendo los seguía en otro vehículo a cierta distancia. Mirando a Rinna por el rabillo del ojo, parecía el tipo más feliz y despreocupado de la faz de la tierra; en cambio, él iba como un alambre solo de pensar que el rubio que tenía al lado era un asesino. Pero ahí estaba, conduciendo por una carretera de cabras a veinte kilómetros de Puerto Castro para inspeccionar la casa de la primera chica. Rodrigo había hecho varias gestiones con la familia, la cual le había

indicado que, hasta que terminara el mes, la casa seguía alquilada porque tenían que sacar las cosas de su hija y vivían en el otro extremo del país.

—¿Si el guardaespaldas ese está detrás de nosotros, mi compañera fue sin escolta?

Marcelo observaba a través de la ventana el campo baldío que tenía a su derecha.

—Que no veas a nuestros hombres no significa que no estén. Voy a tutearte, así que haz lo mismo. —Ladeó la cabeza hacia el hombro izquierdo y le sonrió—. Seamos… amigos…

—Yo no soy amigo de la mafia.

—Mmm… Bueno, nunca se sabe. Por cierto, me dijo un pajarito que estuviste casado con la inspectora.

Kai giró a la derecha, entró en un pequeño pueblo de cuatro casas mal alineadas y enfiló un caminito estrecho hacia varios bloques de edificios de cuatro plantas que parecían más nuevos. Miró el navegador.

—Mi vida privada no considero que sea asunto tuyo, Rinna. Creo que ya hemos llegado.

—Tienes un carácter de mierda, amigo.

Se lo decían a menudo.

Había una mujer bajita de unos sesenta años en la entrada del portal esperándolos. Les entregó las llaves y dijo:

—La agencia inmobiliaria recogerá las llaves en dos semanas, de momento las tengo yo. Su madre me avisó de que iban a venir. Esa mujer lo está pasando muy mal.

—Gracias. Es usted muy amable —comentó Kai—. Estaremos solo un rato.

—Vivo en el piso de abajo, así que llamen a mi puerta si necesitan algo.

Los siguió hasta el interior del portal; la llave tenía una pequeña etiqueta con el piso y la puerta.

—Su prima era una buena chica. Porque son primos de Carla, ¿verdad? Hay que ver qué mala suerte tuvo para caerse así, eso solo

pasa en las películas —comentó con voz atribulada.

Rinna la miró de arriba abajo cuando la mujer le puso la mano en el hombro y lo frotó un poco en un gesto afectivo. Se apartó de ella con cara de asco.

—Señora, no se preocupe, la avisaremos. —Kai entró en el ascensor—. Le prometemos que no tardaremos nada.

—No, por Dios, tómense su tiempo. Los recuerdos son importantes y todas sus cosas están ahí arriba. Es normal que la familia…

La puerta se cerró y la mujer dejó de hablar.

—Joder, qué pesada la tía —ladró Rinna.

El dúplex era grande y había un orden casi enfermizo. Hasta la ropa de la habitación estaba organizada según el color, pero no había fotografías de la familia, ni siquiera de amigos. Carla Llaneza solo tenía un retrato suyo encima de la mesita sonriendo frente a un paisaje boscoso.

—Qué poco gusto con la moda —rumió Rinna ojeando unas chaquetas—. ¿Qué se supone que buscamos?

—Nada y todo.

Kai se acercó a las escaleras por donde había caído y luego entró en una habitación que Carla usaba como despacho. Sobre la mesa había un ordenador portátil y un montón de papeles. Le echó un vistazo a los documentos: facturas, más facturas y un contrato de arrendamiento del piso en el que vivía. Poco más. Después de examinar toda la estancia y el interior de los cajones, salió al pasillo, lo enfiló y regresó a la habitación, donde Rinna se miraba en el espejo con una pashmina enrollada al cuello.

—¿Qué demonios haces?

—Es lo único que merece la pena de todo su vestuario.

Volvió sobre sus pasos y examinó el resto de la casa. Abajo había una cocina, el salón y un aseo. Sobre la mesa de la sala de estar había una pequeña agenda de esas que ya nadie usaba con varios teléfonos. Los ojeó y se la guardó en el bolsillo del abrigo.

—Ya es tener mala suerte romperte la cabeza por las escaleras. —Rinna le pegó un susto que casi lo mata.

Se acercó a la ventana y apartó la cortina. Kendo se mantenía inmóvil junto al otro coche mientras fumaba un cigarro. A la derecha había un pequeño parque con un banco y una fuente de piedra. Una pareja paseaba con un perro pequeño por él. Algo le llamó la atención. Había una figura inmóvil un poco más a la derecha de la fuente, vestido con un plumas con capucha.

—Rinna.

Marcelo se acercó y se colocó tan pegado a él que Kai sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Su perfil era el de una mujer y se lo quedó mirando.

—Un parque… Hay alguien observando los vehículos —susurró el mafioso con una calma absoluta. Sacó su móvil, marcó un número y esperó. Kendo cogió el teléfono—. Detrás de ti, en el parque. Chaqueta verde, capucha, pantalón oscuro, creo que negro.

El guardaespaldas lanzó la colilla, pero, en vez de enfilar de frente, hizo un giro y se metió por la derecha. La silueta vigilante no se dio cuenta de su aparición hasta que lo tenía encima.

—Si echa a correr, es nuestro chico —murmuró Rinna sonriendo.

—No parece que…

Nada más ver a Kendo, se volvió bruscamente y salió corriendo. El guardaespaldas se lanzó a por él, pero patinó sobre un lecho de hojas y eso le hizo perder unos segundos.

—¡Mierda! —Kai salió disparado hacia la puerta. No tenía muchas ganas de correr.

—¡No hace falta ir! ¡Mi hombre nos lo traerá!

—¡Vamos, Rinna!

—Ja, ja, ja. Me encanta. —Kai tropezó con un peldaño cuando trató de bajar los cinco pisos saltando tramos de escaleras. Rinna lo levantó de un tirón de brazo. El tío parecía una damisela, pero tenía fuerza—. Ese es el problema de la policía española: algunos necesitáis un poco de ejercicio para poneros al día. ¡Te noto algo gordito, inspector!

Cruzaron la calle, o, más bien, Kai cruzó la calle porque a Rinna lo dejó atrás; la figura atravesaba una vía vacía con Kendo pisándole los talones. Estuvo a punto de pillarlo, pero le hizo una finta y cambió la dirección saltando por encima de un arbusto. Estaba delgado y corría como un demonio. El guardaespaldas se quedó atrás, y él sorteó varios contenedores y cruzó hacia el parque.

—¡Eh! ¡Te recomiendo que pares!

La figura se metió bajo una arcada que daba a una especie de parque de perros y, cuando saltó una barandilla, dio un giro y se topó de frente con Rinna, que apareció de la nada y le dio un puñetazo en la cara con un movimiento limpio y seco. El extraño cayó al suelo en forma de estrella de mar mientras Kai llegaba ahogado junto a Kendo.

—Joder…

—Me hice la manicura hace unos días y tengo que romperle la boca a este tío.

—¿De dónde sales?

Rinna se agachó para quitarle la capucha. Aquel tío había corrido más que él y ni siquiera parecía fatigado. Sintió una punzada en su orgullo.

—Soy ágil, inspector. Veamos qué tenemos aquí.

Los dos observaron el cuerpo desmayado; pelo largo y negro. Era una mujer.

—Ja, ja, ja… Acabo de tumbar a una gacela.

—Mierda, es casi una cría.

***

Bernabé sujetaba la camisa de Martina con fuerza mientras se balanceaba casi a punto de caer de espaldas por las escaleras metálicas. Oyó cómo la tela se rasgaba y vio sus ojos azules brillantes delante de ella. Notó el tirón y, al instante, estaba pegada a él con el corazón a mil por hora y el sujetador al aire.

—¿Está bien?

Había estado a punto de romperse la cabeza cayendo por una escalera de metal que debía de tener la altura de dos pisos.

—Sí, mierda… Vaya a por él, joder. No…

—No se preocupe por eso. Mis hombres se ocuparán.

Se abrochó el abrigo con urgencia y entró tras él en la garita. Había una nevera pequeña en un rincón, de la que Rinna sacó una botella de agua y se la entregó. Se escuchaba a un hombre gritar que lo soltaran. Cuando Martina se volvió, lo vio subir a trompicones con uno de los tipos. Lo llevaba agarrado por la nuca mientras le daba empujones. Los trabajadores del almacén habían vuelto a su labor tras el trajín. Rinna giró la varilla de los estores y aisló la garita del exterior.

—Siéntate, Norman.

—Yo no he hecho nada. ¡Nada! —Contrajo la cara en una mueca de dolor cuando el guardaespaldas lo sentó bruscamente y lo sujetó por el hombro—. Les juro que yo no hice nada.

—Si uno no hace nada, no sale corriendo como un loco, Norman —dijo Rinna apoyándose en la mesa—. Permíteme que dude de lo que dices.

Sus manos mugrientas por el aceite de alguna máquina temblaban. Intentó levantarse, pero la presión de la mano del hombre que tenía detrás se lo impedía.

—Oiga…

—¿Qué pasó la noche en que apareció la chica, Norman? Dime. Creo que sabes algo.

—¡No! ¡Qué va! Yo no sé nada.

Rinna se arremangó hasta el codo. Sus tatuajes eran sutiles, pero le cubrían los antebrazos. La calma seguía ahí, no había nada en él que denotara prisa, ansiedad o duda.

—Voy a preguntártelo otra vez —susurró inclinándose un poco sobre su cara—. Y te aseguro, Norman, que, si no me dices la verdad, haré que te tiren al mar. No van a encontrar de ti ni siquiera los dientes, y antes te torturaré, empezando por cortarte esa lengua, que solo dice mentiras. Yo mismo. ¿Y sabes por qué?

El tipo negó despacio con los ojos anegados en lágrimas. Le temblaba el labio inferior.

—No…

—Porque todo esto es mío. Todo.

—Solo… Solo me fui un momento porque me pagó bien… Me dijo… Yo no sé nada de esa chica.

Hizo una pausa.

—¿Te dijo?

—Arty me dijo que me pagaría tres mil euros si me iba a tomar un café durante una hora. Supuse que tenía algún chanchullo, pero me daba igual. ¡Todos tienen sus putos chanchullos aquí! Oiga, cuando apareció la cría, me entró el pánico porque fue esa noche y yo no…

—Parece que Arty tiene mucho que ver con todo el asunto. —Bernabé Rinna se acercó al escolta—. Busca la dirección de ese hombre, iremos a verlo.

—No me maten —suplicaba muy bajito Norman. Martina se acercó a él—. No me maten, por favor. No me maten.

—Tranquilo.

—¡No me maten! —Temblaba y se le caían los mocos. Estaba encorvado y sus hombros vibraban cuando sollozaba.

Rinna regresó junto a Norman, se acuclilló frente a él y sonrió.

—Vas a hablarme un poco de todos esos chanchullos, Norman. ¿Qué te parece?

—Yo no sé nada. Solo son dimes y diretes de los hombres que…

Se interrumpió cuando Bernabé se levantó y, sacando una pistola, se la puso en la cabeza.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —Martina hizo el amago de acercarse.

—Ni se le ocurra… —susurró. Luego se volvió hacia el trabajador, que lloraba más fuerte—. Norman, te lo voy a volver a preguntar una única vez.

—¡Rinna!

—Le juro por Dios que yo solo sé…

—Háblame de los chanchullos, amigo.

—¡Solo son pequeños hurtos de cocaína! ¡Es lo único que sé! ¡Se lo juro por Dios! ¡Se lo juro!

El italiano le empujó la cabeza con el cañón de la pistola y Norman se orinó encima.

—Le estoy diciendo la verdad. ¡Dios mío! ¡Le estoy diciendo la verdad! ¡No sé nada más! ¡Cogen pequeñas partidas de mercancía! ¡Es lo único que sé! ¡Lo juro!

—¡Rinna!

Martina estaba a punto de sacar la pistola que llevaba oculta cuando Bernabé bajó la suya.

—¡Así que supongo que cuando pasó lo de la cría estaban robando algo! ¡Yo no lo sé! ¡Se lo juro!

—Deja de llorar, Norman.

—Santo Dios… —Martina se apartó el flequillo de la cara. Estaba sudando. La determinación de Rinna la había convencido de que iba a pegarle un tiro en la cabeza a aquel hombre.

El escolta lo agarró por el brazo y lo sacó de la garita. Bernabé se pasó el dorso de la mano por los labios. Luego se giró hacia ella y la miró.

—Es la última vez, inspectora, que se mete en medio de mis asuntos.

—¿Cree que le iba a dejar matar a ese hombre?

Lo miró furiosa cuando a él se le escapó una suave risa.

—¿Cree que lo ha salvado?

Martina se volvió hacia la puerta y, cuando estaba a punto de salir disparada de allí detrás de los dos hombres, notó la mano de Rinna en el brazo.

—Ni se le ocurra.

—No voy a permitir que mate a un hombre inocente que…

Bernabé le observaba la boca.

—¿Dónde cree que está? No acaba de entender que hay ciertas líneas que no se deben pasar. Está investigando un crimen, no cómo gestiono yo mis negocios.

—No voy a dejar que…

Tiró de ella y Martina se revolvió.

—Cálmese, inspectora.

—No puede matar a ese hombre. No puede… Tiene una familia y tiene…

—¿Se cree que, si dejo a ese hombre vivo, no seguirán robándome?

—Está loco y…

—No vaya por su cuenta. No se lo voy a repetir más. Y no me diga lo que puedo o no puedo hacer… —Sonrió con cierta tensión—. No lo haga…

—Ese hombre no ha hecho nada.

—Sí, lo ha hecho y lo sabe… La avisaron, y sigue metiéndose donde no debe.

Martina se zafó de él y, dando un paso atrás, se apartó el pelo de la cara.

—El día que tenga hijos y…

—Tengo dos hijas, inspectora —la interrumpió—. Dos hijas que perdieron a su madre en un tiroteo por tipos como el que acaba de ver. Sí, es cierto, mi esposa formaba parte de todo esto, no lo voy a negar, pero por despistes como este ella no está aquí y mis dos hijas son huérfanas de madre y así seguirán el resto de su vida, así que no me diga que no sé lo que es una familia y deje de mirarme con esa arrogancia y superioridad. No dirijo una ONG, esto no es un juego, inspectora. Cada eslabón suelto tiene unas consecuencias y la mentira, la más mínima, también. Nos jugamos la vida todos los días. No voy a permitir que me diga lo que tengo o no tengo que hacer en mi trabajo.

Martina arrugó la nariz en un gesto de odio y luego suspiró.

—No puedo aceptarlo, joder.

—Lo sé —dijo con suavidad—. Y no le pido comprensión, solo que no se meta. Vamos, pasaremos por una tienda para que se compre una camisa. No puede ir así.

Se le había olvidado totalmente que estaba medio desnuda debajo del abrigo. Rinna abrió la puerta de la garita.

—Iremos a ver a ese tal Arty, aunque no me da muy buena espina.

Martina observó el almacén; los hombres trabajaban sin inmutarse. El calor allí era constante, el traqueteo de los rodamientos de los carros que trasladaban los palés cada vez sonaba más o quizá era ella la que en aquel momento era consciente otra vez de lo que tenía alrededor. Contempló la espalda de Rinna, quien ya bajaba por las escaleras, y se dio cuenta de que pasara lo que pasase no iba a poder hacer nada. Su padre la había avisado.

—Mierda… —susurró. Luego bajó tras él.

Cuando salió del almacén, el olor era diferente; algo rancio flotaba sobre ellos. Los trabajadores del muelle trataban de disimular su curiosidad, pero lo único que esto hacía era que parecieran pequeños rateros acechando en las esquinas. Vigilantes, seguían la comitiva y se preguntaban, seguramente, quién demonios era ella. Rinna tenía razón, quizá debía fingir un poco más, su actitud altiva iba a meterla en problemas, pero le resultaba tan difícil soportar ciertas cosas…

—¿Vamos?

Bernabé la miraba desde el coche sujetando la puerta. Su escolta ya estaba al volante y ni rastro del tal Norman. No quería preguntarle, no quería imaginar nada. Solo quería ver a ese tal Arty y lograr alguna pista de quién había matado a aquella chica. Y volver a casa…

—Vamos.

***

—¿Y si le das más fuerte en la cara?

Kai miró de reojo a Marcelo mientras daba suaves palmaditas en la cara a la chica. Por suerte para todos, trasladarla hasta el piso fue cuestión de segundos. Kendo, aquel gigante enorme, la cargó como un fardo y atravesó la calle a una velocidad fuera de lo normal.

—Con el puñetazo que le has dado es suficiente.

La chica soltó un suave gemido; tenía el labio partido e hinchado.

—Oye, que pensé que era un hombre.

—Vamos, despierta. —Kai la zarandeó un poco y la chica abrió los ojos—. Eso es…

La joven observó el techo, luego miró a Kai y, cuando fue consciente, se incorporó bruscamente y trató de recular, chocando con el respaldo del sofá.

—No me toque…

—Calma, tranquila. Te confundimos con un maleante y…

—¿Maleante? ¿Quién dice eso hoy en día? —Rinna se rio.

La chica miró a Marcelo totalmente desubicada. Kendo entró en el salón con una bolsa de hielo en la mano y se la ofreció.

—Ponte esto en la boca —dijo el mafioso.

Ella la cogió con recelo y se la apoyó en el labio con un gesto de dolor.

—¡Me han dado un puñetazo!

—Oye, que trataste de escapar.

—¿Me puedes decir quién demonios eres? —preguntó Kai.

—¿Quiénes son ustedes más bien? ¿Y qué hacen en casa de mi amiga?

Amiga.

Kai suspiró.

—Soy… —lo más fácil resultaba decir que era policía, pero eso lo metía directamente en un problema del que no iba a salir— detective, contratado por la familia, y estoy aquí para averiguar qué le pasó a Carla Llaneza.

—¿Ahora se dan cuenta?

—¿De qué hablas?

La chica se enderezó, sentándose mejor en el sofá, y se desabrochó el plumas.

—Se lo dije a esos policías, pero no me hicieron caso. Carla llevaba semanas muerta de miedo porque decía que alguien se metía en su casa. —Miró a Kendo y frunció el ceño—. Ese no tiene pinta de detective.

—Oh, no. Ese es…

—Seguridad privada —interrumpió Kai antes de que Marcelo metiera la pata hasta el fondo—. ¿Cómo te llamas?

—Maya Prida. Pasaba por delante del edificio cuando los vi. Me extrañó mucho y pensé que eran ladrones o…

Echó un vistazo a su alrededor, se quitó el hielo de la boca y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Mierda… Dicen que mi amiga se cayó por las escaleras, pero no tiene sentido. Carla dormía fatal. Llevaba tiempo viendo que tenía mala cara, pero hasta que la cosa se complicó no me lo contó; le daba vergüenza. Decía que oía ruidos y que le hablaban.

—¿Le hablaban?

—A través de las paredes.

Marcelo miró de reojo a Kai.

—Vale… —susurró el inspector frotándose la sien—. ¿Tenía novio? ¿Se veía con alguien?

—Sí. Con un chico que trabaja en un bar en Puerto Castro. Se llama Mateo, pero por lo que yo sé, no era nada serio.

Maya trató de arreglarse el pelo, una hoja le colgaba de un mechón y se la quitó. Cuando miró a Kai, tenía la misma expresión que solía poner Martina justo antes de una discusión. Luego desvió la vista hacia Rinna, que jugueteaba con una bufanda que había en un perchero anclado a la pared.

—Me habéis roto el labio.

—Ah, solo fue un pequeño golpecito —dijo Marcelo—. Creí que eras un hombre.

—Maya, necesito que mantengas en secreto que estamos buscando pistas para la familia —dijo Kai—. Y también que hagas memoria y trates de decirme todo lo que te resulte importante: si se llevaba bien con ese chico, la dirección del bar, todo lo que consideres relevante. Si tu amiga no se cayó por la escalera, es…

—No recuerdo nada especial, salía con él, pero no es que fuera una relación seria, se estaban conociendo y poco más. Ella solía ir al bar, alguna vez fui con ella, pero… ¿Esos putos policías a los que

perseguí por fin se han dado cuenta de que no mentía? —Lo dijo de golpe como si hubiese percatado en ese mismo momento—. No puede ser. Su familia al final me creyó, ¿es eso? Cuando mi amiga murió, intenté explicarles lo que pensaba, pero me sentía una mierda y los gilipollas de los policías me ignoraron totalmente. ¡Les dije que había algo raro!

La chica de la que había hablado Marco parecía ella.

—Es lo que estamos intentando averiguar.

—Lo sabía… Sabía que mi amiga no estaba loca.

Kai le pidió su móvil y la chica se lo entregó titubeante tras desbloquearlo.

—Este es mi número, te lo pongo en la lista de contactos por si recuerdas algo más. —Se hizo una llamada desde el teléfono de Maya y guardó el número de ella.

Cuando la joven se fue, él sujetó el papelito donde le había apuntado la dirección y el nombre del local de ese tal Mateo. Rinna, a su lado, ojeaba la calle desde la ventana y la diminuta silueta de la chica, que se alejaba por el parque. Hizo una foto a los datos del camarero, anotó su nombre y se lo pasó a Martina y Rodrigo con un mensaje: «Iré a hacerle una visita. Mateo estaba enrollado con Carla».

—Estaba loca —dijo el italiano. Kai resopló—. ¿Le hablaban las paredes? ¿En serio? Eso les pasa a los tipos que se meten un viaje de ácido. Suelo verlo a menudo, inspector. El LSD provoca alucinaciones, cambios de estado de ánimo. He visto a tíos aterrados por cosas que no existen.

—El informe forense no reflejaba ningún tipo de droga en su organismo. El LSD se detecta en el cabello hasta pasados los noventa días, en orina, cuatro días, y en sangre, unas doce horas.

—Pues no descartes algún trastorno. No tiene sentido.

—Vamos. Quiero ir al bar a ver a ese tipo y luego al otro piso.

Marcelo Rinna dio una palmada y pasó contoneándose a su lado.

—¡Perfecto! De camino tengo que parar un momento en un sitio.

—Oye, ¿te resulta divertido todo esto?

Marcelo se volvió.

—Pues sí. ¿Hay algún problema?

¿Para qué iba a decirle que sí si en el fondo era consciente de que a aquel hombre le importaban tres cojones las muertes de las chicas? Se quedó un instante en silencio y Rinna se pellizcó los pelitos de la nuca, luego esbozó aquella sonrisa de lunático rasgando mucho los ojos y murmuró:

—Inspector…, vivo rodeado de muerte. ¿Cree que esto me resulta una novedad?

—¿Dónde quieres parar? Porque estoy trabajando y no voy a hacer de taxista para ti.

—Solo será un momento. No seas rompehuevos. Te lo diré por el camino.

¿Por qué tenía la sensación de que no le iba a gustar?

***

La casa del tal Arty parecía que se iba a caer en cualquier momento. Una vivienda de una planta destartalada y marchita con un interior probablemente decorado por alguien con muy poco dinero y menos gusto. Había dos sillas con el tapizado gastado, una pequeña mesa de madera con una de las cuatro patas rotas y un sofá, en el que nadie se sentaría por miedo a coger el tifus. Dos polvorientos cuadros de caza del siglo pasado resaltaban en la pared, que en otro tiempo debía ser blanca, pero que en ese momento tenía un tono gris ceniciento por la porquería acumulada. Encontraron restos de comida en la cocina, platos apilados de semanas, por no decir meses, en el fregadero y una estantería con las puertas inferiores abiertas a la derecha. Martina rozó una de las cortinas al pasar hacia un pasillo y una nube de polvo flotó sobre ella.

—Santo Dios… Está lleno de mierda.

El que no parecía preocupado por la porquería reinante era el italiano y el tipo que iba detrás de él. Martina seguía a la comitiva

por el pasillo. Había un aseo a la izquierda y una puerta al final, cerrada.

—Qué asco —susurró ella al observar que el baño estaba aún peor que el resto de la casa—. ¿Cómo se puede vivir así?

—Se sorprendería de la cantidad de personas que lo hacen, inspectora. —Rinna apoyó el cañón de su pistola en la puerta y empujó despacio. Esta crujió al abrirse con un ruidito discordante y tenebroso. Martina trató de avanzar, pero el escolta la frenó con un gesto de la mano, algo que la sorprendió.

—No se mueva de ahí, inspectora.

¿Aquel hombre la estaba protegiendo? Culebreó zafándose de la garra del hombre y se situó detrás de Bernabé. Este la miró de reojo.

—Mierda…

—¿Qué?

Arty estaba en la cama, con tan solo un calzoncillo puesto, totalmente espatarrado y su nariz apuntaba al techo. Todo él presentaba un color cerúleo y su abdomen parecía inflado y algo verdoso. Martina se tapó la boca con la mano y entró en la habitación con Rinna.

—Creo que Arty no va a poder contarnos nada —comentó el italiano.

Los ojos del hombre estaban hundidos y parecía que la piel estaba rugosa. Martina conocía bien el proceso de descomposición y estaba claro que aquel tipo llevaba más de veinticuatro horas muerto. Sobre la mesita había una papelina con restos de polvo blanco, un reloj y un vaso de agua.

—¿Es una sobredosis?

—No lo parece.

Rinna guardó el arma, se inclinó un poco sobre él y señaló unas marcas en el cuello.

—Eso que hay ahí no parece hecho por el efecto de las drogas, querida.

No estaba segura de si esa era la causa de la muerte. Se fue hacia el armario, sacó un pañuelo y abrió la puerta ayudándose con él. Dentro solo había una manta, algo de ropa y un par de zapatos.

—¿No había una técnica sexual para tener placer mediante el ahorcamiento?

Martina se sorprendió al escuchar por primera vez el castellano del escolta cuando preguntó aquello. Su jefe se rio.

—Hipoxifilia, creo que se llamaba —respondió él.

—Ya. Pues no se me ocurre a quién le puede dar placer follar en este cuchitril. —Martina cerró el armario y se volvió hacia los dos hombres—. Este sitio es asqueroso.

Había una prenda hecha una bolita junto al cadáver y Bernabé la señaló.

—A cualquiera que necesite meterse un par de rayas por la nariz. Eso creo que son unas bragas. Si llegamos a saber que aquí hay ropa, no hubiésemos parado a comprar su camisa.

—Santo Dios, qué puto asco.

Rinna pasó a su lado y susurró:

—Seguro que usted tiene más de una fantasía erótica rara.

Martina parpadeó.

—Matarlo a usted.

—Bueno, eso cuenta como fantasía —respondió firme—. Creo que va a tener que llamar a su caballería encubierta para que limpien esta mierda, pero antes…

Se fue hacia unos pantalones que descansaban en un lateral de la cama y buscó en los bolsillos. Sacó el móvil de la víctima y se lo dio al escolta.

—Averigüemos quién es su camello y tendremos a quien me está robando.

El brillo del pasillo a causa de la luz que entraba por una de las sucias ventanas se hizo más potente cuando alguien abrió la puerta y los tres se volvieron. Rinna sacó su pistola y Martina pasó a su lado haciendo lo mismo.

—¿Dónde cree que va, inspectora?

Ella giró bruscamente la cabeza para indicar el pasillo y salió despacio.

—¡Cari, he llegado! —dijo una voz pastosa de mujer.

Los dos se miraron y el escolta susurró algo.

—Voy a dejar algo de comer en la cocina. —Hubo una pausa—. Eres un puto cerdo, Arty. Todo está lleno de mierda y…

La mujer, de unos treinta años, con el pelo rubio pajizo mal teñido y unos pantalones de leopardo, se volvió hacia ellos, soltó la bolsa y chilló. Primero miró a Martina y luego a los dos hombres. Dio un paso hacia atrás levantando las manos y, al chocar con la encimera de la cocina, la pila de platos se tambaleó y comenzó a caer hacia un lado.

—¡No me hagan nada! ¡Yo solo he venido a dejar comida!

—Aquí tenemos a la dueña de las bragas —dijo Rinna.

—¿Qué?

Martina se acercó más a ella sin bajar el arma.

—Siéntese.

—¿Que me siente? ¿Dónde?

Cierto; la mesa cutre que había en la cocina no tenía sillas, así que Martina apuntó al salón y le indicó el sofá, aunque temía que si esa mujer se sentaba allí iba a pillar la muerte, pero a ella le dio igual. Correteó hacia él y se sentó bruscamente.

—Sea lo que sea en lo que esté metido ese gilipollas, yo no tengo nada que ver —dijo nerviosa—. Yo solo he venido a traer comida a ese gilipollas, cree que tiene COVID y…

—Ese gilipollas está muerto —dijo Rinna.

La mujer abrió la boca, pero luego la cerró.

—¿Qué? ¿Muerto? Pero ¿qué dice?

La mujer se levantó como un misil, esquivó los cuatro muebles, pasando junto al escolta, y corrió por el pasillo. Martina la siguió, pero ella entró en la habitación y soltó un alarido. Cuando se giró, chocó con ella.

—¿Se ha vuelto loca? ¡No puede entrar aquí!

—¡Suélteme! —exclamó mientras la arrastraba la inspectora de vuelta al salón—. ¡Le he dicho que me suelte! ¿Quiénes son ustedes?

—La pregunta es quién es usted —dijo Rinna.

—Oiga, ponga el culo en el puto sofá. —Martina la empujó y la chica cayó en el sofá levantando otra nube de polvo—. Y cálmese. Es un buen momento para que me explique de qué conoce a Arty y quién es usted.

La expresión apagada en los ojos de la chica y su piel seca y excesivamente arrugada para sus treinta y tantos denotaban malos hábitos y muchas noches sin dormir.

—Arty… es mi hermano.

—¿Su hermano?

—Pero ese que está en la habitación no es mi hermano.

Martina y Rinna se miraron.

—¿Cómo?

—Que ese que está ahí no es Arty.

***

Kai miró el sonriente rostro de Marcelo cuando regresó de una tienda de trajes a medida en mitad de Puerto Castro. No podía creerse que le hubiese hecho parar allí para recoger un encargo en mitad de una investigación, pero aquel tipo iba a su ritmo y estaba claro que no era el mismo que llevaba él, cosa que no debía extrañarle. A poca distancia estaba el bar del chico que Maya les había indicado que salía con Carla Llaneza, así que dejaron los coches aparcados en una zona de estacionamiento gratuito y caminaron hasta allí. Él creyó que el local estaría cerrado por la hora, pero por suerte también tenía cafetería y en ese momento estaba en su apogeo con un grupo de trabajadores desayunando dentro. Un chico alto y moreno recogía tazas en la barra, había dos hombres de traje y corbata de pie, y el resto, sentados frente a las mesas.

—Pues sí que está animado el sitio. —Marcelo pasó junto a los dos hombres de la barra y se acomodó en la esquina más alejada, casi al lado de la puerta de la pequeña cocina, que se podía ver desde allí. El ronroneo de la cafetera sonaba de fondo y una risotada repentina le hizo lanzar una mirada furtiva a la mujer que se acababa de reír—. Pueblerinos…

—¿Eres siempre tan agradable con todo el mundo?

Rinna suspiró, feliz.

—Soy un encanto.

—Ya.

El bullicio inicial no tardó en disminuir; la gente regresaba a sus puestos de trabajo y, en cuestión de quince minutos, mientras ellos tomaban un café, el bar se quedó vacío. Cuando el chico salió de la barra y se puso a recoger las mesas, Kai le hizo un gesto y este se acercó.

—¿Tú eres Mateo?

Todas las paredes estaban cubiertas de carteles antiguos de publicidad, dando un aire *vintage* al sitio.

—Sí. ¿Los conozco?

Kendo estaba de pie junto a la barra bebiendo de una botella mientras ojeaba al tal Mateo con cautela. Este desvió la vista hacia Marcelo y luego muy despacio se giró un poco para examinar al gigante que tenía detrás.

—No, somos amigos de la familia de tu novia. Solo queríamos hablar un momento contigo, si es posible.

Puso un gesto de sorpresa y dejó la bandeja que llevaba sobre la mesa de al lado.

—¿De Carla? ¿Qué pasa con ella?

—Bueno, lo que ocurre es que su familia quiere averiguar un poco quién estaba cerca de ella. Según parece, no pasaba por un buen momento y queríamos preguntarte si estabas al tanto de ello.

—¿Son policías?

—No.

—Entonces, si no son policías, ¿por qué tengo que…?

Kai se apoyó sobre la mesa bajo la atenta mirada de Rinna, que estaba repantingado en la silla con una sonrisita pícara.

—Soy detective, que es parecido, pero, independientemente de eso, solo son unas preguntas. No entenderíamos que te negaras a responder siendo pareja de…

—Yo no era su pareja, solo un amigo que de vez en cuando…

—Follaban —aclaró Marcelo.

El chico lo miró.

—Algo así, sí. Nos veíamos alguna que otra vez; pasaba por aquí, tomaba algo, esperaba a que cerrara y luego, si cuadraba, pues acabábamos en la cama y poco más.

—¿Y notaste algo raro en ella antes de su accidente?

Mateo negó con la cabeza.

—No. ¿Qué voy a notar? ¿Piensan que no fue un accidente?

—No he dicho eso, solo he dicho que su familia quiere saber por qué estaba algo… depre antes del accidente.

El camarero tenía unos ojos grandes y verdes, que los observaba con cierto viso de duda. Estaba incómodo, solo había que verlo. Cambió el peso de una pierna a otra y se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—Pues no lo sé, supongo que la pelea que tuvo con su mejor amiga unas semanas antes tuvo algo que ver, pero ya les digo que no es que tuviéramos ese tipo de relación para contárnoslo todo.

—¿Pelea con su amiga? —preguntó Kai—. ¿Estás hablando de Maya Prida?

—Sí.

—¿Qué pasó? ¿Te contó Carla algo?

—No, ya les digo que no tenía ese tipo de conversaciones con Carla —dijo y se puso a recoger la mesa de al lado—. Pero discutieron aquí una noche, no sé de qué ni por qué. Se pegaron unas cuantas voces y fin del tema. Maya se fue y Carla se quedó esperándome algo agobiada, luego se le pasó. Fin del asunto.

—Se le pasó follando.

Mateo se volvió hacia Rinna y sonrió de medio lado.

—Pues sí. Se le pasó follando —respondió con cierta arrogancia—. ¿Y qué? Las amigas suelen discutir. Cuando mi hermana vivía aquí, se pasaba la semana discutiendo con su mejor amiga, luego se les olvidaba y a otra cosa, tampoco es que le dé importancia. Además, me da igual.

—Y una duda, Mateo… —Marcelo hizo una floritura con la mano y Kai se levantó—, ¿tenía algún gusto rarito en la cama que…?

—¡Nos vamos! —ladró el inspector, interrumpiéndolo.

—¿Cómo?

Por suerte, Mateo no había escuchado la chorrada del italiano.

—Oye, Rinna —susurró Kai—, dudo que sea importante lo que hacían en la cama.

—No te haces una idea de la cantidad de cosas que se pueden saber a través de los juegos de cama de la gente.

—No me digas —dijo tirando de él—. Pues no me interesa. Venga. Dile a tu armario que nos vamos.

—Lo tienes a tu lado, te oye y entiende. ¿Por qué me agarras del brazo? No me gusta que me toquen.

—¿Ya se van? —Mateo los observaba cargando unos vasos.

—¡Sí! ¡Muy amable por atendernos!

—Oye, ¿sabes la poca gente que queda viva que me ha sujetado de ese modo? —Rinna se soltó de un movimiento de las garras de Kai y subió al coche—. Te salvas porque me caes bien… —susurró observándolo dar la vuelta al vehículo—. Y porque de momento no me queda más remedio.

—¿Qué dices?

Nada más sentarse, Marcelo se inclinó sobre él.

—¿Sabes lo que tardaría en apuñalarte ahora mismo, inspector? —Le miraba la boca—. Ni dos segundos. De hecho, ni siquiera lo verías venir. Sería un movimiento rápido, preciso. Sin fuerza… Una estocada corta en tu abdomen y se acabó…

—¿Me estás amenazando, Rinna? Porque no sé si se te olvida que soy policía.

El italiano sonrió.

—Solo te recuerdo… que mi aspecto y mi simpatía innata a veces engañan…

Kai pegó la cara a la suya un poco más y le sonrió de la misma manera.

—Tú no eres simpático, Rinna. La gente, cuando te ve, quizá inicialmente se quede algo…

—Descolocada.

—Sí, eso es, pero luego se te ve como una jodida maraca. Un psicópata narcisista sería la descripción exacta.

—Ja, ja, ja. No vas mal encaminado, pero si alguien puede detectar a un asesino, soy yo, dado que he crecido rodeado de ellos… Y te voy a decir una cosita más: ese chaval de ahí dentro está mintiendo o, como mínimo, oculta algo.

—¿Sí? ¿Y eso por qué?

—Intuición. Tengo mucha…

Se apartó despacio de él y miró al frente. Kai volvió a ver a una mujer cuando se puso de perfil.

—Si miente, lo sabremos, Rinna. Ahora tenemos que averiguar por qué discutió Carla con su amiga Maya.

Todavía faltaba visitar la casa de la otra chica, que estaba a muy poca distancia de allí. Kai miró el GPS y luego su móvil. Ni un solo mensaje de Martina. Tenía curiosidad por saber cómo le iba. Su día estaba siendo agotador y solo estaba empezando. No quería imaginarse cómo le estaba yendo a ella con aquel hombre en mitad de un muelle plagado de calaña de todo tipo.

***

Junto a la casa había una telaraña de cables de un tendido eléctrico que atravesaba el patio de atrás y se perdía tras una valla destartalada hacia una callejuela triste.

Ana, la hermana de Arty, se había ido con un agente que el padre de Martina había mandado y una ambulancia esperaba fuera con las luces encendidas. Bernabé Rinna observaba la calle de atrás

apoyado contra una columna que soportaba el porche mientras jugueteaba con una moneda, que pasaba entre los dedos con destreza.

—Tenemos que irnos de aquí. —Martina se guardó el móvil y se puso junto a él.

—A ver si lo he entendido bien, inspectora. Ese tipo de ahí dentro no es mi soplón, sino un posible amigo que, por alguna razón, ha muerto por los efectos de las drogas, aunque tiene marcas en el cuello.

—Eso parece. Esas marcas no son recientes, igual tuvo una pelea o sabe Dios.

—Ya. —Bernabé lanzó la moneda al aire, la cogió y se la guardó en el bolsillo del pantalón—. Un amigo de un soplón que la misma noche que mataron a la cría dejó de vigilar la zona del muelle porque posiblemente tenía algún chanchullo o quizá el chanchullo lo tenía con su asesino.

Martina se daba cuenta de adónde quería llegar.

—Oiga, Rinna…

—Si esta teoría cobra fuerza, tenemos un conflicto de intereses porque todo estaría relacionado. ¿Lo entiende?

Si el italiano tenía razón, la investigación iba a irse a la mierda porque la mafia resolvería de algún modo sus propios asuntos; daba igual si lo aceptaban o no.

—Creo que debemos encontrar a ese Arty para saberlo. Me gustaría que no sacase sus propias conclusiones.

De pronto Rinna se giró hacia ella y la miró desde arriba; Martina entrecerró los ojos y esbozó una especie de sonrisa tensa. Su mirada era tan intimidatoria que comprendía el pánico que podía llegar a provocar. Era el cabeza visible de la ‘Ndrangheta, el hombre que manejaba los hilos del tráfico de armas y drogas del grupo calabrés.

—¿Qué me mira?

—Mantenga la esperanza de que mi soplón solo sea un gilipollas que dejó libre el camino a su asesino. Si eso fuera así, los dos

saldríamos ganando; yo me ocuparía de los hombres que me roban, y usted, de su asesino.

—Puede hacer lo que le dé la gana porque coopera con policías, ¿verdad? Y se cree que las normas las pone usted.

—De hecho, las pongo yo.

—De momento —le espetó, dio un paso atrás, estaba demasiado cerca de ella—. Ya veremos si eso sigue así.

Rinna ladeó un poco la cabeza sobre el hombro derecho y la boca se le curvó.

—No me amenace, inspectora —susurró—. No lo haga. En serio, no es de mí de quien se tiene que defender. Su rabia tiene mucho más que ver con el hecho de que sabe que tiene compañeros y superiores corruptos, pero es una corrupción algo ambigua. Cooperamos para fines mucho más importantes y eso lo sabe, sabe que tiene que ser así. Sus corruptelas son insignificantes mientras consigan resultados. Digamos que es como robar un par de millones para alimentar a cientos de niños hambrientos… ¿Quién juzgaría ese acto? —comentó con cierto tono irónico.

Martina acarició el colgante de su cuello.

—Intereses políticos o sobornos —susurró—. ¿Me diría quiénes son?

Bernabé dejó escapar una risa encantadora.

—Ah, inspectora… Creo que esa información sería tan cara… Además, ¿de qué serviría que se lo dijera? ¿Cree que podría comenzar una batalla judicial contra ellos? Aparecería muerta en una cuneta y eso siendo positivos, y lo sabe…

—Sabe que no podría.

—Ya. Por eso es mejor a veces no saber las cosas.

Un grupo de vecinos cotillas se acercó por el follón en la casa. Martina los observó un instante. Sacó un caramelo del bolsillo, lo desenvolvió y se lo comió.

—Tenemos que irnos. —De pronto detectó una silueta entre dos casas que observaba agazapada, asomando la cabeza sutilmente. La

figura se balanceó un poco y, cuando la vio a ella mirando hacia allí, se ocultó—. Rinna…

—Lo acabo de ver. —Bernabé suspiró con calma—. Salga por la derecha y haga como si nada. Mi hombre está en la esquina. Vaya hacia él.

Los dos caminaron despacio hasta la valla, salieron a la calle y se fueron por el lado contrario.

—Siga de frente y vaya por detrás —le dijo Rinna y él se metió entre dos casas.

Se dio cuenta de lo que quería hacer y cruzó la calle. Un laberinto de casuchas de dos plantas se alzó ante ella, coronadas por tendales y ropa. Pasó por debajo de un toldo que amenazaba con caerse y giró en una esquina. La silueta que había visto desde la casa se había asomado por la calle que estaba al final, a pocos metros de donde se encontraba. Si giraba la esquina, se la toparía de frente. Se llevó la mano al costado, donde tenía el arma, y soltó el botón de la cartuchera, lista para atacar. Tres metros, dos… Oyó el llanto de un bebé a lo lejos y, justo cuando estaba a punto de llegar a la esquina, alguien salió de golpe y se le echó encima.

5
ROSAS MUERTAS - LA SEGUNDA ROSA

ELDA

La primera vez que ve el teléfono fijo de la casa le hace gracia. ¿Quién mantiene aquello cuando se tiene un móvil? Pero está de alquiler, ese teléfono no la molestará, así que decide dejarlo conectado, convencida de que se olvidará de él con el tiempo.

Pocas semanas después de mudarse, suena de madrugada. Nunca en toda su vida creyó que el sonido de un timbre tan común le iba a provocar aquel miedo cerval. Cruza el pasillo, se va directa al salón y se queda observándolo durante un momento. Cuando levanta el auricular y se lo acerca a la oreja, detecta aquel frufrú de algo al otro lado de la línea. No, no es un error, no es una conexión fantasma de esas que luego se cortan. Hay una persona al otro lado y parece respirar muy despacio. Pregunta quién es, pero nadie contesta y se finaliza la llamada. Posiblemente, sea un error, mañana lo verá como una estúpida anécdota sin más.

Pero varios días después vuelve a sonar de madrugada. Una vez más. Ella duerme profundamente y en sus sueños lo escucha. Confunde el soniquete con los restos de su ensoñación y tarda un buen rato en ser consciente de que timbra de verdad. Si hubiese sido un teléfono más moderno, habría podido ver el número. Quizá alguien se ha equivocado y llama desde algún país con un horario distinto al español; eso podía suceder. No obstante, esas ideas solo son ideas, piensa de camino al salón. Cruza descalza, descuelga el auricular y otra vez oye la

respiración: nítida, clara y lenta. No cree que sea un pervertido porque su sonido es más bien de agotamiento, de espera, de que simplemente está ahí. Pregunta quién es, nadie contesta y, cuando le dice que se ha equivocado y que va a colgar, al otro lado de la línea vuelve a sonar el ruido de tela y se corta la comunicación.

A la mañana siguiente, antes de irse a trabajar, se queda contemplando la calle a través de la ventana; puede ver el muelle a lo lejos. Aquel lugar parece bañado por una luz ambarina. Si tuviera tiempo y ganas, se sentaría a pintar aquel paisaje tan bonito. Desde que llegó, ha sentido que ese muelle tiene cierto magnetismo y a veces lo observa... y piensa que debería pasear por él cuando tenga la oportunidad y el tiempo. Mira su móvil, tiene un único mensaje de texto y eso la anima. La noche ha sido algo extraña; cuando se reúna a cenar, contará lo de las llamadas para ver qué opinión hay de ello. Seguro que es una estupidez, pero empiezan a molestarla y decide desconectar el teléfono para que no vuelva a pasar.

Ese martes, tras el trabajo y la velada, regresa a casa caminando y por primera vez siente que algo no va bien; el sonido de pasos detrás de ella la hace volverse, luego aquel maldito gato que sale de entre unos contenedores casi la mata de un infarto; se ríe durante un buen rato observando al felino corretear hacia el callejón más cercano. Al llegar a casa, se ha convencido de que se está volviendo paranoica; nadie la sigue, no sucede nada del otro mundo y pasa una noche tranquila, sin llamadas de madrugada, sin sonidos de teléfonos en sus sueños, ni miedo.

Pero, dos semanas después, el teléfono vuelve a sonar. De repente, a las tres de la mañana, cuando está segura de que...

Sí, lo había desconectado hacía tiempo...

6
MENTIRAS Y MEDIAS VERDADES

Martina estuvo a punto de soltar un grito cuando chocó con él. Esperaba que fuera el tal Arty; en cambio, con el que se estampó fue con el guardaespaldas, un tipo que debía de medir dos metros, de pelo cano y con una cicatriz en el ojo. Tras el susto inicial, la situación fue algo decepcionante, ya que estaba preparada para pelear. No era la primera vez que se encontraba metida en algún lío complicado. Siempre salía airosa, aunque muchas veces le habían dicho que se jugaba la vida con mucha facilidad, que debía ser más prudente y que en algunas ocasiones no pensaba en las consecuencias. Sin darse cuenta, había sacado el arma y apuntaba al gigante con los ojos chispeantes. Cuando fue consciente de que aquel hombre no era el que esperaba, soltó un resoplido y se guardó la pistola. Bernabé Rinna no tardó en girar la esquina.

—Se ha debido de meter por alguna callejuela. No lo vemos.

No podía permitirse que los pillaran en aquella situación, trabajar de ese modo tan encubierto era una auténtica mierda. Si un único vecino detectaba una pistola, llamaría a la policía y tendrían que dar explicaciones de demasiadas cosas, y ya estaban dando de más por culpa del gilipollas de la cama que había aparecido muerto. ¿Quién en su sano juicio podía correrse una juerga entre tanta mierda acumulada en la casa? Solo de pensarlo le daban escalofríos, pero la inmundicia no era algo que la pillara de sorpresa; había tenido que lidiar muchas veces con ese tipo de escenarios dantescos. Gente que vivía entre mierda, que comía entre mierda, que follaba entre mierda. La crudeza de la realidad cuando las drogas quitaban el poco sentido común que se tenía.

—Maldito Arty —susurró agobiada mientras ojeaba alrededor tratando de detectar a algún vecino cotilla en las ventanas—. No

podía ser tan fácil, supongo.

—Salgamos de aquí.

Ya en el coche de Rinna, no dejaba de dar vueltas a la cabeza. No quería que aquel caso provocara errores que hicieran que su padre tuviese que limpiar su mierda. Pensar en esa posibilidad la ponía de mala leche; jamás en toda su carrera había dependido de él, incluso había muy pocas personas que supieran quién era o qué relación tenían. Estaba tan absorta en sus pensamientos que tardó en darse cuenta de que le vibraba el móvil. Cuando lo miró, Rodrigo ya había colgado, así que lo llamó.

—Jefa.

—Perdona, lo tenía en silencio.

—¿Cómo va todo?

El joven era a veces como el hermano menor que nunca había tenido, aunque ella no era muy dada a las señales de afecto. Se percataba de que siempre que tenía algún caso complicado, él le preguntaba cómo estaba; no de un modo directo, pero lo hacía.

—Bien, un día de lo más extraño. Te lo contaré cuando regrese. ¿Tienes alguna novedad?

—Su pa… El teniente coronel me ha hecho llegar el ordenador portátil de la cría del almacén. Era el único dispositivo aparte del móvil que tenía en su casa y le he estado echando un vistazo. Jefa, ¿tiene cerca a Rinna? —preguntó bajando la voz.

Martina observó el paisaje a través de la ventana.

—Un poco.

—Le voy a pasar una imagen.

—Entiendo, no hay mucho, por lo que veo. Bien, luego hablamos.

Colgó la llamada, apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla y observó de reojo a Bernabé, quien iba absorto en su móvil.

Una notificación emergente le zumbó en la mano y abrió el WhatsApp. Rodrigo le había mandado una imagen de la hija de Ciro sentada en algún lugar del muelle. Cuando abrió la imagen y la expandió, vio al hombre que estaba a su lado.

—Me *cagüen* la puta —susurró.

Rinna la miró de soslayo, y ella se giró y le puso el teléfono delante de la cara.

—¿Qué demonios hace?

—Me ha mentido. Pare el puto coche.

***

—Me aburro. Me aburro mucho —se lamentó.

Kai se volvió hacia Marcelo Rinna, repantingado en el sofá de Elda Rivas. Había revisado toda la casa sin éxito y sin ninguna señal que lo llevara a pensar que había algo raro en la muerte accidental de aquella mujer. Una enorme puerta corredera separaba el salón del aseo, donde sucedió la tragedia. La bañera era grande, pero no tenía mampara; no pudo agarrarse a nada cuando resbaló.

—Por mí puedes irte si tanto te aburres —le dijo pasando a su lado.

Rinna movió la pierna aposta y lo hizo tropezar.

—Perdón, ha sido sin querer.

—Joder, trabajamos sobre conjeturas. Solo unos putos pétalos que no dicen nada. No vimos nada en la casa de Carla Llaneza y no vemos nada aquí. Tenemos una maldita discusión de amigas y un novio…

—Follamigo —lo corrigió.

—Da igual cómo lo llames. Un amigo con el que se iba a la cama y una amiga con la que Carla discutió y que dice que le hablaban las putas paredes.

Kai se fue hacia la ventana que daba a la calle y se apoyó en el cristal. Kendo permanecía de pie junto al coche fumando un cigarro.

—Que te hablen las paredes es un síntoma de que algo en tu cabeza no funciona bien, inspector. No sé lo que estamos haciendo, pero me divierto contigo.

—Estaba asustada… —susurró, y recordó en ese momento los comentarios bajo las fotografías de una tal Susana. ¿Qué era lo que

había escrito? Algo que ver con los comienzos, que eran difíciles o algo así—. Y Elda estaba preocupada…

Se volvió hacia Marcelo y regresó al cuarto de la chica. Una habitación sencilla con un escritorio y un montón de libros y papeles. Rebuscó entre la pila de hojas y apuntes; estudiaba inglés en alguna academia porque todo estaba lleno de libretas. Nada. Ni siquiera sabía lo que estaba buscando, solo revolvía toda aquella vorágine de papeles sin ningún sentido. Cuando regresara a la casa, tendría que hablar con el cachorro de Martina, ese Rodrigo. Debía conseguir el teléfono de Elda y hablar con Susana, pero volvía a estar en la misma situación; nada hacía pensar que las tres muertes accidentales tuvieran que ver con Valeria Lucas.

—Eh.

Rinna estaba en la puerta, apoyado en el marco con la mano en la cintura.

—¿Qué?

—Tienes una expresión salvaje que me pone. Eres algo torpe y primitivo trabajando, pero tiene su encanto.

—¿Tú de verdad eres así? No sé si tratas de provocarme, si en serio te ponen los tíos o esa apariencia tuya es solo para generar curiosidad o confianza porque, sinceramente, pareces un puto bailarín de *ballet* que no ha matado nunca a una mosca. —Zarandeó la mano en el aire—. Pero luego miras con esa expresión de psicópata que tienes, corres como un jodido galgo y tengo claro que sabes pelear. ¿Qué pasa, que los Rinna tienen recintos de adiestramiento en las guarderías? Ah, no sé ni lo que digo.

—Nunca se me habría ocurrido lo de las guarderías… —susurró pensativo. Sonrió—. Me halagas, inspector. Creo que de eso se trata. ¿De qué te sirve aparentar que vienes de la guerra de Irak con ese aspecto de…? No sé. ¿Si luego no puedes seguirle el ritmo a una chica de veinte años?

Kai se crispó.

—Pero ¿tú te crees que me pasó los días corriendo detrás de la gente? ¡Esto no es una puta película de acción, Rinna!

—Te ahogaste a los dos minutos.

—Veta a la…

De pronto sonó un timbre, que los hizo volverse. Un timbre de lo más llamativo porque era el sonido de un teléfono antiguo.

—¿Qué coño es eso? —Marcelo echó a andar por el pasillo seguido de Kai—. ¿Quién demonios tiene un teléfono en casa?

—Suena aquí mismo.

Apartó el sofá, había un cable negro conectado a una toma que serpenteaba por detrás de un aparador de madera. El cable se perdía dentro de una puerta. Habían metido el teléfono dentro del mueble. Rinna abrió la puerta y el inspector sacó el teléfono. Descolgó el auricular y se lo acercó a la oreja. Fue solo un instante, el sonido rasposo y breve de algo moviéndose al otro lado, luego la comunicación se cortó antes de que pudiera decir nada.

Se quedó con el aparato en la mano mirando a Marcelo durante unos segundos, luego dejó el auricular en su sitio.

—¿Qué?

—No sé. Se cortó o colgó. —Miró aquel teléfono de teclas rojo con los botones color crema cuadrados. Kai había tenido uno igual cuando era niño en casa de sus padres—. Santo Dios, tiene hasta la etiqueta encima de las teclas para rotularla con el número. Este teléfono es de los setenta. Yo tenía uno igual.

—¿Estos trastos ocultan las llamadas?

Kai dejó el teléfono sobre el aparador.

—No. Todas las líneas son rastreables, pero para eso hay que tener una denuncia o ser parte de una investigación. Mierda, dame un momento. —No iba a esperar, mandó un mensaje a Rodrigo pidiéndole el teléfono de este piso y de Susana, además de su dirección, y luego se fue al baño y se puso a abrir puertas y cajones.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Buscando medicamentos. Algo que me pueda decir si esta chica pasaba por un mal momento.

Rinna recibió una llamada mientras Kai sacaba cajas de paracetamol e ibuprofeno, pastillas de menta y jarabes para la tos.

Hablaba tan bien el español que se le había olvidado que era italiano, así que, cuando lo oyó hablar en su idioma, se quedó inmóvil para tratar de comprender lo que decía. Fue poco, palabras sueltas, algo que ver con su trabajo, aunque, por la confianza que parecía tener con el interlocutor, podría haber sido uno de sus otros hermanos. Cuando Kai colocaba de nuevo todas las cajas en el armario, detectó una de lorazepam en el primer cajón. En la caja estaba escrito con bolígrafo: «Para por la noche». Sintió el siseo del móvil, y vio la notificación emergente de Rodrigo con un número de teléfono: el de Susana.

Sin abrir el mensaje, memorizó el número y marcó. Susana no tardó en coger el teléfono y una voz suave le retumbó en el oído. Se presentó como un amigo de la familia que trataba de averiguar si algo iba mal, ella no preguntó mucho, no le resultó extraño, no dudó.

—¿Han acosado a alguien más?

Su respuesta en forma de pregunta lo dejó algo descolocado. Kai titubeó y dijo lo primero que se le pasó por la cabeza:

—Ah… Puede ser. ¿Podría decirme qué le estaba pasando a su amiga?

—Ese teléfono que tenía en casa. Sonaba cada vez más a menudo. De noche. Cuando tuvo el accidente se lo conté a la policía, pero no le vieron relación, así que tampoco es que hiciera mucho más. Para ellos resbaló, que a veces pasa. Tuvo mala suerte.

—¿Le habían recetado lorazepam por eso?

—No. —Se quedó un instante en silencio—. Se lo di yo. Dormía fatal y yo lo tomo por los ataques de ansiedad que tuve durante una época. Lo tengo en mi receta electrónica y…, bueno, pensé que no le vendría mal tomarse una pastilla si pasaba mala noche. Elda trabajaba con niños, era profesora en el colegio Sagrada Familia, se mudó a Puerto Castro por ese puesto y le costó un poco acostumbrarse. Pasar de vivir en Madrid a un sitio tan pequeño no es sencillo, aunque a ella le encantaba el pueblo, el paisaje y todo eso.

—¿Quién la acosaba?

—Ni idea. Solo la llamaban, poco más. Pero era desagradable y fue haciendo mella. Yo soy de Madrid y tuve que regresar cuando terminó mi contrato laboral allí, así que no hablaba tanto con ella los últimos meses antes de… Ya sabe.

—¿Tenía pareja o amigos aquí que estuvieran cerca?

—No. Solo compañeros de trabajo del colegio, que yo sepa.

—Bien, oiga, guarde mi teléfono por si recuerda algo que me sirva y muchas gracias por atenderme.

—Faltaría más. ¿Cómo se llamaba?

—Kai.

—Oiga, Kai. Sus padres son de aquí y tienen dinero, entiendo que lo contraten para ver si había algo en su vida, pero hay cosas que mejor no contarles. Son gente muy cerrada de mente y…

El inspector se estaba perdiendo.

—Perdone, ¿de qué está hablando?

Susana se quedó un instante en silencio y luego suspiró.

—Vale, ya sé por qué está ahí. Seguro que es su madre la que trata de dar algún sentido a la bronca que tuvo con ella. Se siente culpable.

—Culpable, ¿de qué?

—¿No se lo han dicho?

Kai miró su reflejo en el espejo sobre el lavabo.

—No.

—No aceptaban que a su hija le gustaran las mujeres.

Cuando colgó tenía a Rinna detrás. Era tan silencioso como una serpiente. Entró en el aseo, se fue directo al retrete y se puso a mear mientras él guardaba el resto de los medicamentos que había sacado. Cuando terminó, se lavó las manos con elegancia sin perderlo de vista por el rabillo del ojo. El inspector notaba aquellos ojos claros y maliciosos en el cogote. Estaba arrodillado en el suelo tratando de cerrar el cajón, que se había atascado, cuando miró hacia arriba y lo vio apoyado en el canto del lavabo contemplándolo fijamente. Kai entrecerró los ojos y murmuró:

—¿Siempre miras así a la gente?

—Sí.

—La amiga de Elda me ha dicho que ese teléfono sonaba de noche y, para aderezar la historia, que se llevaba mal con sus padres porque era lesbiana.

Rinna no dijo nada y Kai se incorporó.

—Seguimos con los malditos prejuicios y mira que yo soy cerradito de mente. ¿Tú lo llevas bien?

Marcelo levantó una sola ceja y parpadeó.

—¿Perdona?

—Digo que si tú lo llevas bien. Entiendo que te van los tíos.

—Oh… ¿Parezco marica?

El inspector frunció el ceño y durante un instante pensó que había metido la pata hasta el fondo, pero no tenía ni idea de cómo manejar esos temas tan delicados.

—Ah, yo qué sé, creí que…

—Te estoy tomando el pelo, inspector. No te pongas nervioso. A mí me gusta la gente; me da igual si es un hombre o una mujer. Si tu pregunta es si en mi casa se comprendieron mis gustos sexuales, te diré que sí. Mi padre llevó peor mis excentricidades, pero, por suerte, tengo tres hermanos que me adoran.

—¿Excentricidades?

—Ah… Es largo, prefiero no asustarte.

—¿Lo dices por la pinta de folclórica que tenías por la mañana?

Rinna, que se iba ya hacia la puerta, se volvió.

—Fol… ¿qué?

—Nada. Da igual.

Se giró de golpe y se le puso a dos palmos de la cara. Eran de la misma altura y eso hacía que sus narices se rozaran. Kai dio un pequeño paso atrás, pero Marcelo le siguió.

—Nunca me ha gustado que se juzgue a la gente por sus inclinaciones sexuales, sobre todo teniendo en cuenta que los mayores depredadores sexuales suelen ser heterosexuales con

mucho ego. Pero, al final, los fracasos también llegan cuando uno lleva… una vida ejemplar. ¿No crees, inspector?

—¿Eso es una pullita?

Marcelo sonrió.

—Pues sí. No te olvides de que lo sé todo de ti y tú de mí sabes lo poco que yo permito que se sepa.

—Yo sé que eres un criminal, Rinna. Un chico de menos de treinta años con demasiado poder. Alguien que mata y que trafica…

—Mmm… ¿Y en qué te diferencias de mí, inspector? Tú haces muchas de las cosas que yo hago amparándote en la legalidad, pero matas y también tienes poder. Muchos de los tuyos trafican, pactan, roban y mienten, y otros lo saben y miran hacia otro lado. ¡Oh! Y en el mundo en el que tú vives no existe el honor… ¿De cuantas personas te puedes fiar, inspector? Cuidado con poner la mano en el fuego por personas que crees fiables porque, cuando menos te lo esperes, te venderán para salvar sus putos y jodidos culos.

—Yo solo pongo la mano sobre mi honor y te aseguro que lo tengo…

—Ya lo veremos —dijo—. ¡Bien! ¡Tengo hambre! —Se dio media vuelta y se fue hacia la puerta—. ¿Nos vamos a comer?

***

El matón que conducía pegó tal frenazo que todos se fueron hacia delante y chocaron con lo que tenían más cerca. Su movimiento había sido tan brusco que el conductor pensó que había sacado un arma y le había apuntado a la cara a su jefe, pero lo que sujetaba era una fotografía. Martina se había agarrado con fuerza al asiento delantero y eso absorbió parte del movimiento.

—Calma —dijo Bernabé dirigiéndose a su hombre—. Seguro que la inspectora nos va a explicar este ataque de efusividad.

—Mire la foto.

Rinna observó la imagen un instante y luego sus ojos se movieron despacio hacia ella. El coche había quedado atravesado en medio de

un camino y había levantado una nube de polvo.

—Una fotografía de hace años no creo que sea importante.

—Creí que nos iban a dar toda la información. —Apretó con fuerza el móvil y volvió a percibir aquella frialdad en su forma de mirarla. Todo lo que rodeaba a esa gente era turbio; no había nada que no fuera sospechoso—. Conocía a esa cría.

—Nunca le he dicho lo contrario —susurró Bernabé—. Baje ese tono conmigo, no la aviso más. Y quíteme el teléfono de la cara.

—¿Me está…?

Con un movimiento veloz, Rinna le giró bruscamente la muñeca sin darle tiempo a reaccionar y le arrebató el teléfono. Y, en un alarde de poder, le quitó de paso la pistola que tenía metida en la cartuchera a una velocidad inhumana. Martina jamás había visto aquel juego de manos. ¿En qué momento se había olvidado de que aquel hombre estaba preparado para pelear? ¿Que toda su vida había sido dirigida para ese tipo de situaciones? Sacó el cargador con un movimiento veloz, se lo metió en el bolsillo de la americana y le lanzó la pistola sobre las rodillas.

—Me tiene harto, inspectora, y le aseguro que mi paciencia no es infinita.

El coche continuó la marcha con un derrape algo brusco.

—Esa imagen tiene cinco años. Fue de la última vez que estuve aquí. La hija de Ciro quiso hacerse una fotografía, fin del asunto.

—Ya.

—Es normal que les guste a las crías —susurró mirándola fijamente—. A una determinada edad, el poder atrae.

—Devuélvame el cargador.

—El cargador de momento se queda conmigo hasta que controle su maldita furia y esos prejuicios que tiene hacia mi familia.

Martina soltó una risita sarcástica.

—Prejuicios…

—Se supone que quiere encontrar a quien mató a la chica. Deje de perder su puto tiempo pensando que nosotros estamos involucrados. ¿Tengo pinta de disponer de tiempo para pasearme

con usted? Porque no lo tengo ni me apetece. Le estoy brindando la posibilidad de que conozca el entorno que rodea su muerte, que saque sus conclusiones y tenga información que de otro modo no tendría.

—Es usted un alma caritativa, vaya…

—No —le dijo inclinándose sobre ella—. No soy nada de eso. Mis intereses también están ahí. A ninguno de los dos nos conviene que esto salga a la luz, ¿no cree? Entonces deje de dar por el culo con sus paranoias y dedíquese a hacer su trabajo.

Martina lo agarró por la corbata y tiró de él hacia ella. Rinna arqueó las cejas y puso una rara expresión de contención.

—No le tengo miedo. No se olvide de eso. No soy uno de sus hombres, no soy una de sus víctimas. No va a intimidarme con esa expresión fría y esa forma de hablar que parece que está por encima del bien y del mal.

—Justamente en esa posición estoy…

Repentinamente, el italiano le apoyó la mano en la nuca, tiró de ella y con la otra se liberó la corbata. La atrajo más hacia él y se acercó a su oreja.

—Oiga, Rinna…

—Nunca he pensado que me tenga miedo, ya lo sabe. Pero… —Sus labios le rozaron levemente la oreja y Martina sintió un escalofrío—, como vuelva a sacar sus conclusiones, usted y yo vamos a tener más que palabras.

La inspectora trató de separarse, pero la tenía agarrada con firmeza.

—Esa niña apareció en mi almacén. La ‘Ndrangheta no toca mujeres ni niños. Y no me subestime ni me trate como a uno de sus putos colegas. No me hable como si me perdonara la vida… No lo haga. Detesto ese tipo de actitud. Estoy… siendo tan amable como la situación me lo permite, pero no juegue con mi paciencia. Y le voy a dar un consejo: no vuelva a hacer un movimiento como ese cuando esté cerca de mí. Hoy ha sido un frenazo, pero mañana puede ser un disparo.

La soltó bruscamente y ella se fue hacia atrás. Casi chocó con la ventanilla. Rinna se colocó la corbata con elegancia y se acomodó.

—Señor, ya tenemos la dirección —dijo el conductor ojeando su teléfono anclado en el salpicadero.

—Bien, pues vamos a por él.

—¿De qué habla?

—De Arty.

Se alzó un incómodo silencio entre los dos. Martina llegó a pensar que quizá se había precipitado, siempre había sido muy visceral y aquella cooperación era complicada para todos. De hecho, tal vez ella lo llevaba peor que Kai, aunque él era mucho más expresivo. Siempre había sido mucho más expresivo para todo. Pensó en Norman, el hombre aterrado que se habían llevado, por el que no había podido hacer nada y del que no sabía nada. Dudaba que lo llegase a saber, pero pensar en su destino hacía que se le revolvieran las tripas. ¿Qué habrán hecho con él? ¿Lo habrán matado? ¿Acaso para ellos era tan fácil matar a una persona cuando su único delito eran pequeños hurtos o, como mucho, tapar a otros en sus robos?

El coche giró por una carretera a la derecha que no estaba asfaltada y que daba a una zona de caravanas desangelada y vacía. No era un mes caluroso y resultaba difícil ver por allí muchos valientes. Junto al aparcamiento había una entrada hecha con maderos que formaba una especie de arco torcido con un letrero y una papelera más torcida todavía. Dos caravanas estaban aparcadas allí, pero ninguna parecía tener vida, más bien daban la impresión de estar abandonadas; a una le faltaba una rueda. Bajaron del vehículo y se percató de que había unas rodadas en el suelo que no tenían mucho tiempo. Rinna y el guardaespaldas echaron a andar por la senda y ella fue detrás. No sabía dónde iban, pero no le daba buena espina. Lo comprendió todo cuando llegó a un pequeño claro rodeado por una montaña y oculto por árboles con dos mesas de madera con sus respectivos bancos. Había tres hombres allí. Uno de

ellos estaba sentado en el banco con la cabeza baja y la vista perdida: ¿ese era Arty?

—Rinna… —Fue un movimiento repentino; lo agarró del brazo y él se volvió—. Si lo matas aquí…

Él se quedó un instante mirándola.

—Soy un hombre de negocios. Siempre podemos llegar a un acuerdo.

—¿De qué habla?

—Si no lo mato aquí, que eso no significa que no lo mate, claro, ¿qué me da a cambio? Es así de fácil.

—¿Es usted gilipollas?

Bernabé suspiró y se dio media vuelta sacando la pistola. Ella lo agarró aún más fuerte y se giró bajo la atenta mirada de sus hombres.

—Vale, podemos llegar a un acuerdo. ¿Qué quiere? No tengo problema en darle toda la información que no puedan ver si…

—Una cena con usted.

Martina arqueó las cejas.

—¿Perdone?

—Y una cosa más: qué me tutee.

Se soltó de sus garras y enfiló camino arriba hasta el grupo, dejó la pistola en la mesa y se sentó junto al hombre que estaba encorvado y era incapaz de levantar la cabeza. El guardaespaldas le lanzó una mirada fría a Martina y fue tras él.

—Arty, Arty, Arty… Por fin te conozco. ¿Cómo estás? —Le dio una palmada en la espalda, el hombre levantó la vista y miró a la inspectora, que estaba frente a él.

—Estoy, que ya es bastante…

Arty era joven, más de lo que ella había creído, pero tenía el rostro quemado por el sol, unos ojos grandes y expresivos y la boca fruncida en una mueca de contención y miedo. Treinta años, no le echaba más. Se notaba que estaba metido en las drogas. Su pierna derecha temblequeaba sin parar mientras, a su lado, Rinna se apoyaba alegremente contra la mesa unida al banco.

—Eso es bueno, chico. Es muy bueno. Bien… ¿Vas a decirme quién era el muerto en tu casa? Porque tu hermana se ha dado un buen susto y no querría darle ninguno más…

Arty se limpió la nariz con la manga de su camisa de cuadros.

—Lui. Se le fue la olla con las drogas. Luego pagó a una puta y se corrió una juerga. Me pidió el favor de quedarse en mi casa. No sé más. Yo no sé más. Le juro que no…

—Ese Lui tenía marcas de ahogamiento en el cuello.

—Le… le gustaban ese tipo de cosas, pero nunca se le fue tanto la olla. —Sollozó—. Dios mío, le juro por Dios que no he hecho nada. Se lo juro. Salí a tomarme unas copas y me lie. Cuando volví a casa y vi el percal sabía que me iban a culpar. Mierda, no podía morirse en un jodido hotel. Tenía que ser mi casa.

Martina se deslizó hacia la izquierda y uno de los gorilas de Rinna la siguió con la mirada.

—¿Y qué se supone que has hecho? O debo creer, claro… —comentó Bernabé con calma—. Hablemos de esos pequeños negocios con Norman.

El joven se limpió los mocos con la manga y sollozó.

—Sé por qué están aquí. Los chicos hablan. Hablan de lo que le pasó a la hija de Ciro. Yo no vi nunca a esa niña en el muelle, se lo juro. La noche que pagué a Norman solo fue para que hiciera la vista gorda. Cogí solo…

—¿Qué cogiste, Arty?

—Yo…

El guardaespaldas que estaba más cerca de él, de pelo cano y una cicatriz en la mejilla derecha, apoyó la mano en su hombro y Arty puso un gesto de dolor. Bernabé contemplaba el paisaje como si estar allí fuera hasta cierto punto reparador. Lanzó un suave suspiro al aire y murmuró:

—Te lo voy a preguntar por última vez: ¿qué cogiste, Arty?

—Medio kilo… —dijo con un hilo de voz.

—Medio kilo.

—¡Solo fue un par de veces! ¡Le juro que le devolveré todo el dinero!

—Cogió medio kilo —comentó Rinna mirando a sus hombres—. Um… Bueno…

El hombre, que aún mantenía la mano en su hombro, sacó la pistola y se la puso en la cabeza. Martina dio un paso al frente por inercia.

—¡Joder! Solo tenía que llevarlo al parque de Puerto Castro y me pagarían quince mil euros, pero… ni siquiera era para mí, yo no tengo ni puta idea de cómo mover esa mierda. Me darían unos gramos, el dinero y listo. ¡Se lo prometo! Me contactaron por teléfono. Lo juro por mi vida.

—¿Cuántas veces lo hiciste?

—¡Solo dos! Y le doy mi palabra de que no vi a nadie. Dejé el paquete en un banco. Me fui a tomar una cerveza y cuando volví tenía la bolsa con el dinero metido entre dos matorrales. Justo donde me habían dicho.

—Arty —la voz de Martina hizo a todos los hombres alzar la vista y Rinna la perforó con la mirada—, esa noche seguro que viste algo fuera de lo normal. Haz memoria de cuando dejaste la zona libre. Alguien tuvo que entrar, algo tuviste que escuchar…

El joven negó con la cabeza.

—En ese lado del muelle nunca hay nadie, solo dos hombres que vigilamos unas horas. Norman y yo… Solo… No… Ni siquiera hay cámaras.

—Lleváoslo de aquí.

—¡No, por favor! ¡Por favor! ¡Le juro que se lo devolveré! ¡Le juro por mi vida que puedo hacerlo! ¡Lo haré! ¡Se lo suplico!

Bernabé se puso en pie, se fue hacia ella y, agarrándola del brazo, la invitó a caminar a su lado. Arty no dejaba de gritar pidiendo perdón y ellos volvieron por la senda hasta llegar al coche.

—Le aseguro que si no estuviera usted conmigo le habría cortado el cuello a ese gilipollas, pero creo que iba a tener que estar escuchándola toda la semana y no me apetece. Volvamos al hotel.

—¿No va a investigar quién cogió su droga en el parque?

Rinna sonrió.

—Claro que sí, pero ese trabajo ya no es asunto mío. No se preocupe. —De hecho, él no parecía nada preocupado—. No me llevará mucho dar con mis ladronzuelos. Esto es un pueblo. ¡Bien! No lo maté, creo que me debe algo, perdón, me debes algo…

Martina sonrió.

—Pero lo va a matar.

—Es que el trato no era ese, dije que no lo mataría aquí. Así que creo que me debes algo, Martina… Suena bien: Martina.

—Ya.

Durante un instante barajó la posibilidad de sacarle información. Tenía claro que si lograba algo era porque él querría. Ese hombre no era un aficionado, pero cualquier cosa relacionada con los policías corruptos sería una buena baza de la que tirar llegado el momento.

—¿No eres una mujer de palabra? —Sus ojos brillaron cuando le preguntó aquello.

—Está bien, Rinna. Vale. Te tutearé y tomaré algo contigo, pero si me das algo de información.

—Oh, santo cielo, sí que eres ambiciosa, inspectora. Déjame pensar… —Bernabé contempló el bosque y se quedó en silencio. Al cabo de unos segundos abrió la puerta de atrás y la invitó a pasar con un gesto—. Podemos discutirlo.

—¿Qué tipo de respuesta es esa?

—La única que recibirás hasta que cenes conmigo.

***

El rubio loco de los Rinna se había ido tras recibir una llamada que parecía importante, así que Kai aprovechó, hizo una pequeña parada en una cafetería y se tomó un café mientras ojeaba el papel que Ciro había rellenado con los teléfonos de las amigas de su hija, pero lo importante en ese momento era hablar con Maya. Le había cogido el móvil para guardar su número y después se había llamado a sí

mismo, por lo que no le resultó difícil dar con el teléfono en aquel móvil del pleistoceno que le habían asignado.

La chica no estaba lejos. Mientras la esperaba, seguía dándole vueltas al poco sentido que tenía investigar aquellas muertes accidentales. Quizá debían centrarse en Valeria Lucas, la única que por el momento era obvio que había sido asesinada, pero la situación atípica de las otras tres mujeres tampoco era normal. Tres chicas muertas en accidentes, dos recién trasladadas a Puerto Castro y las dos con ciertos problemas que no tenían explicación inicial. Una oía ruidos, la otra recibía llamadas. Faltaba la tercera. Tenía que hablar con Aldana.

Cogió el teléfono y llamó a Rodrigo. El chico no tardó ni dos tonos en responder.

—Inspector, dígame.

—¿Sabes algo de Martina?

—Hablé con ella hace una hora por otro asunto.

Le explicó que había encontrado una imagen de la hija de Ciro con Bernabé. Sintió cierta satisfacción maliciosa por el día que debía de estar pasando, pero al mismo tiempo comenzó a preocuparse por la posible reacción del italiano; no tenía nada que ver con su hermano loco.

—¿Algún mensaje de ella?

—Sí. No se preocupe. La inspectora está continuamente en contacto.

—Oye, necesito que investigues el teléfono fijo de la casa de Elda Rivas. Cuando estuve allí, sonó. Es un teléfono antiguo de teclas cuadradas color crema. Tú eres muy joven para…

—¿Un Heraldo?

Kai se quedó atónito.

—No sé qué es un Heraldo, joder.

—Un clásico, ahora le mando una foto para ver si es el que vio. Fueron fabricados por una empresa llamada Citesa. El teclado sustituía al disco de marcación circular que tenían los modelos anteriores.

Notó una vibración, se apartó del teléfono y vio la imagen.

—Sí. Era uno igual en rojo. Justo ese. —Qué rapidito era el cachorro de Martina—. Según una amiga de Elda, le sonaba el teléfono de noche.

—Miraré qué llamadas recibió, podemos hacerlo, pero no se sorprenda si es solo un fallo por el cambio de voltaje en la línea debido a fenómenos como tormentas, obras, etc. Esos modelos pueden hacer lo que se denomina llamada fantasma y es bastante común en líneas antiguas. Incluso la presencia de otros dispositivos electrónicos, rúter… No sé. Generan pulsos que el teléfono interpreta como una llamada.

Kai estaba alucinando.

—¿Y todo eso lo sabes así sin más?

—Bueno, soy… informático, inspector.

—Y yo que pensaba que eras joven para conocer hasta el modelo del maldito teléfono. Necesitamos una solicitud judicial para los registros de llamadas.

—No será necesario —dijo Rodrigo con un tono de voz más firme, pero al momento la emoción se le pasó—, quiero decir… Yo puedo hacer alguna cosilla para acelerarlo todo un poco…

Kai chascó la lengua.

—Pídela igual, chico. Independientemente de la magia que hagas. Si damos con algo importante, necesitamos esa autorización para que las pruebas sean aceptadas en un juicio. Es mejor ser precavidos.

—De acuerdo. Lo haré de inmediato.

—Bien, y una cosa más… ¿Has averiguado algo sobre la tal Miriam? ¿La mujer que se cayó colgando las cortinas?

—Por supuesto. Trabajó como dentista en una clínica de Barcelona y también se mudó hace dos años a Puerto Castro. Estaba de baja por un problema en una mano. Logré hablar con su madre y me explicó que se había caído de un caballo en una ruta de senderismo. Tuvo que pasar por el quirófano debido a una cirugía. La rehabilitación no fue bien y pidió la baja. No podía trabajar así.

—Espera. Hablaste con su madre, pero ¿qué le dijiste para que te diera esos datos?

Sintió la risita del chico.

—Lo primero que se me ocurrió; que era un antiguo compañero de la universidad. En el Facebook tiene a su familia etiquetada y su madre regenta un supermercado en Barcelona. Fue fácil dar con ella. Me hice un poco el tonto, le dije que trataba de localizar a antiguos compañeros para reunir a la promoción y esas cosas que se suelen hacer y que yo nunca hice —dijo. Carraspeó—. En fin, me contó lo del accidente y luego todo lo demás.

Empezaba a entender por qué Aldana trabajaba con Martina.

—Sí que eres bueno con la información. ¿Qué más sabes de ella?

—Sus abuelos eran de aquí, así que se mudó un tiempo para cambiar de aires. Tuvo una pequeña depresión y se lo recomendaron. Por lo demás, sigo buscando datos.

—Buen trabajo, Rodrigo. Sigue con ello.

El chico se quedó un instante en silencio y luego dijo:

—Claro, inspector.

Maya Prida entraba por la puerta de la cafetería en ese momento, así que se despidió y colgó. Aquella pequeña mujer de mirada desafiante paró en la barra para pedir y luego se sentó frente a él.

—Gracias por venir tan rápido. Veo que el golpe que te ha dado mi… compañero no ha sido tan grave como pensábamos.

—Esto le costará caro. He pedido el batido más grande.

Kai sonrió.

—¿Dónde está el chico bonito?

—¿Qué?

—El que me dio el puñetazo. Creí que no se separaban, como en las películas de detectives.

—Ah, ya, bueno, pues no es el caso. Yo llevo esta investigación para la familia y él a veces me echa un cable. —No se podía creer el tipo de tonterías que se tenía que inventar, pero todo aquello no había sido normal desde el principio y empezaba a acostumbrarse.

La mujer que atendía la cafetería le sirvió un enorme batido lleno de porquerías por encima y Maya lo observó algo espantada.

—Igual me he pasado un poco.

—Hemos ido a hacer una visita al amigo de Carla, Mateo. Nos dijo que poco antes de la tragedia tuvisteis una discusión en el bar.

La chica se comió la galleta que le habían puesto encima de un montón de nata montada.

—¿Y qué? Carla y yo solíamos discutir por tonterías.

—¿Tan fuertes?

—¿Eso fue lo que le dijo ese gilipollas? —Se quedó un momento en silencio mientras bebía el batido—. La avisé de que ese tío no era de fiar, a ella le gustaba, pero ese capullo ve un culo y le falta tiempo para salir corriendo detrás. Carla se molestó, me acusó de tenerle envidia y discutimos. Fin del asunto.

—¿Y era cierto?

—¿Es usted imbécil? Por supuesto que no. Solo la avisé, me da igual con quién se acuesten mis amigas, pero Carla empezaba a encoñarse un poco y Mateo no iba a tardar en cambiarla por otra.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Maya lo miró fijamente y frunció la boca.

—Vale… —susurró Kai—. Tú también estuviste con él.

—Eso es lo de menos, pero sí. Por eso sabía lo que iba a pasar y la avisé. —Apartó el batido, se cruzó de brazos y se quedó inmóvil—. Mierda, a Carla le pasaba algo, no quería estar sola nunca. Tenía pesadillas y cosas así, era como si alguien la vigilase. Ya sé que es una tontería porque nunca había nadie, pero eso la afectó. Muchas veces dormí en su casa, pero yo no oía nada. Siempre pensé que el estrés podía estar afectándola, pero una noche de vuelta a casa me pareció ver a alguien detrás, a cierta distancia. Fue solo un momento, pero lo vi, luego pasó lo que pasó y Carla tuvo ese accidente, pero estoy segura de que se asustó, que pasó algo en esa casa y se cayó. No estoy diciendo que nadie la matara, pero sí que algo la asustó. Nadie me cree.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se limpió la nariz con la manga. Llevaba una sudadera sencilla con una falda. Un atuendo algo gótico para su edad, pero era tan menuda que no aparentaba los años que tenía, aunque su mirada fuera tan amenazante.

—Unos meses antes hubo otro accidente de otra chica. Se cayó en el baño y se mató.

—¿Oía voces? ¿Le pasaba como a Carla?

—No, que sepamos.

Al oírle decir aquello, Maya se encogió de hombros.

—Era de una edad similar, la chica vivía en Puerto Castro, era profesora.

Kai cogió el móvil, buscó la imagen de Elda y se la enseñó.

—¿Te suena?

—Sí, me suena, pero no sé de qué.

—Puerto Castro es pequeño, igual coincidisteis en algún sitio. Tienes que hacer memoria.

—No lo sé. Ni idea… ¿Qué tiene que ver esta mujer con mi amiga?

—Se llamaba Elda. Nada, solo intento saber de ellas por si se conocían, nada más. —O más bien iba un poco a la desesperada para saber si existía alguna relación entre aquellas mujeres—. Haz un poco de memoria.

Maya negó con la cabeza.

—Seguro que la he visto en algún lado, pero no sé en dónde ni nada. No sé.

—Vale, tranquila. Si recuerdas algo solo llámame.

La chica fijó la mirada perfilada en exceso con un lápiz negro y bebió el batido mientras Kai se terminaba el café. Una mujer detrás de ellos le comentaba a la camarera que acababa de regresar a Puerto Castro para ver a unos familiares, y que sin duda era un pueblo con encanto al que siempre le gustaba volver cuando tenía una oportunidad.

—Hay un lugar… —murmuró de pronto apoyando los labios en la pajita del batido—. Es un local grande donde va mucha gente. No

llega a ser una discoteca, pero le falta poco. Tiene dos plantas y está cerca del puerto.

Kai apartó la vista de las dos mujeres que hablaban y la observó.

—En verano se llena de turistas y la gente rica suele subir a la planta de arriba, donde hay reservados. En invierno no hay mucho movimiento y se usa exclusivamente con reserva, pero allí hemos ido todos, supongo que esa chica paraba allí. Es lo único que se me ocurre.

—¿Cómo se llama ese lugar?

—LaVita. Se escribe todo junto. —Maya cogió una servilleta y Kai le dio un bolígrafo. Escribió el nombre y giró la servilleta hacia él—. Le aseguro que a partir de mayo se llena. Es elegante y ponen buena bebida. Conocimos a Mateo allí y todo el mundo va en algún momento cuando empieza el buen tiempo. Tiene… tiene una terraza también y… No se me ocurre otro lugar.

—¿Carla de qué trabajaba?

—Era programadora. Trabajaba desde casa para una empresa de Madrid. Pasaba tanto tiempo sentada que se aficionó a hacer mucho deporte, ya sabe, senderismo y todas esas mierdas que están tanto de moda. —Sollozó—. En fin.

—Tranquila.

La chica se terminó el batido y lo miró.

—Tengo que irme ya.

—¿Estás bien?

—Sí, hoy tengo cosas que hacer y ya voy algo pillada. Todo esto me revuelve las tripas.

Kai se iba a levantar para acompañarla hasta la salida, pero Maya se volvió y se fue sin más. Durante un instante se quedó observando la calle a través de la cristalera del local, pasaba mucha gente cargada con bolsas de un supermercado. Pidió otro café, sacó la libreta que siempre llevaba con él y escribió un pequeño resumen de lo que sabía hasta el momento.

1. Valeria Lucas: rubia, 24 años, hija de Ciro (de 58 años) Trabajo: tienda de ropa.
2. Carla Llaneza: 28 años, vivía en dúplex, amiga: Maya Prida, novio: Mateo Saro. Trabajo: programadora. Le gustaba el deporte, caída desde la escalera.
3. Elda Rivas: 29 años, amiga: Susana. Trabajo: profesora en Puerto Castro, colegio Sagrada Familia. Su teléfono fijo suena, se cayó en la ducha, le gustaban las mujeres, tenía problemas en casa.
4. Miriam Coto: 30 años. Trabajo: dentista. Baja laboral por accidente montando a caballo. Se cayó colgando unas cortinas. Problema en una mano. Depresión.

Hizo un garabato muy parecido a un muñeco algo encorvado y luego se puso a dar pequeños golpecitos con el bolígrafo en la libreta. A continuación, escribió:

Pétalos rosa.
Nada en común entre ellas (de momento).
Se mudaron.
LaVita: visitar.

Sintió vibrar el teléfono y cuando miró la pantalla no reconoció el número. Al cogerlo, una voz femenina conocida le saludó. Era Amalia Delgado, la forense amiga de Marco Mencía.

—Inspector, he revisado los informes de las mujeres muertas en casa y no veo nada del otro mundo. La posición de los cuerpos encaja con las caídas, la superficie de la ducha, las escaleras de madera… Las lesiones de los informes son compatibles y no hubo rastro de heridas defensivas en ninguno de los cuerpos.

—Supongo que no había restos de alcohol o drogas en ellas, aunque fuera por una maldita juerga que se hubieran corrido.

—No. Pero el entorno social tampoco da pie a que se piense en otra cosa. Ningún novio celoso, conflictos… La escalera de Carla Llaneza no estaba apoyada en una alfombra y tenía los bordes lisos, un claro peligro. La chica apareció bocabajo, con sangre en la cabeza y una pierna torcida; iba con calcetines, algo que te hace patinar en ese tipo de superficies. El forense que llevó este caso no detectó ningún hematoma antiguo en el cuerpo, solo el traumatismo craneoencefálico y raspones por la caída.

—¿Y las otras chicas?

—Lo mismo. Elda apareció en posición lateral, el suelo estaba mojado, no tenía alfombra antideslizante y había sangre en el borde de la bañera. Ni una herida defensiva. La chica tenía el golpe en la cabeza y un hematoma en la cadera, que fue donde se golpeó al caer. Miriam Coto cayó porque la escalera cedió y se golpeó la cabeza con la esquina de la mesa de centro.

—¿Quién las encontró o quién llamó?

—Carla era programadora, tenía una reunión importante y les extrañó que no se conectara, así que intentaron localizar a una de sus amigas… Una tal…

—Maya.

Se oyó un sonido de papeles al otro lado de la línea.

—Sí. Maya Prida. Exacto.

—¿Y las otras?

—En el caso de Elda, el colegio en el que daba clases: Sagrada Familia. Uno de sus compañeros había quedado con ella para ir juntos y, cuando estaba esperándola en su casa, una vecina le dijo que llevaba oyendo música varias horas. Un tal… Dante Veloso. Elda ponía música para ducharse, supongo. Con Miriam Coto fue una vecina quien dio la voz de alarma.

Tenía que pasar por ese colegio sin falta. Hablar con aquel profesor.

—Le agradezco la información.

—Cada vez estoy más convencida de que esos pequeños pétalos los trajo alguien pegados en los zapatos. Los agentes que están en

las escenas suelen ser los mismos y hay muchos parques llenos de flores en Puerto Castro. Hoy me he dado una buena vuelta por el pueblo y le aseguro que pocos jardines no tienen plantas y flores. Si pasas por el mismo parque o zona para ir al trabajo ocurre eso, los pisas y los arrastras. Es muy posible que sea una transferencia de alguno de los agentes o personal de emergencias.

Kai resopló.

—Ya. Lo de usar cubrecalzado en este puto país no se lleva bien del todo los primeros minutos, ¿no?

—No lo sé, pero a veces sucede… Si quiere después me paso por la casa y le llevo la documentación. Pero será sobre las ocho, cuando acabe de hacer unas gestiones. ¿Le parece bien?

—Claro.

—Entonces, hablamos luego.

Colgó la llamada sin apenas darle tiempo a despedirse y al momento ya estaba buscando el horario y la dirección del colegio Sagrada Familia en su teléfono. No quedaba lejos de allí. Miró el reloj, era casi la una del mediodía. Los alumnos acababan a las dos y media; con un poco de suerte no se toparía con la horda de estudiantes a la hora de la salida. Tras pagar, salió de la cafetería y casi chocó con una mujer que iba cargada de bolsas de la compra. Se disculpó y enfiló calle abajo muy concentrado en el Google Maps y aquella maldita flecha que le indicaba la dirección a tomar. Por eso no vio el coche.

***

Rodrigo abrió el expediente de Miriam Coto y cogió la fotografía ampliada del salón. La mujer estaba entre la mesa de centro y una especie de escalera de metal antigua volcada a un lado. En una esquinita de la alfombra había una pequeña manchita roja con forma de pétalo. Buscó las fotografías originales, cogió una lupa que tenía en su maletín y ojeó la imagen con detenimiento. Luego rebuscó en

los otros expedientes y colocó las que tenían los pétalos unas al lado de las otras.

—Mierda… —susurró casi metiendo la cara encima de la lupa—. Esto se ve como el puto culo.

Volvió a examinar el expediente de aquella mujer. Una mano con problemas podía haberle hecho perder el equilibrio si la mujer estaba colgando las cortinas. La imagen era clara: no tenían barra de sujeción, eran rieles con ganchos y eso resultaba más complicado; lo sabía por experiencia. Estar subido en lo alto de una escalera tratando de colgarlas por aquellos ganchos del demonio no era una tarea fácil y cada vez que las lavaba pasaba por ese trauma también. Sujetar la cortina, meter el gancho sin que se mueva por el hilo de plástico, que cede… Y eso subido a una escalera o taburete mirando hacia arriba. La muñeca tocada por un accidente provocaría que tardara más de lo normal. Mantener el equilibrio…

Sus pensamientos iban a mil revoluciones. Se metió el bolígrafo en la boca. Tecleó veloz y abrió el Facebook de la chica. Con el ratón se movió rápido por sus publicaciones, hasta que se topó con la de su llegada a Puerto Castro dos años atrás. Debajo de una fotografía de una ventana amplia que daba a un parque, Miriam había escrito: «Volviendo a mis raíces».

—Aquí tenemos la tercera mudanza… —dijo con cierto tono de satisfacción.

Luego abrió los Facebook de Carla Llaneza y Elda, y dejó fijas las imágenes donde publicaron que se mudaban.

—«Ánimo, Miri, tú puedes» —decía un mensaje que leyó en alto.

Luego ojeó el de Carla Llaneza y detectó un mensaje que le hizo gracia: «A mí me pesa demasiado el culo si tengo que subir esa cuesta». Abrió el perfil de Maya P. y pinchó sobre su fotografía. La amiga de Carla salía con el rostro medio tapado por su propia mano con un aire algo oscuro. Ladeó la cabeza y sonrió.

—Mira qué mona…

¿Qué demonios estaba buscando? Estaba cosiendo a martillazos las tres muertes, pero era cierto que el teniente coronel tenía razón.

La muerte de tantas mujeres por accidente en un lugar tan pequeño era, cuanto menos, llamativo, luego los pétalos…

—O los manchurrones —susurró lanzando el bolígrafo a la mesa. Se frotó los ojos y soltó un jadeó—. Ah… Me voy a quedar ciego…

Desvió la vista hacia la fotografía ampliada de Miriam Coto en el suelo del salón y la cogió.

—Un pétalo… Joder, no se ve una mierda.

Necesitaba descansar un poco. Necesitaba comer.

***

—¿Aquel no es el poli borde?

Marcelo Rinna sintió un tirón en el cuello cuando giró la cabeza para ver al hombre que caminaba por la acera medio encorvado. Se había movido tan rápido que le hizo fruncir el ceño.

—Mierda. Creo que necesito una buena sesión de masajes… —le dijo a Kendo.

—Señor, ¿está seguro de que no nos meteremos en un lío con esto?

La risita lenta y malévola que soltó Rinna fue suficiente para que su escolta no volviera a abrir la boca. El coche giró por una calle en dirección a un parque enorme situado al lado de una pequeña pista de hierba algo decadente, donde unos chicos de unos doce o trece años jugaban al béisbol. Marcelo, sentado muy recto con las piernas cruzadas jugueteaba con el pelo de su nuca mientras observaba con dignidad cómo el coche disminuía su marcha hasta llegar al final de una calle cortada. Unos metros más allá había tres hombres jóvenes junto a un banco. Hablaban entre ellos muy cerca mientras uno se sacaba algo del bolsillo de la cazadora. El coche paró silenciosamente y Rinna suspiró.

—Míralos, Kendo… Tan felices con mi droguita…, vendiéndosela unos a otros… Sería bonito si ese dinero me llegara a mí, pero parece que quien nos robó ya ha puesto en funcionamiento la maquinaria.

Marcelo desvió la vista hacia los críos que jugaban al béisbol y luego con un gesto elegante se desabrochó la chaqueta del traje y bajó del coche.

—Espera aquí.

—Señor…

—He dicho que no te muevas del coche.

Saltó un bordillo, cruzó el espacio que daba al parque y fue directo hacia el adolescente que lanzaba una pelota.

—¡Eh!

El chico se volvió hacia él y el que tenía en frente a cierta distancia con el bate lo miró extrañado.

—Oye, si me lanzáis diez bolas, os pago cien euros.

Los chavales inicialmente se quedaron algo descolocados hasta que el del bate dijo:

—¿Cien euros por diez bolas?

—Eso es —respondió, y el crío casi le dio con el bate en la cara cuando se lo tendió—. No deberíais jugar tan cerca de esos tipos de allí —les dijo mientras iba hacia los camellos para lanzar desde allí.

—¡Siempre están ahí, señor! —gritó otro de los chicos.

—No molestan a nadie.

—Ya. Venga. Pues me pongo más lejos.

Los tres chavales se apiñaron más y uno de ellos lanzó la bola. Rinna hizo un movimiento perfecto y golpeó con energía, lanzando la bola más allá del parque.

—¡Guau! ¡Qué pasada! —chilló uno.

Los tres camellos los miraron; estaban a pocos metros. La segunda bola la lanzó otro de los críos y la mandó hacia una fuente y la tercera ni la rozó. Uno de los hombres soltó una risita y gritó:

—¡Debiste de tener suerte con la primera!

—Ja… Sí… Debe ser eso —murmuró Marcelo un poco más cerca de ellos.

Visto así parecía el empleado de un banco jugando al béisbol en su hora libre o eso fue lo que Rinna pensó.

—¡Quedan siete!

La cuarta bola salió disparada tan lejos que la perdieron de vista provocando que dos de los chicos fueran a buscarla.

—¡Eres bueno!

Marcelo levantó la mano a modo de saludo y luego se movió discretamente un poco más hacia los tipos.

—¿Yo podría comprar algo de eso, amigo? —preguntó sin mirarlos mientras centraba su atención en el tercer chico, que ya estaba listo para lanzar. La bola voló hacia él y la golpeó con fuerza.

—¿Algo de qué?

Rinna los miró apoyándose el bate en el hombro.

—No me tomes por gilipollas, tengo poco tiempo de descanso. Ya me entiendes. ¿Cuánto?

Dudaron un instante hasta que el que parecía que mandaba, un tipo de unos veinte años con un chándal, dijo:

—Cincuenta euros el gramo.

—La puta que te parió —susurró entre dientes aguantando la sonrisa—. Dice que cincuenta. —Otra bola le llegó volando y la golpeó con más energía—. Eso costaba en los noventa, pedazo de gilipollas que…

—¡Quedan cuatro!

—Ja, ja… —Rinna tenía una sonrisa tensa—. ¡Bien! ¡Mándame otra! —Miró al tipo del chándal y a los otros dos mientras los niños corrían—. Cincuenta es un buen precio. ¿Es buena?

—Mucho, amigo.

«Ya, no te jode…», pensó. «De hecho, es la mejor, capullo».

—¡Bola!

Marcelo movió la cadera y la siguiente volvió a golpearla con tanta energía que todos se quedaron asombrados. Los hombres aplaudían y los críos saltaban.

—Lo quiero todo.

Al decir eso, los tres hombres se miraron algo descolocados. El que estaba más a la derecha, que tenía pinta de pasar mucha hambre, caminó hacia él.

—¿Cómo que todo? Llevamos veinte gramos encima.

Rinna se agarró el tabique nasal y suspiró.

—Ah… Bien, pues que sean los veinte.

—¿Estás de coña, amigo? —preguntó el del chándal—. ¿Te vas a montar una fiesta o algo así?

—Eso mismo. Me voy a montar una orgía.

—¡Bola!

Marcelo se preparó.

—Lo quiero todo y me lo vas a dar gratis.

El camello que estaba a su lado frunció el ceño y luego soltó una especie de risa gutural, que le provocó una tos de asmático bastante desagradable.

—¡Dice que lo quiere gratis!

—Y yo quiero un millón de euros que…

La bola llegó volando, Rinna giró el cuerpo y golpeó, pero esa vez su posición hizo que saliera disparada hacia el tercer hombre, el más alejado, que estaba a poca distancia del tipo del chándal. El pelotazo fue en la frente y le hizo levantar los brazos y aletear como una gaviota, luego cayó de espaldas y se quedó muy quieto. El italiano se apoyó el bate sobre el hombro y se volvió hacia el otro tipo.

—Y tú me vas a decir quién os abastece.

—Yago, ¿estás bien, tío? —se oyó al fondo. El del chándal se había agachado junto a su amigo.

—¡Bola! —chillaron al fondo.

Rinna se volvió y lanzó la bola hacia el parque.

—¡Hay que llamar a una ambulancia!

—¿No me has oído? —Marcelo ya miraba hacia el camello del fondo, que observaba la escena desconcertado—. ¡Eh!

—¿Qué?

—Mi droga. Ahora.

El hombre dio un paso atrás.

—¡Tío! —graznó—. ¡Tío…!

Lo vio corretear hacia sus dos amigos y se volvió hacia los chavales, que iban hacia allí para ver qué había pasado, pero él los frenó con el billete de cien que les puso en la cara.

—No hace falta que me lancéis más bolas. Venga, id a comprar caramelos.

—¿Caramelos?

Sacó del bolsillo otros cien euros.

—Y esto por el bate. Me lo quedo.

Los muchachos estallaron de alegría y se fueron eufóricos. Rinna se volvió otra vez apoyando el bate en el hombro y se encaminó hacia el grupo de camellos, donde el que estaba en el suelo empezaba a recuperar la conciencia.

—Vamos allá… —canturreó.

***

—Fue espantoso —susurró Dante Veloso sentado frente a un café en la sala de profesores, que en ese momento estaba vacía—. Solía quedar con Elda para ir juntos, por el camino tomábamos un café y nos poníamos al día de tonterías.

Debía de tener cuarenta años y era un hombre atractivo, las manos le temblaban y no paraba de frotárselas mientras hablaba. Kai, que había estado junto a la máquina automática que tenían allí poniéndose otro café, se sentó frente a él.

—¿Cómo entró en la casa?

—Mi padre fue cerrajero toda su vida. Usé una tarjeta de crédito. Probé suerte al oír la música dentro. Sabía que algo no iba bien. Cuando era niño, mi madre se olvidaba mucho las llaves y recordé siempre lo que nos decía mi padre. Teníamos una cerradura de resbalón, no de pestillo de seguridad, ya me entiende.

—Sí.

—No tenía puesta la llave por dentro, así que fue fácil. Y ahí estaba en el suelo. —Se pasó la mano por la boca y luego bebió un poco de café—. Llamé a la policía al momento. Llevo sin dormir bien desde entonces. ¡Qué pena, Dios! Era una cría…

Dante se apartó el pelo negro de la frente y lo miró.

—¿Por qué la familia quiere saber ahora si…?

—La gente a veces busca una justificación a este tipo de accidentes porque no pueden creerse que alguien joven y sano pierda la vida tan repentinamente, señor Veloso, y Elda, bueno… Voy a enseñarle una fotografía y quiero que me diga si la conoce.

Kai puso el móvil en la mesa con la imagen de Carla Llaneza. Dante tomó el teléfono y se quedó un buen rato mirando la fotografía.

—No sé quién es —respondió dejando el móvil. Miró el reloj—. Tengo que regresar a la clase. Está a punto de sonar el timbre.

Kai se levantó con él.

—Le agradezco su tiempo.

—La vida no es justa —dijo abriendo la puerta—. Y lo que le pasó a Elda no lo es. Hay miles de personas que sí merecen morir. Gente mala que estaría mejor bajo tierra, pero está claro que esta vida se ceba con las buenas personas.

—Lo sé.

—Sus alumnos la echan de menos y no sabemos ni qué decirles. Son unos niños que no entienden lo que ha sucedido.

El inspector asintió. Dante bajó la vista y luego sonrió con melancolía. El timbre sonó.

—Tengo que irme, pero si necesita algo más, ya sabe dónde encontrarme.

El teléfono de Kai comenzó a sonar.

—Bien. Gracias por todo.

Cuando el profesor salió, cerró la puerta y atendió la llamada. Era Rodrigo.

—¿Sí?

Se acercó a la ventana, desde donde podía ver el patio del colegio, la cancha de baloncesto y la calle. Había un hombre mayor cortando un seto con unas tijeras de podar.

—Oye, repite eso.

Kai se volvió hacia la puerta y su gesto se torció.

—No me jodas. Voy para allá.

7
UNA CHICA REBELDE

Era jueves y, aunque Puerto Castro no era una gran ciudad, había bastante gente por el centro. Martina aún no había comido; había rechazado la invitación de Bernabé Rinna para ello, prometiéndole que esa noche cenaría con él, pero primero tenía que pasar por la tienda de ropa donde Valeria Lucas trabajaba y no quería que él se entrometiera en toda la investigación. Le dijo que había quedado con Rodrigo, su compañero, y puso rumbo al centro.

En ese momento estaba allí, plantada en la acera de enfrente, y aquel edificio de tres plantas le parecía apabullante. Cruzó la calle con calma y observó el local. En la planta de abajo había una cafetería abarrotada de familias con niños. Vendían todo tipo de dulces que uno mismo podía servirse cogiendo una bandeja, como en un aeropuerto. Cuando vio pasar a una mujer con un enorme pastel y un café, sintió que el estómago le daba una vuelta y se apresuró a entrar por el flanco meridional, ya que allí estaba la puerta que subía al primer piso, donde se encontraba la tienda de ropa de Valeria. La multitud de abajo dio paso a una calma relativa en aquella planta con el suelo de moqueta gris. Las paredes estaban revestidas de percheros llenos de ropa. La tienda era como un corredor cuadrado, en cuyo centro había una inmensa barandilla de cristal que daba a la cafetería de abajo. «Demasiado grande y ostentoso para Puerto Castro», fue lo primero que pensó. Pero había bastante gente, y el piso de arriba era el que albergaba la ropa de hombre, así que supuso, mientras paseaba, que aquella cadena de ropa funcionaba porque era donde compraban no solo los habitantes de ese lugar, sino los de los pueblos de alrededor. No se equivocaba. Una mujer de unos veinte años, de pelo rubio y lacio, con una especie de walkie-talkie en la mano, le explicó la situación y le dijo

que Valeria era una de las vendedoras más activas que dependían de ella.

—Le gusta la moda y demás. Siempre está encantada de ayudar a cualquiera que se lo pida. De hecho, poco tiempo después de empezar a trabajar aquí, le pedí que enseñara a las chicas menos preparadas en cuanto a atención al público. Valeria tiene un don para la gente. Santo Dios. No me puedo creer que no se sepa nada de ella… No sabía ni qué inventarme estos días con… Ya me entiende.

La encargada ojeó a su alrededor y, apoyando la mano en el brazo de Martina, la llevó hacia una sala anexa donde había una mesa y una máquina de café.

—Perdone, aquí estaremos más tranquilas, inspectora. Mi jefe me avisó de que no comentara nada sobre el tema si alguno de ustedes venía. Aquí las chicas son jóvenes y ya sabe cómo va: cotillean y todo acaba sabiéndose. ¿Saben quién…?

—Estamos en ello, me interesa saber si notó algo raro en Valeria los últimos días.

—Se la veía preocupada, eso es todo, pero todos pasamos por épocas mejores o peores y supongo que ella no era diferente. Valeria era muy discreta con su vida. Nunca se reunía con las demás para comer abajo y charlar. Se iba directamente al acabar su jornada. Oiga, me dijeron que es hija de un hombre relacionado con la mafia. ¿Eso es cierto?

Ya empezaban los chismes.

—No haga caso de todo lo que escucha. Oiga, ¿recuerda alguna persona con la que se viera? No sé; amigos, pareja, algo que pueda decirme.

La mujer se puso el walkie en el cinturón del pantalón del traje y pareció cavilar antes de decir:

—Un mes después de empezar aquí tuvo una discusión con un hombre mayor que vino a buscarla. Creo que era su padre porque se parecían. Yo salía de la cafetería, ya que tenía que ir al médico, y por eso lo vi. Valeria estaba en la esquina, aquí a mano derecha

saliendo, y la conversación parecía bastante acalorada. Lo único que logré oír fue algo como que no estaba de acuerdo con él. —Se frotó la barbilla—. No recuerdo más, la verdad. Lo siento.

—No, me ayuda mucho, se lo agradezco. ¿Sabe si se veía con alguien o tenía pareja o algo?

—No estoy segura, pero un día vino a buscarla un chico muy guapo.

Martina frunció el ceño.

—¿Un posible novio?

—No tengo ni idea. Salió tarde y dijo que un amigo que tenía un bar estaría esperándola, así que me asomé modo cotilla y lo vi. Un chico guapo, la verdad, pero no creo que fuera su novio porque no se dieron un beso ni nada, ya sabe.

—Entiendo.

—Lo que sí sé es que tenía un coche azul cobalto. Y lo recuerdo porque me gusta mucho ese color y me fijé. Si llega a ser de otro color, ni recordaría la marca, pero este en concreto me llamó la atención por eso. Un Audi grande.

Martina anotó ese dato en una libretita. Al menos ya tenía algo de lo que tirar.

—Oiga, le agradezco mucho esta información —le dijo a la mujer. Anotó su nuevo teléfono en una de las hojas, la arrancó y se la dio—. Si recuerda algo más o se entera de cualquier cosa, por favor, llámeme.

—No lo dude.

La encargada ojeó el número unos instantes, tenía el rostro redondo y una marca en la mejilla que parecía de nacimiento. Martina se despidió de ella tras prometerle informarla si lograban saber algo y, cuando salió a la calle, decidió que su segundo paso sería ir al piso de Valeria. Llamó a Rodrigo.

—Jefa.

—Voy al piso de Valeria. ¿Tenemos gente allí? Dudo que usen a la Policía Judicial si quieren mantener esto encubierto.

—Así es, tenemos un agente de incógnito en el piso. Si se metiera la Judicial, acabarían precintando la puerta y, por experiencia, aunque lo hagan con un precinto falso por discreción, haciéndose pasar por Sanidad por ejemplo, siempre atrae curiosos.

Martina sonrió, recordaba una situación similar hacía un par de años, cuando precintaron por Sanidad y disfrazaron unos días la situación para que no se enterara la prensa de un asesinato por ajuste de cuentas. En ese caso dijeron que había una plaga en la vivienda y que Sanidad la había clausurado, pero cundió el pánico y todo se complicó.

—Vamos aprendiendo de nuestros errores.

—Escuche, jefa…

—Iré hasta allí y revisaré la casa, pero primero comeré algo. ¿Sabes algo de Kai?

Cuando lo oyó carraspear, se dio cuenta de que algo había pasado.

—Pues sí que lo sé… Ha ocurrido algo.

Martina se volvió hacia la cafetería de nuevo y constató que la horda de gente había descendido considerablemente. Quizá era un buen momento para detenerse unos minutos y comer algo o se desmayaría.

—¡¿Qué?! —rugió cuando Rodrigo terminó de hablar.

—El inspector ya ha ido para allí.

—¡No me lo puedo creer!

Se le había quitado el hambre de golpe.

—¡Mierda! ¡Joder!

***

La sala de interrogatorio estaba medio vacía, a excepción de la figura alargada y elegante que se mantenía erguida frente a la mesa. Kai estaba al otro lado de la habitación, y observaba a través del espejo unidireccional a Marcelo Rinna traqueteando en la mesa con sus largos dedos. El color gris de las paredes y la luz artificial le

recordaban lo incómodo que era aquel espacio tan reducido y su fin: presión psicológica. Rinna no parecía ni agobiado ni incómodo; estaba indignado.

—No te haces una idea de todo lo que he tenido que mover para tapar esta cagada —musitó Marco Mencía, masticando sus palabras como si fueran chicle—. Casi los mata a golpes delante de unos críos. Uno de los camellos casi no lo cuenta; gracias a Dios, ninguno ha muerto porque, si eso sucediera, dudo que pudiese controlar la situación más.

Marcelo tenía salpicaduras de sangre en su camisa blanca y la manga del traje empapada. Bajó la cabeza un poco, y sus ojos claros se elevaron hacia el espejo y sonrió.

—La madre que lo parió —rumió el inspector. Se dirigió hacia la puerta de comunicación y entró en la sala como un misil seguido del teniente coronel—. ¿En serio, Rinna?

—Kai, maldita sea —ladró el teniente coronel.

Marcelo levantó el rostro, se inclinó en la silla y sonrió un poco más.

—Ha sido… un pequeño accidente sin importancia. —El italiano miró hacia Marco—. Le veo bien, Mencía.

Kai se sentó a su lado y dijo:

—Casi matas en mitad de Puerto Castro a tres hombres. Yo a eso no lo llamaría un acontecimiento sin importancia.

—Rinna, esto no es Calabria, maldita sea. No podemos tapar este tipo de cagadas.

Marcelo arrugó la nariz con cierta rabia y susurró:

—Nadie… me roba y vende mi mercancía delante de mis narices. Me da igual si es Calabria, China o Pakistán.

—Hay tres hombres en el hospital con la cabeza abierta. —El teniente coronel se atusó el pelo y ojeó la cámara apagada que había sobre su cabeza—. Por suerte llevaban encima cincuenta gramos de cocaína, pero me va a costar muchos recursos tapar esto. Rinna…, no podéis ir dando palizas a la gente. ¡No puedo ocultar este tipo de cosas en medio de un pueblo!

El italiano se balanceó en la silla.

—Necesito mi camisa limpia.

—Joder —musitó el inspector.

Marcelo metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y dejó un papel doblado por la mitad, también salpicado de sangre.

—Aquí está el nombre de quien les vendió la droga. —Kai intentó cogerlo, pero Rinna siseó y arrastró el papel hacia él—. Tranquilo, inspector. Creo que quedó claro entre nosotros que todo lo concerniente a la 'Ndrangheta lo íbamos a resolver nosotros. Además, llevamos aquí tres horas, deben de pensar que no tengo otra cosa que hacer y encima… ¡mi puta camisa no ha llegado!

—¡Rinna!

Este miró al coronel con los ojos tan abiertos que parecía totalmente loco.

—¿Dónde creen que fue mi hombre?

—No me jodas. —El inspector se levantó.

—Una pequeña ventaja… —susurró lanzando el papel al centro de la mesa. El teniente coronel lo cogió y salió de la sala soltando improperios—. Que conste que lo mantendremos con vida hasta que llegue papá, pero ese tipo tiene las horas contadas. —Se levantó, apoyó las manos en la mesa y acercó la cara a Kai—. Quiero una camisa limpia.

—Después de tu cagada no podéis matarlo y lo sabes.

—Ya… Pero es cuestión de tiempo. Nosotros os damos al traidor, tapamos este asunto y cuando entre en prisión será otro cantar. Ah, inspector…

Kai se intentó apartar de él, aunque la puerta le impidió avanzar. Se acercó a su oreja y susurró:

—Ahí viene tu pequeño tormento…

La puerta había quedado entornada y se escuchaba la voz de Martina. El inspector ladeó un poco el rostro y chocó con él, se apartó y se levantó justo cuando ella entraba en la sala, cerró de un portazo y fue directa hacia Marcelo, que ya volvía a balancearse en la silla.

—¿Te has vuelto loco, Rinna? ¿Quieres cargarte la puta investigación?

—Veo que ya todos nos tuteamos.

—¡No me hace ni puta gracia!

—Trata de calmarte, Martina. —Kai se situó entre los dos.

—¡Y tú, cállate! ¡Todo esto es un desastre, joder! Parecemos un maldito grupo de aficionados.

—Lo sois. —Marcelo se estaba examinando las uñas.

Ella lo miró furiosa, pero fue Kai quien habló.

—Basta, Rinna. Estamos tragando lo que no está escrito para que encima seas tú el que cuestiones nuestro trabajo. Has machacado a golpes a tres tíos en un puto parque del centro de Puerto Castro. ¡Delante de tres críos!

El italiano levantó el dedo índice.

—No es del todo así. He dado una paliza a tres capullos que estaban vendiendo la droga que nos quitaron en el puerto, y esos tres tipos estaban en el parque delante de esos críos que dicen. ¿Sabe lo que pienso? Prefiero que vean eso y no que les compren droga.

Martina rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un caramelo. Alguien llamó a la puerta y, cuando vieron entrar a un agente con una camisa, Kai dejó escapar una risa.

—Traigo…

—¿Por qué coño le traes eso?

El hombre pareció algo desconcertado ante la pregunta del inspector.

—Me han mandado traerla.

Martina se metió el caramelo en la boca y lo masticó. Cogió la camisa, la lanzó a la mesa y le indicó que saliera.

—¡Ten cuidado! —rugió Marcelo—. Esa camisa cuesta una pasta y no quiero que se arrugue.

—Lo que te voy a arrugar yo a ti es la cara como sigas montando espectáculos en esta investigación. —Su voz fue disminuyendo al ver ir hacia la sala a Bernabé Rinna—. El que faltaba…

El pequeño de los Rinna se cambió con calma mientras su hermano hablaba por teléfono con alguien. Cuando colgó, los miró a los dos y dijo:

—Mis disculpas por la situación. Mi hermano —comentó mirándolo— suele ser de mecha corta, pero comprendo que no es el modo ni el lugar. Aun así, creo que la manera de compensar todo esto es dejándoles a su disposición a la persona que les entregó la droga a esos hombres.

—¡De eso nada! —exclamó Marcelo colocándose el cuello.

—Marce…

Kai sabía que posiblemente lo harían, pero, por su experiencia, el tipo no duraría ni un año en prisión.

Bernabé se volvió hacia la puerta y la abrió.

—Vamos, Marce. Dejemos trabajar a esta gente. —Miró a Martina—. No te olvides de la cita que tenemos a las ocho.

Dicho esto, salieron de allí y Kai se giró hacia ella.

—¿Cita a las ocho?

—Tengo cierta información de la hija de Ciro. Fui a la tienda en la que trabajaba y hablé con su jefa directa.

—¿Cómo que tienes una cita a las ocho?

—No es una cita, joder. Solo voy a tomar algo para sacarle información. Y deja de hacer preguntas que no te importan y escúchame. —Sacó el teléfono, le mostró la fotografía de Valeria y Bernabé sentados en las escaleras del puerto y dijo—: Su jefa me comentó que un día la vio discutiendo con su padre, pero no es que resulte algo anormal. A su edad, no siempre estamos de acuerdo con lo que quieren nuestros progenitores y Ciro Lucas no tiene pinta de ser muy transigente. Esta fotografía me hace pensar que tenían más cercanía de la que nos ha contado y Rinna lo obvió. Quería sacar más información, pero el inútil de su guardaespaldas pensó que le había sacado la pistola y casi tenemos un accidente…

—¿Qué?

—Da igual, la cosa es que Rinna le quita importancia. Dice que era una cría, que estaba algo obnubilada con él, pero ¿y si su padre

se enteró de que a ella le gustaba?

—Los calabreses llegaron después de que Valeria fuera asesinada. ¿Crees que él puede tener algo que ver?

—Solo digo que tengo la sensación de que no dice toda la verdad. La fotografía es de hace cinco años, dijo que fue de la última vez que estuvo aquí. Veremos si es cierto, eso para empezar.

Kai suspiró.

—Martina, esa gente no mata mujeres.

—Lo sé, pero eso no significa que por ese acercamiento la haya asesinado alguien. Son elucubraciones, pero no es la primera vez que se ajustan cuentas o se mandan avisos eliminando personas cercanas a la mafia, ¿lo has pensado? No sé. Ella se hace muy cercana a Rinna… Alguien se quiere vengar de la organización y ya está…

En eso estaba en lo cierto.

—Estamos suponiendo demasiado, pero es cierto que tu idea no es descabellada. ¿Tienes algo más?

—Sí. Un chico con un Audi azul cobalto fue a buscarla una vez. Un chico que trabaja en un bar. —Al decir eso, Kai torció el gesto—. ¿Qué?

—¿Un bar? ¿Te dijo algo más?

—Que era muy guapo.

—El novio de Carla Llaneza lleva un bar. Estuve con él. Está en Puerto Castro. Se llama Mateo. ¿Te dijo ese nombre?

—No. Solo lo vio de lejos.

—Pasemos por ese bar un momento a ver si vemos el coche —dijo Kai—. No creo que haya muchos chicos guapos con bares en este pueblo. Y si los hay, pues tendremos que ir descartando.

El sonido de las tripas de Martina retumbó en la sala y se puso como la grana. Kai se fue hacia la puerta y dijo:

—Comeremos algo por el camino. Yo tampoco he probado bocado.

***

Rodrigo colgó la llamada con uno de los agentes de contacto y se puso a revisar las imágenes de las cámaras que había conseguido. Un trabajito que le había llevado tiempo, teniendo en cuenta el secretismo de lo que hacían. Los comercios cercanos a la avenida de los Maestros, un posible camino por el que Valeria Lucas habría podido ir aquella noche, le enviaron las imágenes sin ningún problema; alegó una revisión rutinaria por varios robos y no dudaron en colaborar. Las cámaras de tránsito y de videovigilancia eran pan comido si se colaba en el sistema sin más. Luego estaba el monitoreo urbano, esas grabaciones se podían revisar y ver días anteriores. Tras analizar el plano de Puerto Castro, se dedicó a trazar una ruta y la que más sentido tenía era la que descendía bordeando los jardines de Castro por la avenida de los Maestros hasta el puerto náutico. Dibujó un caminito desde el piso de Valeria y uno paralelo por si se equivocaba, pero había pocas imágenes y solo una cámara de vigilancia cerca del muelle por esa ruta. Iba a pasar más horas que un beduino en el desierto. Lo tenía claro.

—Ah, joder… ¡Voy a quedarme ciego!

La zona portuaria tenía más cámaras, pero solo hasta cierto punto; era normal. Valeria Lucas había quedado con alguien el sábado día 1 y su cuerpo apareció el día 3, lunes, en el almacén. Según la forense con la que había hablado hacía un rato, había muerto en la madrugada del sábado al domingo. La persona con la que cenó podría ser el asesino, o quizá no, pero tenía que ver si daba con ella la noche del sábado 1. Y, por suerte para él, había un supermercado enfrente de su casa que tenía una cámara. Aunque las imágenes era de baja resolución y poco nítidas, sobre todo de noche. Cuando visionó la calle, se notaba el pixelado y se encomendó a sagrado para dar con ella. Su portal estaba más arriba, si tenía suerte pasaría por delante —eso contando con mucho más que suerte e imaginándose que nadie fuera a buscarla—, solo debía esperar. A la derecha había una zona sobreexpuesta, oscura. Si hubiera sido verano, a las ocho habría sido de día, pero ya no se

veía apenas nada. El estilo de grabación era a saltos debido a los pocos fotogramas por segundo que capturaba.

—Esta cámara no me va a servir. No se ve nada —susurró.

Varias personas pasaron por delante, un par de vehículos y poco más. No vio a la chica por ningún lado. Cuando llevaba una hora adelantada, decidió cambiar a la cámara de la gasolinera que estaba un poco más abajo, junto a un cruce. La visión también era en blanco y negro, pero con buena definición. Buscó la carpeta del sábado día 1 y ojeó los archivos MP4 para dar con lo que buscaba. El vídeo estaba en una carpeta generada automáticamente con la fecha de ese día y dentro había tres archivos, que correspondían a las veinticuatro horas del sábado. Abrió el último y se puso a comer unos ganchitos.

La vio cuando llevaba media hora de visionado. Pelo rubio, abrigo. Sí, era ella. Rodrigo paró la imagen, dio un poco para atrás y amplió.

—Joder.

Soltó la bolsa de ganchitos y cogió el teléfono apresuradamente, pero se le escurrió de las manos y se le cayó al suelo.

—Coño… Se ha roto la pantalla.

Detuvo la grabación justo cuando Valeria se situaba debajo de la marquesina que estaba donde los surtidores, amplió y se aseguró de que era ella. Activó de nuevo el vídeo, la vio revolver en el bolsillo y acercarse a una máquina expendedora de la derecha. Un coche pasó junto a los bolardos y durante unos segundos dejó de captarla, pero entonces distinguió a alguien más. Se acercaba a ella.

—No me jodas…

Paró la imagen al instante y se levantó.

***

Kai vivía en un pequeño apartamento muy cerca del parque de El Retiro. Un piso que había heredado de su abuela y que decidió arreglar cuando tuvo que buscarse la vida tras romper su matrimonio con Martina. Aunque le dijo a todo el mundo que pasar

de un piso de tres habitaciones a ese apartamento había sido mucho mejor, le costó Dios y un triunfo adaptarse a un lugar tan reducido. Lo que no le costó fue romper con todo porque se habían convertido en colegas más que en una pareja. Martina lo decidió y él simplemente aceptó las cosas y ni siquiera intentó solucionarlo, no se enfrentó a ello. Sin embargo, como le sucedía con muchas cosas en su vida, acababa pasando página sin mucha dificultad y eso le dolió a Martina porque suponía que ella había esperado que peleara por lo suyo, algo que no ocurrió. Así que su relación se fue deteriorando hasta resultar imposible trabajar juntos y ella pidió el traslado a Asturias. Y tampoco dijo ni hizo nada, solo le deseó suerte. Y, sin embargo, a veces, sobre todo al principio de su partida, tenía la sensación de que la echaba de menos, ya no como una pareja, sino como una compañera, una amiga con la que había vivido muchas cosas. A menudo paraba en los mismos sitios a tomar el café, recorría las mismas calles que caminaba con ella o comía en los mismos locales decadentes de comida china donde iban juntos cuando estaban de servicio. Quizá, había pensado, era su modo de echarla de menos, de vivir ese luto que dejaba el fracaso, aunque no fuera tan duro como para otras personas. El carácter de Martina, ya bastante arisco desde el principio, había hecho aguas y estaba insoportable; se había deteriorado más hasta el punto de sentirse detestado, casi odiado. Que se fuera fue una liberación, pero con los meses todo cambió y la añoraba, sí.

—¿Qué estás mirando, Kai? Da la sensación de que nunca me has visto comer.

En el fondo él sabía que era una buena persona, una mujer que peleaba por lo suyo, que había tenido que abrirse paso en un ambiente de hombres, de trepas y de envidiosos. Que su padre fuera el teniente coronel había sido un escollo más que una ayuda; no había día que no se lo echaran de algún modo en cara, ya fuera con un comentario jocoso o unas miradas intencionadas. Ella no hacía más que trabajar, repitiéndose a sí misma que no tenía que demostrar nada, aunque eso era justo lo que hacía. Día tras día,

hora tras hora, se convirtió en una mujer combativa, siempre a la defensiva, siempre lista para atacar si alguien la acometía. Y aquella actitud le asombraba y, al mismo tiempo, le molestaba porque a veces se defendía de él, cosa que no era necesaria.

—Solo disfruto de las personas que comen sin ningún tipo de complejos. Ya sabes cómo soy, Martina.

—Iremos al piso de Valeria nada más comer y luego a ese bar.

—Me parece bien.

Media hora después estaban muy cerca de un parque al final de una avenida llamada la avenida de los Maestros. El edificio era moderno y el portal dedujeron que estaba recién pintado por el olor que desprendía cuando entraron. Un hombre que rozaba los cuarenta años, pero con un mechón cano en mitad de la cabeza, les abrió la puerta y les indicó el trayecto. Les preguntó cuánto tiempo estarían para irse a tomar un café. Llevaba dos días montando guardia ahí metido y estaba atrofiado, había dicho. Así que, cuando el agente encubierto se fue, ambos se pusieron a revisar la casa y la multitud de fotografías que había en el salón, donde Valeria salía con su padre en distintos momentos de su vida.

—Tiene que ser duro que tu única familia se reduzca a tu padre y poco más —comentó él.

—Kai, ven a ver esto. —Martina estaba en una habitación y, cuando entró, se quedó algo descolocado—. Son fotos de ella con Bernabé Rinna, pero son…

—No pasa de los quince años ahí.

Sobre su escritorio había una especie de panel de corcho tapizado en un color burdeos y en él había cinco fotografías de Valeria con el mafioso. Una era la de las escaleras que ya habían visto y las otras más o menos seguían la misma estética; una niña junto a un hombre sin más pretensión a excepción de la última, en la que Valeria parecía mucho mayor, ya era una chica que debía pasar de los veinte años y salía agarrada de su brazo con el gesto de la victoria y una sonrisa en lo que parecía un almacén portuario.

—Todas son en el puerto —comentó Martina acariciando una de las imágenes con las yemas de los dedos. Luego la cogió y la observó—. Son fotografías tomadas por ella. Fíjate en el ángulo y en la gente detrás.

—Creo que, ya que vas a tomarte una copita con ese tipo hoy, deberías preguntarle por estas imágenes. No lo vimos muy afectado por la muerte de la cría y ahí sale muy contento.

—Dijo que la última vez que vino fue hace cinco años o así, pero yo veo a Valeria muy mayorcita aquí.

—Sí, ya lo has dicho, pero lo que está claro es que su pasión iba en aumento. Por el amor de Dios. —Kai señaló la primera foto—. Ahí debía de tener catorce años, y si llega.

—Quizá su padre discutía con ella por eso.

—Yo lo haría —respondió él mientras abría el armario—. Que tu hija persiga al capo de la mafia calabresa a tan corta edad, siendo tu jefe, es un pequeño problema. Si algo sale mal, estás jodido. Como mínimo, no vas a dormir tranquilo, y eso pensando que la chica lo camele, pero si la usa para una noche, papá va a tener que lidiar con la historia inacabada. Ver sufrir a una hija por tu jefe mafioso no es divertido y estás jodido porque dudo que te atrevas a decirle nada.

Martina observó el escritorio, abrió el primer cajón y toqueteó lo que había dentro, luego abrió el segundo y sacó una agenda.

—Toda su ropa es sencilla —comentó él—. Era una chica prudente a la que no parecía gustarle la fiesta.

La inspectora frunció el ceño y levantó la agenda.

—Mira esto. —Había escrito una frase cuatro meses antes del crimen a las nueve de la noche—. Es el hotel de los Rinna.

El móvil de Kai comenzó a sonar.

—Pues tienes una larga conversación con tu amigo. —Cogió la llamada—. Dime, Rodrigo. No. ¿Martina? Igual no oyó la llamada, pero dime. Sí. Espera, pongo el manos libres.

Martina arrancó una hoja de la agenda antes de dejarla en el cajón y lo cerró.

—¿Qué pasa, Rodrigo?

—Tengo imágenes de la gasolinera que hay en un cruce cerca del piso de Valeria Lucas y no sale sola.

—Vamos ahora mismo para allá, aunque nos hacemos una ligera idea —dijo ella sacudiendo el papelito—. No tardamos.

—Mejor que lo vean, jefa. Es todo muy extraño.

***

Kai giró a la derecha y entró en una calle bastante concurrida que ya le era familiar. Martina ojeaba en silencio su teléfono; había hecho fotografías de todas las imágenes que había colgadas en el corcho y las examinaba una y otra vez, intentando darle sentido a todo aquello.

—Ese es el bar —dijo de pronto Kai señalando al local—. Y no veo ningún Audi cobalto.

Martina guardó silencio antes de responder.

—Yo tampoco. Bueno, por suerte tengo un buen amigo en la Dirección General de Tráfico, lo llamaré y me inventaré cualquier tontería. No me apetece mucho montar guardia aquí hasta que le dé por usar su vehículo. No creo que tengamos tiempo para eso. Prefiero usarlo para otras cosas.

Regresando a la casa, Martina percibió que se sentía vagamente orgullosa por ser capaz de mantener una mínima conversación sin tirarse de los pelos con Kai. Sabía que él llevaba la ruptura aún grabada a fuego en su orgullo, pero su pasotismo era una particularidad de la que nunca se iba a desprender. Trabajar juntos siempre había sido fácil, los dos funcionaban de la misma manera, resultaba sencillo. ¿Por qué tendían siempre a complicarse la vida? Ella, la primera. En el fondo, Martina estaba convencida de que su ex era de los pocos hombres que la comprendían y aceptaban tal cual era. Su trabajo era el mismo, sus hábitos, su día a día. Cuando una investigación se complicaba, ambos montaban en el salón de casa una especie de sala de investigación, abrían unas cervezas,

extendían los expedientes sobre la mesa y trabajaban hasta altas horas de la mañana. Sí, juntos eran invencibles, pero también se consumían al mismo tiempo.

—Ten cuidado esta noche cuando veas a ese tipo, Martina —le recordó él.

Ella lo miró un instante, lo suficiente para darse cuenta de que lo decía de verdad.

—No te preocupes.

Rodrigo los esperaba fuera comiendo gominolas con formas variopintas llenas de azúcar. El interior de la casa olía a salsa de tomate. Había un enorme bol repleto de espaguetis sobre la encimera cubierto con una fina lámina de film transparente.

—Veamos qué tienes —dijo ella aproximándose a la silla del chico.

Rodrigo la adelantó por la derecha y se sentó en la silla. Pulsó una tecla y un vídeo se empezó a reproducir. En él se podía ver la imagen de la gasolinera y a Valeria Lucas situada junto al surtidor.

—Es la hija de Ciro —dijo Kai.

—Un momento, ahora viene —respondió el analista.

La chica se volvió un poco e hizo un gesto algo ambiguo con la mano. Un hombre apareció por el flanco derecho y se aproximó a ella. Uno muy alto y de espaldas anchas.

—Ese no es Mateo —susurró el inspector.

No se lo distinguía del todo, pero Valeria parecía no estar cómoda con su presencia porque comenzó a apuntarlo con el dedo mientras le decía algo.

—No lo veo bien —comentó Martina.

Rodrigo sonrió, paró el vídeo y lo amplió.

—¿Seguro?

Ella frunció el ceño. El informático dio un poco para adelante y una mujer, o lo que parecía el abrigo de una mujer con un sombrero, se dibujó en un extremo.

—¿Son dos? —preguntó Kai.

El vídeo avanzó un poco más, justo cuando Valeria gesticulaba con más energía. Pero entonces el hombre se volvió lo suficiente

para verlo de perfil.

—Es Ciro, joder. —Martina se apoyó en la mesa—. Discutía con su padre el mismo día que desapareció.

—Debió encontrarlo en la gasolinera y va con una mujer. No le veo la cara.

—Se va con él —indicó Rodrigo.

—No nos dijo nada —comentó ella.

—Iré a ver a Ciro esta tarde —dijo el inspector.

Martina lo miró.

—Los Rinna nos han dicho que nada de citas con los suyos sin estar ellos presentes.

—Los Rinna me comen la polla a dos tiempos.

—¡Kai!

El analista soltó una risa encantadora, que fue cortada al instante por la mirada diabólica de su jefa.

—Perdón.

Su ex ya iba hacia la puerta.

—¡Kai! ¡No puedes ir a ver a ese tipo porque te salga de los huevos!

—Es justo lo que voy a hacer, Martina.

—¡Te van a pegar un tiro, gilipollas!

—Tú ocúpate de averiguar el rollo que se traía Bernabé con la cría, que yo haré lo que considere oportuno.

El portazo fue tan fuerte que vibraron dos floreros que había sobre el mueble del salón. Martina se volvió hacia Rodrigo y se lo quedó mirando con furia.

—¿Quiere gominolas, jefa?

Se quitó el abrigo, lo dejó sobre una silla y se puso una copa de vino. El analista seguía trajinando entre pantallas de ordenador y de vez en cuando se lanzaba una gominola a la boca.

—¿Siempre se llevaron así, jefa?

La pregunta la pilló desprevenida, primero porque Rodrigo no era de meterse en la vida de los demás, y segundo, porque arrastraba un agotamiento mental como nunca.

—Hablas de Kai.

—Perdone, no quería meterme en…

—No importa. No, o sí. No sé. Supongo que siempre hemos sido dos personas con bastante temperamento.

Necesitaba descalzarse y levantar las piernas. Sacó el móvil.

—Ven, mira estas fotografías que he hecho en casa de Valeria.

Él se acomodó a su lado y ojeó el teléfono con atención mientras ella se repantingaba para tomarse unos minutos de tranquilidad. Cogió la copa, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Más fotos de Bernabé Rinna con la hija de Ciro. Supongo que tenían una amistad como mínimo.

—Rinna dijo que no la veía desde hacía años y que solo era una cría algo obnubilada por quien era. Algo así.

—No parece una relación tan superficial.

—Hoy ceno con él para hablar de este asunto. —El tema era más amplio, pero no tenía ganas de dar más explicaciones.

Rodrigo le devolvió el teléfono.

—Jefa, ¿no le da cierto reparo cenar con un hombre con ese historial? Cuando se me informó del caso, leí mucho sobre la 'Ndrangheta y es una de las organizaciones más poderosas del mundo. ¡Ah! ¿Sabía que ese nombre viene del dialecto griego-calabrés «andragathía», que significa 'virtud masculina'?

Martina abrió un ojo, lo miró de soslayo y él asintió.

—¿Qué me estás intentando decir? —preguntó entre dientes.

—¡Oh! ¡Nada! Por Dios, solo me llamó la atención. «Andr» significa 'hombre' y «agathía» deriva de «agathos», que significa 'valiente'. Así que la mafia calabresa tomó ese nombre para resaltar sus valores: la lealtad familiar, el coraje, el honor… Y todo eso.

—¿No mencionaba nada de las mentiras? Ese cabrón me ha vuelto a mentir. Más que cenar, me apetece estrangularlo con algo. Se creen por encima del bien y del mal.

—Bueno, habla del honor y el silencio; la *omertà*. Mentir y ocultar detalles se parecen… —dijo pensativo, pero cuando vio la mueca de

su jefa parpadeó—. Vale. No suelo pillar los sarcasmos. Le preocupa la corrupción, ¿verdad?

Martina se incorporó y dio un trago a su copa.

—Me preocupa un poco todo. Para empezar, no veo ninguna relación entre la muerte de Valeria y las otras chicas. Revolver un poco no está mal, las familias se lo merecen, pero tengo la sensación de que esos pétalos que viste en las escenas son simples transferencias.

—Es una posibilidad —murmuró él.

—Pero entiendo la preocupación del teniente coronel cuando busca una mínima conexión que pueda unirlas —susurró acariciando el colgante del cuello—. No sé, imagina que de pronto hay un motivo que las conecta. Puede que estemos perdiendo el tiempo, pero es mejor curarse en salud.

—Lo sé.

Martina miró el reloj. Eran las cinco de la tarde.

—¡Ah, por Dios!… Espero, por el bien de todos, que ese gilipollas no meta la pata con Ciro Lucas. Si tiene algo que ver con la muerte de su hija, tenemos un jodido problema porque los Rinna nos van a quitar de en medio en cuestión de minutos.

—Eso no pueden hacerlo. Existen procedimientos judiciales.

Ella se rio.

—Ya. El problema es que, aunque fuera así, todos sabemos que aguantaría en prisión dos días. Esa gente no sigue las mismas normas. —Se acabó la copa de vino y suspiró—. Estoy adelantándome demasiado.

Rodrigo volvió frente al vídeo congelado de la gasolinera y rebobinó la imagen mientras Martina trataba de masajearse las sienes medio tumbada con las piernas sobre la mesa de centro. Había empezado a sentir molestias en una rodilla, no quería ni imaginarse ir al médico y que le dijeran que la tenían que operar, pero, desde una estúpida caída que tuvo meses atrás en un operativo, el dolor no remitía y a veces era algo insoportable.

—Jefa.

—Dime.

A veces estaba tan agotada que se olvidaba del dolor; a fin de cuentas, había aprendido a vivir con ciertas molestias que tenían mucho que ver con su trabajo.

—Debería ver esto.

Martina soltó un lamento y se incorporó. Cuando se acercó a Rodrigo, cojeaba un poco por el entumecimiento. Asomó la cabeza por encima de su hombro y examinó la imagen de Valeria dirigiéndose hacia la izquierda de la pantalla, donde estaba Ciro, pero, al desaparecer de la imagen, otra figura se delineó a la derecha: un hombre con una sudadera.

—¿Ese quién es? —preguntó ella acercándose un poco más.

—No tengo ni idea, pero parece muy interesado en ellos.

Rodrigo fijó la imagen y la amplió. El rostro salía levemente pixelado, pero se veía perfectamente; moreno, unos treinta y tantos.

—Tenemos que averiguar quién es ese tío.

8
ROSAS MUERTAS - LA TERCERA ROSA

VALERIA

Su padre es un buen hombre, pero no siempre ha hecho bien las cosas. Ella conoce su vida o, al menos, gran parte de lo que intenta ocultar. Sin embargo, no es tonta y desde muy temprana edad ha observado, a veces detrás de las puertas, otras desde su habitación y otras... siguiendo sus pasos, con la mochila colgando, saltándose la primera hora de clase solo para curiosear. Por eso los sentimientos hacia su padre son algo complejos. Si bien lo ama —qué duda cabe—, a veces siente miedo por él. Teme terriblemente que algo le pase, porque eso significaría quedarse sola; sin madre, sin padre... La mera idea de pensar en ello la atormenta. Incluso a veces le impide conciliar el sueño. Se despierta confusa y asustada, cruza la habitación y se asoma a la de su padre solo para calmar su corazón y comprobar que sigue allí, que no le ha pasado nada, que está vivo, que ha vuelto del trabajo y todo está bien.

Va cumpliendo años, pero los años no eliminan el miedo, lo acentúan. Cada vez es más observadora, más adulta, más mujer. Las reuniones nocturnas de su padre van aumentando, también el dinero que llega a casa, así como las horas que le quita para dárselas a su trabajo en el puerto. «Pero ¿qué es tan importante?», se pregunta. Poco tiempo después lo descubrirá. Aquel hombre que recordaba de cuando apenas era una niña, ha regresado y, desde entonces, su padre trabaja más, está más nervioso y eso lo hace más irascible, más

distante. Pero, en su nueva percepción, aquel hombre ya no parece tan aterrador ni tan adulto. Una noche, cuando su padre llega borracho después de un día de trabajo, puede verlo más de cerca porque es él quien lo lleva. Medio a rastras lo mete en la cama y ella, mientras tanto, observa... El tipo le pregunta si está bien y si necesita algo, le dice que no le dé importancia a aquello, que a veces los padres también se divierten y se equivocan. Tiene catorce años y está maravillada. Él habla muy despacio y las palabras suaves le acarician el alma. Quizá es el candor que nota en él, uno que su padre no posee, o la forma de pasarle la mano por la cabeza y acompañarla a su habitación, el modo de arroparla como si fuera una niña pequeña y de decirle que no se preocupe, que todo está bien y que su padre al día siguiente será el de siempre.

Ella recordará esa noche, esa resonancia en sus palabras y ese rostro amable el resto de su vida, aunque aún no lo sepa. Y su corazón se calma. Cada vez que su padre se va por trabajo, se pasa horas en la ventana deseando que el hombre regrese con él, aunque nunca ocurre. Y espera, se asoma a la ventana, espera, duerme y sueña. Vuelve a ver a su padre irse y vuelve a aguardar esperanzada..., una y otra vez...

Pero al final da lo mismo, pasa el tiempo y, a medida que cumple años, experimenta la edad adulta y su sueño se desvanece hasta que un día, paseando cerca del puerto, mientras espera a su padre para regresar a casa, vuelve a verlo... Y todo cambia.

El hombre la reconoce, la invita a un refresco junto al muelle, le dice que su padre no tardará, le pregunta por sus estudios, su vida, sus sueños. Y, como es de esperar, vuelve a compararlo con su padre, con la atención que nunca tiene, las preguntas sin formular que siempre se quedan en el aire. Vuelve a darse cuenta de que la amabilidad es algo que sienta bien, que sus ojos son más azules de lo que recordaba, y su voz, más cálida, más suave. Y cada tarde vuelve al puerto, pero ya no

por su padre, vuelve por él. A veces lo observa desde lejos; otras, la ve y la acompaña un rato. Y ella se conforma, vuelve feliz a casa y continúa... Deja de verlo un largo tiempo y espera, piensa, sueña...

Puede conocer personas, tener relaciones —unas relaciones que no van a ningún lado porque nadie es suficiente, nadie es como él—, llevar una vida normal.

Siempre le ha molestado la ausencia de su padre, pero, cuando comienza a percibir esa curiosidad en ella por el hombre, él se enfada terriblemente y le prohíbe tajantemente volver al puerto. Así que deja de preguntar por él, aunque solo sean cosas sutiles, porque su padre no es tonto y se da cuenta de su fascinación. Cuando el hombre regresa al pueblo, su padre vuelve antes, la vigila, la acompaña y es él el que observa.

Hasta que un día descubre quién es él...

9
SECRETOS CUESTIONABLES

Kai tenía muchos defectos, pero uno de los más destacados era su impulsividad. Poco tiempo después de llegar a la comisaría tuvo un encontronazo con un compañero que terminó con ambos expedientados. Kai acabó con una brecha en la frente y seis puntos de sutura, y su compañero, con la boca partida. Sin embargo, esa pulsión rara vez destacaba cuando estaba con Martina porque ella todavía tenía más en determinados momentos y eso le hacía tener que controlarse para poder controlarla a ella. Así que, visto de ese modo, le había beneficiado la relación o, más bien, les había beneficiado a ambos porque se controlaban el uno al otro dependiendo del momento.

Delante del edificio de Ciro, con el dosier del caso sobre las rodillas, se aseguraba de que aquella era la dirección del hombre porque le extrañó que viviera en un edificio tan antiguo y destartalado dedicándose a lo que se dedicaba. Miró alrededor, observando las fachadas carcomidas y los balcones cubiertos de óxido, como si el paso del tiempo se hubiera ensañado con aquel rincón de la ciudad. Se preguntó, por un instante, si la vida de Ciro escondía más secretos de los que aparecían en su informe. El viento soplaba débil, levantaba hojas secas. Dudó antes de bajar del coche, repasando una vez más los datos, buscando una razón lógica para esa extraña elección de domicilio. Trabajar para la mafia daba mucho dinero. Era extraño que aquel tipo siguiera allí. No tardó en comprenderlo cuando, tras aporrear la puerta varias veces, Ciro le abrió y puso una expresión de perplejidad.

—¿Qué demonios hace usted aquí? No puedo hablar con la policía si no…

—Oiga, solo será un momento y le aseguro que lo que tengo que hablar con usted es mejor que no lo sepan sus jefes.

Intentó entrar, pero el hombre le bloqueó el paso con su enorme cuerpo.

—Sale en la puta cámara de la gasolinera con su hija el día que desapareció. ¿Eso se lo ha contado a su jefe? Además, sabemos que ella tenía cierto problema para controlar su pasión por Rinna. ¿Me equivoco?

Al oír aquello, Ciro dejó de presionar y dio un pequeño paso hacia atrás, pero seguía sin poder entrar.

—O se aparta o hablo con Rinna si lo prefiere.

—¡Yo no he hecho…!

Kai se volvió para marcharse.

—Eso se lo va a tener que explicar a sus malditos jefes.

—Espere.

El inspector lo miró y Ciro chascó la lengua. Se alejó de la puerta y Kai entró en la casa. Era inmensa, llena de recuerdos antiguos y fotografías. Había un reloj de madera en el recibidor, un mueble abarrotado de fotografías en marcos de plata y un cuadro sobre un sofá de una mujer pintado al óleo. Todo lo que lo rodeaba estaba lleno de imágenes de aquella mujer; una chica de cabello rubio ondulado que sonreía a cámara en las fotografías o aparecía posando en los cuadros. Su parecido con Valeria le hizo suponer que era su madre. Un pañuelo de flores anudado a una figura de porcelana le hizo darse cuenta de que quizá aquel tipo no se iba de la casa porque tiempo atrás había sido el hogar de los dos. Todo estaba impregnado de aquella mujer; incluso la cocina, que examinó de refilón, tenía dos fotografías de ella sobre una de las estanterías murales.

—Ya sé lo que está pensando.

—No pienso nada. Entiendo que era su esposa.

Ciro asintió.

—Es duro criar a una hija solo. ¿Qué quiere?

—¿Qué pasó cuando se encontró a su hija en esa gasolinera? Las cámaras que hemos revisado grabaron su encuentro con ella. Los vimos discutir y luego se fue con usted.

—Los padres discuten con sus hijas, inspector.

—Venga ya, Ciro… ¿Tiene algo que ver con todas esas fotografías que tiene su hija con Rinna en casa?

Ciro frunció el ceño.

—No sé de qué…

—Oiga, conozco su jodida lealtad y toda esa mierda. No le estoy pidiendo nada. Pero tenía problemas con su hija y si no nos cuenta toda la verdad, quien la haya matado posiblemente se vaya de rositas. Si no me cuenta ahora mismo lo que le pasaba con su hija, se lo preguntaré a sus jefes. Se lo juro.

—Ni siquiera sabía que mi hija tenía fotografías con Rinna en su casa. —Bufó—. Lo vi tras su… Tras su muerte, cuando fui a su casa. Era solo un capricho pasajero. Cuando era niña y ellos venían le faltaba tiempo para escaparse al puerto. Pero era normal, inspector. El dinero, el poder… Todo eso atrae a las crías y…

Se quedó en silencio con la rabia tensándole la mandíbula y se volvió hacia la ventana del salón.

—Ciro, ¿por qué esa discusión?

—Ahora ya no importa.

—Ciro.

—¡Quería irse de vacaciones a Italia! Me tomaba por gilipollas. Un viaje para conocer el país. ¡Y una mierda! —dijo volviéndose—. Estaba seguro de que…

—Iría a verlo.

El hombre se frotó la cabeza.

—Nunca tocarán a una niña, eso se lo puedo asegurar. El honor, las mujeres, los niños… Son hombres con un sentido de la lealtad y el saber hacer por encima de cualquiera, pero Valeria ya no tenía doce años, inspector. Mi hija ya era una mujer adulta. No iba a permitir que se acercara más… No… No mi hija… No debería estar hablando con usted.

—¿Por qué esa obsesión con él?

Ciro se rio.

—La hija de un estibador jamás será alguien que un Rinna escoja, inspector, y Bernabé Rinna es una persona amable y cercana. Es fácil fijarse en él cuando eres una niña. Cuando Valeria era pequeña coincidió mucho con él. Rinna puede ser… ambiguo con esa amabilidad.

—¿Lo habló con él?

—No diga tonterías. ¿Qué demonios iba a decirle? ¿Qué mi hija estaba encaprichada de él? Inspector, no sé si es consciente de que era una estupidez, un capricho pasajero. ¿Cree que Rinna tiene tiempo para esas tonterías? ¿Acaso se olvida de quién es?

—El capricho pasajero duraba bastante.

—¡No tenía sentido! —gritó presa de la ira—. Ese sábado fue cuando me lo dijo. Me dijo que quería irse allí en sus próximas vacaciones, que tenía algo de dinero ahorrado y que… Me enfurecí y… —Suspiró—. Le dije la verdad.

Se quedaron callados hasta que Ciro apartó una de las sillas, se desplomó y dijo:

—Puede sentarse.

—¿Qué quiere decir con que le dijo la verdad?

—Le dije que solo era la hija de un estibador y que lo que pretendía no tenía ni pies ni cabeza. ¿Ir a Italia? Haría el ridículo. Valeria no pintaba nada allí y los Rinna no pierden el tiempo con tonterías sin sentido. Sería humillante para ella y para mí.

—Tuvo que ser duro para ella oírle decir eso.

—No lo pensé. Le juro que lo único que pretendía era que despertara de ese sueño estúpido. Trabajo para los calabreses desde que era un chaval, pero por eso mismo no permitiría que mi hija…

—Eso no depende de nosotros.

—De mí, sí —respondió mirándolo fijamente—. ¿Sabe a por quién van si quieren dañar a la mafia, inspector? ¿Eh? ¿Lo sabe? ¿Sabe cómo funcionan las otras mafias? ¿Cree que todos son como los Rinna? No, señor…

Kai sacudió la cabeza y Ciro prosiguió:

—¿A por sus mujeres y sus hijos? No. A por sus amantes. Esas crías que nunca serán lo suficientemente importantes porque no tienen el nivel que desean, pero que, aun así, usan para su entretenimiento. Es a lo único que aspiraría y no lo iba a permitir. Rinna perdió a su mujer en un tiroteo. Ella formaba parte de todo eso y la asesinaron en su país cuando se enfrentó a una organización de otro grupo. Ese hombre tiene dos hijas pequeñas que no van a ver a su madre nunca más. Dudo que busque la película romántica que mi hija tenía en su cabeza y, aunque lograra llamar su atención, ¿qué cree que lograría de él? —Levantó la vista de la mesa y volvió a clavar sus ojos cansados en él—. Que la maten o, como mínimo, que le partan el corazón. No… Ya perdí a mi mujer, no quería volver a pasar por eso. ¡Valeria era preciosa e inteligente! ¡Tuve que ser duro! Es… fácil para cualquier hombre acercarse a ella y Rinna no es de piedra, pero si eso pasara, mi hija podría ser un objetivo el día de mañana. ¿No se da cuenta? Da igual por dónde se mire, acabaría mal de todas formas…

Aquel hombre debía estar pasando por un infierno. Kai estaba convencido de que su aguante tenía mucho que ver con el trabajo que hacía; estaba acostumbrado a rodearse de muerte.

—Rezo por que no haya sido ninguno de los hombres del puerto porque si fuera así…

—No haga estupideces.

—Si fuera así los mataré a todos y me da igual si Rinna… —Se le cortó la voz—. Tiene que irse ya.

El inspector sintió la vibración del teléfono en el bolsillo del pantalón y lo sacó.

—Perdone un momento. Tengo que atender esta llamada. ¿Diga?

Una voz femenina le sorprendió.

—Kai. Soy Amalia Delgado, la forense. —Suspiró, parecía agotada—. Oye, si no te importa, voy a tutearte. Tengo algo importante que comentarte. ¿Puedes hablar?

Ciro se había puesto en pie y observaba una de las fotografías de su hija sobre el mueble del televisor. Kai se dirigió hacia el pasillo y bajó el volumen del teléfono para que no se oyera nada.

—Dime. Sí. Te agradezco que dejes los formalismos. ¿Qué sucede?

—Estoy en el depósito con el cuerpo de Valeria. Hay presencia del saco gestacional. Suele ser visible entre la cuarta y la quinta semana.

—¿Qué? Espera. Vas muy rápido.

—Estaba embarazada.

Observó de refilón a Ciro.

—Dame un momento. —Bajó el teléfono y miró al hombre—. Gracias por todo. Tengo que irme por otra cita. Estaremos en contacto. —Ciro solo levantó el brazo a modo de saludo y Kai salió de la casa como alma que lleva el diablo. Bajó por las escaleras—. Amalia, sigo aquí. Dime.

—Examiné el útero; había un engrosamiento. No detecté embrión, pero porque es un embarazo en una etapa temprana, aunque hay saco gestacional y eso quiere decir que Valeria estaba embarazada de unas cuatro o cinco semanas.

—¿Podemos saber quién es el padre?

—No. Ese es el problema. No contiene suficiente material genético. Para eso tendría que ser un embarazo de seis o siete semanas. Tendríamos ADN fetal, cosa que no tenemos, claro.

—Joder, acabo de salir de casa de Ciro.

—¿Estabas hablando con él? Creí que no hablaba si no estaba su jefe delante.

—Ya. Pues hemos tenido una pequeña charla, pero supongo que tendré que volver a verlo cuando pongamos esto sobre la mesa. Ese embarazo cambia las cosas, tiene relación directa con el posible móvil del crimen. Vale. Gracias por la información. ¿Ya hablaste con Martina?

—No me cogió el teléfono y pensé que estabais juntos.

Kai miró la hora. Ya eran las siete de la tarde.

—No te preocupes. Ya la llamo yo.

Pero esperaría un poco, solo para joderle la cita a Rinna.

***

Martina se quedó pasmada cuando detectó sobre la mesa del comedor de la lujosa habitación de Bernabé una botella de Masseto. Un vino merlot que debía de rondar casi los dos mil euros. Un camarero estaba colocando una cubitera de pie junto a la mesa mientras ella trataba de localizar al otro hermano.

—Estamos solos, querida. —Oyó la voz de Bernabé y se dio la vuelta. Cerró las puertas correderas que daban a la otra habitación—. Veo que eres buena detectando la calidad. Dudaba entre el Masseto o un Monfortino del Piamonte, pero creo que este te gustará más. Es… más sedoso.

Rinna iba vestido como siempre; con un pantalón de traje y una camisa. Ella se había arreglado un poco más, pero sin pasarse; no quería que pensara que estaba allí para coquetear con él. Pasó a su lado, le rozó el hombro con la mano y se fue hacia la mesa, donde sirvió dos copas y después devolvió la botella a la cubitera.

—Ese Arty… Dime qué has hecho con él y con Norman.

—¿Tanto te preocupan esos pobres desgraciados? —Se rio—. Bueno, si te dijera que de momento siguen vivos, ¿me creerías?

—No lo tengo muy claro.

—Lo suponía, pero es así. Me estoy planteando la posibilidad de entregárselos a los tuyos, pero dependerá de mi estado de ánimo.

Martina sonrió.

—¿Me estás chantajeando, Rinna?

—No. Te contesto a lo que me has preguntado.

—En la cárcel no hay muchas posibilidades de que dos chivatos sobrevivan.

—Depende de la atención que les den los tuyos —dijo, y le guiñó un ojo.

Se acercó a ella y le entregó una de las copas. Aquel vino estaba buenísimo. Él la observó beber.

—Me mentiste —dijo entonces—. Estuve en casa de Valeria y tiene su habitación llena de fotografías tuyas. Dijiste que hacía años que no la veías y eso no es verdad.

—¿Es relevante para la investigación?

Martina puso una mueca.

—Depende.

—Haremos una cosa. Hoy te contaré todo lo que quieras saber siempre que tú me cuentes a mí lo que yo quiera saber de ti. Creo que es un trato justo dado que mi interés es personal y no tiene que ver con vuestra investigación.

Se abrió la puerta de la habitación y el camarero de antes entró empujando un carrito totalmente hermético. Lo colocó junto a la mesa y dijo:

—Señor, el calor aguanta un par de horas.

—Gracias —respondió Bernabé sin mirarlo.

El hombre asintió y se fue.

—¿Bien? ¿Aceptas el trato, inspectora?

«Todo lo que quieras saber» era un concepto muy amplio. Podía sacar mucha información en esa cena y no iba a perder la oportunidad. Martina dio otro sorbito al vino y sonrió.

—Tampoco es que tenga muchas cosas que contar de mí. Acepto.

Rinna le ofreció sentarse en el sofá y se acomodó a su lado. Ya casi era de noche, aunque apenas rozaban las ocho de la tarde. Como se había puesto un pantalón de traje y una blusa sencilla estuvo a punto de espatarrarse, pero se lo pensó mejor y cruzó las piernas.

—Es cierto que vi a esa cría muchas más veces de lo que dije, inspectora. Siempre que he tenido que solucionar algún tema aquí, ella no tardaba en pasar a saludar. La conozco desde que era una niña y me recordaba mucho a mis hijas. —Sacó una cartera de su bolsillo y le entregó una pequeña fotografía—. Esas son mis dos hijas. Cloe y Sibyl.

Martina cogió la imagen y vio a dos niñas muy pequeñas y muy rubias posando de pie muy rectas. Parecían mellizas y poseían la misma expresión orgullosa del hermano menor, Marcelo Rinna. Tenían el pelo lacio a media melena y llevaban flequillo.

—Son preciosas, y se parecen mucho a su tío. Tienen los ojos muy rasgados.

—Su madre era surcoreana, de padre italiano.

Ella asintió.

—¿Eras consciente de que Valeria estaba algo… enamorada de ti?

Bernabé dejó la copa de vino sobre la mesa de centro y se reclinó en el sofá.

—Era impresionable. Nada más.

—Su padre lo sabía.

—¿Saber el qué, inspectora? Hay cosas que no merecen atención, solo hay que dejar pasar el tiempo. Valeria, como cualquier jovencita de su edad, podría encandilarse con algo, pero no tiene por qué ser amor, puede ser admiración o…

—Venga ya, Rinna. No me tomes por gilipollas.

—¿Has estado enamorada?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Si has estado enamorada, sabrás la diferencia. La pasión, el deseo… Eso dura un tiempo, pero el amor es algo mucho más largo, más… difícil de mantener. ¿Crees que con doce o trece años puedes llamar amor a algo? No. Dime, ¿has estado enamorada?

Martina puso una mueca y se terminó la copa.

—Creo que un tiempo, luego se me pasó.

Bernabé se inclinó hacia delante y su camisa se tensó. Se percibían los tatuajes bajo la tela y ella le observó la espalda mientras cogía la copa.

—Valeria buscaba consejo en alguien que no era su padre porque mi hombre siempre ha sido… torpe para criar a una hija, sin más.

Aquella declaración la sorprendió.

—¿Consejo de qué?

—De la vida, como cualquier chica de su edad. Nuestras conversaciones eran sobre sus estudios, lo que quería hacer en la vida, lo que le gustaba… Soy cercano con los hijos de mis hombres, si ellos lo requieren. —La vio sonreír—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada. No me encaja contigo.

—¿Crees que esto es como las películas, inspectora? Somos humanos. Cada hombre de mi confianza es parte de la 'Ndrangheta, de la familia. Quizá los que viven fuera de mi país no tengan tanto contacto con la organización, pero, si requieren nuestra ayuda, la tendrán, y eso incluye a sus hijos. No soy un monstruo, inspectora. Soy un hombre y soy padre. Es duro criarse sola, y en gran parte yo tengo la culpa de eso porque Ciro trabaja para mí. El trabajo le quitó mucho tiempo y su hija estaba sola; era consciente de ello. Ciro nunca fue capaz de dejar a la niña con una persona que la cuidara; no le gustaba tener desconocidos en su casa, así que Valeria pasaba muchas horas sola, y yo lo sabía. Lo veía cuando venía.

A los catorce años, una niña no idolatraba el poder ni el dinero. A esa edad, buscaban una presencia férrea que quizá sustituyera la de su padre. Martina recapacitó, mientras lo escuchaba, sobre la posibilidad de que, en el fondo, Bernabé Rinna no mintiera.

—Entonces hablabas con él.

—¿Hablar con él? Por supuesto que hablaba con él. ¿Por qué no iba a hacerlo? Estamos en primera línea, Martina. No somos dioses ni actuamos como tal, como otras mafias. Nuestros hombres arriesgan su vida cada día, sería ridículo no permitir que se acerquen a ti cuando al final pisas el mismo barro cuando tienes que pelear y muchas veces tu propia vida depende de ellos.

No existían brechas… Eso fue lo que su padre le dijo. Ninguna traición, ningún topo en la organización. Empezaba a comprender por qué. Lo vio observar el techo, su expresión relajada no tenía mucho que ver con la que usaba cuando analizaba a la persona que tenía delante de él. Por un instante fue capaz de ver al hombre que estaba detrás de lo que representaba.

—¿Los hombres como tú se enamoran?

Bernabé soltó una suave risita cuando oyó aquella pregunta.

—Supongo que la mayoría de las personas considerarían que no, pero nosotros también añoramos el hogar, inspectora, también echamos de menos a las personas amadas, su olor, su rostro, sus palabras cuando te hablan durante horas y tú no las interrumpes porque sabes lo importante que es para ellas. Estás cansado, has tenido un día espantoso, pero llegas a casa y todo eso desaparece; te sientes alguien de carne y hueso, y das gracias a Dios por seguir vivo. Por ver a tus hijos, a tu pareja, por hacer cosas livianas donde no existe nada más que… la calma.

—Pero fuera de ese lugar no existe la compasión.

Rinna la miró.

—No. Fuera de ese lugar no existe porque, gracias a esa falta de compasión, mantengo a salvo mi hogar y a mis hombres. Te puedo asegurar que no me arrepiento de ello. ¿Puedes llamarlo amor? Creo que sí…

Martina sintió su teléfono, pero no lo cogió. Ojeó la llamada perdida, vio que era Kai y lo silenció totalmente. Bernabé se levantó y cogió la botella de vino. Le llenó la copa y volvió a sentarse.

—Espero que te guste el risotto. He mandado prepararlo al estilo más italiano…

—¿Cuántos policías están en nómina, Rinna?

La pregunta le salió sin pensarlo, pero estaba ansiosa y el vino empezaba a soltarle la lengua. Nunca había tenido mucho aguante con el alcohol. Daba igual si tomaba una copa, dos o tres.

—Venga ya —dijo él riendo—. ¿No vas muy rápido? Creí que lo disimularías un poco más. Calma, inspectora. Tenemos toda la noche para hablar de ciertas cosas. ¿Por qué te divorciaste? Y te aviso que, si no me respondes, yo tampoco lo haré.

—Lo engañé —dijo—. Bueno, no fue así del todo. Él siempre iba a su aire hasta que todo se volvió muy frío. Tanto que un día coqueteé con un tipo que encontré en un bar y luego se lo conté.

—¿Te acostaste con él?

—¡No!

—Eso no es engañarlo, por el amor de Dios.

—Fue suficiente para darme cuenta de que todo se había terminado. Somos buenos trabajando juntos, pero no como pareja. —Se rio—. Y me habría acostado con el tipo, si no fuera porque no cuadró. Fue suficiente para saber que… todo estaba roto, aunque no sufrió mucho.

—Lo superó rápido.

—Sí. Eso parece.

Tanto que dos meses después ya lo relacionaban con una de las secretarias de la quinta planta de la comisaría. Martina se terminó su segunda copa y decidió parar hasta la cena.

—¿Por eso te trasladaste?

A veces se preguntaba si realmente la había querido. Si su relación había sido, en sí misma, una relación fácil donde no tenía que haber escogido mucho más. Él estaba allí, cerca de ella y se entendían en el trabajo. Nada podía salir mal. Se habían ahorrado los preliminares, las preocupaciones por estar a la altura, desplazándolo todo a lo sencillo y fácil. La relación había empezado de un modo natural, como el que pasa de una habitación a otra sin más esfuerzo que abrir una puerta y eso era algo que los dos buscaban.

—Sí. Me sentía como el culo.

—Pero fuiste tú la que dio el paso de una posible traición.

—Ya lo sé, pero me sentía como el culo. Creí que…, no sé, pelearía por lo nuestro. Da igual, tampoco es que sea buena en esto de las relaciones amorosas.

—No te creo.

De cerca, Rinna tenía los ojos aún más claros y olía muy bien. Tenía esa presencia férrea, pero, al mismo tiempo, parecía cercano, sincero. Quizá era esa actitud la que Valeria detectó tiempo atrás, la misma que ella estaba percibiendo. O quizá lo mejor era que dejara de beber ese vino caro que pegaba como una botella de whisky escocés.

—Una mujer con carácter os da miedo. Con Kai eso no me pasaba. Supongo que por eso nos elegimos. Fue sencillo.

Notó cómo Bernabé se movía y, cuando levantó la vista, estaba más cerca de ella y le ofrecía su copa.

—Bebe.

—No quiero más.

—Bebe y te contaré un secreto.

Martina resopló y cogió el vino.

—Valeria nunca se entendió con su padre. Ciro perdió a su mujer cuando la niña era muy pequeña y no fue capaz de acercarse a su hija. Pero lo quería, no era difícil de ver. Muchos de mis hombres pasan muchas horas en el trabajo, pero sus esposas compensan esa ausencia. Él no tenía eso y Valeria siempre estaba sola.

—Y tú ocupaste su puesto —dijo Martina con retintín.

Rinna se rio.

—No. En absoluto. Solo detecté esa soledad. Sin más.

—Has venido porque esa cría significaba mucho más para ti. No porque fuera la hija de uno de tus hombres.

—Apreciaba a Valeria, pero no romantices la situación.

Tenía la sensación de que no mentía, pero seguía ocultándole algo importante; algo normal tratándose de un Rinna, pero también era cierto que había sido más sincera con él en esos pocos minutos que con Kai o cualquiera de sus pocos amigos. La cuestión era que no lo conocía y que posiblemente le daba igual lo que pensara de ella, pero también había una parte en él que la hacía sentirse a gusto y esa misma sensación era la que debía de sentir Valeria cuando coincidía con él.

—¿Tienes idea de quién pudo ser?

En ese momento tuvo la sensación de que a Bernabé le brillaban los ojos, tuvo la sensación de que la belleza estaba relacionada con esa maldad que a veces detectaba en él, pero había algo que no le encajaba y que le provocaba una curiosidad insana; había en él principios, honestidad y sentido del honor.

—Tengo mis dudas y ahora indagamos dentro de nuestra organización. Lo que pase fuera es cosa vuestra. Pero no nos dispersemos, dime algo: ¿y tu familia? ¿Tienes una buena relación?

—Te contestaré, si tú me respondes a las preguntas que te haga.

—Estoy de acuerdo —respondió con una sonrisa.

—Sí la tengo. Mis padres viven en Madrid. Ahora no los veo tanto como antes, pero hablo con ellos casi todos los días y no por trabajo —comentó con una mueca.

—Ah… Bueno, eso lo supongo. ¿Te arrepientes de algo?

Martina se quedó un instante en silencio y dijo:

—Sí. Me arrepiento de algo que suelo pensar a menudo desde que me hice más mayor y es el hecho de no haber disfrutado más tiempo de mis abuelos, de no haberles preguntado más sobre mis orígenes, sobre mi pasado y su vida. Es algo que pienso mucho, que tengo muy presente. ¿Por qué no lo hice cuando tuve la oportunidad? Pero supongo que era joven y que no tenía ese interés. Si tu pregunta es por mi matrimonio, si te digo la verdad, no me arrepiento de nada. Es parte de la vida, sin más.

—Si la familia no late con fuerza, lo demás no puede subsistir. No puede vivir, ¿verdad?

—¿Dónde están los dos hombres que os han traicionado?

—En el puerto —respondió, y le quitó la copa de las manos.

—Custodiados.

—Claro.

—¿Confías en Ciro?

—Confío en todos hasta que me fallan. Ya llevas dos preguntas.

Martina tenía la sensación de que aquel hombre era como una especie de flautista de Hamelin para las mujeres. Solo tenía que tocar aquel instrumento para que un montón de ratas lo siguieran. Sus gestos, su modo de observar… Todo movimiento que ejecutaba parecía perfectamente meditado; la expresión, hasta las sonrisas… Más allá de que el tipo era guapo sin más, y que aparte tenía dinero para alimentar a un país entero, estaba aquella sensación de violencia erótica que parecía supurar; algo que tenía pinta de usar

con mucha asiduidad, ya fuera como elemento para encandilar sin más o para follar como un conejo. Aquel pensamiento la hizo reír suavemente y se dio cuenta de que parecía una loca.

—Eres un hombre acostumbrado a conseguir todo lo que se propone.

—Bueno, suele ser así, otras veces las cosas se tuercen.

—Ah, ¿sí?

Rinna alzó el brazo hacia ella y le pasó los dedos por un mechón de pelo —movimiento que hizo que se le erizara todo el vello del cuerpo para bien o para mal— y luego se incorporó y se fue hacia la mesa.

—Comamos, inspectora. Si dejamos que se enfríe el risotto, va a parecer que mascamos cemento en vez de arroz.

Apartó la silla con un gesto de la mano y murmuró:

—Ahora me toca preguntar a mí.

Martina se sentó y lo observó mientras tomaba asiento frente a ella. Apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos de las manos. Sus ojos se clavaron en ella y entonces preguntó:

—¿Por qué nunca le contaste al inspector lo de tu embarazo?

***

Kai estaba a punto de dar la vuelta hacia la casa de Ciro cuando casi chocó con la inmaculada cara de Marcelo Rinna. Aquel hombre diabólico se había materializado de la nada mientras él intentaba escribirle un WhatsApp a Martina con cierto humor mordaz y dañino sobre su reunión con Bernabé. Una reunión que, por lo que veía, le impedía responderle a la llamada y el asunto tenía su miga: la hija de Ciro estaba en los primeros días de un embarazo y el problema es que no tenían modo de averiguar quién era el padre de la futura criatura.

Los largos y diestros dedos de Marcelo le rozaron las solapas del abrigo y al instante lo arrastró más hacia él, deslizándolo por el

suelo como una bailarina. Kai era grande, pero aquel tarado engañaba, tenía mucha fuerza.

—¿Qué cojones haces aquí, inspector? Creía que había quedado claro que mis hombres solo podían ser interrogados bajo la supervisión de los Rinna.

De un manotazo se liberó de sus garras. Estaba igual de sorprendido que él, aunque disimuló como pudo su visita y con un resoplido algo falso dijo:

—Solo he venido a constatar que tu hombre vive aquí. Este barrio es un poquito decadente para el dinero que gana, ¿no crees?

Marcelo lo observaba con malicia y con aquella sonrisita suya de medio lado que no dejaba claro si te iba a abrazar o apuñalar.

—Ya.

—Ese edificio está a punto de caerse.

—El arraigo y la nostalgia son importantes para las personas, inspector.

A lo mejor había colado, o a lo mejor solo estaba pensando en controlar su ya conocida costumbre de perder los papeles en público. El italiano miró de reojo hacia el edificio, momento en el que Kai aprovechó para cambiar de dirección y dirigirse a su coche. Preguntarle qué demonios hacía allí era una estupidez, estaba claro que no se lo iba a decir, pero había que intentarlo.

—¿Me estás siguiendo, Rinna?

—Las preguntas las hago yo.

Kai se volvió y Marcelo frenó en seco justo antes de chocar con él.

—No… Las preguntas las hago yo. Que no se te olvide algo: tú serás la puta mafia, pero yo soy la jodida ley.

—Vamos a tener un conflicto de intereses como sigamos tan poco sincronizados… —susurró Marcelo, luego curvó la boca en una sonrisa maliciosa—, pero me he prometido a mí mismo ser paciente, comprensivo… —Lanzó un suspiro—. Canalizar mi furia cuando veo que intentan colármela por el culo.

—Ya, bueno, no me apetece mucho colarte nada por el culo.

—Ja… Si hasta es gracioso el inspector.

—Voy a ir a tomarme una cerveza. Puedes dejar de hacer como que intimidas y acompañarme, o seguir ahí haciéndote el mafioso malote.

Tenía que alejarlo de allí como fuera y no se le ocurrió otra estupidez hasta que lograra hablar con Martina.

—¿Me estás intentando comprar con una cervecita?

—Algo así. —Kai dio un pasito para atrás—. Me voy.

Cuando se giró notó otra vez la garra de Rinna en el hombro y ladeó la cabeza. Por un instante la presión que ejercían sus dedos lo hizo dudar.

—Voy a tener que pillarte en un renuncio más a menudo para que seamos un poquito más cercanos.

—Dile a tu matón que tiene un par de horas libres y sube a mi coche.

Sabía por experiencia que la contundencia, en determinados momentos, podía salvarle la vida. Si lo veía dudar un solo segundo, estaba jodido, y Rinna no era gilipollas. Detectó su coche en la callejuela de la derecha y al gigante de Kendo plantado frente al volante, como un orangután obediente. El suyo estaba casi al lado y no se había esforzado mucho en dejarlo un poco más alejado: error de novato. Nunca aprendía.

Abrió la puerta del coche y subió. Marcelo le hizo un gesto a Kendo, movimiento más que suficiente para que el perro obediente entendiera a su amo. Kai se preguntó si existía algún tipo de mímica mafiosa para aquellos hombres porque Rinna no es que hubiese sido muy expresivo, pero su guardaespaldas lo había comprendido en cuestión de segundos.

—Si piensas que una cerveza te libra de esta, amigo, estás equivocado —canturreó sentándose a su lado.

—Lo suponía. ¿Te valen unos cacahuetes?

Marcelo se puso el cinturón. Era imposible no ver a una mujer cuando estaba de perfil, detalle desagradable si se paraba a pensar

en lo que realmente era: un maldito loco. ¿Cuántos incautos lo habrían confundido más de una vez?

—¿Tenemos la tarde graciosa?

—¿Aceitunas?

—Ve al puerto —le ordenó. Kai iba a poner en marcha el coche, pero su determinación lo hizo volverse hacia él—. Tengo un regalito para ti, inspector. Tomaremos tu cervecita, pero creo que primero te interesa venir conmigo hasta el muelle, después igual me invitas a cenar y a pasar una noche desenfrenada en agradecimiento.

—¿Qué…? ¿Desenfrenada?

Rinna se levantó el cuello del abrigo y se arrellanó mientras observaba por la ventana el balanceo de los árboles.

—Este clima me mata, pero me gusta el frío. Creo que necesito ponerme más mascarillas —susurró tocándose la cara.

Kai giró a la izquierda y avanzó hacia la zona portuaria. Notó un escalofrío; no sabía si era el puñetero frío o el hecho de tener a Marcelo tan cerca, a lo que no se acababa de acostumbrar. Puso la calefacción.

—¿Vas a decirme de qué se trata, Rinna?

—No. Me encantan las sorpresas. ¿A ti no?

—No, viniendo de ti.

Todas las calles de aquel pueblo estaban en pendiente. Kai estaba seguro de que, si ponía el coche en punto muerto y lo dejaba caer, llegaría al mar en cuestión de minutos. Puerto Castro poseía mucho comercio local, el paseo del puerto estaba abarrotado de pequeños puestos, que, para esa época del año, carecía de sentido tener allí, pero, cuando se fijó bien, se dio cuenta de que eran pequeñas tiendas de artesanía y no faltaban turistas o peregrinos con enormes mochilas a sus espaldas que atender. Descendieron por el paseo de Castro, que era la carretera que llevaba a la zona portuaria, y no tardó en ver a un matón trajeado, plantado frente a la puerta de metal junto a una garita; la entrada principal. Un tipo enjuto, con la mirada algo perdida y uniforme de guardia de seguridad, estaba dentro apuntando algo en un folio, pero el que se acercó al coche

fue el gorila, el otro solo les echó una fugaz mirada y siguió a lo suyo. El matón se agachó para mirar dentro y, cuando vio a Marcelo Rinna allí, se apartó hacia atrás diciendo:

—Pase, por favor.

Otro hombre de proporciones similares estaba dentro, con sus grandes manos apoyadas en las caderas y su rostro proyectando una inexpresiva mueca de amenaza. Un poco más allá, el clamor del puerto resurgía por encima del tronar de máquinas y voces discordantes de trabajadores. Había demasiados hombres de los Rinna allí, más que antes.

—Gira en la segunda calle a la derecha y entra en el almacén del fondo —le indicó Marcelo—. Hay una puerta por detrás de la nave, tienes que rodearla.

¿Por qué tenía la sensación de que no le iba a gustar una mierda la situación? No tardó en entender su percepción del entorno cuando vio más trabajadores de los Rinna en la dichosa puerta de detrás de la nave. No era una buena señal.

—Rinna…

—Entra en la nave.

Los gritos de los hombres en otro lado de la zona portuaria solaparon sus pensamientos. El interior estaba abarrotado de palés apilados en filas perfectamente numeradas. Los gritos malhumorados a lo lejos le indicaban que, aun siendo tarde, allí había trabajo, otra cosa era que fuese muy legal. En el lado derecho había una zona diáfana inmensa, donde dos tipos hacían gestos para indicarles dónde dejar el vehículo y un poco más allá…

—¿Qué demonios es eso? —Kai abrió tanto la boca que pareció que le iba a dar un síncope. Paró el coche, miró a Rinna y este lo miró a él como si estuviera a punto de hacerle una declaración de amor en toda regla—. Marcelo… ¿Qué has hecho?

—Es mi sorpresa. ¿No estás contento?

10
CONFIESA TUS PECADOS

Martina observó a Bernabé Rinna como si acabara de ver al mismo diablo. Tenía un montón de virtudes, o eso era lo que su madre decía, aunque no estaba segura, pero una de ellas no era la paciencia.

—¿De qué coño me estás hablando?

El mayor de los Rinna sonrió.

—Venga, inspectora. Hemos quedado en que vamos a decir la verdad y en que contestaremos a todas las preguntas. Mi trabajo depende de la información que consigo, y en eso soy bueno. ¿Crees que tu pequeño secreto se me iba a pasar por alto?

—Fue hace mucho tiempo y eso forma parte de mi intimidad.

—Lo sé, pero ya salías con Kai Vila, si no me equivoco, ¿no?

Apartó un poco el plato de risotto y dejó el tenedor en la mesa. En otra época de su vida, y si no hubiese sido quien era, se lo habría clavado en la mano.

—Ya… Vale. Ya veo por dónde va esta cena.

—¿Era del inspector? —Rinna la escrutó unos segundos—. Sí. Era de él, pero supongo que… eran los comienzos y es difícil tomar ciertas decisiones cuando las cosas no están claras.

Martina sonrió tensa y dijo:

—Pues sí. ¿Alguna duda más?

—Solo la razón por la que no se lo dijiste. Un padre tiene derecho a decidir también sobre…

—Y una mierda —lo interrumpió ella—. No sé en qué mundo vives tú, Rinna, pero, en el mío y en el del resto de los mortales, una mujer decide sobre su propio cuerpo y no tiene que dar ninguna explicación a nadie.

Bernabé cogió la servilleta, se limpió la boca con elegancia y asintió.

—No te pongas a la defensiva, inspectora. Solo trato de conocerte.

—En tu mundo supongo que, si una mujer se queda embarazada de ti, pierde cualquier toma de decisión. En el mío no van así las cosas.

—Vuelves a equivocarte.

Cada vez estaba más irritada.

—Martina, que decidas sobre tu cuerpo no tiene ningún tipo de discusión, pero, como hombre y como padre, creo que puedo opinar que lo justo es al menos saberlo.

—No voy a empezar un debate contigo con respecto a este tema.

Bernabé sirvió un poco más de vino, pero Martina había perdido todo el apetito y la sed.

—Oye, no soy tu enemigo ni te he invitado a cenar para que te sientas incómoda.

—Pero buscas en mi vida privada para tratar de llevar el control, joder.

—Es mi forma de vivir, Martina. Y estoy seguro de que tú harías lo mismo, si no lo has hecho ya. ¿Crees que eres la única que tienes un expediente con parte de mi vida? La 'Ndrangheta hace lo mismo. ¿Qué es lo que te molesta tanto?

—Tu puta amenaza velada.

—No estoy amenazándote. Come, por favor.

Aquel momento le hizo recordar que, por mucho que guardara un secreto, siempre habría alguien capaz de desenterrarlo. ¿Qué más sabía de ella aquel capullo? De su relación parecía saberlo todo; aquel tropiezo espantoso —sí, le daba igual que la tacharan de lo que quisieran—, para ella era un jodido tropiezo espantoso que no iba a aceptar. No quería ser madre, quería ser policía y todo aquel que dijera que podía hacer las dos cosas era gilipollas. No necesitaba un hijo para sentirse mejor, ni creía en eso de que hasta que no se era madre no se conocía la verdadera felicidad. Todo eran

gilipolleces. Viendo a otras compañeras de promoción, que con el tiempo lo fueron, se le quitaban aún más las ganas; no estaba dispuesta a cargar con un mocoso y menos cuando no tenía claro ni que quisiera cargar con el padre del mocoso. Cabría haber esperado que se largara de allí; un año atrás lo hubiese hecho, pero, por alguna estúpida razón que no entendía, creyó las palabras de Rinna, o al menos inicialmente las aceptó como válidas. Tenía que conseguir más información…

Miró el plato y se lo acercó.

—Si vuelves a decir otra chorrada, me levanto y me voy. Ahora me toca a mí hacerte las preguntas. —Se metió una buena dosis de risotto en la boca y masticó con calma mientras Bernabé la miraba jugueteando con la copa—. Bien, ¿tuviste algún tipo de acercamiento con Valeria la última vez que viniste?

—Yo no.

Martina resopló.

—Formularé la pregunta un poco mejor: ¿tuvo Valeria algún tipo de acercamiento contigo?

Bernabé bebió un poco y luego respondió:

—Lo intentó. No estaba pasando por un buen momento y, cuando vine hace unos meses por temas puntuales, la encontré en una cafetería del centro del pueblo. No dejo de verla como la niña que esperaba a que regresara su padre. Era algo que no entendía.

—¿Qué le pasaba?

—Algún problema con un novio. No lo tengo claro porque no pregunté qué papel desempeñaba él.

—Entonces se veía con alguien.

—Solo me dijo que tenía un problema con un amigo y me preguntó si podía dejarla en el puerto. En el coche le di algún consejo y creo que confundió el momento. Pero fue una estupidez que resolví sobre la marcha. Se disculpó y se bajó del coche. Poco más.

El camarero entró en la habitación tras golpear con suavidad la puerta, con dos porciones de tarta, que dejó sobre el carrito, y café.

Rinna le indicó que podía llevarse el resto y luego se fue envuelto en el mismo silencio que le hacía parecer etéreo. El italiano continuó:

—Cuando la vi con su padre, me quedé tranquilo y me fui. Mira… Ciro es un buen trabajador, uno de mis mejores estibadores, pero no es italiano y no trabaja en contacto directo conmigo. Es una especie de enlace con el país, de plena confianza, pero hasta cierto punto. No puedo poner la mano en el fuego por todos mis hombres.

—Creí que la mafia calabresa sí podía.

—No te confundas. Puedo poner la mano en el fuego por todos los que veo cada día, por sus grupos y por lo que hacen, pero no por los que hay aquí. Sería una osadía. Por supuesto que me ofende terriblemente que maten a la hija de uno de mis hombres aquí, pero me ofende aún más que quien lo hizo haya dejado su cadáver en una de mis propiedades. No tengo claro si es un aviso para nosotros o el asesino es gilipollas. Eso es lo que voy a averiguar.

—Ese es mi trabajo.

—Es tu trabajo, pero también el mío. Ya hemos hablado de eso.

—Quiero que liberes a esos dos hombres y los dejes en manos de la policía. Quiero que tengan un juicio justo. Esos dos pobres diablos no han matado a nadie que sepamos, Rinna… Matarlos es desproporcionado y…

—Si hiciera eso, Martina, te aseguro que no tardarían en robarme otros. No puedo pasar por alto un comportamiento así. Soy la ‘Ndrangheta, no una ONG.

—Entonces dales una puta paliza, pero entrégalos —dijo ella muy bajito.

Se hizo un silencio extraño y la inspectora se puso a comer intentando no mirarlo más. Notaba los ojos de Rinna en el cogote. A la izquierda, en un platito, tenía un trozo de pan tostado y extendió la mano para cogerlo. Bernabé le rozó los dedos y arrastró el platito hacia él. Entonces ella levantó la vista.

—Voy a prepararte esto al estilo italiano. —Cogió una botellita de aceite—. Mi abuela solía hacerlo. Solo tienes que echar un poco de aceite al pan; *olio extravergine d´oliva.* Lo normal es ponerle ajo y

tomate, pero creo que eso sería un poquito fuerte para ti ahora, así que probaremos con el queso *pecorino*. ¿Lo has comido alguna vez?

Martina negó despacio mientras él lo cogía.

—Esta elaborado con leche de oveja y hay varios tipos, pero el calabrés es el llamado *pecorino crotonese,* tiene sabor y está ligeramente especiado. Toma —dijo ofreciéndole el pan tras cortar una fina rodaja del queso—. Estoy seguro de que te encantará.

Cuando lo probó, se le escapó un suspiro. Aquella tosta estaba buenísima. Casi se la comió en tres bocados mientras Rinna la observaba divertido.

—Vale. Está de muerte.

—Puedes acompañarlo con miel, nueces o mermelada, pero a mí particularmente me gusta así, con aceite y el pan de leña tostado. A mis hijas les encanta.

—¿Las ves mucho?

—Todo lo que puedo. Vivimos en una finca privada con varias viviendas. Todos mis hermanos y mejores amigos están cerca con sus familias. Es… como una especie de urbanización pequeña. Tomamos la mejor decisión. Quería que mis hijas se criaran cerca de los suyos, protegidas. Esa finca es el lugar más seguro. Duermo tranquilo y mis hijas pueden ir y venir a su antojo. Es… una buena vida.

—Ya veo. —Volvía a relajarse y se acabó la copa—. ¿Puedo…?

Quería otra tostada.

—Claro. Para eso están.

Tomó el pan y el queso. Cortó una fina loncha con cuidado y luego echó un poquito de aquel aceite.

—Te juro que nunca había probado un queso tan exquisito.

—Lo calabrés tiene nivel, inspectora.

En algún lugar de la calle alguien berreaba una canción que no parecía entonar muy bien. Rinna se dirigió a la ventana para cerrarla, momento que ella aprovechó para comerse otro trozo de aquel queso sin que la viera. Casi se lo había tragado entero cuando lo sintió regresar y trató de pasarlo con el vino que le quedaba en la

copa. Se limpió la boca con la manga, no porque no tuviera educación o porque no le hubiesen enseñado modales, sino más bien por las prisas. Por mucho que lo intentara, Martina no era muy dada a las comidas elegantes, en sitios elegantes y con gente más elegante. Era una mujer que comía mal y cuando se acordaba, sus últimos análisis se lo habían dejado claro y tenía que pensar en cambiar sus hábitos.

—Haré que te envíen uno de esos quesos a tu casa.

—Suponiendo que sepas dónde vivo.

Rinna le regaló una sonrisita encantadora y ella frunció el ceño.

—Pues sí que me has investigado.

—Repito que no es nada personal, inspectora. Como has podido ver, yo sí he respondido a tus preguntas sin problemas. Tenlo en cuenta.

Se sentó de nuevo, apartó su plato y apoyó los codos en la mesa. Martina se sirvió más vino, y se prometió que esa sería la última copa y luego se iría.

—Me miras mucho.

—Observo. Solo observo. ¡Bien! Creo que después del café podemos empezar a hablar en serio, ¿no te parece?

—¿Hablar en serio?

—Por eso aceptaste mi cena, ¿no? Un café, una copa y te daré un nombre. —Levantó el dedo índice de la mano derecha apuntando al techo—. De momento solo uno.

Martina despertó, se despejó y empezó a notar la euforia.

—Un corrupto.

—Eso es, un corrupto, pero recuerda que toda información tiene un precio y tú no estás aquí para saber esto, estás para investigar un asesinato.

—¿Qué me vas a pedir a cambio?

Rinna sonrió.

***

Kai tenía la sensación de que aquello no podía salir bien de ninguna de las maneras, que el escenario que tenía delante podía empeorar aún más. De hecho, a lo largo de su carrera había estado en situaciones que podían clasificarse como situaciones fuera de control, aunque luego solía reconducir la mayoría de ellas. Un tipo con dos puños enormes apoyados en las caderas custodiaba a un individuo atado a una silla con una capucha negra en la cabeza. Un pobre hombre que temblaba como una maraca y no hacía más que retorcer los dedos sobre los reposabrazos de madera. Lloraba y moqueaba, o eso era lo que parecía sonar bajo la tela, y de vez en cuando se podía oír un ronroneo quejumbroso suplicante que sabe Dios cuánto tiempo debía de haber repetido desde que lo habían sentado allí.

—Rinna, ¿qué significa esto?

Allí sentado, en mitad de aquella nave industrial repleta de palés, parecía diminuto y encorvado. Marcelo estaba situado a su lado con la cara proyectada hacia lo alto y contemplaba la escena con vehemencia.

—Pues significa lo que ves. Un tipo sentado en una silla.

—Ya lo sé, pero ¿quién coño es?

El italiano le hizo un gesto al gorila de los puños grandes y el hombre le quitó la capucha al pobre condenado. Kai lanzó una especie de graznido al aire cuando vio el rostro desencajado del compañero de trabajo de Elda Rivas tratando de adaptarse a la luz, resollaba, jadeante. Dante Veloso se sorbió los mocos e intentó centrar la vista.

—Por el amor de Dios, Rinna. ¿Estás loco?

Desde donde estaban, tenían un ángulo perfecto, pero el profesor no podía verlos. Giró un poco la cabeza, pero la luz le molestó y se arqueó para mirarse las manos, clavadas a la silla por unas bridas que le sujetaban las muñecas. Kai se preguntó qué tipo de sensaciones podía llegar a experimentar una persona que, de la noche a la mañana, se encontraba sentada en una silla sin poder moverse, rodeada de hombres con aspecto de asesinos en un

almacén. Y, en ese estado, aunque aún parecía medio en *shock,* era en el que se encontraba el profesor Veloso.

—Adivina quién iba a comprar droguita cuando estaba despidiéndome de las alimañas del parque. ¡Uy! ¡Pues sí! —Su sonrisa perversa desapareció en cuestión de segundos—. No somos unos aficionados, inspector… El gilipollas pensó que no lo había visto agazapado entre dos putos arbustos y lo seguimos. ¿Adivina adónde fue? Pues sí. Al pisito de una de tus princesitas.

—¿Y por eso lo secuestras?

Marcelo giró la cabeza con dignidad.

—No pretenderás que le invite a venir hasta aquí amablemente, ¿no?

—No, Rinna, pero me llamas y yo voy a…

Marcelo metió la mano en el bolsillo y sacó una fotografía hecha con una Polaroid, que le estampó en el pecho a Kai.

—Se quería llevar esto. Estaba medio escondida en un espacio entre una estantería, así que supongo que sabía bien dónde guardaba Elda las cositas comprometidas. Creo que es él a cuatro patas.

Kai frunció el ceño al ver la imagen: era el profesor en una postura muy poco ortodoxa con una correa al cuello, que sujetaba la mano de la persona que había hecho la foto.

—Vaya con los profesores. De ocho a tres dan clases de Historia y de siete a doce les da por el sadomasoquismo. —El mafioso alzó los brazos—. ¿No es maravilloso? Se me pasaron las ganas de romperle los huesos por mi droga y me acordé de ti.

—Maldita sea, Rinna. No es razón para tener a una persona así. Quiero que lo sueltes.

—Calma, inspector.

—A Elda le gustaban las mujeres —murmuró furioso.

—¿Y eso qué tiene que ver con que tenga una mascota?

—Una ¿qué?

—No te muevas de aquí —dijo—. Si te ve, estarás metido en un pequeño lío, ¿no crees?

—Rinna… —bufó, y trató de cogerlo, pero el italiano ya iba hacia el profesor y el gorila con aire divino—. Mierda. ¡Joder!

El pobre hombre al verlo pegó un brinco o, al menos, pegó un brinco en la medida de sus posibilidades, dada su situación. Sonó una especie de tañido metálico a lo lejos, y Dante se asustó tanto que la silla vibró.

—Mira lo que tenemos aquí. Un profesor que se cuela en una casa ajena para robar, después de intentar comprar droga a unos camellos. Eres un tipo muy polifacético…

—No… Yo no robé nada. Solo quería recuperar lo que era mío. —Casi vomitó las palabras. Le faltaba el aire—. ¿Droga? Yo solo… Solo pasaba por allí.

—Ya… Drogata y con vicios. Todo un ejemplo. Supongo que eso no lo vas contando por ahí.

Dante jadeó.

—¿El qué…?

—Lo de ser el perrito de tu colega.

—No… Esa foto es mía. Solo se la mostré a Elda porque ella me contó su secreto y quería…

—Ella, ¿qué?

—Por favor, suélteme. Le juro por Dios que…

—Ella, ¿qué? —La voz de Marcelo Rinna fue tan vibrante y fría que Dante se cuadró como un soldadito.

—Ella estaba pasándolo mal y quería olvidarse de todo, y yo… Yo… Yo solo… Me confesó que siempre había tenido problemas en casa porque le gustaban… las mujeres y yo quise…

El mafioso se tocó el tabique nasal y cerró los ojos.

—Como no vayas un poquito más rápido, se me va a agotar la paciencia, amigo, y te aseguro que eso sería malo… muy malo.

—Sería malo —repitió el gorila detrás de él.

Rinna levantó el brazo con la palma hacia arriba.

—Gracias.

—Solo pasamos alguna noche de juerga. ¿Quiénes son? ¿Por qué estoy aquí atado? ¡Voy a llamar a la policía!

—Por señales de humo.

—¿Qué?

Kai hizo una mueca, estaba a punto de salir de su rincón para intervenir. El pobre profesor estaba allí, fuera de sí, mientras Marcelo parecía divertirse por una estúpida fotografía que lo podía involucrar, pero también podía ser una insensatez que no iba más allá.

—Háblame de tu relación con Norman.

Cuando dijo aquel nombre, Kai dio un paso atrás, Dante levantó la cabeza hacia el italiano y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué Norman?

El italiano le cruzó la cara y Dante jadeó asustado. La bofetada sonó como si azotaran una sábana mojada al aire.

—Háblame… de tu relación con Norman.

—Solo… solo le compré una vez un par de gramos para una fiesta. Pero ¡no era para mí!

—Ya veo. Un par de gramitos. No pasa nada. Todos compran un poquito de droga para animarse.

—Todo el mundo sabe que trapichea… Ya me entiende, así que quedé con él, pero no entiendo qué tiene que ver eso con…

—Qué profesor más travieso.

—¡No era para mí!

Kendo entró en la nave con paso firme, se acercó a su amo y le entregó un bate. Kai notó cómo le latía el corazón a mil por hora y avanzó hasta casi cruzar la línea de seguridad que lo separaba del anonimato. Rinna se apoyó el bate en el hombro y ladeó la cabeza. Dante, que había seguido el recorrido de Kendo con la expresión desencajada por el pánico, se puso a chillar:

—¡No! ¡Vale! ¡La droga era para mí y para Elda! ¡Era para los dos! Necesitábamos… desinhibirnos un poco, no era una buena época para ella y, bueno, pensé que quizá, si tomaba un poco, se calmaría, estaba pasando por un mal momento, algo que ver con llamadas de teléfono y encima tenía problemas con alguien que le gustaba o una relación, tampoco comentaba mucho. —Dante estaba cantando como una cacatúa—. No es que le preguntara mucho, pero me invitó

a cenar y pensé que, si llevaba un poco de droga, se animaría y acabaríamos…

—Follando.

—¡No!

—Ah. Solo ladraste.

—¿Qué? Pues…

No había nada más humillante que recibir un bofetón de ese calibre, pero era más desagradable, aunque menos humillante, que te dieran con un bate en la cabeza y eso es lo que debió de meditar en cuestión de segundos el profesor. Se hizo un silencio incómodo, interrumpido por una especie de suspirito de Kendo, que pareció meditar lo de ladrar. Sí, había algo mucho más humillante que el hecho de que te partieran la cara, y era justamente lo que todos estaban pensando en ese momento.

—¿Solo ladrar? —preguntó el hombre que tenía detrás.

Kendo soltó un silbidito y Marcelo parpadeó, algo asombrado por la expresión de misericordia del profesor, acompañada por un encogimiento de hombros.

—Solo ladrar… —susurró Rinna y rompió a reír.

—No, no es gracioso. La gente tiene… tiene ciertos fetiches que…

—Joder, solo necesitaba que lo pasearan un ratito con la correa. —El italiano extendió el brazo hacia el pobre hombre mientras zarandeaba la mano libre—. Un par de rayitas y ya estamos a tono para nuestros juegos del dolor. Ah, por el amor de Dios. —Dijo algo en italiano, pero volvió al castellano—. Bien, lo peor de todo esto es que lo creo. ¿Tú lo crees?

El guardaespaldas de detrás se encogió de hombros.

—¿Tú? —preguntó mirando a Kendo.

—Desgraciadamente, sí.

—¿Lo creemos todos? —gritó al aire, pero estaba claro que aquello iba dirigido a Kai, que estaba agarrado a un palé a punto de implosionar—. Vale… ¡Soltadlo!

Dante Veloso se desinfló como un globo cuando fue liberado de las bridas. Se escurrió y acabó de rodillas en el suelo. Marcelo le

apoyó el bate en el hombro y le dio un golpecito para que lo mirara.

—Si me entero de que has mentido, te buscaré, te atraparé y me ocuparé de ti. Y ya sabes: ir a la policía no te va a beneficiar. ¿Sabes por qué? Porque, si les entrego esta fotografía, todo el pueblo se enterará de las cositas cochinas que hace el profesor de sus hijos y tu carrera estará acabada.

—¿Quién cojones eres? —jadeó lloroso.

—El hada de los dientes. —Se inclinó un poco más y esbozó una sonrisa inmensa—. Solo que yo no espero a que se caigan… Kendo, lleva al profesor a su casa.

Le entregó el bate y cruzó el almacén hasta donde estaba Kai.

—La tensión puede provocarte un ictus en cualquier momento, inspector. Ese hombre no dirá nada. Tiene más preocupación por mantener las apariencias que por ser torturado. Su pequeño secretito es demasiado valioso para él. Además, ahora ya puedes descartarlo definitivamente. —Le dio una palmada en el hombro—. De nada.

—De verdad que a ti te falta un verano y parte de otro, Rinna —gruñó fuera de sí—. ¿Te has vuelto loco?

Marcelo se colocó el cuello del abrigo mientras Kendo subía al coche con el profesor. Se volvió sonriente.

—Rinna, ¿me estás escuchando?

—¿Vamos a por esa cerveza y a cenar? Tengo un hambre voraz.

***

Rodrigo se balanceó en su silla y cambió de pantalla. Estaba con el Minecraft, seguía construyendo un pueblo cerca de un río. Tenía ya varias casas de aldeanos, una plaza principal y dos huertos. Le faltaba un pozo y una herrería, solo que tenía poco tiempo para dedicarlo a aquel vicio. Miró la hora: eran las doce de la noche y ni Martina ni Kai habían regresado. Con toda probabilidad, los dos estarían acompañados de los Rinna. Abrió la aplicación de geolocalización: los móviles que llevaban mandaban su posición cada

cierto intervalo a través de datos cifrados sin notificaciones en los móviles que ellos pudieran ver y, por ende, cualquiera que estuviera con ellos. Pura seguridad. La aplicación de gestión de los móviles la habían diseñado ellos mismos y adaptado internamente; no usaban otras ya conocidas como AirWatch, Soti o Intune, y permitía ver la ubicación GPS en tiempo real, borrar datos remotamente y recibir alertas automáticas, entre muchas otras características. Rodrigo sonrió; solo que ellos lo desconocían. Si el inspector hubiera sabido que estaba totalmente vigilado, habría sido un problema. Todos sabían que era un poco lobo solitario; en cambio, a la inspectora seguramente le habría dado igual. Al final, optó por pasar por alto ese pequeño detalle. Era lo mejor.

El punto rojo de la geolocalización del móvil del inspector lo situaba en el centro de Puerto Castro; el de la inspectora, a poca distancia de casa.

—La cena con el cabeza visible se alarga —susurró con cierto retintín.

Ningún punto rojo de geolocalización en mitad del mar era una buena señal. Rodrigo se incorporó, estiró piernas y brazos, y fue a la cocina. Cogió una bolsa de patatas fritas y un refresco, y se sentó en el sofá. El jueves terminaba, y la actividad había sido, hasta cierto punto, algo caótica. Tenían poco tiempo para sacar en limpio algo de toda aquella investigación.

En un momento determinado, se quedó dormido con la bolsa de patatas encima de las piernas y la televisión puesta. Por eso, no escuchó el motor del coche ni tampoco oyó la puerta cuando se abrió.

La parte consciente del cerebro detectó un perfume, poco a poco abrió los ojos y casi chilló. Tenía una silueta inclinada sobre él, que lo miraba fijamente. Pegó un brinco, las patatas salieron volando.

—¡Joder!

—Calma, soy yo. —Amalia soltó una risita melosa y dejó sobre la mesa de centro una carpeta—. Sé que es tarde, pero no tenía otra cosa que hacer.

—Mierda, me ha dado un susto de muerte.

Rodrigo recordó la breve llamada con ella, contándole el hallazgo del embarazo, y ojeó de refilón la carpeta.

—¿Es el informe?

—Lo poco del informe —dijo—. ¿Hay algo de beber en la nevera? Y tutéame, por favor.

—Sí.

Fue hacia el frigorífico, lo abrió y sacó un refresco. Luego se sentó junto a él.

—¿Qué haces aquí solo? ¿Dónde están Kai y Martina?

—Con los Rinna.

—Ya veo… Estos chicos no descansan. ¿Hay alguna novedad?

—Nada digno de mencionar —respondió él. Dejó la bolsa en la mesa y se recostó—. Quizá la muerte de las chicas no tenga nada que ver con la de la hija del tal Ciro. No sé. Lo de los pétalos de rosa me chocó, pero puede que sea una mera casualidad.

—Las casualidades existen, pero al menos les estáis dedicando el tiempo que no les dieron por ser una muerte accidental. No creo que resulte una pérdida de tiempo, sea lo que sea. Digo, si al final no están relacionadas.

—Um… No lo sé. Aún es pronto. ¿Qué haces aquí?

—Salí a cenar con unos amigos y me apeteció pasar por aquí para ver cómo estabais, pero veo que te han dejado solo en esta casa.

—No me aburro.

Amalia bebió de su refresco y señaló la carpeta.

—Ahí tenéis lo que he podido sacar del cuerpo de la chica. Nada que no sepamos. Murió por el golpe y estaba embarazada. Repito que no es posible saber quién es el padre: estaba de pocas semanas. Creo que la pilló desprevenida porque no tiene señales de haberse defendido. Quizá quedó con el padre de la criatura allí y pasó lo que pasó. Ella conocía el muelle y toda la zona, supongo.

—Eso parece.

—¿Cómo va el tema de las otras tres chicas? ¿Sacas algo en limpio?

Rodrigo puso las fotografías de las cuatro mujeres una al lado de la otra y con un rotulador hizo varios círculos.

—La imagen de Valeria no me genera dudas. —Golpeó la imagen con el bolígrafo—. Eso son pétalos de rosa y en esta, tampoco, aunque en esta otra imagen se difumina un poco, como un manchurrón, pero en la de Miriam Coto dudo. Llevo dándole vueltas todo el día. Ya he pasado la foto por cuarenta filtros y ahora no me atrevo a asegurar que sea un pétalo. Puede ser una salpicadura de sangre con la misma forma. No sé, mierda. Me estalla la cabeza con este asunto.

Amalia cogió la imagen y frunció el ceño.

—Lo de los pétalos era algo con poca consistencia. Yo también dudaría.

Sonó el motor de un coche y los dos se quedaron mirando hacia la puerta.

—Ahí viene al menos uno de los jefes —susurró Rodrigo.

La puerta se abrió y un hombre enorme entró. El analista se quedó petrificado cuando vio detrás a Bernabé Rinna en persona con su jefa en brazos.

—Joder… Pero ¿qué?

—Hemos tenido un pequeño percance con el alcohol.

—¿Va borracha? —preguntó la forense.

—Un poco —contestó él—. ¿Me indican dónde está el baño? Se ha vomitado encima cuando la traíamos de vuelta.

—Al menos no ha manchado la tapicería del coche —dijo el hombre.

Rinna sonrió.

—La verdad es que ha sido un detalle que se lo echara encima.

—Es por ahí —le indicó Rodrigo—. Arriba a… la derecha está el baño y al fondo, su habitación.

—Gracias.

Martina parecía inconsciente, pero cuando Rinna pasó a su lado la vio sonreír. Su cabeza se bamboleaba a cada paso que daba el hombre.

—Joder, pero ¿cómo ha bebido tanto? —susurró el analista.

—Bueno, se ha relajado —comentó Amalia—. Tampoco es tan grave. Mañana tendrá una resaca de mil demonios y la pagará contigo.

—Qué graciosa —dijo él entre dientes al mismo tiempo que desviaba la vista al enorme tipo que estaba junto a la puerta—. Mierda… Si llega ahora el inspector, se va a liar.

—No es su padre ni su marido. —Amalia frunció la boca.

—Ya. ¿No sería mejor que la acompañes tú? La va a meter en la bañera.

—¿Yo? Ya es mayorcita. Que se apañe.

***

—Puedo hacerlo yo —susurró Martina. La lengua se le enredaba en el paladar como si tuviera un nudo.

Notó un sonido raposo muy cerca y su mano se aferró al borde de la bañera. No estaba segura de si estaba vestida o desnuda, solo sentía el agua fría y una mano en la nuca.

—Permíteme que dude de esa afirmación.

El tiempo era solo un fragmento de cristal que se iba resquebrajando. Hacía solo unos segundos aún estaba en el hotel, luego en el baño de la casa, después en la cama. En medio de ese tiempo solo existían vacíos y el soniquete de un tic tac que le retumbaba en la cabeza insistentemente. Una silueta alta se movía a su alrededor, luego escuchó el ronroneo de la persiana, los pasos firmes de alguien caminando a su alrededor.

—Martina.

Oyó su nombre como un sonido lejano. Pero la voz que la llamaba era cálida, amable. Abrió los ojos despacio y creyó ver a Kai sentado a su lado, pero, cuando tocó la mano que tenía cerca, no era el mismo tacto y la mano la agarró con fuerza y la desplazó con firmeza para luego taparla con la sábana.

—Martina.

—Um…

Se volvió hacia la izquierda, el peso de un cuerpo la hundió y notó calor. Rinna la había llevado a casa; estaba en casa. Su perfil no era nítido, pero, al volver el rostro hacia ella, sus ojos brillaron en la penumbra de la habitación.

—Sí…

—Parece que vuelves a la vida.

Eran aquellos ojos con un extraño magnetismo que desconocía. Los ojos de un asesino eran iguales a los ojos de un padre y a los de un hermano. «Qué cosas…», pensó. Eran los mismos ojos y resultaba incomprensible. Aquel hombre le había demostrado durante aquella cena más compasión que cualquiera de las personas que conocía. Y no lo entendía. No comprendía por qué él le respondía cada pregunta sin temor cuando ella no hacía más que ladrar y quejarse. Inicialmente, podía pensar que quería algo de ella, que la estaba engañando, pero ¿para qué? Ella no tenía nada de valor que pudiera servirle. Entonces, ¿realmente Bernabé Rinna era así?

—Estoy bien.

—Intenta dormir. Mañana estarás mucho mejor.

¿Por qué la había metido él en la cama? ¿La había cambiado de ropa?

Levantó un poco la sábana y ojeó su cuerpo envuelto en el camisón. Un cuerpo que no era nada del otro mundo, siempre había sido una mujer normal, cuyo único atractivo residía en su carácter. ¿La había visto desnuda? ¿Qué pensaría de ella? Le rozó sin querer el brazo y suspiró.

—Al menos no te aprovechas de mujeres bebidas.

—Ja, ja… No es mi estilo, querida.

—Mierda —dijo—. Camisón.

—¿Preferirías estar desnuda?

Lo oyó reír y ella chascó la lengua, o eso intentó.

—Vete a la mierda, Rinna.

***

Cuando despertó eran las siete de la mañana, le dolía la cabeza terriblemente y, al tratar de recordar cómo había llegado allí, sintió un calambrazo de dolor y vergüenza, sazonado con más vergüenza. Bernabé la había metido en la cama después de bañarla o eso fue lo que recordaba. Había olvidado en gran medida cómo había acabado así. El maldito vino italiano, o la copa de después.

Tardó una eternidad en levantarse, tardó una eternidad en ducharse y vestirse. Su ropa sucia estaba sobre la cómoda con su pistola.

—Mierda. Soy gilipollas.

Nunca aprendía. Era incapaz de frenar cuando el estrés la superaba, y eso era lo que había sucedido. Relajarse de esa manera no era su estilo y menos en medio de una investigación de tal calibre y con tantas dudas martilleándole la cabeza. Acarició el colgante de su cuello y se preguntó si habría hablado más de la cuenta. ¿Cómo había cometido tal insensatez? Pensó en Kai. ¿La habría visto llegar de esa guisa? ¿Rodrigo se lo había contado?

Abrió la puerta despacio, cruzó el pasillo como una niña tratando de no hacer ruido y se asomó a la habitación de Kai. Para su sorpresa, la cama estaba intacta y no había nadie. Frunció el ceño, siguió hasta la habitación de Rodrigo y se asomó; el chico dormía profundamente. Lentamente se apartó de la puerta y bajó al salón. El canto de varios pájaros la hizo mirar por la ventana y la abrió. Varios gorriones revolotearon muy cerca de ella y escuchó a lo lejos las gaviotas.

«Un corrupto, pero recuerda que toda información tiene un precio. Sobre todo, por el hecho de que los nombres que yo manejo se dirigen expresamente a las altas esferas. El nombre de un corrupto. Alguien… que puede que conozcas…».

La voz de Bernabé la devolvió a la realidad cuando encendió la cafetera para prepararse el café. Le había preguntado qué precio, eso sí lo recordaba. Rinna había apuntado en un papel, que dobló

por la mitad, el nombre, aunque no se lo entregó cuando ella trató de cogerlo. Él lo sabía. Tenía claro que lo que buscaba eran esos hombres, que, ya siendo ella muy joven, trabajaban con su padre y en ese momento ocupaban puestos importantes.

De cría no era consciente, pero a medida que creció se dio cuenta del nivel en el que se movían; los lujos que poseían no eran acordes a su posición. Pequeños detalles que poco a poco cobraban sentido cuando se incorporó a su puesto de trabajo y escaló posiciones hasta llegar a ser quién era. Fue entonces cuando comprendió que aquella vida no era normal.

—Lo verás una vez —le dijo—, pero antes tienes que prometerme algo.

—¿El qué?

—Que dejaras de defenderte de mí.

¿Y qué coño significaba aquello?

Sacó una taza, echó leche y, cuando la cafetera borboteó, añadió el café. Solo pensar en comer, le revolvía las tripas, así que se sentó frente a la mesa e intentó recordar el nombre del corrupto, pero la información había volado de su cabeza como la maldita gaviota que sonaba a lo lejos.

—Mierda, joder…

Se puso como la grana cuando recordó otro detalle que se le había pasado por alto: Rinna demasiado cerca en aquel jodido hotel, el olor de su perfume y su mano rozándole su mejilla. Luego había vomitado.

—Ah… Soy lo peor… —canturreó.

A todo esto, ¿dónde narices estaba Kai?

***

Kai bostezó, se estiró feliz y se incorporó. Sus ojos se fueron adaptando a la luz del día y se los frotó.

—La bella durmiente ha vuelto a la vida.

Esa voz.

Miró hacia la derecha; en el otro lado de la habitación, Marcelo Rinna lo miraba fijamente repantingado en un butacón con las piernas cruzadas, la mano apoyada en la boca y el pelo revuelto ocultando sus ojos maliciosos.

—¿Qué demonios haces en mi habitación?

—Está pegadita a la mía y me aburría. Además, te agarraste tal cogorza, que no estaba seguro de si vivirías. A tu edad es normal sufrir problemas de salud cuando se bebe tanto.

Kai se puso en pie. Iba en calzoncillos. Habían terminado en aquel antro llamado LaVita. La mitad de la noche la recordaba de milagro, pero lo que sí tenía claro era que llegó al hotel para coger su coche y se cruzó con el otro Rinna y Martina, que iba como una cuba. Se enfureció solo de pensarlo. Tomar decisiones en caliente era lo suyo, no quería dormir en la casa porque se la iba a comer a sarcasmos por gilipollas. ¿Cómo podía haber bebido de ese modo con uno de los tipos más peligrosos de la faz de la tierra? ¿En qué demonios estaba pensando?

—Te mosqueaste de lo lindo.

—Ese no es tu problema. ¿Dónde dejé la ropa?

Marcelo señaló el baño.

Al final se bebió él todo el mueble bar y quedó en coma en cuestión de minutos, para qué iba a ocultarlo. Pisó una botellita de licor, resbaló y casi se cayó de bruces encima del italiano. Luego trastabilló hasta el baño y abrió la ducha.

—¿Cuántos años tienes? ¿Cuarenta y dos?

—Sí. Rinna, me gustaría darme una ducha tranquilamente. ¿Por qué estás aquí?

—He dormido aquí. Me lo suplicaste y no me pude negar. Tengo cierta debilidad por los machotes alfa con pinta de matarifes. Ah, sí… Qué noche hemos pasado…

Kai se giró y, al hacerlo, sintió el crujido de todos sus huesos. Marcelo dejó escapar una risa encantadora.

—Inspector, me encanta pincharte. Solo he venido a buscarte, pero como te he visto tan dormido he estado esperando.

—Esperas observando a la gente. —Se quitó la ropa interior tras asegurarse de que el mafioso no miraba y se metió en la ducha—. Es siniestro.

—Te conservas bien para tener esa edad.

—Deja de decir sandeces.

La puerta corredera de la ducha se abrió de golpe cuando él se había echado medio litro de gel encima. Kai se tapó sus partes y se volvió.

—¡Rinna!

—¿Eres consciente de que si existe esta investigación es gracias a mi familia?

—¿Perdona?

—Esa mujer apareció en nuestro almacén. Os hemos abierto el camino y vosotros estáis a la defensiva porque no soportáis tener que trabajar con la mafia. ¿Crees que eres el único que lo ha hecho? Piensas que…

Kai alargó el brazo hacia él, lo agarró por la camisa y lo metió en la ducha de un solo movimiento.

—Me tienes hasta los huevos, Rinna —susurró—. Llegas aquí con tus aires de grandeza, esa cara de mujer y ese carácter de loco y pones patas arriba este pueblo por tu falta de sentido común.

—Ah…, inspector, me la estás poniendo dura.

Kai frunció el ceño.

—Y luego está ese cachondeo que llevas, muy propio de psicópatas como tú. ¿Te gusta incomodar a la gente?

—El que está en pelotas eres tú.

—Ya. A ti no te veo incómodo.

—¿Sigues enamorado de la inspectora o ya se la puede follar mi hermano?

Kai lo empotró contra la pared. Marcelo quedó bajo el chorro del agua.

—Lo que haga Martina es su problema. Hace años que no tenemos ningún tipo de relación, Rinna, así que no te esfuerces por

joderme con esos comentarios porque no tienen ningún efecto sobre mí.

Apenas podía ver sus ojos porque el pelo se le pegaba a la cara, pero curvó la boca en una sonrisita maliciosa y dijo muy bajo:

—Es igual de incómodo para nosotros tener que llevaros colgando como dos minúsculas garrapatas… No me subestimes, inspector: mi amabilidad tiene un límite y tú estás rozando los bordes… —Levantó un poco el rostro—. ¿Hacemos las paces dándonos un besito?

Kai lo soltó despacio, salió de la ducha y se puso una toalla; Rinna se apartó el pelo hacia atrás y salió después. Le lanzó una toalla a la cara y se fue hacia la cama. Sonrió.

—En el fondo… —susurró el italiano— me caes bien… ¡Me has jodido el traje de Armani!

—¡Solo está mojado!

***

Llegó a la casa pasadas las diez. Martina estaba sentada en el jardín lateral, en un banco de madera algo corroído, con una taza de té en las manos.

—Buenos ojos te vean —le dijo al mirarlo.

Kai se sentó junto a ella, abrió la boca pero ella se adelantó.

—Si me vas a soltar una de las tuyas por mi borrachera de ayer, mejor te lo ahorras.

—Lo sé, eres mayorcita. Es tu problema, pero…

—No, Kai. No lo hagas. No me recuerdes que es un mafioso cuando tú te dedicas a salir de copas con su hermano pequeño.

—¿Salir de copas? Yo estaba trabajando.

—Y una mierda, Kai —le respondió con furia—. Estabas de fiesta con él, aunque tengas intención de sacar toda la información posible, que es justamente lo que yo estaba haciendo hasta que…

—Te bebiste hasta el agua de los floreros. —Kai suspiró—. Vale, está bien, solo me preocupas, sin más. A veces tengo la sensación de que están jugando con nosotros…

—Jugar con nosotros… —murmuró ella muy bajito—. Este trabajo no es como en las putas películas, Kai. Es así de real. Si esos hombres deciden jodernos, lo harán y no tendremos caso. Lo sabes, y eso te molesta igual que a mí. No te lo voy a negar, me fascina que esa gente llegue hasta lugares que nosotros no podemos ni soñar. ¿Sabes la cantidad de información que podrían darnos? No te haces una idea… Colaboramos con ellos, sí. Soy consciente de ello, pero ¿y qué pasa con los que colaboran y aparte hacen sus negocios? ¿Nunca has tenido curiosidad por saber un poco más?

—No me jodas…

—Kai, no es una locura. Bernabé Rinna tiene razón cuando dice que somos… meros instrumentos. Es así de jodido, pero es la realidad y lo sabes.

—Martina, tenemos un crimen que resolver y tú…

—Y lo resolveremos, pero necesito que ese hombre me dé esa información. Lo necesito porque…

—¿Por qué? ¿Por qué es tan importante para ti?

Martina apartó la vista de él y miró hacia el jardín. Kai le escudriñaba los ojos. Se puso en pie y le dio la taza de café.

—Toma. Está caliente y no lo he probado.

La vio alejarse por el camino lateral hasta que llegó a la esquina y desapareció. Kai miró el vaso.

—Crees que él tiene algo que ver… —susurró—. Crees que tu padre está involucrado…

PARTE 2

11
ROSAS MUERTAS - LA CUARTA ROSA

MIRIAM

Las cosas salieron así. Simplemente tuvo mala suerte. El día que se cayó del caballo todo cambió y no tuvo más remedio que adaptarse. Mudarse al norte fue una mera opción. Quiere alejarse de todo, escapar de su día a día para no tener que recordar que ya no puede hacer las mismas cosas que antes. La esperanza que tiene en que algún día todo vuelva a ser igual se mantiene firme —aun cuando su rutina al pasar los meses no cambia—. Trata de luchar contra el dolor; no solo el de la muñeca y el de la mano, sino también el de su corazón. No poder ejercer su profesión es duro para ella y a veces espera... que todo vaya un poco mejor.

El pueblo no le dice nada; cuando sus abuelos vivían, ella apenas era un bebé y no tiene recuerdo alguno, pero su madre siempre le habló de él, de las bonitas callejuelas empedradas, del puerto que se recortaba en el horizonte y de sus acantilados y bosques.

Se muda y se siente bien. Los domingos recibe la llamada de su madre y ella le habla de todas las cosas que hace durante la semana, aunque miente. Le dice que sale a pasear, que habla con los vecinos, que empieza a hacer amigos y está mejor de ánimo. En cierto sentido, está un poco mejor, pero nada de lo que le cuenta es real. Ella apenas sale si no es para algo importante y se pasa mucho tiempo ojeando las fotografías de su exnovio y sus amigas porque, en el fondo de su corazón, cree que lo que le pasó no es justo. A menudo sueña con la

vida que tenía: el trabajo en la clínica dental, su relación de pareja y sus fines de semana siempre llenos de planes. Sueña con la depresión, que la fue devorando cuando tuvo que dejar de trabajar por su accidente, por los problemas con su pareja, que acabaron destrozando la relación, y su continua costumbre de cancelar todos los planes en el último momento porque no estaba de humor. Al principio, después de la rehabilitación, finge que no le duele, pero la mano le sigue fallando y no lo puede ocultar y, cuando casi está a punto de sacarle un diente entero y cortarle el labio a un paciente, se da cuenta y piensa que no puede seguir así...

Con todo esto, su esperanza se prolonga durante una temporada, como si la corriente de un río la hubiese arrastrado a creer en ello. Cada vez que su mano le da una tregua y no le molesta, cree que todo va a cambiar, pero la ilusión dura solo un tiempo porque el dolor vuelve..., y con él, la depresión. Así que calla. No dice nada. Sigue adelante y espera... Ella, que pintaba corazones en una libreta que ella misma destrozó, que rechazó cualquier ayuda y huyó de todos... A veces se pregunta qué es lo que realmente espera.

12
HONOR Y FAMILIA

Viernes, 7 de febrero

Se internó en el bosque con el corazón latiéndole a mil por hora, llevaba solo los pantalones y la boca le sabía a sangre y sudor. Jamás en toda su vida se había visto en una así y eso que estaba acostumbrado a cagarla más de lo que hubiese querido. Treinta y cinco años, una casa medio derruida y un montón de deudas, eso era lo que tenía. Hacía solo unos días su vida era tranquila, trapicheaba aquí y allá, de vez en cuando tenía algo de dinero que podía gastar en putas y, aunque las facturas seguían ahí, no era algo de lo que se preocupara. Estaba acostumbrado a deber dinero; los bancos no le daban miedo, se lo daban los usureros, pero hacía tiempo que había conseguido alejarse de ellos y no vivía mal. Norman tropezó, cayó de costado y casi se le mete una rama en el ojo. Si lo pillaban, era hombre muerto, por eso tenía que correr. El capullo de Arty lo había metido en aquella movida, que nada tenía que ver con usureros o camellos; los dos hombres rubios daban pavor, sobre todo el más joven de ellos. Lo había visto esa noche mientras estaba encerrado en aquel almacén. Un tío con el pelo cortado a tazón, con pinta de dibujo animado y mirada lunática. El corazón se le encogió cuando lo escuchó hablar en italiano. Unir lo italiano con el muelle de carga ya era suficiente para acojonarse. Era la mafia, la puta mafia, y Arty les había robado. Estaban jodidos.

Alguien iba hacia él. Escuchó el ronroneo de los arbustos abriéndose paso, oía el sonido de voces a lo lejos, sentía su corazón a punto de salírsele del pecho. Corría como en su vida o, más bien, corría por primera vez en su vida y eso no hacía más que acrecentar la sensación metálica en la boca, el dolor en el tórax, el ardor en el

estómago, en las piernas, en todo el cuerpo. Rememoraba aquel cuento que escuchaba de niño en un disco de vinilo: dos conejos discutiendo mientras se acercaban los perros de caza. «Que no, que son podencos», decía uno. «No, son galgos», decía otro. Así durante minutos, hasta que los perros los cogieron. En ese momento él era el conejo y los que lo seguían eran los galgos o los podencos, aunque, por el tamaño que tenían los hombres que iban con los italianos, parecían más bien osos.

Un viento frío le barrió la cara y Norman frenó en seco justo a pocos centímetros de un barranco. Soltó un chillido agudo, aleteó con los brazos y se fue hacia delante y luego hacia atrás, hasta que acabó sentado en el suelo con las piernas temblando. Había faltado poco.

—Joder… —jadeó, y escupió un coágulo de sangre—. Mierda.

¿Cómo había llegado hasta allí? ¿En qué momento se le ocurrió escapar del zulo donde lo tenían encerrado? ¿En qué narices estaba pensando? Allí no había más que barranco, barranco, agua, rocas y más barranco. No había forma de escapar, y ellos lo sabían. Y todo por esa chica que había aparecido muerta, la hija de Ciro Lucas, así se llamaba, aunque él ni siquiera lo conocía, solo de lejos, de vista, de casualidad.

—Mierda. Mierda. Mierda.

Las voces se acercaban y el sonido del bosque a su alrededor iba en aumento. Dos, tres hombres. Norman se incorporó, estaba mareado y le dolía todo el cuerpo. Percibió un movimiento a su derecha y se volvió hacia el barranco preguntándose si sobreviviría si saltaba desde esa altura.

—Yo que tú no lo haría —dijo una voz y, al volverse, se encontró de frente con el rubio perturbado—. Si lo haces, posiblemente mueras antes de llegar al agua, y eso con suerte. Te meterás las rocas en el culo.

El italiano avanzó hacia él y Norman dio un paso atrás, hacia el barranco.

—Si tienes suerte, pueden pasarte dos cosas: que llegues abajo y te estampes contra las rocas o que llegues al agua y, en ese caso, amigo, morirás ahogado porque el impacto te va a dejar inconsciente.

—¡No te acerques!

—Vamos, Norman…

—¡Yo no le hice nada a esa cría! ¡Ni siquiera la conocía!

—Ya lo sé —dijo feliz el rubio—. El problema es que nos has robado, Norman. Y cuando alguien roba al amo que le da de comer, tiene que pagar por ello. Y tú has sido un chico malo.

—¡Yo solo hice lo que me pidió Arty!

Se acercaba más, Norman sintió que la tierra bajo sus pies cedía y volvió hacia delante.

—Venga, no tengo toda la mañana para perseguirte.

Más voces. Los hombres llegaban. Eso significaba que él corría mucho más, se movía mucho mejor.

—No hice nada…

—¡Ven conmigo, Norman! —exclamó cantarín, con sorna.

Galgos o podencos. Galgos o podencos.

Su madre siempre le había dicho que en la vida uno tenía que arriesgarse para lograr algo. Si se quedaba ahí, aquel hombre lo iba a matar tarde o temprano. No lo iban a dejar salir con vida. Estaba seguro de ello.

Galgos o podencos.

Los pasos de los hombres sobre el manto de hojas y ramas marcaban un ritmo constante.

Galgos o podencos.

Miró al barranco y el barranco lo miró a él.

—Venga, Norman. Desenredemos este lamentable asunto, cuéntame qué pasó la noche que apareció la cría en el almacén. Algo sabes, puedo notarlo. Vamos a hablar como adultos, te prometo que no voy a hacerte daño, créeme.

—No son galgos ni podencos —susurró.

—¡Vamos a hablar, Norman!

—Son solo hombres, mamá…

Se dio la vuelta, de espaldas al italiano.

—Venga, chico… Seguro que yo te voy a hacer menos daño que ese barranco.

Por eso no detectó su movimiento cuando se abalanzó sobre él. Ni a los hombres que llegaban en ese momento. No detectó la brisa, ni el cormorán en las rocas y la gaviota que planeaba sobre su cabeza. La luz del sol se mezcló con la espuma a lo lejos y pareció que el agua estaba llena de cristales, pero eso tampoco lo vio.

Norman cayó al vacío.

***

—Mierda… —susurró Marcelo Rinna cuando sonó un estruendo provocado por el agua chocando contra las rocas. La espuma formaba remolinos abajo—. Será gilipollas.

Casi lo había pillado, pero el muy capullo se había tirado en plancha barranco abajo y no lo veía.

—Señor, tengo la sensación de que está en el fondo del mar. —Kendo se encendió un cigarro, dio un puntapié a un matojo de cardos y se fue hacia atrás.

—Ya… Que bajen a buscarlo. Si aparece un cadáver en la playa, vamos a tener un problema.

—Otro más.

Rinna lo miró, y el matón se encogió de hombros y se fue con los otros hombres. Marcelo se apartó del barranco, se arregló los dos pelos que se le habían movido del flequillo y se volvió hacia el bosque. Su móvil comenzó a sonar en el bolsillo del abrigo.

—Hola, inspector. ¿Ya me echas de menos?

—La hija de Ciro estaba embarazada —dijo él.

El italiano miraba al frente sin expresión alguna.

—Y podría no haberte dicho nada, pero quiero hablar con tu hombre largo y tendido. Así que te espero en dos horas en tu hotel.

Marcelo bajó el móvil y se volvió hacia el barranco, hacia la ladera verde, donde una especie de arroyo serpenteaba entre los helechos y el musgo. Las paredes de roca caliza se elevaban a ambos lados. Las olas rompían contra las piedras y la espuma subía formando remolinos.

—Vaya… —susurró.

***

—¿Te has vuelto loco? —rugió Martina a Kai nada más colgar el teléfono—. ¿Por qué tienes que decirles lo del embarazo de la chica? ¿No eras tú el que no quería trabajar con la mafia?

Rodrigo se estaba echando una cucharada de chocolate en polvo en su taza.

—¡Kai!

—Martina, usa un poco la cabeza. Tenemos que decirle a su padre que estaba embarazada.

—¿Y qué tiene eso que ver con que llames a ese tío y le cuentes…? —Ella abrió mucho los ojos—. ¿Crees que…?

—Es una posibilidad. —El inspector se puso un café.

—Piensas que es de Bernabé Rinna. No tiene sentido.

—¿No tiene sentido o no quieres que lo tenga?

Martina lo perforó con la mirada hasta que Rodrigo intervino:

—Si ese hombre se lio con la hija de Ciro, su hermano lo sabe, así que es un modo de causar una pequeña crisis entre ellos. Aunque puede sacarlos de sus casillas. El tema de los hijos en las mafias es algo sagrado, sobre todo en la mafia calabresa. —Sonrió a los dos cuando lo miraron—. He estado leyendo mucho sobre ellos en internet esta noche. Me aburría solo.

El inspector lo señaló y dijo:

—El chico piensa con la cabeza.

—Kai, vete a la mierda. —Martina cogió un paquete de galletas.

—Jefa, él tiene razón —comentó el analista—. No les ha dicho que es un embarazo temprano y que no sabremos quién es el padre.

Seguramente esa gente no tardará mucho en tener el detalle, pero…

—Pero no inmediatamente —dijo Kai—. Tiempo suficiente para ver su reacción, ya que los tenemos pegados al culo todo el día.

Se habían pasado la mañana poniéndose al día, aunque Martina obvió gran parte de la conversación con Bernabé en la cena, dado que no tenía relevancia para la investigación. Tampoco les habló de su gran cagada cuando logró el nombre de un corrupto, que su innegable borrachera se lo había borrado de la memoria. Los miró de reojo, Kai les echaba un vistazo a las últimas noticias en su teléfono.

—¿Y ese profesor? —preguntó.

—Ese profesor, por la sensación que me dio ayer, no ha hecho nada malo, pero no podemos perderlo de vista, de momento. Me preocupa más Mateo, estaba liado con Carla Llaneza. ¿Has hablado con tu conocido para saber si tiene a su nombre registrado un Audi azul? Si es así, entonces tenía algo también con la hija de Ciro. Sería él quien la fue a buscar.

Ella miró la hora.

—No, pero no tardará en darme ese dato. Ayer ya era tarde cuando le escribí.

—Esto es un pueblo —comentó Rodrigo comiéndose una galleta—. Lo raro es que no se conocieran al menos de vista.

—Ciro apuntó varios nombres de amigas de Valeria, pero con la única que pude hablar fue con su jefa; ni siquiera era su amiga y la otra chica que anotó no está en Puerto Castro. Lleva varias semanas en Barcelona. No tenía apenas amistades y su vida giraba en torno al trabajo y esa persona que la recogía en el coche azul. —Martina se rascó la coronilla—. No tenemos nada que indique que no fue un accidente sin más, aunque no se puede descartar que a Elda Rivas la acosaran. Esas llamadas telefónicas en su casa no me gustan un pelo.

—¿Y lo que contó la amiga de Carla Llaneza?

—Maya —dijo Kai—. Sí, las dos tuvieron una discusión, pero inicialmente no lo veo relevante, lo que sí es importante es que,

igual que Elda, Carla vivía asustada, según su amiga. No puede ser una casualidad…

Martina chascó la lengua.

—No tenemos nada.

La inspectora notó una vibración y miró su teléfono, tenía un mensaje de Bernabé Rinna.

«Necesito verte en el muelle. Es importante».

—¿Es tu novio? —Kai hundió una magdalena en el café y se la comió de un bocado.

Ella se levantó.

—Voy al muelle. Veremos de qué humor está Bernabé después de tu llamada a su hermano.

—¿Y yo? ¿Tengo que pasarme todo el día aquí encerrado?

—Estás trabajando, Rodrigo —comentó Kai—, pero, si te quedas todo el día aquí, es cosa tuya. Sal a que te dé el aire.

—Voy a pasarme por los pisos de las chicas —indicó el analista—, quiero ver si existió una posible instalación de escuchas en las viviendas. Si alguna de las tres estaba siendo espiada, siempre queda una señal.

—Buena idea. —Martina cogió su chaqueta.

—No tengas tanta prisa en irte, Martina —le espetó Kai—, Rinna no se va a ir si tardas media hora.

Pasó a su lado, le metió una galleta en el café y le dio una palmadita en el hombro.

—¿Estás celoso, Kai? —le susurró en la oreja.

—Mucho.

—Haya paz —murmuró Rodrigo.

—Pues ocúpate de tus asuntos —le dijo ella. Luego se fue dando un portazo.

—Mi jefa tiene temperamento —dijo cantarín.

—Es insoportable.

El analista se bebió el cacao.

—Oiga, ¿está celoso? —Kai lo miró tan mal que consideró que era un buen momento para ponerse manos a la obra—. Perdón. Ya me

voy.

—Es lo mejor.

—Sí. ¡Tengo mucho trabajo!

***

Había empezado a caer una llovizna incómoda cuando llegó al hotel. El tipo estirado de la recepción lo saludó con un leve movimiento de cabeza y enfiló hacia el ascensor. No tardó en notar su presencia detrás; se había olvidado de que para acceder a la planta de los Rinna había que meter una llave antes de dar al botón de la planta. El hombre le dedicó una sonrisa de autosuficiencia y Kai le dio las gracias sin muchas ganas. Nada más abrirse las puertas del ascensor tenía a Kendo, el guardaespaldas, mirándolo de hito en hito.

—Venga conmigo.

Ya sabía el camino, pero parecía que eso le daba igual. Cuando entró en la habitación lo dejó solo y Kai ojeó la estancia buscando a Marcelo. No tardó en salir del baño embutido en un albornoz.

—Mierda —ladró el inspector. Aquel tarado se estaba empezando a acostumbrar a pasearse medio en pelotas delante de él—. ¿No puedes vestirte en algún momento de tu vida?

—Acabo de llegar, así que intenta no decirme lo que tengo que hacer porque el día está siendo animado.

—¿Te has vuelto a meter en alguna movida de la que tenga que salvarte?

Marcelo se fue hacia el armario, se quitó el albornoz y se puso a vestirse. Kai miró por la ventana.

—¿Dónde está Ciro?

—A punto de llegar.

Se volvió justo cuando se abrochaba la camisa y escudriñó su rostro buscando algún tipo de gesto o reacción por su parte, que no llegó.

—¿Sabéis quién es el padre?

Bingo. Ahí estaba la primera reacción a la noticia, aunque su cara seguía siendo una máscara indescifrable.

—Aún no, pero supongo que no tardaremos en saberlo.

—Bien, trata de ser suave con la noticia. Ciro Lucas es un hombre temperamental.

Abrió las puertas correderas de la derecha, que comunicaban con el salón en el que habían estado la primera vez que se reunieron con ellos. Kai se preguntó cómo coño uno era suave para decir a un padre que su hija asesinada estaba embarazada. Por mucho que se empeñara, nada en aquella reunión iba a ser suave cuando detectó la expresión severa de Ciro al entrar en el salón seguido del guardaespaldas. Estaba claro que se olía algo.

—Ciro, siéntate —le ordenó Rinna.

Dudó un instante, pero se acomodó en el sofá y bajó la vista al suelo. Kai recordó en ese momento lo que siempre le decían en el cuerpo cuando uno tenía que comunicar una tragedia a un familiar: evitar los eufemismos ambiguos, ser claro y directo. No dar detalles gráficos.

—La forense ha comprobado en la autopsia que su hija estaba embarazada de poco tiempo —soltó con tiento—. Creo que es importante que…

—¿Cómo?

El inspector se sentó en la butaca que había enfrente.

—Es… delicado, pero algo seguro. Su hija estaba embarazada, Ciro, y esto abre otra línea de investigación con respecto al supuesto… padre.

—Mi hija, embarazada —susurró.

—Ciro, si sabe algo o sospecha algo de alguien, aunque sea una estupidez, es importante que nos lo diga porque estamos en un momento muy delicado de…

—Embarazada.

Marcelo se deslizó despacio hacia su derecha y el hombre lo miró de reojo.

—¿Tiene idea de quién podría ser el padre?

Durante unos segundos se hizo un silencio abisal. Ciro se frotaba las manos, las retorcía mientras el cuerpo le comenzaba a vibrar y a dar pequeñas sacudidas. Hizo el amago de levantarse, pero Rinna le apoyó la mano en el hombro y le clavó los dedos con fuerza.

—No creo que sea buena idea tomar decisiones ahora —le dijo.

—Ciro, escúcheme, tenemos muy poca información. La persona responsable de la tienda nos habló de alguien con un Audi azul que pasaba a buscarla.

El estibador levantó la cabeza.

—¿Un Audi azul?

—Sí —respondió Kai—. ¿Conoce a alguien con ese coche?

La expresión de Ciro se tornó cada vez más tensa. Los dedos de Marcelo seguían clavados en su hombro y lo miraba con autoridad mientras él parecía debatirse entre obedecer y quedarse allí quieto o salir pitando.

—Ciro. —El inspector insistió.

—Sé quién tiene un coche así.

—¿Trabaja para nosotros?

Ciro negó despacio y Rinna entonces apartó la mano y dio un paso atrás. «Mierda», pensó Kai, «con un estúpido gesto le ha dado libertad para hacer lo que desee». No eran sus hombres, era libre para tomar decisiones.

—Ciro, ¿quién tiene un coche así? Le recuerdo que no puede tomarse la justicia por su mano y, además, creo que sobra decir que esto no le hace ser el culpable.

El teléfono de Kai comenzó a sonar, le indicó con el dedo que no se moviera y se apartó un poco.

—Martina.

—Ya tengo la información del coche, pero tenemos tres personas con un vehículo así en un perímetro de cincuenta kilómetros.

—Vaya, qué bien. Esto se anima.

—Te paso los datos que me ha mandado mi colega de tráfico.

El estibador se había levantado y se iba hacia la puerta.

—Vale, oye ya hablamos. Ciro, espere.

Él frenó en seco, pero no se volvió.

—Tener ese coche solo lo hace culpable de ir a buscarla. Puede ser un amigo, incluso un novio o lo que fuera, pero eso no lo convierte en culpable e incluso puede que no sea el padre.

Al oír aquello, se volvió hacia él con furia. Kai asintió.

—Y lo sabe…

—Lo único que sé, inspector, es que mi hija está muerta. Y esto no habría pasado si todo hubiera seguido igual. He tratado de protegerla toda mi vida, pero está claro que para un padre es imposible.

El inspector lo agarró del brazo, sentía los ojos perversos de Rinna observando la escena.

—El chico del bar de Puerto Castro.

El cuerpo de Ciro se tensó y Kai tiró de él.

—Ni se le ocurra.

—Tengo que hablar con ese gilipollas que coqueteaba con ella.

—No.

—Ciro. —La voz de Marcelo se alzó y el hombre se volvió despacio—. Deja que haga su trabajo. De momento.

El estibador se soltó bruscamente, le hizo un gesto de asentimiento lleno de furia a Rinna y se fue. Kai se volvió hacia el italiano.

—No va a hacer nada.

—¿De momento?

—Y es bastante, inspector… En otras circunstancias dejaría que mi hombre resolviera sus asuntos, pero es el trato, ¿no?

Sonrió de un modo desconcertante, tan desconcertante que se preguntó si realmente le había impedido inmiscuirse o era todo un paripé. Era un riesgo que tenía que correr. Debía ir a ese bar y hablar con el chico por si acaso.

—Eso espero, Rinna. Te aseguro que como os metáis en medio…

Marcelo se le acercó y esa vez le sonrió con dulzura.

—¿Qué? ¿Qué pasa si nos metemos en medio?

Coqueteo o amenaza. Ambas posibilidades estaban implícitas en su forma de hablar: suave, mezquina.

—¿Te hace gracia que la vida de una persona corra peligro sin ser culpable?

—Cuando me hablas así me gusta… Por un lado, me apetece cortarte el cuello y tirarte al mar y, por otro… Inspector, me cuesta lo mismo follar que matar, solo tengo que elegir la situación según el momento. Es raro que diga esto a un miembro de la ley, pero la cooperación conlleva confianza, ¿no? —Soltó una suave risita—. Aunque lo mejor es tu cara… Ah, vaya… Se nota que es tu primera vez con alguien como yo. Es… tan tierno ver a un tipo tan fuerte como tú con esos ojitos de…

—Estás completamente loco.

Rinna se pegó más a él y Kai dio un paso atrás.

—Donde yo vivo no hay nadie que tenga los huevos de hablarme así. Es una nueva experiencia.

—Quizá tendría que preguntarle a tu hermano si tiene algo que ver con todo esto —le espetó. Estaba encajado entre el italiano y la puerta, y ya no podía dar más pasos atrás—. ¿Qué me dices?

Marcelo borró despacio la sonrisa que tenía y lo miró de arriba abajo.

—Te digo que sería una estupidez por tu parte.

—Es una posibilidad, ¿no crees?

—Oh, claro que sí, pero… perderías el tiempo.

—Ya. ¿Y qué tal si te apartas?

—Ve a ver a ese chico antes de que mi hombre se adelante —le susurró divertido.

Kai resbaló hacia la derecha para zafarse de él. Jamás en toda su vida había tenido que defenderse de un coqueteo burlón de otro tío. Rinna se divertía con aquella situación, solo había que verlo.

—No tengo claro qué es lo que más te divierte: si lo que está pasando o el simple acto de usar tu ambigüedad para incomodar a la gente.

Aquello pareció hacerlo reaccionar. Ladeó la cabeza hacia el hombro.

—Si te incomoda mi actitud, es tu problema, inspector, son tus prejuicios. Lo que me divierte es amplio, y tengo que vivir con ello. ¿Sabes por qué? Porque, desde que tengo uso de razón, este es el mundo que me rodea y no me queda más remedio. Tengo que buscar la parte buena de todo esto porque si no sería insoportable.

Se miraron durante unos segundos, que fueron eternos, y luego Kai abrió la puerta.

—Cumplid vuestra parte, Rinna. Es lo pactado.

—Lo estoy haciendo. Te vas solo, sin nadie que perturbe tu calma.

El inspector cerró tras de sí y sacó su móvil.

«Voy para el bar del chaval», le escribió a Martina.

Pero no recibió respuesta.

Ya en la calle se volvió hacia el lustroso edificio y observó la fachada.

«Tengo que buscar la parte buena de todo esto porque si no sería insoportable».

Aquellas últimas palabras le habían dejado un regusto amargo. El cabrón de Marcelo no era gilipollas. Ninguno de los dos hermanos lo era, por eso estaban donde estaban. Kai tenía que reconocer que tratar con ellos de cerca le daba una perspectiva de la situación muy diferente y, aunque seguía detestándolo, lo que hacían era innegable que les otorgaba un absoluto control de todo lo que les rodeaba.

Subió a su coche y condujo hasta el bar de Mateo. Era viernes y la cosa estaba algo más animada ya en la calle. Dos hombres y dos mujeres tomaban algo en una de las mesas de la pequeña terraza y una camarera de rizos morena servía otra mesa un poco más allá. Aparcó donde le apeteció, aquel pueblo no tenía pinta de tener muy controlado dónde dejaba la gente los coches. Había decenas de vehículos atravesados en cualquier lugar, en doble fila, en carga y descarga. Daba igual, febrero era un mes en el que apenas había

gente y nadie molestaba. No había visto ni una sola patrulla de la policía local desde que había llegado y era raro.

Cruzó la calle, caminó por la acera, pasó por delante de la terraza y entró en el bar. Mateo estaba detrás de la barra contando monedas de un bote de cristal. Alzó la vista para saludar, lo vio ahí de pie y frunció el ceño. Últimamente se empezaba a acostumbrar al gesto de decepción en la cara de la gente. El joven le recordó a Martina, aunque decidió no indagar más en ese detalle.

—Buenas, ¿me pones un café? —Se apoyó en la barra.

Dudó un momento y luego se volvió hacia la cafetera y dijo:

—No creo que esté aquí por el café.

—Ah, ¿no?

—No. Supongo que está aquí para volver a hacerme preguntitas sobre mi relación con Carla, pero ya le dije todo lo que le tenía que decir.

Le puso la taza delante y le sirvió un poco de leche.

—La verdad es que estoy aquí para preguntarte sobre otra persona: Valeria.

Mateo levantó la vista de la taza y dejó la jarra de la leche.

—¿Valeria?

—Tengo entendido que solías ir a buscarla en tu coche al trabajo.

—Pero… ¿qué coño es todo esto? —susurró.

Se apartó de la barra deprisa, como si tuviera algo más importante que hacer, y se puso a doblar un trapo.

—Pues me gustaría saber si…

No le dio tiempo a terminar su pregunta. Mateo se volvió y salió disparado hacia la cocina.

—Mierda.

Kai rodeó la barra a toda velocidad y solo pudo ver a Mateo saliendo por una puerta, que estaba junto a unas estanterías de acero inoxidable. Chocó con una de ellas al intentar abrir la puerta y le cayeron encima varios cacharros, una cacerola y dos cucharones.

—¡Joder!

Cuando salió a la callejuela de la parte trasera, estaba desierta. Miró a ambos lados, recorrió toda la vía hasta una verja de metal que daba a una finca y resopló. Intentó trepar por ella, una, dos, tres veces… No era capaz. Perdía fuelle, no hacía deporte, bebía, fumaba de vez en cuando. Eso no era bueno.

—¿En serio?

Si tenía que saltar aquello, iba a pasarlo realmente mal. Era una cuestión de sentido común y honor no intentarlo más, haría el ridículo. Su amor propio ya estaba tocado.

—¡Se fue por allá!

Miró hacia arriba y vio a una anciana muy vieja asomada a la ventana de un segundo, encajada entre dos macetas con geranios. La mujer apuntaba con el dedo hacia la finca.

—Eso ya lo suponía, pero ¿está segura de que saltó esta verja?

—Estoy vieja, no ciega —le espetó—. Ya sabía yo que ese gilipollas movía drogas y demás. Es policía, ¿verdad? Tiene pinta de policía.

«Drogas y demás».

—Oiga, ¿hay alguna forma de rodear esto rápido?

La señora señaló una puerta desconchada que tenía delante.

—Esa es la parte de atrás de la peluquería. Si entra por ahí y cruza por ella, saldrá a la calle adonde da la casa de…

—¡Gracias!

Nadie sabía que Valeria Lucas estaba muerta, al menos nadie de los vecinos de aquel pueblo. ¿Por qué había salido corriendo ese gilipollas? Kai atravesó el salón de belleza en el que había dos mujeres sentadas bajo secadores enormes, que lo miraron despavoridas, una peluquera, que chilló espantada, y un perro mojado de no más de tres kilos, que le ladró mientras pedía perdón. A ver cómo iba a explicar la situación si les daba por llamar a la policía.

Volvió a disculparse antes de salir del local y corrió hacia la derecha. No lo vio por ningún lado. La casa destartalada a la que pertenecía la verja parecía abandonada y marchita. La rodeó, cruzó

al otro lado de la calle, corrió hacia la izquierda, corrió a la derecha y se cagó en todo cuando un coche enorme casi se lo llevó por delante. La ventanilla bajó despacio y la cabeza de Marcelo se dibujó delante de él, con aquella sonrisa perversa que ya conocía.

—¿Se te ha perdido algo?

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Me estabas siguiendo? —Miró hacia la izquierda y la ventanilla bajó un poco más—. Joder. ¿Dónde cojones…?

Cuando se volvió, vio sentado a su lado a Mateo con cara de pocos amigos y una herida en la mejilla.

—Creo que esto es tuyo. Pasaba por aquí y me lo he llevado por delante. Qué casualidad, ¿no?

Kai se apretó la sien. Estaba ahogado. Se apoyó en la puerta y tomó aire.

—La madre que te parió, Rinna…

***

La zona donde había quedado con Bernabé Rinna era diferente a la de la otra vez, un galpón techado donde se protegía la carga de la intemperie. Toda la mercancía que había allí dentro estaba paletizada y cerca del muelle para el acceso rápido de las grúas. Al fondo, más allá de los inmensos palés, había una puerta de metal que daba a unos pasillos estrechos con muchas puertas. En una de ellas estaba el italiano sentado frente a una mesa hablando con alguien por teléfono. Intentó entender qué decía, hablaba en su idioma. Poco más que palabras sueltas. Por su expresión y su forma de hablar, parecía molesto. Cuando colgó, se la quedó mirando y Martina levantó una ceja, se comió un caramelo y preguntó:

—¿Qué pasa, Rinna? ¿Problemas?

—Nada que merezca excesiva atención, pero creo que no te va a gustar.

Se levantó, fue hacia la entrada y ella lo siguió por el pasillo. Un hombre con pinta de no haber dormido mucho custodiaba una

puerta y, cuando entró en la habitación, se quedó petrificada: había un cadáver tapado con una sábana encima de una mesa de acero inoxidable.

—¿Quién es?

—Norman Porta —dijo él—. Se escapó de madrugada después de golpear a uno de los hombres que lo custodiaban.

—Te pedí que no lo mataras.

—Bueno, eso no había quedado claro, pero no lo he matado, él solito se tiró desde un barranco al mar. Supongo que pensó que sobreviviría a la caída.

Martina apartó un poco la sábana y la cara lechosa de Norman le recordó que hacía tiempo que no veía un muerto. Lo tapó de nuevo y se apartó.

—Mierda. Esto no es bueno.

—En otra circunstancia lo haría desaparecer, pero he pensado en ti —le dijo con sorna.

—Qué amable eres.

—No me agradezcas el detalle. Tus jefes lo harán pasar por lo que es: un suicidio. No te he llamado por eso.

Se acercó a ella, detrás tenía el cadáver.

—¿No hay otro sitio más adecuado para ponerte romántico? —le soltó.

Rinna arqueó las cejas y por primera vez se rio con absoluta sinceridad.

—Ah, señor… Venimos de dos mundos totalmente distintos, inspectora. Dos mundos que se rozan sutilmente, pero que siguen caminos paralelos. Tú estás en un lado del vértice y yo en el otro. Sin embargo, no somos tan distintos y creo que eso es lo que te aterra, ¿me equivoco?

—No sé de qué me hablas.

—Ya… —Se inclinó sobre ella, parecía que la iba a besar, pero abrió la puerta y Martina carraspeó—. Ven conmigo, te llevaré a un sitio más… romántico para hablar.

La sala de al lado era un despacho de paredes blancas, muebles de madera y techo gris, un rincón algo discordante entre tanto palé y estética industrial. Había un hombre muy mayor y algo encorvado sentado frente a la mesa, que parecía un bibliotecario con más de cien años encima. Cuando los vio entrar, saludó con un movimiento de cabeza y se fue arrastrando una pierna con una leve cojera. Dejó una pila de papeles, que parecían documentos contables, sobre la mesa. Martina se apoyó en el canto.

—¿De qué quieres hablar?

Aunque ya sabía muy bien por dónde iban a ir los tiros.

—Su embarazo.

Ella sonrió de medio lado.

—Has tardado poco en estar al tanto, Rinna. Así que supongo que no te pilla por sorpresa que esa chica estuviera embarazada. Cuéntame por qué, aunque creo que ya sé la respuesta.

Notó una leve punzada de decepción cuando dijo aquello y se sintió detestable. El italiano se acomodó en el sillón donde minutos antes estaba sentado el anciano y dijo:

—Cuando asesinaron a mi mujer vine. No sé por qué, ni qué se me pasó por la cabeza, pero en mi país me ahogaba y necesitaba alejarme de todo, estaba… fuera de mí. Vengarla era mi prioridad, pero aprendí con los años que las prisas no son buenas y más cuando juegas con la vida de muchos hombres. Me alejé unos días, necesitaba pensar, tomar distancia y decisiones. Mis dos hermanos pequeños son impulsivos y viscerales, ya conoces a uno de ellos y el otro es igual. Luego está mi otro hermano, Adriano, es un poco más joven que yo; es un genio, pero no es un buen consejero. Tengo buenos amigos, personas que se han criado conmigo, aunque en aquel momento quería huir de todos, quería… salir del bucle de odio y rabia que me invadía. Un pequeño error en las decisiones que tomes es suficiente para hundir una organización como la nuestra. No podía hacer eso. No voy a mentirte, estuve a punto de caer con esa cría, quizá porque, en aquel momento, era muy consciente de que si lo hacía, la destruiría, y no voy a negarte que era lo que más

deseaba, pero no fui capaz. Supongo que no soy tan inhumano como crees.

—Yo no pienso eso.

—La cuestión es que quería dañar, quería… volcar todo mi odio en alguien puro, pero al final fui… sensato y me limité a ignorar las señales, como hacía siempre. Santo Dios, la había visto crecer…

Se levantó de la silla y rodeó el despacho, una de las paredes tenía una ventana que daba a las zonas de carga. Los hombres allí abajo se movían veloces trasladando palés de un lado a otro.

—No soy la persona que buscas, Martina, nunca toqué a Valeria Lucas, pero sí voy a reconocerte algo: espero que des antes que yo con la persona que la mató porque creo que no voy a poder mantenerme al margen.

—Tenemos un trato, Bernabé. ¿Por qué? ¿Por qué no puede mantenerse al margen alguien como tú?

—Porque en aquel momento, cuando nadie podía ayudarme y me alejé de las personas más importantes de mi vida, sentarme en el muelle con ella fue lo único que me ayudó. Ella no tenía miedo, no sabía nada y no intentaba consolarme, era solo… una cría que trataba de impresionar a la persona incorrecta contando cosas sencillas que para mí en otro momento no hubiesen significado nada. No me recordaba la parte lamentable y cruel de la vida que llevo. Y ahora dime, inspectora, ¿crees que puedo mirar hacia otro lado?

—Bernabé…

—Es la segunda vez que me llamas por mi nombre. Es una buena señal.

Estaba tan asombrada por lo que acababa de escuchar que tardó un rato en comprender que no era una amenaza. Rinna no era el padre, y su historia no se diferenciaba tanto de la de cualquier persona. Lo miró fijamente a los ojos, pero esa vez no le habló con rabia.

—Nunca decidiste cooperar con su asesinato, ¿no?

—No.

—Viniste por eso.

Él asintió.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora?

Bernabé tardó unos segundos en responder.

—Porque necesito que colabores conmigo en esto.

—Estás loco.

—Espera, porque lo que tengo que proponerte puede que no te disguste. En otra de las habitaciones está Arty. No en muy buenas condiciones, pero ya le he sacado toda la información que necesitaba saber.

—Aquí movéis contenedores calientes y manipuláis papeles para garantizar la salida segura de la droga, Rinna. Es algo que puedo detectar solo observando.

—No es algo que me preocupe, Martina. Si no, no te habría dejado entrar aquí.

—Me escogiste por eso… —susurró. Y recordó las palabras de Bernabé a Kai cuando le dijo que prefería ir con ella.

—Puerto Castro es un puerto seguro para nosotros. Toda esa gente que ves aquí, la gran mayoría, son hombres que mantienen a sus familias gracias a nuestros sobornos. Ninguno es italiano, y por eso siempre estuve preparado para alguna traición. Solucionarlo es una cuestión de ganas y tiempo, no es algo que me quite el sueño. Pero, desde hace dos meses, tengo a varios hombres infiltrados en el muelle, observando los movimientos, el circuito, la manera de proceder cuando llega la mercancía con los cargamentos. Martina… —Sonrió—. No soy un aficionado. Cuando vine ya tenía muy bien atado cada paso que iba a dar.

—Ya lo veo.

—Al aparecer Valeria se complicó todo un poco. Puede que sea algo que tenga que ver con nosotros, pero también puede que su asesino sea gilipollas y se equivocara de lugar. No lo sé. Pero tienes que darme su nombre y dejar que me ocupe de él.

—No sabes lo que me estás pidiendo. —Se volvió hacia la puerta y la abrió.

—Te daré a los traidores, la red entera que opera aquí bajo la sombra de mi grupo. Y te daré lo que llevas días pidiéndome.

Martina frenó en seco y presionó el pomo de metal con la mano.

Rinna le ofrecía una colaboración; eso era lo mismo que aceptar una mordida, solo que en ese caso no era para su beneficio, sino para conseguir las identidades de todos los corruptos que estaban cooperando con las mafias.

—Te daré cada uno de los nombres, pero siempre que no tengan que ver con mi grupo; todos los altos mandos que cooperan con las mafias colombianas, magrebís, rusas… Es un buen trato.

La inspectora cerró la puerta de nuevo y se volvió hacia él. Sus manos tatuadas permanecían inmóviles con los dedos entrelazados sobre la mesa. Ni un solo movimiento de duda, ni un solo gesto titubeante.

—Todo esto por esa chica…

Rinna se quedó un instante en silencio y suspiró.

—No. Lo habría hecho por cualquier persona que en ese momento me hubiese salvado sin darse cuenta y sin esperar nada a cambio. No te haces una idea de la cantidad de personas que me rodean y buscan un beneficio económico. El poder es irresistible. Es por lo que ella representaba, lo que ella logró en mí cuando todo era oscuridad y muerte.

—Honor y familia, ¿no?

Bernabé, que observaba a los hombres de la nave de nuevo, giró la silla y asintió.

—El honor no está unido a la moral social, inspectora, sino a la reputación del grupo. Cuando mataron a mi mujer la ofensa no fue solo personal, fue una ofensa institucional: todos estábamos obligados a reaccionar. La muerte de Valeria es algo que solo me toca a mí, algo personal que yo tengo. El clan no está obligado a reaccionar.

—Distintos niveles.

—Por supuesto que sí. Una esposa, una madre y una hija son familia de sangre. Valeria Lucas era la hija de uno de mis hombres,

sin más. Es duro, pero solo trato de explicarte la realidad.

—No quieres que pase desapercibido, ¿verdad? No te sirve que detengamos al asesino y lo metamos en la cárcel.

Quería mandar un aviso.

—Solo piensa en lo que te he ofrecido. No tienes por qué contestar ahora. Entiendo que es algo delicado, que no puedes decidir a la ligera. Me siento en la obligación de hacer algo por ella como lo hizo en su momento ella por mí. Eso es el honor, Martina.

***

Rodrigo lanzó una mirada inquisitiva al salón de la casa de Carla Llaneza: un dúplex de lo más coqueto sin nada fuera de lo normal. Según la información del inspector, Maya, su amiga, le había contado que le hablaban las paredes; algo le pasaba y podría ser psicológico, no descartaba esa posibilidad, pero también estaban los dispositivos caseros para vigilar a alguien. Y eso fue lo primero que se le ocurrió mientras aglutinaba toda la información que llegaba. Otra posibilidad era el acceso ilegal al wifi para detectar dispositivos domésticos como cámara, altavoces…

Había una gran variedad de opciones y tenía que descartarlas todas.

Empezaría por los ordenadores de ambas chicas, por si había rastro de alguna app espía instalada en ellos con acceso al micrófono y la cámara, igual que con los teléfonos móviles. Muchos acosadores usaban AirTags u otros rastreadores en bolsos, mochilas e incluso coches, así que miraría también entre sus pertenencias. Pasaría un antivirus de los suyos, un antimalware también; si habían instalado algún programa de manipulación remota, lo pillaría al vuelo. Pero lo primero que hizo fue bajar todas las persianas, apagó las luces y encendió una linterna que llevaba. Buscaba reflejos pequeños, las cámaras espías solían brillar. Nada.

Volvió a subir las persianas tras pasearse por ambas plantas y revisó los enchufes, el detector de humo, varios cargadores, un par

de relojes de pared y los marcos de fotografías, que más bien eran contados. Después sacó el detector de radiofrecuencia y comprobó que no había micrófonos ni cámaras conectadas. Nada. En la pared del salón, sobre el papel de flores que lo cubría, detectó dos muescas raras, poco más. Hizo un segundo repaso a todas las habitaciones y se sentó frente al ordenador. Abrió uno de los cajones y se encontró el teléfono apagado, lo conectó y esperó que cargara.

—Va a ser un día movido —susurró, sacando una bolsa de patatas fritas y un refresco—. Bien, vamos a ello.

Disfrutaba como un niño este tipo de trabajo.

Encendió el ordenador.

13
ROSAS MUERTAS - EL JARDINERO

Todo en ella le resulta perfecto, no es solo su belleza lo que le llama la atención. Le gusta cómo camina, cómo se viste, el modo de sonreír a la gente cuando alguien le pregunta algo o al encontrarse con un conocido en la calle, y siempre es amable y alegre. Tiene el pelo largo y rubio, los ojos verdes, aunque su brillo depende del sol. Cuando irradia felicidad parecen mucho más claros, pero al sentirse triste se oscurecen un poco. En ocasiones la ve discutir con un hombre que la lleva a casa y eso no le gusta. Si de él dependiera, jamás la haría llorar, la trataría con mucha más amabilidad, aunque no sea tan fuerte y tan atractivo como aquel capullo vehemente que suele acompañarla en un cochazo que cuesta más que su casa.

La primera vez que habla con ella, siente que se le sale el corazón del pecho, no puede dejar de fantasear con ese momento tan especial. Sin embargo, sus necesidades sexuales no son algo tan importante para él como el hecho de poseer aquel ser de luz de un modo más profundo y espiritual; quiere que ella lo ame, que lo desee, que sienta esa pasión que él siente por ella y que oculta tan ferozmente dentro de sí.

A veces se pregunta si será capaz de dar ese paso, de llamar a su puerta una noche, cuando ese gilipollas vuelva a hacerla llorar, y ofrecerle su ayuda, su compañía, su total y absoluta atención. Eso es lo que ella necesita, lo que ella desea, lo que ella se merece, y no menos. Y, en ocasiones, espera bajo la ventana de su casa, agazapado furtivamente, preocupado, porque esa vez tarda un poco más de lo normal. No deja de darle vueltas a la posibilidad de que le pase algo en ese breve recorrido del trabajo a casa y siente tanta rabia al verla

aparecer con ese tipo que más de una vez se ve tentado a abandonar su estratégico escondite para darle una paliza cuando discute con ella. A veces la sigue a cierta distancia si queda con algunas amigas, otras veces tan solo espera a encontrarse con ella y, cuando habla con él, su semana cambia radicalmente. Y en lo más profundo de su corazón eso es lo que más le avergüenza: no ser capaz de mirarla a la cara y hablarle de sus sentimientos porque tiene miedo de que ese sueño se desvanezca como motas de polvo. Tiene miedo de no ser suficiente, de que se ría de él.

Su escasa capacidad de relacionarse con mujeres como un hombre normal se ha visto mermada con el paso de los años y los fracasos. Ha perdido la confianza que una vez tuvo cuando la vida no era tan dura, tan triste ni tan solitaria, pero la culpa no es de él, ni siquiera de la imagen que proyecta a los demás, sabe fingir muy bien lo que aparenta, o eso es lo que piensa de sí mismo. Por eso cada vez que coincide con ella, en esos breves espacios de tiempo que para él significan todo y para ella nada, le muestra todo su valor. Y así, día tras día, noche tras noche, minuto a minuto, su mente es solo para ella, nada de lo que hace está vacío de su presencia, esa mujer lo ocupa todo, es prácticamente una obsesión. Dibuja corazones como un adolescente cuando está en el trabajo, escribe su nombre con distintas letras, en diferentes colores y fantasea con el momento en que la poseerá hasta volverse loco.

En las últimas semanas la relación que ella tiene se ha complicado cada vez más. Suele pasar más tiempo sola en casa y, cuando regresa de una cita, siempre está triste. Es su momento, es la hora de ser valiente, dar un paso al frente y decirle toda la verdad. ¿Será suficiente para ella? Quizá cuando lo conozca de verdad se enamorará de él perdidamente. Tiene muchas cosas buenas: es un hombre trabajador, un tipo que sabe desenvolverse en cualquier situación si se lo propone;

solo tiene que darle tiempo para poder demostrárselo, para mostrarle de lo que es capaz.

Está seguro de que lo logrará. La conoce muy bien y es la persona que mejor sabe lo que necesita, él sabe lo que la hace feliz, lleva mucho tiempo muy cerca de ella observándola, amándola, imaginándosela de mil formas en la cabeza. En las últimas semanas, cuanto más lo piensa, más convencido está de ello, más seguro está de que si le confiesa sus sentimientos, ella lo entenderá y le corresponderá. Sí, está cada vez más convencido, pese a su habitual inseguridad, de que acabará amándolo como él la ama a ella. Esta vez todo saldrá diferente. Ella no es como las otras.

Ahora solo tiene que decírselo.

Es el momento.

Ella será para él.

14
UN JARDÍN LLENO DE ROSAS

—Creía que en febrero era imposible ver rosas en flor.

Kai entró en la galería acristalada tras Mateo, que iba a trompicones empujado por las palmaditas amigables de Kendo. Era una especie de porche que daba a una casita. Estaba llena de macetas y plantas de varios tipos. Mateo sacó la llave y abrió la puerta de la casa.

—Salen a mediados de mayo, en verano y en septiembre, pero si son rosales de invernadero o variedades como esas cultivadas en maceta florecen igual.

—Para ser una cabra loca, sabes mucho de florecitas —comentó Marcelo toqueteando un tiesto con un enanito de jardín clavado en la tierra.

—Eran de mi abuela —dijo él entrando en la vivienda—. Solo me ocupo de ellas desde que murió.

—Rosas… —susurró Kai y pasó al interior de un salón enorme con vigas, donde había unas escaleras que daban a una segunda planta—. Vaya con la chocita.

—¿Eras su nieto favorito? —preguntó Rinna.

—El único nieto, más bien. ¿Qué es lo que quieren? ¡Me han atropellado!

El mafioso se espatarró en un sofá de piel marrón con una manta de ganchillo hecha de retales de colores, que miró algo espantado, mientras resbalaba y se alejaba de ella como si así fuera a desaparecer.

—La verdad —comentó Kai—. Lo que queremos es saber la verdad.

—Ustedes no son lo que dijeron. No buscan…

Kendo lo agarró por la nuca con su enorme mano y lo sentó de un movimiento en una silla de madera. El salón estaba conectado a una cocina americana y la barra dividía el espacio en dos ambientes.

—¡No voy a decir nada hasta hablar con un abogado! ¡Y os voy a denunciar! ¡Por mis muertos que lo voy a hacer!

Marcelo se levantó y, cogiendo otra silla, la arrastró hasta ponerla frente a Mateo. Se acomodó sin ninguna prisa y sacó, de alguna parte que Kai no logró ver, una especie de estilete fino o cuchillo, con el que hizo una cabriola circense con la mano: una vuelta, dos, y se la apoyó en la rodilla. Mateo, que seguía sujeto por Kendo, bajó la vista y abrió mucho los ojos.

—Oiga…

—Voy a contarte lo que pasa cuando uno tortura a alguien clavándole un cuchillo fino en las rodillas, Mateo… Verás, no es necesario introducirlo muy adentro, ¿sabes? El dolor ya es inmediato y paralizante, es… espantoso. Si la herida afecta a los vasos sanguíneos, sangrarás como un cerdito y si te pilla una arteria, la hemorragia puede ser muy peligrosa.

El joven comenzó a temblar y a sudar.

—Rinna… —susurró Kai.

Marcelo hizo otra cabriola con el estilete y lo pasó a la otra mano. Colocó la punta en la otra rodilla y comentó:

—Perderás movilidad. No podrás caminar ni moverte, doblar las rodillas será un infierno para ti. No necesito mencionar que puedes morir, pero, en el mejor de los casos…, tendrás secuelas permanentes: cojera, rigidez, incluso puede ser necesario que te pongan una prótesis. —Levantó el cuchillo y se lo zarandeó delante de la cara con una floritura—. Perderás todo ese encanto de gallo de corral y, bueno, serás… el tullido del pueblo.

El camarero lloraba y se le empezaban a caer los mocos.

—Veo que la idea no te agrada.

—La cuestión, Mateo, es que has huido de mí en el momento en que te mencioné a Valeria. —Si no cambiaba de tema y rompía el

ambiente tenso, Marcelo iba a apuñalarlo allí mismo y Kai no estaba dispuesto a más cagadas—. No entiendo la razón.

—¡Yo no sé nada! —chilló.

—Por desgracia, después de tu carrera no te creo —respondió él.

Rinna apoyó la punta del cuchillo en la rodilla y presionó un poco. Mateo exclamó:

—¡Solo quería salir con ella y pasarlo bien! ¡La recogí varias veces porque aceptó venir a mi casa a cenar una noche!

—Este chico no da abasto —murmuró Marcelo, y presionó un poco más.

—¡Sé que su padre anda metido en cosas raras! ¡Todo el puto pueblo lo sabe! ¡Por eso no tiene amigos! ¡Nadie quiere salir con Valeria porque piensan que su padre está loco, pero eso me dio igual! ¡Mierda! ¡No! ¡No!

—Rinna, para.

El italiano resopló y apartó la punta, pero solo un poco.

Mateo sudaba tanto que el pelo se le había pegado a la frente y estaba pálido como un muerto.

—Sigue hablando o no le vuelvo a decir que pare.

—Cenamos varias veces. Ya no solía ver a Carla tanto. Además, qué más da. No tengo novia, joder, puedo estar con quien me salga de la polla.

—La polla también puedo cortártela.

—Rinna, por el amor de Dios.

—Es que me aburro.

—Sigue, Mateo.

—¡Por favor! Yo… No me porté bien, pero solo fue un juego, uno estúpido que hice porque estaba buena. Cuando se fue estaba bien, me dijo que volvería a casa y punto, no pasó nada más. ¡Nada!

—¿De qué narices estás hablando? —preguntó Kai.

El joven se frotó la cara con el brazo, se limpió los mocos, se secó las lágrimas, pero el cuchillo estaba ahí en su rodilla y no podía dejar de mirarlo.

—Follamos un par de veces y ya. Lo juro.

—¿De qué juego estás hablando? —preguntó Kai.

—Yo… —Mateo dudó y Rinna le clavó la punta del cuchillo un poco—. ¡Joder! ¡Le di ketamina el sábado sin que se diera cuenta! ¡Por Dios! ¡No!

El inspector se frotó el caballete de la nariz.

—Santo Dios. —El informe toxicológico solía tardar unas setenta y dos horas. Se apartó un instante, mandó un mensaje a Amalia Delgado y luego regresó—. Sigue hablando porque te juro que, si no me cuentas qué pasó, permitiré que este tío, al que le falta un jodido verano, te deje inválido de las dos piernas.

—Qué amable, ¿no? —Marcelo sonrió.

—Solo era para que se desinhibiera —dijo derrumbándose—. Fue solo un poco, joder. Lo pasamos bien, estuvo aquí conmigo parte de la noche, habíamos pedido algo de cenar, luego se encontró un poco mal y se fue. Le dije… le dije que si la llevaba, pero me contestó que no, que prefería dar un paseo. Después me enteré de que había desaparecido y… joder. Yo… yo solo… Era un juego…

—Drogar a una mujer para follar con ella no es un puto juego, Mateo.

—¡Ella ya se había acostado conmigo!

—¡La drogaste!

El joven comenzó a llorar.

—¿Y luego la seguiste? —Rinna se inclinó un poco sobre él—. Igual pensaste que lo contaría. Si papá se enteraba, iba a hacerte mucho daño, porque papá trabaja para la mafia y lo sabes, ¿verdad?

—No… —dijo negando con la cabeza—. No…

—La seguiste porque sabías que no lo habías hecho bien. —Kai se encorvó sobre él.

—Era un poco de droga. Ella ya había estado conmigo.

El teléfono pitó con un estruendo, que hizo a Mateo saltar del susto. El inspector abrió el WhatsApp.

«Efectivamente, acabo de recibir hace unas horas el informe, pero no lo había mirado. Hay ketamina. El informe oficial completo tardará dos semanas».

Kai se guardó el teléfono y se acercó a Mateo. Este levantó la vista y lo miró.

—Vas a quedar bajo custodia hasta que desenmarañemos este asunto. Has confesado un acto ilegal; suministrar drogas sin consentimiento es un delito.

—¡No hice nada!

Comenzó a leerle sus derechos y el chico lo miró espantado.

—¿Eres policía?

—Tiene derecho a un abogado…

—¡La policía no amenaza con una tortura!

—Es que yo no soy policía —dijo Rinna, y le regaló una sonrisa encantadora.

—… si no puede pagarlo se le asignara uno de oficio. Está siendo detenido por uso de drogas de sumisión química en una víctima sin consentimiento y se le informará de cualquier acusación formal…

—¿De qué coño va todo esto?

Kai lo agarró del brazo y lo levantó.

—Vamos. Te aseguro que desearás venir conmigo antes que quedarte con estos dos.

—Hieres mi corazón —cantó Marcelo con expresión de absoluta tristeza.

Marcó el teléfono de Marco Mencía. Este lo cogió al momento.

—Dime, Kai. ¿Algo nuevo?

—Manda a la caballería para analizar un coche. Me llevo a un sospechoso a la comisaría. Avisa a la gente para que nos asignen una zona restringida.

Mateo, al oírlo, lo miró fuera de sí.

—¿Qué?

—Te veo allí.

Cuando salió, Rinna se limpió el estilete en la manga del abrigo y lo guardó con la misma destreza. Sacó su teléfono y marcó.

—Tienen un sospechoso —dijo—. No, no es fijo, pero no tardaremos en saberlo. Voy a ir con él. Te pasó sus datos nada más los tenga.

Cuando colgó salió a la galería acristalada. Mateo entraba en su coche mientras Kai le decía algo. Observó las rosas en sus macetas, la buganvilla trepadora que había en una parte de la fachada.

—Un jardín lleno de rosas… —susurró.

***

Martina salió del muelle como si tuviera cosas muy importantes que hacer, casi corría, aunque no sabía ni hacia dónde iba ni por qué. Estaba totalmente superada por todo y, cuando llegó a su coche, se apoyó en la puerta y trató de estabilizar la respiración. Hacía tiempo que no le sucedía, pero ya había pasado por un par de ataques de ansiedad y no le apetecía una mierda tener otro y menos allí, rodeada de hombres fornidos montados en grúas que la miraban como si no encajara entre toda aquella vorágine de trabajadores. Solo había visto dos o tres mujeres, que bien podían haberla ensartado en alguna de las grúas sin mucho problema: fuertes, altas, con aspecto de saber lidiar entre tanto hombre con temperamento. Una de ellas estaba gritando a un tipo que no era capaz de colocar una carga con la adecuada velocidad.

El sol se filtraba entre las innumerables nubes recordando que seguía ahí; el frío era implacable y tenía las manos heladas. Se volvió y observó el oscilar de una de las grúas y al diminuto hombre que se veía allá en lo alto, manejándola sin mucho problema. Ni siquiera había visto a Arty, pero, por la descripción de Rinna, no iba a encontrarlo en muy buen estado. Lo había torturado y, lo peor de todo, sabía que era capaz y que eso formaba parte de su día a día. Pactar con él. ¿Qué demonios tenía en la cabeza? Ella estaba allí para solucionar un asesinato que involucraba a demasiadas personas que trabajaban con ella. ¿Por qué entonces lo único en lo que pensaba era en pasarle el muerto a Kai mientras solo rumiaba lo que le ofrecía Bernabé?

Miró el teléfono, tenía dos llamadas de su ex, pero no lo llamó. Subió al coche, salió del muelle y condujo a ninguna parte. Tenía

que pensar. Dejó atrás Puerto Castro, dándole más vueltas a la cabeza. Trataba de buscar un término medio donde no se implicara así con los Rinna. Aceptar su trato implicaba entregarle a un hombre para que lo mataran, algo que no estaba en sus planes, pero él no era gilipollas: a cambio le ofrecía mucho más de lo que esperaba. Era normal, ningún policía con el suficiente sentido común aceptaría un pacto con la mafia a menos que lo recibido mereciese la pena. Normalmente era dinero, ella solo quería hacer justicia, acabar con los corruptos, terminar con…

—No es verdad —susurró.

Quería saber si su padre tenía algo que ver en todo aquello. Y sí, a su alrededor había muchos hombres que la habían visto crecer. Hombres que en los últimos años habían aumentado su patrimonio y ella no comprendía la razón, aunque siempre había una buena excusa. La imagen de Bernabé en aquel despacho contándole algo tan personal como lo que había pasado con su mujer la había desconcertado. Una parte de ella veía una humanidad que no encajaba. No, no encajaba con las torturas, ni con los sobornos ni con los crímenes que había cometido, que ella sabía que había cometido, aunque nunca pagara por ello. Pero ¿por qué su padre los había llamado a ellos y no a un equipo operativo especializado en toda esa mierda? Porque ella era su hija, y su hija jamás iba a cuestionar sus métodos.

Miró hacia la derecha y frenó el coche. Junto a la carretera, muy cerca del pueblo, había un invernadero con un rótulo en el suelo y dos enormes jarrones de barro en cada lado. Una mujer joven con un pañuelo en la cabeza la saludó alegremente y ella le preguntó si tenía rosas.

—Claro. ¿Algún color en concreto?

—No, solo preguntaba.

«Recuerda que eres invisible», dijo una voz en su cabeza.

La muchacha se la quedó mirando sin entender.

—¿Se compran muchas rosas en esta época del año? Es que tengo una amiga que le encantan y ando tanteando mi regalo de

cumpleaños. Es solo curiosidad.

Tenía entendido que las rosas no florecen durante todo el año, aunque también era cierto que no tenía ni pajolera idea de plantas y flores.

—Oh, bueno, eso es verdad, pero en los invernaderos tenemos un cultivo forzado de rosales. Este lugar está calefactado y con control de luz logramos rosas todo el año.

—¿Y las compran mucho?

—No tanto, pero hay algún que otro vecino de Puerto Castro que sí viene por ellas. ¿Quiere que le enseñe alguna?

«Piensa, Martina…».

—Sí, y me gustaría ver algún catálogo de cerezos japoneses.

La mujer se quedó descolocada.

—Hacía tiempo que no me pedían ese árbol. Si quiere, puedo buscar en la base de datos dónde los venden y lo que tardarían en mandármelo.

—Perfecto.

Nada más desaparecer tras una cortina detrás del mostrador, giró el portátil que tenía allí. Sacó un pendrive que llevaba en el bolso, donde solía llevar música en MP3 para poner en el coche, y se puso a copiar a destajo todas las carpetas que vio en el escritorio. Escuchó pasos al fondo, cada vez estaban más cerca.

—Creo que tengo uno a cincuenta kilómetros. —La mujer asomó la cabeza justo cuando giraba el portátil para dejarlo como estaba. Se quedó mirándola muy fijamente—. Si quiere, puedo pedírselo y lo ve. Tardará tres días. No dispongo de catálogo, pero puedo enseñarle uno, dado el coste que tienen.

No estaba segura de si la había pillado, pero lo que sí sabía es que algo había visto. Se situó delante de ella, apoyó la mano en el portátil y Martina sonrió. A su izquierda había un bonito florero de cristal satinado con detalles en forma de lágrima y unas cajas largas con rosas de diferentes colores.

—Claro, por supuesto. Qué bonitas rosas —dijo, y cogió un par de ellas—. Me las llevo. Le dejaré mi teléfono para que me avise.

La florista asintió. «Mierda», pensó Martina. Había tenido que ver algún movimiento cuando salió de detrás de aquella cortina. Parecía algo en alerta y tomó los dos estuches con las rosas.

—Sí, por favor. La llamaré cuando me llegue.

—Me llamo Martina.

La mujer lo anotó junto al teléfono.

—Es un nombre precioso.

«Un nombre precioso…». Salió como alma que lleva el diablo con la sensación de que aquella mujer le estaba perforando la nuca. Había llegado a pensar que llamaría a la policía, así que, para no parecer que huía como una ladrona, se quedó un momento frente al invernadero mirando las rosas, como si se sintiera muy satisfecha de su compra: dos rosas eternas metidas en cajas, aunque no sabía qué hacer con ellas. La vio pasear por el invernadero hacia la puerta, acercarse y observar con atención lo que hacía.

Ya en el coche y de regreso al pueblo tras su corta y ridícula escapada, iba pensando en cuando, en la academia, la llamaban la agente Martini. Había odiado a sus padres por haberle puesto aquel nombre y había odiado a su padre por ser uno de los más altos mandos, algo con lo que debía cargar sí o sí. Su apellido hacía sonar todas las alarmas y, cuando veían su carnet de identidad, ya todo pasaba a otro nivel. Daba igual si la pillaban en un control de alcoholemia borracha como una cuba conduciendo mientras tocaba el acordeón. Le pedían la documentación y regresaban con una sonrisa diciéndole que podía irse, que todo estaba bien.

Cuando llegó a la casa, se bajó del coche y resbaló en la hierba húmeda. Acabó sentada en el suelo, entre la maleza y las rosas, empapada por las gotas de rocío que regaban todo. Se cagó en todo, se levantó como pudo y entró en la casa. Rodrigo no había regresado y todo se mantenía en penumbra. Tenía que llamar a Kai, pero si no había insistido seguro que era porque estaba entretenido. Casi deseó que lo que fuese que tuviera que decirle careciera de importancia; la cabeza aún le iba a doscientos por hora. Se quitó los zapatos dando saltitos imprecisos y ojeó la nevera buscando algo

que comer. Estaba muerta de hambre. En ese instante fue cuando escuchó el crujido en el piso de arriba y se volvió.

Por inercia se llevó la mano a la pistola y avanzó lentamente hacia las escaleras, subió despacio, tan despacio que creyó que los latidos de su corazón iban a despertar a los vecinos.

—¿Kai? ¿Rodrigo?

No oyó nada, pero estaba segura de que había escuchado pasos. Vio la puerta de su habitación entreabierta y el punto de luz de la mesita encendido.

—Mierda…

Ella no había dejado la luz encendida ni la puerta así. Notó los latidos de su corazón martilleándole las costillas, percibió a lo lejos como si algo se moviera arrastrando una fina sombra, que detectó entre el espacio abierto y lo poco que veía de la habitación. Sonó un suave frufrú; el sonido de una tela. Había alguien en su cuarto.

—Mierda…

Avanzó, quitó el seguro de la pistola y la sujetó con firmeza, apuntando con el cañón al suelo. Apoyó dos dedos en la puerta y la abrió muy despacio mientras levantaba el arma. Bernabé Rinna estaba sentado en la butaca de su habitación, bajo la luz de la lamparita y ojeaba algo.

—¿Qué coño haces aquí?

El italiano levantó la vista despacio, miró su pistola con parsimonia, luego las rosas y lanzó sobre la cama una pequeña fotografía que Martina solía llevar en la cartera, donde salía ella con dos amigas de la academia, hacia mil años.

—Estaba preocupado por cómo te fuiste y he querido… ver mejor el hotelito rural que tus superiores pagan. Es un poquito decadente. Ni siquiera tiene luz natural. ¿Me has comprado rosas en señal de disculpa? Qué buena chica…

—Te voy a matar, Rinna. Me has dado un susto de muerte. Además, no deberías estar aquí. —Lanzó las rosas a la cama, aseguró la pistola, la dejó en la mesa y cogió la fotografía de mala gana—. ¿Por qué has venido?

—Te fuiste tan rápido que no me despedí de ti —dijo burlón—. Además, supongo que estás ya al tanto de las novedades.

Martina parpadeó. Las llamadas de Kai. Bernabé puso una mueca.

—Ya veo que no. Han detenido al chico del bar. Parece que fue con el que Valeria cenó la noche que desapareció. Le dio ketamina, dice que luego ella se fue.

—¿Qué? Ya. Te veo muy tranquilo.

—Bueno, de momento es lo que tienen. ¿Crees que me dedico a matar a la gente cuando no tengo clara su culpabilidad? —Se miró los pies y luego muy despacio subió los ojos hasta su cara—. Estás empapada.

—Intimidas un poco cuando miras así. Oye, sigo sin tener muy claro por qué estás aquí realmente, pero tienes que…

Se levantó y, al avanzar hacia ella, Martina por inercia dio un paso atrás. Justo cuando estaba a su lado, frenó en seco y se le acercó a la oreja.

—Tienes hasta medianoche para aceptar mi propuesta. Si no, me ocuparé solo de todo esto. Si ese hombre es culpable, quiero un compromiso tuyo de que me lo darás y a cambio te entregaré sobre la marcha cinco nombres relacionados con el narcotráfico que trabajan en tu comisaría untados por los colombianos. —Sintió su aliento en la oreja y notó un escalofrío.

—¿Y si no es él?

—Lo encontraréis… Pero si no es él, tengo un motivo para quedarme a solas con Mateo, aunque solo sean unos minutos.

—¿Por qué?

—Porque la drogó, porque la usó, porque la desechó —susurró—. Y porque si no tengo ese plazo y me ocupo yo solo, seguramente lo mate, aunque eso sea únicamente lo que hizo.

Por primera vez en todo el tiempo que conocía a ese hombre detectó la rabia personal que sentía por lo que le había sucedido a Valeria. Por primera vez, sintió la furia implacable que estaba acostumbrado a ocultar bajo una falsa frivolidad ante cualquier situación.

—Si no fue él y la hubiese acompañado, posiblemente no estaría muerta, y porque puedo, porque debo y porque quiero. Con tu ayuda o sin ella, con un método o con otro. Tienes hasta las doce de la noche, inspectora, ni un minuto más.

Perfume caro, ni una sola duda, ni un solo titubeo.

—Rinna… —dijo muy bajito.

—Tráemelo y resolveré todas esas dudas que tienes.

Al decir aquello, Martina giró la cara y casi se lo comió, pero Bernabé no se apartó y sus ojos azules parecieron inmensos a tan poca distancia.

—Mis dudas…

—Todas y cada una de ellas, pero dame lo que te pido.

Se inclinó un poco, lo suficiente para casi rozarle los labios, pero luego se apartó, cogió una de las rosas y salió de la habitación. Sus pasos firmes retumbaron en la madera y se perdieron escaleras abajo. Martina se aproximó despacio a la ventana cuando oyó la puerta abajo y detectó un vehículo cruzando el puente mientras él salía de la casa. Antes de subir al coche, se volvió, miró hacia arriba y levantó la caja con la rosa con cierta sorna.

Martina alzó la mano lentamente y le hizo una peineta.

Rinna solo sonrió.

***

—Necesito follar como un león. Tanta tensión no es buena. No sé, uno de esos maratones de sexo loco con un poco de todo. Alguien así como tú no estaría mal, aunque, viéndote intentar saltar la verja esa, se nota que tienes poco aguante, pero serías un candidato estupendo para una noche a cuatro patas con alguna bonita damita que nos haga marranadas y eso.

Kai lo miraba con la boca abierta mientras uno de los agentes que los acompañaba no salía de su asombro. Marcelo Rinna estaba a su lado con los brazos cruzados y se tocaba los pelitos de la nuca

mientras apoyaba todo el peso del cuerpo en una pierna. El italiano lo miró y dijo:

—A cuatro patas estaría yo, así que no me pongas esa cara.

—Pero ¿tú estás bien de la cabeza?

El agente se giró para mirar hacia otro lado, pero se quedó observando la pared y se volvió sin saber muy bien cómo colocarse. Rinna contemplaba la imagen de Mateo sentado frente a la mesa de interrogatorio a través de aquel cristal sin inmutarse.

—Ah, no lo estoy, no… Y la falta de sexo me sienta mal. Además, esta comisaría está llena de chusma. Es la segunda vez que vengo y huele a cerrado y humedad. El pelo se me queda raro.

Kai se agarró el tabique y le dio la risa.

—Oye, ¿de qué coño te ríes? Te lo estoy diciendo en serio.

—Por eso me rio. Es absurdo. Contigo es imposible aburrirse. En serio… —Miró al agente—. Perdone.

—No, nada —dijo este titubeante, luego carraspeó.

—Son las dos de la tarde y yo sin comer. —Marcelo soltó un silbido—. Me empiezo a cansar de trabajar contigo.

—Yo no trabajo contigo.

—Perdona, pero si no llega a ser por mi magnífica comunicación, ese semental del norte no habría confesado.

—Rinna, casi lo clavas a la silla.

—¡Ah! Pero confesó.

—En serio, esto me supera.

Le volvió a dar la risa del cansancio, del agobio, de la tensión de llevar a aquel psicópata al lado siempre a punto de estallar como una bomba de relojería. Se rio tanto que se tuvo que apoyar en la mesa y se rio más porque vio el gesto de indignación del mafioso.

—Oye, que no me hace gracia.

—Ah, joder… Hacía años que no me reía así.

Y encima el pobre agente, que no tenía ni puñetera idea de qué iba todo aquello, estaba allí plantado como un maniquí, rojo como un tomate después de escuchar la burrada que había soltado el

rubio con pinta de «replicante». Aquel pensamiento le provocó otro acceso de risa incontrolable.

—Pues nada, ahora vamos a esperar a que al inspector se le pase la tontería. Vamos a comer.

—Tienes que ver la película de *Blade Runner*. Hay un tipo que hace de replicante que tiene tu estilo cuando te engominas ese pelo medio blanco que tienes.

—Dudo que sea más guapo que yo.

—Tienen —comenzó a decir el agente, pero le salió un gallo tan agudo que tosió, carraspeó y se aclaró la voz—. Perdón, tienen una cafetería justo en frente. Pueden ir si quieren. El teniente coronel no llegará hasta dentro de una hora o así.

—Mira tú qué hombre más detallista —le dijo Rinna.

El inspector suspiró.

—Está bien. Yo también tengo hambre.

—Si huele a pueblo, no pienso comer allí, ya te aviso.

Salió caminando como un matón delante de él y Kai se quedó mirando al agente, que estaba igual de desorientado que él la primera vez que lo vio.

—Agente.

El hombre lo miró.

—¿Sí?

—Que nadie entre en esa habitación. Volvemos en un rato.

—Por supuesto, inspector.

***

Rodrigo seguía en casa de Carla Llaneza, enredando con sus dispositivos móviles. No había sido capaz de dar con nada fuera de lo normal, ninguna app de rastreo espía ni mensajes borrados o llamadas raras. No había ningún extraño dispositivo vinculado y todo parecía normal también en su ordenador. Le dolía la cabeza, demasiadas horas con los ordenadores era lo que tenía y, por si fuera poco, jugar en línea, que era otra de sus aficiones, no le

beneficiaba mucho en aquella situación. Y encima el día anterior no había salido ni a dar un paseo y tenía el culo plano de tanta silla. Se levantó, caminó como un soldado por el salón, hizo varios estiramientos algo inútiles y se acercó a la ventana. Frente a la casa había un parque por donde no pasaba ni un alma, pero con aquel frío despiadado era normal. Solo había visto una corredora en su trayecto hasta allí y la mujer iba bastante rápida, suponía para no congelarse porque llevaba unas simples mallas y unos guantes.

—En fin.

Estaba agobiado, quizá por aquella soledad, aunque si lo pensaba bien en su vida personal solía estar solo dadas sus aficiones. Más de una vez se había planteado descargarse una aplicación de citas o algo de eso, pero luego siempre había algo que lo echaba para atrás. Era policía, estaba más solo que la una, comía de pena, seguía hablando con su madre todos los días, tenía un gato, un piso a medio pagar y poco más.

Resopló.

Sus jefes al menos no se aburrían, pero, claro, el trabajo de campo no era lo suyo. Aunque se mantenía bien: estaba delgado, pero no tenía la resistencia física de Kai Vila, que era como el típico matón de discoteca con cara de mala leche, y luego estaba Martina, que era como una mecha ardiendo a punto de estallar. Con ella se llevaba bien dada su personalidad pero, si se ponía a analizar al resto de la comisaría, había que meditar un poco esos arranques de furia. Kai al menos era tranquilo, como mínimo en apariencia, ya que sabía que se había metido en alguna que otra disputa, pero su jefa…

Dos golpecitos repentinos lo hicieron volverse hacia la puerta y arqueó las cejas. ¿Estaban llamando? Se acercó despacio convencido de que algún vecino cotilla estaría en el pasillo, pero, al mirar por la mirilla, alguien la tapaba con el dedo.

—Vale, ya empezamos con el cachondeo —susurró. O era Martina o Kai.

Abrió la puerta listo para soltar la gracieta de la mañana, pero se encontró a una mujer bajita con pinta de gótica, vestida con una

falda de tul y unos zapatos de suela alta. Los dos debieron de poner la misma cara de sorpresa porque se quedaron mirándose el uno al otro sin decir nada hasta que la chica preguntó:

—¿Quién coño eres tú? ¿Y el detective?

«¿El detective?».

Oh. Investigación encubierta. Kai debía de haberle dicho que era detective. Una excusa recurrente en ese tipo de operaciones. Qué poca imaginación. Su cara le sonaba. ¿No era la chica de la fotografía de Facebook que había cotilleado?

—Ah… Um… Pues está ocupado, sí.

—Soy Maya Prida. Mi amiga vivía aquí. Cuando he visto la luz, he pensado que era él. ¿Trabajas con ellos?

—Soy informático. —Que era verdad, aunque su largo expediente académico, del cual estaba muy orgulloso, era mucho más extenso y sorprendente—. Y le ayudo, sí. Estaba con los dispositivos y… ¿Ellos?

La chica entró en la casa dando grandes zancadas y se sentó en el sofá.

—Sí, con Kai y el rubito guapo que va con él. Su ayudante o algo así.

Rodrigo se frotó la cara con la mano. El único rubito guapo que podía ser era uno de los Rinna. No se lo podía creer…

—Vale, son… cooperantes, sí. Yo solo vengo a echar un cable cuando hay que mirar dispositivos electrónicos. —Cuando la vio prestar atención a lo que estaba diciendo se puso muy recto—. Soy experto informático, ingeniero, para ser exactos. Me ocupo de todos los dispositivos de escucha y vigilancia, entre otras muchas cosas.

—La espiaban —dijo ella—. Y oía voces en la casa. Ya se lo dije a Kai, pero la gente se ríe de mí o me mira raro, como si a mi amiga le faltara un tornillo. Me ha dicho una vecina que hoy se han llevado a Mateo. ¿Sabes algo de eso?

—No, lo siento, yo soy solo un informático. O sea, formo parte del equipo, ya me entiendes, pero estoy más para los asuntos técnicos de espionaje y demás.

—Ya veo.

Tenía unos ojos enormes y unas piernecillas largas y delgaduchas.

—Has dicho que tu amiga oía voces. ¿Dónde las oía?

—Creo que en la habitación.

Rodrigo se fue hacia la escalera, y ella, detrás. Entró en el dormitorio y ojeó la estancia. La cama, una cómoda, una puerta a la derecha, que al abrirla daba a un hueco con estanterías y percheros para la ropa. Maya se pegó tanto a él que podía oler su perfume. Carraspeó y, como la vio tan concentrada en lo que estaba haciendo, se puso a toquetear la ropa, mover perchas, empujar cajas y zapatos. No sabía lo que estaba buscando, pero la chica parecía interesadísima en él.

Se agachó, tocó el suelo y se metió entre la ropa palpando las paredes.

—¿Qué haces?

—Baja la persiana, por favor.

Maya hizo lo que le pidió dejando la habitación totalmente a oscuras y volvió con él.

—Dios, no se ve una mierda.

Rodrigo apartó toda la ropa colgada en las perchas, dejó a la vista la parte trasera del armario, golpeó con el puño, se apartó y se incorporó. Al hacerlo, chocó con ella y estuvo a punto de tirarla. La agarró por los hombros, pero la soltó muy rápido.

—Disculpa.

—No, está bien. Es que no veo nada.

Encendió la luz, volvió a acercarse al armario y se metió a cuatro patas bajo las estanterías.

—¿Qué haces?

Había empezado a lanzar a la cama toda la ropa. Desmontó las baldas, sacó las perchas con las camisas y chaquetas y, cuando lo vació, golpeó la pared y se abrió una especie de trampilla.

—No me fastidies —susurró.

—¡Dios mío! —Maya se llevó las manos a la boca—. ¡Una puerta!

Una puerta, lo que se dice una puerta, no era, pero por ahí entraba una persona. Rodrigo cogió su móvil, encendió la luz de la

linterna y se asomó. Era un espacio de unos cuatro metros cuadrados; un hueco diáfano muy común en construcciones que se dejaban sin abrir, matando pequeños recovecos que no servían para mucho.

—No te acerques. Tienen que venir a analizar esto —le dijo.

Notó la mano de Maya en el brazo y se sintió un tipo importante.

—Tranquila, si alguien entró ahí dudo que esté cerca.

Y si lo estaba, también podían salir corriendo los dos.

Tenía que ir a la casa de Elda Rivas para ver si en ella había algo similar.

—Tengo que irme —dijo.

—¡Espera! ¡Oye, me voy contigo!

Rodrigo se volvió hacia ella con gesto ceñudo.

—¡Carla era mi amiga! ¡Y nadie la creyó! ¡Quiero saber qué pasa! Además, tú llamas la atención, nadie te conoce aquí, los vecinos no entenderán que entres en la casa. —Lo miró ansiosa, entonces añadió—: Déjame ir contigo, por favor. Es superinteresante lo que haces. Por favor, por favor…

«Mierda, qué mona es». Igual si la dejaba solo acompañarlo sin tocar no pasaba nada. Además, así no estaba todo el día solo. Luego su mente le recordó que era una investigación, pero ¿no eran supuestamente detectives? En ese caso no había problema en que lo acompañara. Si tenían que hacerse pasar por detectives, tampoco era descabellado…

—Oye, si vienes conmigo no quiero que toques nada, ¿vale? Y te irás en cuanto llame a los míos.

Los inspectores lo iban a matar.

—Te lo juro que no.

—No toques nada.

Ella le hizo un gesto con las manos que no entendió.

—Prometido.

—Vamos entonces —dijo recogiendo sus cosas.

***

Salió de la ducha y se sentó frente a la mesa donde tenía el ordenador portátil. El lápiz de memoria que había usado en el invernadero estaba en el bolsillo. Lo sacó y lo conectó. Había logrado volcar una gran cantidad de archivos, la mayoría carpetas llenas de fotografías de plantas y arreglos florales, tarifas en Excel, tarifas en PDF y varias copias de contratos para empresas funerarias con las que debía trabajar. Dentro de una de las carpetas etiquetada como «Año 2025» detectó una serie de facturas que fue ojeando una a una, pero ninguna era por la venta de rosas. Había muchas personas que pagaban al contado o incluso con tarjeta, pero no se llevaban facturas. Lo raro hubiera sido que diera con algo verdaderamente relevante para el caso. Abrió un archivo lleno de fotos y se puso a pasar las imágenes despacio, nada. Fotos de la propietaria con clientes y sus ramos o encargos. Imágenes que seguramente usaba para subir a sus redes sociales. Cerró la pantalla y se tiró en la cama. Eran las dos y media de la tarde y todavía no había probado bocado. Si Kai había detenido al chico del bar, estaría en comisaría y su padre, de camino. Podían esperar.

Cerró los ojos y, mientras pensaba en lo que iba a comer, se quedó dormida. Y cuando despertó apenas había pasado media hora y le dolía el cuello. Bajó a la cocina, se hizo un sándwich y se lo comió mientras echaba un vistazo a su teléfono. Rodrigo le había mandado un mensaje explicándole lo que había encontrado y le decía que estaba en la otra casa.

—Vaya, chico. Eres muy bueno en estas cosas —susurró porque de verdad lo pensaba. El analista era un genio en su campo y a veces se sorprendía de la cantidad de detalles, que para ella eran insignificantes, en los que se fijaba. Le había adjuntado una fotografía de una pequeña habitación dentro de un armario—. Increíble…

Se terminó el sándwich y se bebió un zumo de melocotón. Sobre la mesa donde Rodrigo trabajaba, junto a las pantallas, estaba uno de los dosieres. Lo cogió, se sentó en el sofá y ojeó de nuevo las fotografías. Ahí estaba la imagen de Bernabé, con un traje elegante,

un chaleco a juego y el pelo recogido en una pequeña coleta, que le marcaba aún más las facciones. Quizá parte de su encanto, lo que Valeria vio ya de adulta, era esa actitud pausada y serena. Su seguridad, su suavidad hablando; particularidades que calmaban y, al mismo tiempo, según tu papel, aterraban. No era capaz de imaginarlo en su rol de padre con aquellas dos niñas pequeñas, en una casa con jardín, rodeado de sus amigos, con su familia…

—¿Qué coño estoy pensando?

Lanzó la fotografía al montón y cerró el dosier.

Media hora después entró por la puerta de la comisaría que le habían indicado cuando se identificó a un agente que estaba en un mostrador. El aire estaba viciado y hacía un calor espantoso allí dentro. Vio a su padre en el pasillo con Marcelo Rinna y durante unos segundos se los quedó mirando, luego el italiano se volvió y ella fue hacia ellos. Aquel chico era una monada, no lo podía negar. A veces se preguntaba si la belleza era directamente proporcional a la maldad. Recordaba que, en una clase de Criminología, habían hablado de ello: la belleza podía generar desconfianza o incluso asociarse con la manipulación y el engaño. Pero aquel muñeco estaba catalogado como asesino, y eso ya era harina de otro costal… «Uno de los dos hermanos que bajaban al barro», así había dicho su padre. Era un hombre que no tenía miedo a morir y eso significaba que era muy peligroso.

—Aquí está la bonita inspectora de Homicidios. —Rinna le hizo un gesto de lo más sensual y Martina se lo quedó mirando—. La verdad es que, viéndoos juntos, sí que tenéis un aire, aunque creo que has heredado la belleza de tu madre.

—Voy a entrar en la sala. Martina, luego Kai te contará. El chico ha confesado que drogó a Valeria la noche del sábado. Jura que no la siguió, pero se han llevado su coche para analizarlo. Supongo que si no miente, no encontraremos nada.

Entraron en la sala anexa y Marco Mencía pasó a la de interrogatorio. Ella y Marcelo se quedaron frente al cristal de separación.

—Entonces, ¿inicialmente no ha sido él?

Rinna asintió mirando al frente.

—Inicialmente —dijo—, pero he visto confesar medias verdades en situaciones mucho más delicadas, por ejemplo, tu amigo Arty.

—Entonces, no se ha quedado en un simple robo de cocaína.

—Ah, no… El monto total sube mucho más y es algo que ha estado haciendo durante dos años, así que…

Nadie podía salvarlo.

Se quedó pensativa y, cuando volvió en sí, Rinna la estaba mirando.

—Tengo entendido que tienes una buena relación con mi hermano.

—La misma que tendría contigo.

Él soltó una risita melosa.

—Ah, qué temperamento… Me encantan las mujeres con carácter. ¡Bien! Creo que yo me retiraré, aquí no hay nada más que pueda hacer —dijo con sorna.

—¿Por qué te inmiscuyes tanto en nuestra investigación, Rinna? Dudo que te importe mucho la vida de mujeres que, lo más seguro, no tengan nada que ver con todo lo demás.

—Ah… Tienes razón, me importa una mierda, pero soy una persona que tiende a aburrirse rápido y cuando eso pasa no es bueno. Es divertido salir con tu ex. Me lo paso bien. Es un estímulo para mí.

—Para ti es un entretenimiento, ¿verdad? Incluso si ayudas es por mero disfrute personal…

Y ella lo sabía. Narcisismo… Los hombres como él vivían en un entorno tan controlado que se aburrían de ese poder y rutina. El pequeño de los Rinna le recordó en ese momento al personaje de Hannibal Lecter en *El silencio de los corderos,* cuando ayudaba por puro placer mental.

Se volvió hacia ella y la miró de arriba abajo.

—Familia y sangre, honor y silencio, respeto y lealtad… Esas son las bases de la ‘Ndrangheta, siempre cerca de lo que nos produzca

negocios y poder. Me gustaría saber cuáles son los valores de los tuyos, cuáles de todos los que he mencionado puedes llegar a decir que existen en tu entorno. —Se fue hacia la puerta y la abrió, pero se quedó inmóvil y dijo—: El día que falles o que no estés a la altura te desecharán. Analiza tu entorno antes que el mío, inspectora…

Martina sintió la puerta cerrarse y alzó la vista con la cabeza baja. Kai se había vuelto hacia el cristal espejado como si pudiera verla.

—Eso ya lo sabía… —susurró.

***

Rodrigo salió a toda prisa de la casa de Elda Rivas con Maya detrás. Aunque su trabajo a veces resultaba una obviedad, cuando lograba algo importante se ponía exultante. Habían encontrado otra falsa trasera en el armario de la habitación de Elda y, no contentos con eso, Maya dio con otra en el armario de la entrada principal. Un espacio lo suficientemente amplio para albergar a una persona. Y todo por la tontería de indagar para hacerse el importante. Encontrar la primera trasera fue una cuestión de suerte.

—Te dije que no tocaras nada. Ahora están tus huellas ahí.

—Oye, solo empujé un poco. Quería ayudar.

Le había mandado un mensaje a Kai, dado que no cogía el teléfono. Solo le había indicado que tenía algo importante que hablar con él, pero el inspector había escrito: «Comisaría» y poco más. Su jefa en ese momento no recibía los mensajes, así que supuso que estaba en alguna zona sin cobertura. Le sonaron las tripas y la joven rompió a reír.

—Oye, yo tampoco he comido. Aquí cerca hay una cafetería donde ponen unos platos combinados riquísimos.

La idea de ir corriendo a comisaría era lo que más le apetecía, pero estaba muerto de hambre y aquella chica lo miraba lastimosamente.

—Ah, bueno, vale, pero algo rápido.

—¡Sí! —exclamó ella, y dio un salto.

«Jamás ninguna mujer se ha alegrado tanto por comer conmigo», fue su primer pensamiento. El segundo, que Maya Prida estaba más emocionada que él porque con el hallazgo constataba —para ella, claro— que su amiga no estaba loca, que era lo que todos pensaban. Entraron en la calle perpendicular, pero la joven frenó en seco.

—Oye…, ¿crees que las mataron? Digo a mi amiga y a Elda.

—No tiene por qué. Puede ser… un simple acosador que…

Se quedó callado y ella lo miró.

—¿Qué pasa?

—Pasa que vamos a tener que comer dentro de un rato —dijo, y la agarró de la mano y tiró de ella.

—¿Dónde vamos?

—A casa de otras dos personas.

—¿Qué?

15
VEN A MI JARDÍN

Allí no había nada. La casa de Miriam Coto ni siquiera tenía armarios empotrados ni huecos diáfanos. Nada. Llevar a Maya realmente le ayudó. La vecina que custodiaba una copia de las llaves se creyó a pies juntillas que Maya era una amiga de Barcelona que iba a recoger algo para sus padres y ella representó su papel como una actriz de cine profesional. Primero con autoridad, luego con ese dolor de la pérdida, incluso logró sacar dos lagrimitas, que hicieron que la vecina se apiadara de ella.

—Pobre chica, no llores así, no pasa nada, yo te abro la puerta.

Y él, plantado al lado como un geranio, viendo la escena.

—No sabe cuánto se lo agradezco… —decía compungida mientras le lanzaba a él una miradita maliciosa—. ¡Es usted tan amable! ¡Lo he pasado tan mal!

Pero las cosas cambiaron una hora después y ya no le pareció tan buena idea que ella estuviera allí.

Rodrigo se dio cuenta de que algo no iba bien cuando llegó a la vivienda de Valeria Lucas. El agente que debía custodiar la casa no se veía por ningún lado, la puerta estaba entornada. Empujó hacia atrás a Maya, había sido una absoluta imprudencia dejar que esa chica lo acompañara y encima, gilipollas de él, le había dado un dato sobre la investigación que no debía por hacerse el importante. Le iban a cortar los huevos.

Abrió la puerta despacio, y su nariz se llenó de un perfume extraño. Le hizo un gesto algo esperpéntico a Maya con la mano, indicándole que se quedara fuera, y accedió. El pasillo estaba iluminado por la poca luz que entraba por la ventana y al fondo, en una habitación, había un hombre de espaldas. Se le pusieron los

huevos de corbata cuando se giró y se encontró de frente con Bernabé Rinna, el cabeza visible de la mafia calabresa.

—Es un lugar acogedor —dijo y volvió a darle la espalda.

Rodrigo se rascó la cabeza y fue hacia la habitación porque correr en sentido contrario iba a quedar de lo más lamentable, pero el corazón le iba a mil y no tenía ni idea de qué hacer. Él no estaba preparado para eso. ¿Quién lo estaba?

—Dile a esa cría que entre —le soltó sin volverse—. Es peor que se quede en el pasillo que dentro de la casa.

Se giró un poco y vio a Maya agarrada a la manilla como si no hubiera un mañana. Entró despacito, cerró y Rodrigo soltó un improperio en bajo porque si tenían que salir de allí corriendo, la puerta estaba en medio.

—Vuestro chico ha ido a tomar un café con uno de mis hombres.

—Oiga, no creo que estar aquí sea… —se le cortó la voz cuando Bernabé lo miró— buena idea…

—No tenía ni idea de esto —dijo y, cuando Rodrigo entró en la habitación, se encontró un enorme corcho repleto de fotografías de Bernabé con la hija de Ciro Lucas—. Hace tiempo leí una cita en algún lugar que decía que no hay nada más lamentable que recibir el afecto de alguien por el que no tienes ningún tipo de interés. Nunca he llegado a ponerme en el lugar del otro hasta ahora.

Se giró, examinó despacio a Maya y luego volvió a mirarlo a él.

—Tú debes de ser Rodrigo.

—Ese soy yo. —Lo dijo tan bajo que no estaba seguro de si lo habría escuchado.

Rinna pasó a su lado, Maya se apartó para dejarle espacio.

—Le diré al agente que suba. —Y, dicho eso, se fue.

Rodrigo se agarró las rodillas, se sentó en la cama de Valeria y soltó un resoplido.

—Me *cagüen* la puta.

—¿Quién era ese tío? —Ojeó las fotografías del muelle—. Oye, Rodrigo.

—Mira, tú no deberías estar aquí. Por favor, no me hagas preguntas que no puedo responder.

Maya frunció el ceño.

—Vale. No hace falta que te enfades.

—No me enfado, solo… Joder…

Ella se sentó a su lado.

—Vamos a buscar esa puerta. A ver si esta casa tiene una.

El analista asintió.

—Sí, es lo mejor. Pongámonos a ello.

***

Estaba de mierda hasta el cuello. Su vida en ese momento le parecía triste y sin esperanza alguna. Una mera sucesión de malas decisiones que, a veces, le hacían pensar que le traerían problemas. Pero Mateo no esperaba que los problemas llegaran así, de sopetón, aunque tenía claro que si algo se torcía en su vida iba a ser debido a las mujeres. Era incapaz de mantener una relación estable, era incapaz de no saltar de flor en flor. Era incapaz de no aprovechar la más mínima oportunidad. Si podía llevarse a la cama a tres o cuatro, siempre era mucho mejor que a una. Y la belleza lo arrastraba. Siempre que veía a una mujer que estaba dentro de sus gustos estéticos no perdía la posibilidad de lanzarse al vacío. Y daba igual cuántos cadáveres dejara a su paso, daba igual los corazones que rompiera o las súplicas que recibiera. Incluso daban igual los métodos que usara, todo estaba permitido para él.

Miró a su alrededor: la sala era demasiado ecléctica y excesivamente anodina. Tenía los dedos de las manos atenazados por el frío y aún parecía que aquello se iba a alargar. ¿Cuánto podían retenerlo? Su cabeza era un avispero lleno de preguntas sin respuestas. Mujeres, mujeres. ¿Por qué no paró? Porque no era capaz de perder una oportunidad y porque de eso se trataba la vida, ¿no?

El sexo era una especie de catarsis para él. Todo estaba permitido, siempre fue para él como un campo de batalla. Y si tenía que sacarse un conejo de una chistera, lo haría sin pensar. La droga solo era un pequeño empuje cuando los complejos y los miedos afloraban y hacían peligrar el desenlace final. Por eso a veces le gustaba coquetear con mujeres mucho mayores que él, esas no sentían vergüenza por nada, eran seguras, experimentadas; un dulce que a veces tenía cerca y no dudaba en coger, pero las más jóvenes… Sobre todo las que tenían el pelo rubio, la piel clara, las mejillas arreboladas y los ojos grandes… Era incapaz de no perder la cabeza y usar todo su ingenio para lograr saciar ese hambre que se encendía como una llama dentro de él. Jamás había dejado que la llama ardiera mucho tiempo. Era incapaz de dejar escapar una presa.

Y después… Simplemente eran descartadas.

Mateo se reclinó en la silla, se cruzó de brazos y observó el techo y el fluorescente que tenía encima.

—Aguanta un poco más —se dijo para sí—. Pronto estarás en casa.

***

Había viejas casas cubiertas de hiedra al otro lado de la carretera, aunque lo glamuroso del paisaje se desintegraba al observar los canalones cubiertos con excrementos de pájaros a punto de colapsarlo todo por su peso. Una gaviota pasó planeando por encima de Kai, y Martina observó su vuelo sin mucho ánimo.

—Te noto preocupada.

—Solo estoy cansada y un poco harta.

Él sacó el paquete de tabaco y le ofreció un cigarrillo, que cogió. Martina no fumaba nunca a menos que estuviese saturada.

—Trabajar con la mafia no es fácil. Da la sensación de que vamos un paso por detrás y que tenemos que pedirles permiso para todo.

Pero te diré algo: ese pájaro de Marcelo sabe cómo sacarle información a la gente.

—Sin ética ni moral, yo también lo haría.

Él se rio.

—Ya, pero la cuestión es que ellos pueden hacerlo y nosotros no debemos ni podemos.

Un grupo de vecinos tomaba algo en una pequeña terraza de una plaza abrigados hasta los dientes con un calefactor de exterior de gas con forma de hongo, pegado a ellos. Los pocos insectos que se aventuraban a salir revoloteaban sobre sus cabezas.

—Kai…

—Dime.

Por un momento estuvo tentada de contarle lo que Bernabé le había ofrecido.

—Nada. Solo me pregunto si realmente ese chico después de darle la ketamina la siguió y la mató.

—Es una posibilidad. Cuando dejas a una persona en esas condiciones, luego te das cuenta de que puede contarlo y estarías jodido. No es la primera vez que vemos esto.

—Ya lo sé, pero ¿y si no lo hizo?

—Si no lo hizo, tenemos a un asesino suelto por ahí.

La inspectora dio una profunda calada al cigarro y soltó el humo despacio.

—¿Desde cuándo lo sospechas?

La pregunta de Kai la hizo frenar en seco y quedó un poco más atrás que él. Se giró hacia ella y lanzó la colilla con una curva perfecta.

—Vamos, Martina. Siempre has confiado en mí como compañero. ¿Desde cuándo sospechas que tu padre está en el ajo?

—No sospecho…

El gesto de decepción de él le hizo dar un paso atrás y acarició el colgante.

—Kai, no sospecho de él por algo… —dijo—. Es… —Suspiró—. Hace dos años que detecté ciertas irregularidades, pruebas que no

estaban, operaciones frustradas cuando se iban a incautar alijos de droga, un poco de todo. No dije nada, claro, sería una locura, así que decidí observar un poco. Di con informes alterados.

—¿Hablaste con asuntos internos?

—No. Solo con un conocido de confianza que está en la Fiscalía Antimafia, pero fue una conversación informal llena de supuestos y no fui a más. Necesito que los indicios se conviertan en pruebas judiciales, no es suficiente. No tengo los medios ni la capacidad, y estoy rodeada de personas en las que no confío, a excepción de Rodrigo.

—Armar un caso así lleva años, Martina. Es imposible que tú sola consigas algo y te arriesgas a que te aíslen.

—Llegué a pensar que mi padre simplemente ha mirado hacia otro lado, o que quizá no pueda hacer nada, pero son simples teorías que no van a ningún lado. Si te digo la verdad, me gustaría estar segura de que no tiene nada que ver, pero entonces me llama para esto y tengo que trabajar con la mafia.

—Cooperar con la mafia en determinados momentos no te hace corrupto. Es un método legal.

—Lo sé, y sé que si estamos aquí es porque teme que se filtre la investigación, pero porque los protege.

—Igual no le queda más remedio, Martina, y lo sabes.

Ella chascó la lengua.

—O puede que me esté volviendo loca, pero es algo que me ha quitado el sueño muchas noches.

Aborrecía la sensación de soledad que le causaban sus dudas. El simple saludo a compañeros que creía poco legales. Reconocer que se había equivocado mudándose al norte no era una opción; jamás lo haría, ni regresaría a Madrid. Seis meses atrás había decidido a ir a un psicólogo con la intención de tratar aquellos ataques de ansiedad, que empezaban a ser algo frecuentes o, al menos, más frecuentes de lo que ella deseaba. El psicólogo le había dicho que debía tratar de separar el trabajo de su vida privada. ¿Qué vida privada? Ella no la tenía desde hacía mucho tiempo. La única vida

privada que había llegado a rozar la había tenido con Kai y ni con esas porque los dos se pasaban las tardes del fin de semana discutiendo sobre casos sin cerrar, operaciones sin hacer, papeleo sin terminar. Día tras día, volvían al mismo bucle que los dos disfrutaban, sin darse cuenta de que eso los destruiría como pareja después de un tiempo no muy largo.

—¿Y tú? ¿Te va bien por allí?

—Bueno, no puedo quejarme. Juego al pádel dos veces por semana porque ahora está de moda.

Martina se rio.

—Ni siquiera había oído hablar de él, pero es así. Ahora para ser moderno tienes que jugar al pádel o hacer senderismo, es el modo de seguir en el sistema. Una cosa loca.

—No te veo yo subiendo una montaña.

—Ni yo tampoco.

—¿Seguir en el sistema es como seguir en el mercado?

El inspector sonrió.

—Suena más profesional que desesperado.

Ella rio con ganas.

—Ah, Kai… Al menos este caso tan extraño nos ha hecho poder tener una maldita conversación sin tirarnos de los pelos. —Lo miró y por un instante creyó que el tiempo no había pasado y que las dudas no existían entre ellos. Lanzó la colilla del mismo modo que él—. ¿Qué te parece si nos acercamos hasta ese local LaVita, para ver qué se mueve por allí? ¿Has comido?

—Santo Dios, sí, con Marcelo Rinna. Es como una mezcla de un sicario y una cabaretera. Jamás en mi vida he conocido a nadie así, pero empieza a ser divertido si te digo la verdad.

—Los dos hermanos son muy diferentes, creo que no estoy preparada psicológicamente para conocer a los otros dos.

Ambos se rieron.

—Yo tampoco. —Kai se paró junto al coche—. Oye, hagas lo que hagas te voy a apoyar. Lo sabes, ¿verdad?

No. No lo sabía y el simple hecho de escucharlo la partió en dos en aquel momento, pero se limitó a sonreír con cierto aire de suficiencia, con la misma actitud que siempre tenía para que las cosas no la afectaran porque nunca soportó que se compadecieran de ella ni que la vieran como alguien inferior. Ella siempre había sabido que Kai era mucho mejor que ella en todos los aspectos, aunque jamás se lo dijo.

—No esperaba menos de ti.

—Siempre has sido una creída —dijo abriendo la puerta—. Vamos, anda. Creo que necesitas una copa.

—¿Dónde está Rodrigo? Me he quedado sin batería.

—Le diré que vaya para allá.

***

Quizá no debió confiar en él, a fin de cuentas, era solo una cara bonita, pero la soledad a veces es difícil de llevar, tiene pocas amigas y la gente siempre es muy distante con ella. Y mientras lo conoce sigue pensando en él, en el otro hombre, porque solo él la trata como una persona cercana y con afecto. Cuando lo ve, cuando coincide con él, la vida se vuelve de otro color, siente que alguien le habla con sinceridad. No existen las burlas, no existe el miedo, y no teme que se aprovechen de ella o la aparten a un lado como siempre ha pasado. Verlo cada cierto tiempo la colma de recuerdos, de los que se va alimentando en su ausencia. Y ella también pinta corazones en una libreta, escribe su nombre muchas veces, pensando que así él la recordará, aunque sabe que la realidad es mucho más dura, más injusta y dolorosa.

Nunca le dijo a su padre que en el colegio y luego en el instituto nadie hablaba con ella, nunca le contó la realidad de su vida porque no le quiere molestar. Y año tras año sigue pensando lo mismo: su vida es algo que ella no escogió, alguien se la impuso. Nadie le explicó lo que era ser la hija de un estibador, nadie le explicó que su madre se moriría

de un cáncer siendo ella solo una niña, pero cree que todo puede mejorar, que un día podrá salir de ese pueblo y hacer una vida distinta en algún lugar donde no la conozcan, donde no la juzguen, donde no se aprovechen de ella. Y por eso llena su pared de fotografías de momentos felices, aunque esos momentos felices solo los tenga con él. Y calla, espera y calla, porque es demasiado vergonzoso para contárselo a alguien. Mientras sigue guardando dinero debajo del colchón, ocupa los espacios vacíos con la compañía del primero que le dé un poco de afecto porque sabe —se promete— que todo irá mucho mejor…

El agente le hizo un gesto con la cabeza y abrió la puerta de seguridad. Kendo le entregó un fajo de billetes y este cerró cuando los dos pasaron. Había veinte peldaños hasta las celdas, un pasillo y tres puertas. Bernabé Rinna abrió la segunda y entró solo.

El trabajo es lo único que la mantiene viva porque ganar dinero es su máxima prioridad. No le puede decir a su padre que no quiere ir a la universidad porque fue algo que le prometió a su madre. Quiere irse de allí y, quizá cuando todo cambie, cumplir su promesa y estudiar. El trabajo es como empezar su nueva vida, una nueva etapa muy lejos de toda aquella humillación, en la que no le dicen que es la hija de un delincuente, no la miran mal cuando va al supermercado, tiene amigos, tiene esperanza y, sobre todo, tiene un amor. Porque quiere ir a verlo; ella está segura de que él la puede ayudar. En el trabajo hay personas que no la conocen, toma decisiones, la gente la felicita y eso es un atisbo de lo que puede lograr fuera de allí.

Pero entonces su padre descubre algo, y todo lo que ella temía se hace realidad. Sus palabras se transforman en cuchillos afilados que le recuerdan lo que llevan años diciéndole: que no es suficiente, que solo es la hija de un estibador… Y se hunde en un abismo, llora desconsoladamente por todo lo que calla, llora por todas las malas

palabras que le han regalado sin pedirlo, por la soledad, por quién es, por lo que no ha logrado, por todo lo que desea que nunca tendrá… Llora por él.

—No te levantes.

Mateo alzó la vista y vio al hombre delante de él. Se incorporó, se sentó en la cama y observó cómo arrastraba la única silla que había en la habitación hasta colocarla delante de él con el respaldo por delante. El tipo no tenía pinta de madero, menos aún cuando se fijó un poco más en él. Vio sus manos tatuadas, su Rolex, su traje caro.

—¿Quién es usted?

El hombre se sentó y apoyó las manos en el respaldo con tranquilidad.

—Alguien que necesita tener una conversación contigo antes de tomar decisiones.

—¿Sobre qué?

—Sobre ella.

Mateo se irguió y él continuó:

—Le has dicho a la policía que la drogaste como un juego y que ella estaba de acuerdo. Has dicho que solo usaste la ketamina para… amenizar la fiesta, pero cuando alguien ameniza una fiesta suele tomarla él también y tú no lo hiciste.

—No, pero… Bueno, yo realmente no lo necesitaba y ella, bueno…, ella…

—Valeria.

—Eso, Valeria siempre fue un poco cohibida, aunque se… se animaba rápido, si…

Tatuajes en la manos, tatuajes en los brazos. Un sello en el dedo… Mateo examinó veloz lo que tenía delante aún notando aquellos fríos ojos encima del cogote.

—Oiga, solo quería que se divirtiera, que lo pasara bien, ya sabe. Valeria es una persona que no tiene muchos amigos porque saben que su padre anda metido en cosas raras. La gente del pueblo es así y no le gusta que…

—No le gusta ¿qué?

—Ya sabe. En el muelle… Bueno, todos hablan siempre de lo mismo. Su padre tuvo líos con la policía hace años y ya sabe cómo piensa la gente de aquí.

—No lo sé, soy italiano.

La sangre se le acumuló en la cara y le latían las sienes.

—La invité a cenar varias veces porque me caía bien y, bueno…

—Estaba buena, ¿verdad? —dijo sonriendo.

—Eso es, pero no era solo que estuviera buena. Buscaba lo mismo que yo y en confianza era divertida y eso. No hice nada más.

—Pero la dejaste irse sola después de drogarla, como mínimo.

—¡Ella estaba bien y me dijo que se iba!

El hombre bajó la cabeza y observó en silencio el suelo de la celda.

—Una mujer bajo los efectos de las drogas no tiene mucho sentido común, pero tú la dejaste irse sola… Voy a preguntártelo una sola vez: ¿la seguiste?

Mateo negó nervioso cuando el tipo se levantó y empezó a doblarse con elegancia las mangas de la camisa. Tenía un arma bajo la chaqueta del traje.

—Yo solo… ¿Quién es usted? ¡No es policía!

Sonó la puerta, alguien abrió, un individuo enorme con los ojos tan negros como la noche, y Mateo vio que se apartaba para dejar pasar a otro tipo con pinta de delincuente y una cicatriz que le cubría la mejilla.

—¿De qué va todo esto…? —Su voz se fue desvaneciendo como si no tuviera fuerzas y comprendió.

Y entonces se aferra a lo único que tiene, la compañía barata de un amigo, o lo que ella cree un amigo, con el que ríe, aunque su risa solo sea un modo de protegerse del mundo y de todo lo que la rodea… Al menos allí, escondida entre sus brazos, puede imaginarse que no es su amigo, sino el hombre y puede creer —aunque sabe que no es así—

que la ama y que es lo más parecido a lo que el hombre puede darle si es capaz de confesarle, cuando vuelva a verlo, todo lo que siente por él. Aunque su padre le diga que no es suficiente, aunque sea la hija de un estibador, aunque sean solo fantasías. Únicamente él puede romper esos sueños y entonces se aferra… y acepta, y consiente, y permite… Para olvidarse del infierno en el que vive, sin ser consciente aún de que el infierno solo acaba de empezar…

***

—¿Qué haces?

Martina pasaba imágenes en su teléfono móvil conectado a un cable que le habían dejado en aquel local abarrotado de gente a las seis de la tarde.

—Veo las fotografías de un invernadero al que fui. No sé, el tema de los pétalos de rosa que dijo Rodrigo me sigue dando vueltas en la cabeza, pero no tengo muy claro lo que busco.

Kai pidió dos cervezas y miró la hora.

—Tu chico y ese afán de convertirlo todo en una novela de suspense me sacan de mis casillas.

Rodrigo los había llamado y les había dicho que tenía algo muy importante que decirles y en ese momento estaban allí, rodeados de adolescentes, sentados en una zona algo apartada sin mucho más que hacer que esperarle.

—Hasta que no analicen el coche de Mateo no tenemos nada más —dijo Martina—. Si la siguió y la mató, algo encontraran, y si no hay nada, entonces estaremos en el punto de partida y tendremos que…

—¡Jefa!

Rodrigo chocó con una camarera, se disculpó y fue directo hasta ellos. Detrás de él iba Maya Prida y Kai puso una mueca y preguntó:

—¿Qué demonios haces tú aquí?

—¿Os conocéis? —preguntó Martina.

—Sí, es la amiga de una de las chicas que…

—De Carla —aclaró Rodrigo—. Perdón, la culpa es mía.

—Yo también me alegro de verlo, detective. Voy a por algo de beber.

La inspectora le lanzó una mirada inquisitoria y Kai le hizo un gesto con la mano cuando la chica se fue hacia la barra.

—Dos de los pisos de las chicas que murieron en un accidente tenían en los armarios una trasera falsa —dijo sacando el teléfono—. He hecho fotografías, mirad… Esta es la de Carla, y estas las de Elda.

—Joder… —Martina cogió el móvil—. ¿Has ido al de Valeria y Miriam también?

—Sí, pero allí no he encontrado nada. Bueno, sí. Me topé con Bernabé Rinna, pero…

—¿Rinna estaba allí? —lo interrumpió Martina.

—Sí, bueno, solo fue un momento. Como si hubiese pasado a ver el piso por primera vez. Estaba observando las fotografías que Valeria tenía en la habitación y luego se marchó. Fue una cosa de cinco minutos.

—¿Por qué diablos Maya Prida viene contigo? —Kai volvió a la carga.

—Eso. A ver, fue un…

—Rodrigo, si esa chica sabe más de la cuenta, significa que se ha violado la confidencialidad de un proceso. Lo mínimo que te puede pasar es una falta disciplinaria o administrativa que manchará tu historial y no pensemos en una sanción o un posible delito.

Él le sonrió como un cachorrito.

—Para nada, jefa. He sido muy cuidadoso y…

El teléfono del analista le sonó en el bolsillo y cuando lo sacó, perdió la sonrisa al momento.

—Teniente coronel —susurró.

—Espero por tu bien que esa visita al piso de Valeria Lucas acompañado no se convierta en una cagada para la investigación.

La voz de Marco se escuchaba bastante alto, y Kai y Martina se miraron de reojo.

—No, señor. Le aseguro que no será nada de eso y…

Le colgó a la misma velocidad, sin una sola palabra más y Rodrigo se quedó mirando el teléfono un instante.

—¿Cómo sabía…?

¿Se lo había dicho Rinna? Rodrigo frunció el ceño. Martina se frotó la frente, carraspeó y bebió un poco de su cerveza. Luego dijo:

—Mierda, ¿no existe un solo nexo entre ellas? ¿Algo que las una? Aunque sea solo una puta cosa…

Kai la miró, pero ella ya tenía la vista clavada en él.

—¿Qué? ¿Qué están pensando? —Rodrigo no entendía nada.

—Vivían de alquiler —dijeron los dos a la vez.

Maya volvió con un refresco y un cuenco lleno de cacahuetes. El analista se dejó caer en el sofá.

—No se me había ocurrido —susurró.

—La inmobiliaria. Tenemos que ver si era la misma —dijo Martina.

Se pusieron de pie al mismo tiempo y Rodrigo alzó las manos.

—¿Adónde van?

—Quédate con ella —le ordenó Kai—. Tú la traes, tú te ocupas.

—¿Se van tan rápido? —Maya los miraba algo descolocada.

—Tenemos trabajo —dijo el inspector—, pero Rodrigo te paga las copas y la cena.

—¿Qué? ¿Yo?

—¡Genial!

***

Marcelo Rinna se recostó en la silla y ojeó de soslayo al anciano contable, que movía papeles como si no hubiera un mañana. La tarde se había ido enfriando aún más y los hombres del puerto trabajaban más rápido por la caída del sol y la gran cantidad de mercancías que entraban desde primera hora de la mañana. Lo más llamativo de todo era la gente, se notaba el nerviosismo a leguas. Eso a él le divertía porque significaba que no iba a salir todo bien.

—Cada cargamento tiene un responsable asignado —dijo el viejo—. Y saben muy bien que si falta algo del suyo, van a responder con su vida. Se lo hemos repetido cincuenta veces, que es la cantidad de más que cobran por la custodia.

—¿Se hace el conteo en origen antes de subir la mercancía a los barcos?

—Claro que sí, al menos eso es lo que nos aseguran, pero ya sabe que los colombianos no son de fiar, y no hablemos ya de los palés que traen las armas desde los Balcanes. Sudo en frío cada vez que se marca la mercancía.

—¿Y las cámaras y GPS que se ponen en los contenedores con más valor?

—Esos no los han tocado. No creo que sean tan gilipollas. Pero los confidentes que tenemos en el muelle ya han dado la información. Se dieron cuenta desde que cortaron el precinto de un cargamento y se llevaron un kilo de cocaína. Supongo que quien lo hizo debió de pensar que nadie notaría la ausencia, dada la cantidad de paquetes que venían en varios contenedores.

Marcelo se arregló el flequillo.

—Dime cómo comenzó.

—Con la apertura de un contenedor hace unos meses. Lo primero que se hizo fue pesar el contenido; el cargamento siempre viene marcado y cada una de las cajas y bloques numerados. En ese momento se llamó al capataz del muelle y se le informó de la falta. Nunca vi a un tipo sudar tanto como a ese hombre. Sabía de sobra que, si no aparecía el paquete, el responsable era él. Pero gracias a ese robo de aficionado de Arty descubrimos que desde Sudamérica se habían conchabado con alguno de nuestros empleados portuarios más jóvenes.

—Y no marcaban cierta mercancía en origen. Esto no pasa en mi grupo… Ah, no… Jamás hemos tenido una situación así…

—Rinna, no están en Italia, así que no es un problema de organización.

Él giró la silla.

—Te seguro que será la primera y última vez que pase esto. ¿Tenemos nombres?

El anciano se quitó las diminutas gafas, que llevaba apoyadas en la punta de la nariz, y sonrió.

—Por supuesto que los tenemos.

—Entonces empieza la fiesta —dijo poniéndose en pie.

***

Cruzó la calle corriendo y se metió en el coche. Kai cogió los papeles que le ofrecía y ojeó el logotipo comparándolo con el contrato que habían encontrado en casa de Carla.

—Son la misma empresa —dijo y le enseñó el símbolo—. Servicios Inmobiliarios Castro. Solo tengo los contratos de Carla y Valeria, pero miraremos los otros. Estos coinciden.

Martina abrió el navegador y metió la dirección.

—Está a siete minutos de aquí. Si llegamos pronto, puede que sigan abiertos.

—Hoy es viernes, maldita sea, y ya son las siete de la tarde.

Conducir por aquellas carreteras invadidas por casas en pendiente era una temeridad si uno iba a más de cuarenta por hora, y encima la inmobiliaria estaba encajada al final de una calle que parecía haber sido diseñada por un niño de cinco años. Cuando llegaron estaba abierta, y Martina frenó a Kai cuando estuvo a punto de bajarse del coche.

—No. Si vienes conmigo, vamos a parecer lo que somos. Deja que vaya yo.

—Vale, pero si percibes algo raro, sal y pega un grito.

Ella entrecerró los ojos.

—Un método bastante rudimentario.

—Es lo que hay.

En la inmobiliaria había tres mesas, una puerta que daba a un despacho y, al fondo, una sala de reuniones con una pantalla de

proyección enorme. Una mujer de unos cuarenta años recogía su mesa y, al verla entrar, sonrió y le preguntó en qué podía ayudarla.

—Hola, será rápido. Ya he visto que cierran en quince minutos.

—No se preocupe —dijo sentándose de nuevo.

—Tengo una amiga que alquiló una casa con ustedes y se quedó muy contenta. Ahora voy a mudarme un tiempo a Puerto Castro y estaba tanteando un poco los pisos disponibles y los precios. ¿Me podría ayudar?

—¿De cuantas habitaciones estaba buscando la vivienda?

—De dos sería lo idóneo.

—Tenemos tres pisos, en un margen de seiscientos y setecientos euros al mes —dijo tecleando veloz—. Podemos enseñárselos, pero tiene que esperar al lunes, mi compañero no está y es el que lleva los alquileres.

—Su compañero… —susurró.

La mujer la miró.

—Ah, mi amiga me habló de un hombre encantador, así que supongo que es el mismo que la atendió.

—Es él fijo. Cuando se trata de alquileres siempre los gestiona Arturo. ¿Quiere que le tome los datos para que la llame a primera hora el lunes? Le enseñará las viviendas y si le gusta alguna, solo tendrá que ingresar una fianza y, a la firma del contrato, pagar el mes en curso. Solemos pasar unos filtros por el seguro de impago, ya me entiende, pero es algo rápido que solucionamos en un par de horas como mucho.

—Eso estaría bien. Dentro de unos días tengo que irme a Madrid y me gustaría dejarlo todo zanjado para solo preocuparme de la mudanza.

—No habrá ningún problema, ya lo verá.

—¿Tiene una tarjeta de Arturo que pueda llevarme?

Ella sonrió.

—Claro. Espere un momento. —Se levantó, fue hacia la mesa más cercana a la ventana y cogió una tarjeta—. Tenga.

La cartulina tenía una pequeña fotografía de tamaño carnet de identidad con la imagen de un hombre moreno de ojos expresivos que sonreía a cámara despreocupadamente.

—Lo de la fotografía es nuevo —dijo ella divertida—. El jefe pensó que sería de ayuda cuando vas a ver una vivienda y no conoces al agente. ¡Un modo de encontrarlo rápido!

—Sí que ayuda, sí.

Se la guardó en el bolso, le dictó sus datos y luego se levantó y le dio la mano.

—Muchas gracias por la atención y, por favor, que me llame a primera hora. No tengo mucho tiempo.

—No se preocupe. Arturo es un hombre muy resolutivo y atento. Ya verá qué a gusto se siente con él.

—Seguro que sí.

Salió de la agencia comiéndose un caramelo y cuando se metió en el coche le entregó la tarjeta a Kai. Este miró la foto unos segundos y luego murmuró:

—No me digas que no estaba.

—Tenemos que esperar al lunes. Se había ido ya. Estaban cerrando. Según la chica que me ha atendido es quien lleva los alquileres. Tengo la sensación de que este tipo es el mismo que salía en el vídeo de la gasolinera.

—Puede que tengas razón. Le daré más tarde los datos a Rodrigo para que vaya buscando algo de información de este hombre.

—Bien, ¿tú qué vas a hacer?

—¿Quieres ir a cenar algo por ahí?

Martina negó con la cabeza.

—No. Voy a descansar un rato y luego tomaré algo con Amalia. Me dijo que cuando saliera del depósito me llamaría.

—Bien, entonces yo me daré una vuelta por el pueblo y, si tengo suerte, no sabré nada de Marcelo Rinna y podré disfrutar un poco.

—Eso es mucho pedir, dado el tamaño de este pueblo.

***

Marco Mencía entró en la comisaría como una exhalación, cruzó las dos salas de acceso, bajó una planta y casi se chocó con uno de los agentes custodios que estaban al mando de aquella zona restringida.

—Dime qué coño ha pasado.

El hombre tragó saliva antes de hablar. Su actitud atribulada no tenía mucho que ver con su apariencia de matón, pero no todos los días se tenía a un teniente coronel delante y menos para darle una mala noticia.

—Apagaron las cámaras, mi teniente coronel. Le han destrozado la cara.

—¿Y me puede usted decir cómo es posible que alguien entre aquí sin las credenciales y con una puta videovigilancia permanente? —rugió. Su voz crecía a medida que hablaba—. ¡Solo los que están en esta investigación conocen lo que ocurre aquí dentro! ¡Ni siquiera las credenciales son las mismas!

—Mi teniente co…

—Biometría y doble llave —susurró mirando la puerta—. ¿Cómo es posible que pase esta chapuza? —Se volvió hacia el agente—. ¿Quién ha sido? Y no me diga que ahora nos va a salir un delincuente común que se culpe a sí mismo.

—Pues es justamente lo que…

—¡Me *cagüen* la puta!

Mencía tomó aire y trató de calmarse. El incompetente que tenía delante estaba a punto de sufrir un colapso de lo nervioso que estaba. Y lo peor era que el hombre no tenía la culpa de nada porque ni siquiera era su turno cuando sucedió. Habían aprovechado el cambio de turno, cuando la zona se quedaba vacía una media hora.

—Ha… ha venido el médico y le han puesto un calmante.

—Me da igual, voy a hablar con él.

—Mi teniente coronel. —El chico se colocó delante de él y Marco Mencía lo observó con ojos de pájaro.

—Agente, déjeme pasar.

—Es que no puede hablar con él ahora.

—¿Por qué?

Había pasado por situaciones mucho más complicadas que aquella, si bien tenía veinte años menos y mucha más paciencia. Por desgracia, los medios de los que disponían en aquel pueblo no tenían nada que ver con otros lugares más poblados, y usarlos tampoco era buena idea porque eso llamaría la atención. En ese momento tenía a un chaval que aún no había sido acusado de asesinato con la cara hecha puré y sabe Dios qué más.

—Le han… —El agente bajó tanto la voz que no lo entendió.

—¡No lo escucho!

—Le han cortado la lengua.

Marco levantó la cabeza como una liebre en mitad de una cacería.

—¿Perdona?

***

Martina siempre se preguntó por qué una mente tan brillante como la de Amalia Delgado había acabado en el norte del país, ejerciendo la medicina forense de pueblo en pueblo en vez de escoger una gran ciudad. Un tema recurrente las pocas veces que la veía en alguna reunión profesional y que ella nunca respondía con claridad. Tenía cincuenta años, se conservaba mejor que ella y su padre siempre contaba con sus habilidades cuando algo precisaba cierta discreción y confianza. No la conocía prácticamente, pero las pocas veces que había trabajado con ella había sido una grata experiencia, aunque llevaba tiempo sin saber de ella.

—Todo el mundo me pregunta lo mismo —dijo ella jugueteando con su copa de vino—. Acabé de la gran ciudad hasta las narices y aquí me siento bien. Tengo mi casa en un municipio grande y cuando necesito desconectar me muevo por lugares como este.

—¿No es la primera vez que vienes por Puerto Castro?

—Oh, qué va. Vengo de vez en cuando. Me gusta mucho la playa. En verano esto es una maravilla, pero también suelo quedarme a veinte kilómetros de aquí, en el pueblo de al lado: Lambra. Cuando

tu padre me pidió ayuda no dudé en apuntarme a la batalla. ¿Hay alguna novedad con el caso?

Martina le contó lo de Mateo.

—Y poco más. Ahora estamos detrás de un hombre que puede que haya estado acosando a las chicas que fallecieron, pero todo es bastante difuso en este momento. ¿Hay algo nuevo en el análisis forense?

—Nada que os pueda servir, créeme… Herida en la cabeza lineal, puede que la golpearan con algo parecido a un tubo, no tenía moratones u otros rasguños, así que no se defendió, quizá la pillaron por sorpresa, desde atrás. La causa de la muerte sin duda fue por traumatismo craneoencefálico por objeto contundente, hemorragia cerebral masiva secundaria para ser más exacta. Si tengo que ser un poco más puntillosa, te diré algo que no te va a gustar mucho.

Martina dejó su copa en la mesa y la miró.

—No murió al instante, podría haber tenido lo que se llama un intervalo lúcido: te despiertas, parece que estás bien, pero caes en coma y mueres. Lo sé porque tenía un edema cerebral y eso tarda algo en desarrollarse.

—Dios mío… No me imagino…

—No creo que se diera mucha cuenta, pero… después fue inmediato.

Su móvil comenzó a sonar. Era su padre.

—Dame un momento, Amalia —dijo—. ¿Sí?

A medida que escuchaba lo que le contaba su padre, tensaba más la mandíbula. Se bebió otra copa de golpe y luego colgó con una escueta despedida. La forense le sirvió más vino y dijo:

—Acabas de representar en unos segundos lo que es liberar adrenalina y noradrenalina disparando la tensión muscular. Supongo que no son buenas noticias…

Martina bebió más vino.

—Creo que voy a matar a alguien.

—Cuando aumenta la tensión muscular por una noticia desagradable, el cuerpo se prepara para luchar o huir, ¿lo sabías?

—No. Ponme un poco más de vino.

—Y se libera cortisol, la hormona del estrés. Vas a acabar borracha, querida.

La inspectora la miró con cierta desesperación y Amalia sacudió la mano como quitándole importancia.

—Ya lo sé, ya lo sé, te tienes que ir…

—Lo siento. Continuaremos otro día.

—¡Ten cuidado!

Pero ella ya estaba saliendo por la puerta del bar.

Quince minutos después estaba delante del hotel de los Rinna tamborileando el volante con los dedos para ver si se calmaba; si subía en ese instante lo iba a apuñalar. Tenía que haber sido él, no había otra opción posible para lo de Mateo.

Cruzó el vestíbulo como alma que lleva el diablo, seguida del individuo con pinta de mayordomo victoriano, que correteaba detrás de ella para meter la puta llave en el ascensor. Mientras se cerraban las puertas lo vio regresar veloz al mostrador para llamar por teléfono; con toda seguridad avisaba a los gorilas de Rinna.

Nada más abrirse las puertas se topó con uno de ellos: un hombre que no había visto en su vida con el pelo engominado, un tatuaje de una araña en el cuello y sonrisa aterradora. Casi lo empujó al pasar a su lado.

—¡Eh!

Martina se volvió.

—No me toques los…

Señalaba al otro lado del pasillo.

—Está por allí.

—Mierda —dijo, y luego muy digna pasó por delante de él y fue directa hacia la puerta que estaba entornada.

Bernabé estaba sentado frente a un escritorio anotando algo en un papel. Un hombre de su seguridad jugaba al billar en el otro lado del salón, pero, al verla, dejó el palo y salió de la sala. El italiano alzó despacio la vista, la miró fijamente y dejó el bolígrafo a un lado.

—Te crees que puedes hacer lo que te da la gana siempre, Rinna, ¿verdad? Da igual dónde vayas, eres como una jodida apisonadora que coge lo que desea cuando quiere porque todo lo corrompes. Estás tan seguro de ello que no necesitas amenazar, no necesitas fingir, solo existes y eso es suficiente porque…

Rinna se reclinó en la silla y ella zarandeó la mano.

—… acometes con todo cuando algo no sale. ¿Cómo has podido hacerle eso a ese hombre?

—Te dije que contigo o sin ti lo haría. Sigues creyendo que estás jugando a indios y vaqueros, Martina…

—¡Ese chico puede no ser el asesino!

—Lo sé, por eso aún sigue vivo —comentó con suavidad.

—¡Me dijiste que tenía hasta las doce para darte una respuesta, pero tenías demasiada prisa!

Bernabé se levantó, rodeó la mesa y caminó hacia ella.

—Cuestión de turnos…

Llevaba un pantalón de traje gris perla y una camisa blanca. Se percibían más tatuajes bajo la tela. Martina sacó la pistola y le apuntó con ella, pero él siguió acercándose.

—A estas alturas de mi vida creo que no es necesario decirte que me da igual que me apuntes con un arma… —susurró, y se pegó tanto a ella que tuvo que dar un paso atrás, pero seguía sujetando con firmeza la pistola contra su pecho—. Nunca he tenido miedo porque me educaron para ello, pero, analizándolo todo y después de lo que he vivido, creo que la felicidad que una vez creí rozar con los dedos nunca la recuperaré, así que… mi único aliciente ahora mismo es compensar… la vida de alguien que sí quería vivir…

—No puedes coger lo que quieras siempre, Rinna.

—Sí que puedo —susurró, le agarró la cara con ambas manos y la besó—. Puedo cogerlo y tú puedes matarme. Es cuestión de decisiones.

Se mordió el labio, pasó la lengua por ellos y luego volvió a besarla salvajemente. Martina dio un traspiés intentando apartarse de él, pero la tenía sujeta por la cara y no era capaz de moverse.

Entonces notó cómo le arrancaba la pistola de las manos, la lanzaba al suelo y la empujaba contra el billar. Acabó clavándose en el culo el canto de madera mientras le metía la lengua hasta la campanilla. El calor, el jodido vino, la tensión acumulada y el más absoluto abandono; era como si diera por hecho que no se podía defender de él. La mano de Bernabé le descendió por la mejilla, le rozó el pecho y se coló bajo la camisa. Ella le dio un manotazo con fuerza, y él la agarró por la barbilla y la estampó contra la mesa con un solo movimiento. La giró como si fuera una peonza y le clavó la cadera contra su trasero. Notó su sexo a través de la tela del pantalón.

—¡Rinna!

El peso de su cuerpo sobre la espalda la hundía contra el tapete verde. Su mano se le apoyó en la frente y tiró de ella hacia atrás mientras le desabrochaba los botones del pantalón a una velocidad que no era normal para luego bajárselos.

—Maldita sea, Rinna… Espera, espera… Espera un momento.

Entonces le rozó la oreja con los labios, al tiempo que le pasaba los dedos por el sexo y susurró:

—Esto expresa lo que tu boca no se atreve a confesarme…

Sacó la mano, se la puso delante de la cara y ella vio el brillo de sus propios fluidos en los dedos de Bernabé, quien se los pasó por los labios, la atrajo hacia él un poco más y la volvió a besar mientras se clavaba en ella muy despacio. Martina apoyó las manos en la mesa de billar y levantó el trasero.

—Mierda… —jadeó.

—Ahora sí que podría decirse que estás jodida —le dijo al oído muy bajito.

—Vete… a la mierda…, Rinna…

***

¿En qué momento su noche en soledad cenando una maravillosa hamburguesa, y luego tomando una cerveza tranquilamente, había terminado así?

Todo iba bien hasta que se lo encontró en la calle…

—Ese señor me ha tocado con sus sucias manos.

Marcelo se estaba limpiando la camisa con un pañuelo de hilo mientras miraba con asco el batiburrillo de gente que se había reunido en la cervecería para disfrutar de una noche de viernes. Dobló la tela, se la guardó en el bolsillo del pantalón y se acomodó a su lado.

—Solo te ha rozado al pasar, Rinna… Es algo que pasa en la vida de los mortales cuando salen a la calle, ya sabes.

—La gente no me toca. Y menos esos harapientos. Están llenos de bacterias.

—Cuando te montas tus orgías no creo que mires mucho lo de la bacterias.

Marcelo soltó una risita y se inclinó un poco sobre él.

—Para meterse en mi cama hay que tener cierto nivel. ¿Te gustaría que te contara más tranquilamente el asunto tomándonos una copa en el hotel?

—No me puedo creer lo que me estás diciendo.

Rinna suspiró.

—Lo sé… A veces es difícil entender cómo alguien tan perfecto como yo se fija en alguien como tú, pero es como esa violencia erótica que segregáis los machotes de tu estilo.

Kai lo miró.

—No me refería a eso, Rinna. Ah, da igual. Te pasas el día riéndote de todo, así que haré como que me creo las barbaridades que me dices. No voy a follar contigo. Soy heterosexual.

—No sabes la cantidad de tíos que me han dicho lo mismo después de comerme la…

—¡Oh, no! No, no, no. Me niego a escuchar cómo acaba esa frase.

Rinna levantó el brazo.

—¡Ahí viene mi copa!

***

Rodrigo era consciente de que se le había descontrolado la noche. Maya bebía como un marinero en alta mar mientras él intentaba aparentar hombría manteniéndole el ritmo hasta que al final no pudo más. Y no solo bebía, comía como dos marineros, y eso que estaba delgada como una caña, y era diminuta y de aspecto infantil. ¿Cuántos años le había dicho que tenía? ¿Veintisiete? ¿Veintiocho? Parecía una lolita de quince años, y él tenía la sensación espantosa de que estaba siendo arrastrado a la noche por una adolescente en apariencia. «Vamos a este bar, vamos al otro, ahora vamos al de más allá». Y él, obediente como un cachorro sin amo, se dejaba arrollar por aquel ímpetu, que acabó despedazándolo antes de que dieran las diez.

Pero se obró el milagro: cuando iban caminando por una de las calles vio a su jefe ir hacia él. Casi saltó de la emoción al verlo, pero la borrachera le impidió dar más de dos pasos y eso siendo generoso con la realidad.

—Ay, inspector… Cómo me alegro de verlo. —Le apoyó la mano en el hombro. Entonces se fijó en la figura esbelta que llevaba a su lado y sonrió—. Bonita rubia.

Oyó la risa de Maya, pero no entendió dónde estaba la gracia.

—Veo que has aprovechado la noche.

—Qué va… —le dijo sin dejar de mirar a la rubia—. Solo he intentado estar a la altura, pero esta mujer es como un huracán. Oye, eres guapa de narices, ¿eh?

—Mira qué amable el chavalín. —Marcelo sonrió.

Maya se doblaba por la mitad detrás de ellos.

—¿Estás soltera?

—¡Rodrigo, que es un hombre! —chilló la joven, ahogada.

—Ya, ya… Pues qué guapo eres, ¿no?

—Me lo dicen tanto…

Kai lo agarró del brazo cuando ya se iba hacia Marcelo Rinna.

—¿Adónde crees que vas?

—Pues no lo sé.

—Tira para el coche. —Aunque Rodrigo no sabía ni dónde estaba—. Vamos…

El coche del italiano pasó despacio por detrás de ellos y se paró junto a él.

—Trata de descansar, inspector. Lo de ese gilipollas os dará más de un quebradero de cabeza, pero nada que no puedas manejar, ¿no?

Kai se volvió con Rodrigo colgando.

—¿De qué estás hablando?

—¿Qué? —Marcelo sonrió.

—¿Qué acabas de decir?

Abrió la puerta del coche.

—No, nada.

—Rinna. ¡Oye! —Se le caía el analista—. ¡Espera, un momento! ¿Qué significa lo que acabas de decir?

—¡Hasta mañana!

16
PRÍNCIPES DE LA MAFIA

Sábado, 8 de febrero

Marcelo Rinna se quitó el abrigo mientras el coche bajaba la pendiente que daba al muelle. Y pensar que había estado a punto de renunciar a aquello si el inspector le hubiese seguido el juego…

El coche no entró en el muelle, sino que rodeó la zona portuaria hasta una de las dársenas que ya no se usaban a pleno rendimiento. Decenas de contenedores se recortaban en la noche, generando sombras a su alrededor. Rinna sacó el móvil y, mientras se quitaba los zapatos, lo apoyó en el hombro para hablar.

—¿Dónde estás, Berni?

—Llegando. Y no me llames así, sabes que no me gusta.

—Deja de quejarte tanto y vente más rápido. La lancha entrará en menos de diez minutos.

Bajó del coche, descendió la pequeña loma y accedió al recinto. La oscuridad era tal que casi se comió una de las grúas abandonadas y herrumbrosas que habían atravesado allí en medio. Sacó la pistola, puso el silenciador y giró por la derecha de uno de los gigantescos contenedores. Oyó el suave rugido de un motor a lo lejos y contempló la oscuridad al tiempo que percibía movimiento a su alrededor a ambos lados de donde él estaba. Oyó un silbido; detectó la lancha acercándose lentamente con dos personas. Hizo un movimiento con el brazo a los dos hombres que tenía a su derecha y estos se ocultaron entre los contenedores.

—Aquí vienen los niños… —susurró antes de disparar a una silueta que se acercaba a la lancha y que cayó a plomo en mitad de la nada.

Se lanzó hacia delante, lo agarró de una pierna y tiró de él. El hombre al que había disparado aún estaba vivo y gimoteó un microsegundo hasta que lo acuchilló en el cuello. La sangre le borboteó entre los dedos, salió disparada como un chorrito negro hacia ninguna parte. Ante ese tipo de situaciones no había segundas oportunidades, era algo que su padre siempre les decía cuando eran niños. Hizo un giro de muñeca. El hombre boqueaba sin decir nada concreto, luego Kendo lo agarró por un brazo y desapareció con él engullido por la sombras y el crujido constante de los cabos.

—Vamos a por el siguiente… —murmuró cantarín.

***

¿Dónde coño se había metido Martina que no estaba en casa?

Kai estaba convencido de que lo había dicho en bajo, pero, cuando Rodrigo mencionó entre balbuceos que se había ido a cenar con la forense, lanzó un resoplido al aire y lo cargó como un fardo de patatas hasta el baño. Iba a desnudarlo, pero se lo pensó mejor; lo metió en la bañera vestido y abrió el agua fría. Trabajar de policía te hacía saber mover cuerpos medio muertos en circunstancia de lo más variopintas, en una ocasión había tenido que cargar con una mujer montada en su espalda porque se le había partido el tacón al meterlo en una tapa de alcantarilla. Rodrigo rezongó, el agua le cubría poco a poco. Abrió los ojos, lanzó un sonoro sollozo al aire y se hundió. Kai cogió la ducha y le apuntó con ella a la cabeza, la cara y el pecho.

—Vamos, chaval. Es hora de despertar.

—Ay, inspector, qué mal me siento.

Le dio la alcachofa.

—Quítate esa ropa y métete en la cama. Te vendrá bien dormir.

Se fue al salón, no tenía ganas de dormir, así que se sentó frente a los ordenadores de Rodrigo y se puso a buscar los datos del tal Arturo Salerno en Google. No tardó en toparse con varios resultados relacionados con la inmobiliaria, también había un perfil de

Facebook, donde posaba en varias fotografías sonriendo a cámara mientras entregaba las llaves de pisos que alquilaba o incluso vendía. Durante un buen rato se dedicó a navegar por el perfil de la inmobiliaria buscando algo interesante hasta que dio con las dos imágenes de Elda y Carla posando junto a él con las llaves de sus viviendas.

—Aquí estáis…

Pero ninguna de Valeria y Miriam Coto. Debía tirar de ese hilo. Era lo único que tenían.

Solo había dos posibilidades: que el propietario de las casas fuera el acosador o que lo fuera ese hombre.

No podía esperar al lunes para saberlo.

***

—Por todos los diablos, cómo pesa este tío. —Kendo arrastraba a un hombre que debía de pesar cien kilos hacia el almacén—. Esa barriga no puede ser sana.

—Una vaca pesaría menos —comentó Marcelo apretando los dientes mientras empujaba otro cuerpo fofo hasta donde estaban los demás.

Bernabé se encontraba en lo alto de la garita que daba al segundo nivel, apoyado en la barandilla de metal hablando por teléfono. Los pálidos y macilentos rostros de los siete hombres formaban una especie de bodegón de lo más absurdo allí tirados.

—¡Hala! ¡Ahora a quemarlos a todos! —exclamó Marcelo.

Luego subió las escaleras metálicas de dos en dos y llegó hasta su hermano. Este colgó y lo observó durante unos segundos, como si buscara en él algún agujero que lo pudiese matar.

—Vamos a replantearnos esa manía tuya de meterte en todos los berenjenales con los hombres. No es necesario.

—Ah, venga ya —rezongó—. Me aburriría si no tuviera un poco de acción.

—Un día te van a pegar un tiro.

—Eso ya lo han hecho.

—Otro más.

Marcelo se aproximó un poco más a él.

—Hueles a perfume de mujer.

—Ya. Y tú hueles a lodazal y sangre.

—Jefe. —El anciano contable avanzaba renqueante hacia la escalera, pero, tras un análisis exhaustivo de sus mínimas posibilidades de llegar arriba sin romperse la cabeza, levantó la cabeza y los miró—. Ya están preparando el regalito.

—Esto se pone interesante —murmuró Marcelo.

***

Macuso estaba en uno de los diques laterales contemplando el movimiento de los hombres. Desde allí se controlaba la producción de pasta base y se cristalizaba la cocaína. Un flujo constante de cargamentos adaptados a las necesidades europeas iba y venía a horas intempestivas, bajo la atenta mirada de varios paramilitares que vigilaban cada movimiento de los trabajadores. El paramilitarismo se había convertido en los últimos años en proveedor confiable, así que aquello le había permitido proteger los cultivos, los laboratorios y las rutas de acceso. El traslado se hacía sin ningún problema. Usaban como puertos principales los de Buenaventura y Barranquilla, y camuflaban la droga en contenedores de banano, café, e incluso pescado congelado. A veces las lanchas rápidas para escalas cortas eran las más adecuadas, aunque no siempre salía todo como lo habían preparado.

—Macuso, tienes una carta. La ha traído un enlace. Seguramente serán nuevas instrucciones.

Este se volvió azotando su bonita cabellera al aire y cogió la carta. Su hombre de confianza observaba el balanceo de las lanchas sujetas por sogas a los amarraderos. Un tipo con pinta de famélico saltó desde proa con el cabo de amarre y lo ató a uno de los bolardos.

—¿Sabemos algo de los españoles?

—Nada de momento. No es una buena señal. Igual no fue buena idea hacer caso a los de Medellín.

—La 'Ndrangheta no vigila los puertos españoles como los italianos —comentó, sacó la hojita del sobre y frunció el ceño—. ¿Qué es esta gilipollez?

En el papel solo había una frase escrita con un rotulador rojo en letras mayúsculas: «TIC-TAC, TIC-TAC… ¡BOOM!».

Macuso miró a su hombre y su hombre lo miró a él. Justo en ese instante varios almacenes saltaron por los aires.

***

Martina se incorporó bruscamente en la cama y miró a ambos lados. Se llevó las manos a la cabeza y jadeó.

—No, no, no… —Saltó de la cama, se enredó con la sábana y acabó sentada en el suelo—. Mierda, no. Mierda.

Eran las diez de la mañana y estaba en el hotel de ese capullo. ¿Cómo había sido capaz de dormirse? Entrecerró los ojos. ¿Y cómo había sido capaz de liarla de aquella manera? Gateó por la habitación mientras iba recogiendo toda su ropa y se metió en el baño como una exhalación. Se vistió a toda velocidad y se puso los zapatos dando saltitos hasta llegar a la puerta. Abrió y se chocó bruscamente con algo duro que estaba en mitad de su camino: uno de los hombres de los Rinna. El tipo se apartó con una sutil sonrisa burlona y ella le hizo una peineta y se fue directa al ascensor.

Cuando llegó al piso de abajo y se abrieron las puertas, ahí estaban los dos hermanos delante de ella.

—¡Ajá! ¡Lo sabía! —ladró el más joven apuntándola con el dedo.

Bernabé la agarró del brazo cuando estaba saliendo y la volvió a meter dentro.

—¿Qué haces? ¡Tengo que irme!

—¿Crees que si llegas ahora no se van a dar cuenta? Son las diez de la mañana. Lo normal es que desayunes tranquilamente, te des

una ducha y luego sigas tu camino. Es lo que hará que piensen que madrugaste.

Marcelo tarareaba algo mientras el ascensor subía de nuevo.

—Rinna… —rumió entre dientes, roja como la grana—. Tú y yo vamos a tener una conversación intensa.

—Me gusta la intensidad —dijo Bernabé suavemente.

Su hermano se rio.

Se quedó mirando fijamente al mayor mientras el elevador subía hasta la quinta planta. Nada más abrirse las puertas, Marcelo salió y dijo:

—Intentad no hacer mucho ruido. Estoy al lado y soy un alma sensible al amor.

—¡Vete a la mierda! —rugió ella.

Él se echó a reír.

—No le hagas caso, inspectora. Mi hermano siempre es así. Vamos.

Martina frenó en seco y él se volvió.

—Tengo que irme.

—No puedes.

Se pegó tanto a ella que acabó clavada contra la pared trasera del ascensor.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Hueles demasiado a mí… —susurró.

***

Permaneció un rato tumbado contemplando el cielo gris a través de la ventana y, tras unos minutos compadeciéndose de sí mismo, Rodrigo se levantó. Cruzó el pasillo; su jefa ya se había ido y no lo había despertado, pero normal: su habitación olía como un arsenal hidroalcohólico en toda regla, como una taberna, como una destilería. Ni siquiera recordaba cómo había logrado meterse en la cama, mucho menos cómo se bañó o como fue capaz de quitarse toda esa ropa mojada porque estaba claro que se había duchado

con ella, solo había que ver el berenjenal del baño, y se apresuró a limpiarlo.

Cerró los ojos, se apoyó los dedos en la sien y susurró:

—Por favor, que no me haya despelotado el inspector porque no lo superaré en la vida.

Bajó al salón. Kai estaba durmiendo profundamente en el sofá. Uno de sus ordenadores estaba encendido y se sintió el tipo más despreciable de la faz de la Tierra porque seguramente Vila había estado buscando información de la que tendría que haberse encargado él. El único modo de arreglarlo estaba claro: se puso manos a la obra y, como una esposa fiel y entregada, se dedicó a hacer un desayuno completo. Media hora después Kai observaba el plato de huevos con beicon que tenía sobre la mesa de centro como si aquello fuera un cepo de osos. Rodrigo le sirvió un poco de zumo de naranja y le entregó una taza de café.

—Madre mía… Sí que te sienta bien el alcohol —dijo él.

—No me lo recuerde, por favor, y discúlpeme. En mi vida había acabado así, ni siquiera en mis años universitarios. —Se sentó en el otro sofá y se puso a comer, estaba muerto de hambre—. Esa chica, Maya, es capaz de tumbar a una horda bárbara ella sola.

—A veces uno necesita liberar tensiones, Rodrigo. No le des más vueltas. Seguro que lo pasaste bien. ¿Dónde está Martina? Me quedé dormido en el sofá.

—Salió ya. Supongo que algo tendría que hacer.

Kai asintió y se llevó a la boca el primer trozo de beicon.

—Coño, sí que está bueno. Oye, necesito que averigües dónde vive el tipo de la inmobiliaria. Sus datos están en esa tarjeta que hay en la mesa. —Lo señaló con el tenedor—. Yo no vi mucho, pero tú eres el experto. Y busca algo de Miriam sobre el alquiler de su casa. Es importante.

—Lo haré rapidísimo.

—Revisa si tiene parecido con el hombre que vimos en la grabación de la gasolinera también.

Kai encendió la televisión. Estaban dando una noticia internacional sobre una explosión en un muelle que había reventado varios almacenes y barcos. Había muchas personas muertas y el fuego se había extendido a las casas más cercanas. Tema de drogas, comentaba la periodista mirando a cámara.

—Cómo está el patio… —susurró.

Rodrigo se comió uno de los huevos, cogió una tostada y se sentó frente al ordenador. Tras unos minutos tecleando como si no hubiera un mañana, giró la silla de trabajo y dijo:

—Ya lo tengo. Vive en el centro de Puerto Castro.

—Eres bueno, chico.

—Le anoto la dirección. —Lo miró—. ¿Se va?

Kai se estaba poniendo el abrigo con la boca llena mientras daba sorbitos a su café. Sacó su teléfono y el móvil de Rodrigo pitó con un estruendo metálico.

—Te acabo de mandar el teléfono de Maya Prida. Llámala y ve a tomar algo con ella.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Ayer estabas demasiado borracho para ser un caballero —le dijo con sorna—. Además, es sábado, funcionemos a medio gas a menos que surja algo. ¡Tómatelo con calma!

***

—No es tan grave como pensábamos. —Martina subió al coche y se acomodó mientras sujetaba el teléfono con el hombro para ponerse el cinturón—. Kai, no le han cortado la lengua por la mitad, maldita sea. Fue un corte limpio, pero no se la arrancaron. Mi padre ha estado con él y, bueno, la paliza ha sido bastante importante y el corte de la lengua era profundo. Fue un aviso. ¿Que de quién? Bueno, no hace falta ser muy listos para saberlo, reconoció la paliza un hombre con antecedentes que estaba en uno de los calabozos contiguos, dijo que dejaron abierto y que lo hizo él. Ya ves, qué explicación más estúpida, pero si dice que fue él, y encima tiene

sangre de la víctima en las manos y la ropa, no van a dar más vueltas, ya sabemos cómo va todo. —Suspiró—. ¡Ya sé que fueron los Rinna! ¡No soy gilipollas! Y no… Mateo no va a decir nada. Está muerto de miedo, joder.

Arrancó el coche, el manos libres se activó y oyó un «mierda» de Kai al otro lado de la línea.

—Martina, voy a ir hasta la casa de ese tipo a ver qué veo. Rodrigo ha comparado la imagen del hombre de la gasolinera y, si no es él, se parece como un gemelo. La cara estaba algo pixelada, pero se lo reconoce bien.

—Eso une a las tres chicas. Valeria también estaba de alquiler con esa inmobiliaria, pero en su casa no había paredes falsas. Y nos falta Miriam Coto.

—No en todas se pueden hacer. ¿Dónde estás?

—Ah… He estado con mi padre —mintió—. Y ahora me voy a acercar de nuevo al invernadero ese que te comenté. Quiero enseñarle las fotos del de la inmobiliaria para comprobar si le suena de algo. A ver cómo me lo monto para no parecer policía. Cuando estuve allí creo que me pilló toqueteando su ordenador. Espero que no me eche de allí…

Cuando colgó, se quedó contemplando la fachada del edificio. Un grupo de turistas pasó cargando maletas por delante de su coche en dirección al hotel. Hacía un frío invernal, pero ella estaba muerta de calor; todavía tenía clavada en el cerebro la noche que había pasado con Rinna. De hecho, tenía clavada en el cerebro la burrada que le había dicho a él cuando lo tuvo por segunda vez metido entre la piernas.

«Fóllame más duro».

Se golpeó la cabeza con la mano y apoyó la frente en el volante.

—Cómo se me pudo ir así la cabeza… En qué demonios estaba pensando… —se lamentó, pero la cara le ardía.

Bernabé era salvaje, salvaje como jamás en su vida había visto a nadie. El control no solo se quedaba instalado en lo que hacía, la cama era otro espacio de guerra para él. Cada palabra susurrada,

cada gesto sucio y obsceno que le dedicaba… ¿De dónde había salido ese ser infernal?

«Vamos, inspectora. Dame esa parte sucia de ti, puedo verla en tus ojos. Está ahí dentro… y quiero que la saques para mí…».

Sacudió la cabeza de izquierda a derecha como si tratara de quitarse algún tipo de insecto y metió primera. Chilló como en su vida cuando algo metálico golpeó la ventanilla de su coche y, al mirar hacia fuera, vio a Amalia Delgado, paraguas en alto, con un gorrito en la cabeza y un abrigo de lana. Bajó la ventanilla con el corazón en la boca y sonrió.

—¿Qué haces aquí, Martina?

—Me has dado un susto de muerte.

La forense soltó una risita contenida.

—Has pegado un buen grito, querida. —Miró hacia el hotel y luego se giró de nuevo hacia ella—. Vengo de tomar un café con tu padre, vuelve a la ciudad en nada. ¿Qué haces aparcada aquí en medio?

—Organizando el día —dijo veloz—. Acabo de salir de casa y he recibido una llamada. No sé qué coño le pasa al manos libres, que no se me conecta —añadió para salir del paso.

Empezaba a mentir más de lo habitual, pero no le apetecía una mierda que sospechara lo más mínimo de su visita al hotel de los Rinna. Amalia se subió el cuello del abrigo y apoyó el paraguas en el suelo.

—Seguiré mi paseo. Me viene bien caminar. Llámame si necesitas algo, estaré por aquí hasta que cerréis el caso. ¡Y me debes esa cena pendiente!

—Eres muy positiva.

Amalia se encogió de hombros. Ambas sabían que a veces eso no era posible, pero era parte del trabajo y este a veces no era lo que uno esperaba, al menos no los resultados.

Se despidió de ella y puso rumbo al invernadero. En internet ponía que los sábados abría por la mañana, así que no le extrañó ver a más de un cliente paseando por la parte exterior, donde tenían

una zona cubierta llena de macetas de distintos tamaños con plantas de todo tipo. La propietaria estaba dentro del invernadero enseñando una buganvilla a una pareja. Martina rondó por los pasillos, algo que no había hecho por las prisas el día que fue. Buscó en el teléfono una fotografía del hombre de la inmobiliaria entrando en el Facebook de la empresa, localizó una donde salía junto al logotipo delante de la puerta principal posando con la mujer que la había atendido a ella y la dejó abierta cuando vio a la propietaria ir hacia ella.

—Ha venido pronto. Aún no me ha llegado el cerezo enano.

—No se preocupe. Pasaba por aquí y decidí acercarme.

Tenía la misma expresión desconfiada del día anterior.

—Oiga, ¿qué es lo que quiere? La vi mirar mi ordenador el otro día, así que no me acabo de creer del todo que busque plantas y flores, si le digo la verdad.

Se lo tenía merecido por gilipollas.

—No sé de qué…

—Voy a llamar a la policía —dijo la mujer, de pronto algo nerviosa.

Martina la agarró del brazo y ella se dio la vuelta asustada.

—Espere.

—¡Suélteme!

Se giró un poco para observar a los clientes que rondaban cerca, pero el invernadero era grande y nadie se había percatado de la pequeña trifulca. La inspectora se situó entre la florista y el pasillo principal y resopló.

—El otro día dijo que hacía tiempo que no le pedían un cerezo japones —susurró—. ¿Es posible que quien se lo pidiera se llamara Miriam Coto?

—Pero ¿quién demonios es usted?

La mujer dio un paso atrás, pero ella se acercó más y murmuró:

—Solo alguien que apreciaba a esa mujer. ¿Sabe lo que le pasó?

La miró de arriba abajo mientras parecía estar pensando si salir corriendo de allí, pero no podía decirle que era policía; si tenía que

mojarse, era mejor hacerlo así.

—Oiga…

—Soy una amiga que busca respuestas. Por favor. Deme un momento y solo dígame si era ella. Por favor…

La vio soltar una especie de resoplido y pareció relajarse.

—Sí. Fue esa chica quien me lo pidió. Como no volvió a por él, creí que se le había olvidado, así que la llamé a su móvil y fue cuando me enteré de que se había matado en un accidente en casa. Menuda desgracia.

Martina ojeó a la derecha porque un hombre cruzaba por uno de los pasillos más cercanos.

—¿Qué tipo de respuestas está buscando si esa chica se cayó de la escalera?

—La conocía. Me cuesta… me cuesta creer que todo sea así de sencillo y…

—Por eso quería el cerezo —dijo entonces la mujer. Y se relajó por completo—. Por su amiga.

Martina asintió.

—Estoy… estoy buscando alquiler en la zona. —Le enseñó el móvil—. Me han hablado de una inmobiliaria.

La mujer vio la imagen un momento y comentó:

—Pues seguro que da con un piso fácil. Arturo y Teresa son buenos en lo que hacen. A un sobrino mío le encontraron un apartamento de una habitación a muy buen precio. Ya sabe cómo están ahora los precios, así que podríamos decir que fue un chollo.

—Entonces me puedo fiar.

—Por supuesto, conozco a Arturo desde que era casi un crío. Es una persona servicial y muy profesional.

—¿Es cliente suyo?

—Todos son clientes míos en algún momento —dijo la mujer—. Pero la madre de Arturo es quien más compra, él suele venir a buscar lo que encarga ella. Geranios, alguna flor de temporada…

—Y por supuesto rosas, ¿no? —Hizo un gesto con la mano y se volvió para mirar una planta para que no pareciera que la estaba

interrogando.

—Sí, creo que a su madre le gustan bastante las rosas, pero lleva una buena temporada sin comprar.

Martina se volvió.

—Pasaré por aquí cuando me llame, entonces. No quiero interrumpirla más, llegan más clientes. Gracias por la información. No sabía dónde había alquilado mi amiga el piso y…

—Creo que ella no estaba de alquiler.

Martina, que se había girado, se volvió bruscamente y la miró.

—¿Cómo?

—¿No estaba usando el piso de sus abuelos?

Cuando salió, llamó a Kai.

—Oye, la madre del tal Arturo compra en el invernadero, así que puede que tenga flores en casa. Igual es una sandez, pero echa un ojo a ver si ves algo. Y una cosa más. Tenemos un problema: Miriam Coto no estaba de alquiler, vivía en el piso de sus abuelos o eso creo. Hay que comprobarlo.

Kai tardó en contestar. Hablaba con alguien, o eso parecía.

—Vale, lo miraré cuando llegue. Estoy de camino.

***

Bajó el teléfono, lo guardó en el bolsillo y abrió la puerta del calabozo. Mateo estaba tumbado en el camastro y, al oírlo entrar, pegó un brinco y se incorporó como un resorte. Tenía la cara que daba pena. Su belleza se había ido a dar un paseo y tardaría en volver. Se aferró a una libreta que algún agente le había dado con un lápiz y se puso a escribir. Kai miró la hoja.

—Si la mataste o no, lo sabremos cuando terminemos de analizar tu coche, Mateo, pero si es como dices, puedes estar tranquilo.

Tranquilo, lo que se dice tranquilo, dudaba que estuviera, sobre todo después de la paliza que le habían dado.

—En unas semanas volverás a hablar, y estoy seguro de que no dirás mucho. Tengo muy claro quién te hizo la visita y cómo van las

cosas, pero si en algún momento cambias de opinión…

Mateo sacudió la cabeza y escribió un «no» en letras mayúsculas.

—Si no fuiste tú, debes tener una ligera idea de quién pudo ser, chaval… Si encuentran la más mínima señal en tu coche ya no es una cuestión de cárcel, esa gente volverá por ti.

Mateo abrió —lo que pudo, pero los abrió— los ojos y lo miró espantado, Kai se agachó delante de él.

—Casi te arrancan la lengua y, aun así, tienen absoluta impunidad. Haz memoria y ayúdame un poco con esto.

Negaba una y otra vez mientras arrugaba la libreta retorciéndola entre los dedos como si tratara de exprimir la última gota de tinta de sus páginas.

—Incluso si no damos con la persona que la asesinó, sigues estando jodido porque la drogaste…

Kai sintió una punzada de maldad en lo que había dicho; Mateo ya había pagado con creces lo que le había hecho a la chica, pero quería presionar generando más miedo en él para que cantara, cosa que por el momento iba a ser algo complicado.

—¡Um! ¡Um!

Tenía que ser jodido intentar hablar con la lengua recién cosida. La faceta de carniceros de los Rinna era una novedad, o la de sus hombres, o la del que le hubiese cortado la lengua, daba igual.

El inspector lo agarró por la muñeca, le hizo coger el lápiz que había perdido por la cama y se lo puso en la mano.

—Dame algo por donde pueda buscar, aunque sea una tontería a la que no le des importancia. Algo…

El chico temblaba, temblaba tanto que pensó que le iba a dar algo. Se apartó bruscamente, se fue hacia la puerta, y él quedó allí moqueando y sollozando como un niño de cinco años. Abrió la puerta para irse, pero el soniquete gutural de su garganta lo hizo volverse.

Mateo sujetaba la libreta con las dos manos apuntando hacia él.

«Mami».

Kai alzó ambas cejas.

¿Qué coño significaba eso?

17
ROSAS MUERTAS - LA SEGUNDA ROSA

ELDA

Si alguien le hubiese preguntado si era feliz, habría sonreído y fingido como siempre, pero ella nunca pudo pintar corazones en una libreta, y mucho menos escribir su nombre con distintos colores y letras. Pasa el tiempo entre el colegio y sus sueños, a veces sale a tomar una copa con algún compañero. Y, cuando le ofrecen una oportunidad de aislarse de todo, la toma con fuerza para tratar de huir de su realidad. Se cuida de hacer comentarios cuando, frente a una mesa, todos hablan de amor y deja pasar el tiempo pensando que quizá algún día sea totalmente libre...

Desde hace algún tiempo, hay alguien que la escucha y que comprende un poco por lo que está pasando. Una de esas casualidades que existen en la vida, cuando te topas con alguien con el que no tienes ninguna afinidad. Empieza a hablar con él, y de vez en cuando, tras el trabajo, la acompaña a casa. Alarga los paseos porque no quiere estar en casa y que vuelva a sonar el teléfono, no quiere caminar sola de noche y oír otra vez los pasos. No quiere sentir que se está volviendo loca, aunque solo ella percibe esas cosas. Y, cuando tiene que regresar pronto a casa, da un paseo por el pueblo intentando estirar el tiempo. Pero entonces entra en una tienda, ojea la ropa buscando algo que le siente bien y la ve. Y nota que el corazón le da un vuelco, y que su vida se llena de vivos colores. Cada tarde, después de trabajar, bordea el muelle y entra en la tienda porque desea verla. Y espera, se

emociona y espera... a que ella venga a atenderla y la colme con esa alegría que siempre irradia y que la encharca de una luz que pensó haber perdido para siempre. Cuando la toca para ayudarla a ponerse un vestido, ella no para de temblar y vuelve cada día siempre con la misma excusa..., comienza a pintar corazones en una libreta y a veces sueña... y espera reunir el valor suficiente que solo ella se merece.

18
TU NOMBRE EN MI LIBRETA

Kai rodeó la calle. La dirección que había conseguido Rodrigo coincidía con una casa bastante coqueta que tenía un jardín en la parte delantera, cerrado con una verja de madera y metal. Había rosas en un rincón, glicinas y un sinfín más de flores que no conocía. No tenía ni idea de plantas ni flores, pero las glicinas las conocía porque su abuela, durante muchos años de su infancia, le había dado la tabarra con el tema. Según ella, las glicinas representaban longevidad. Una planta podía vivir más de cien años. Cuando Kai las miraba se preguntaba siempre si realmente aquella planta iba a vivir más que él. Aquella glicina había perdido sus flores, se mantenía en letargo, dado que no salían hasta primavera. Pasó la mano por ella y observó la casa.

Cruzó el camino de baldosas que daba a la puerta principal con la sensación de que se aventuraba hacia la casita de chocolate de la bruja de Hansel y Gretel. Jamás había estado tan desubicado como allí, su aspecto no encajaba ni por asomo con la estética del lugar. Una mujer de apariencia cansada le abrió la puerta, su cara, de no haber estado tan exageradamente apagada, la habría considerado atractiva, aunque ya superaba los sesenta. Pero se notaba que había sido una mujer muy hermosa en su juventud y todavía mantenía esa belleza que quedaba aun pasados los años.

—Buenas, ¿está Arturo? Quería verlo por una consulta con un piso —fue lo primero que se le ocurrió.

¿Sería su madre?

—Oh. Está en la parte de atrás, en el cobertizo. Si quiere, puede ir. Rodee por ahí, lo verá nada más llegué a la esquina.

Siempre le habían gustado los sauces. Eran árboles esbeltos, cuyas ramas se mecían fácilmente, y tenían un aire melancólico que

le agradaba. De chaval había leído que en China representaban la inmortalidad. El que esa mujer tenía en el jardín era impresionante y se quedó un instante contemplándolo.

—Shakespeare usó un sauce en *Hamlet* para hablar del desamor y la tragedia —dijo la señora—. ¿Lo sabía?

Kai no era muy dado a leer, y menos clásicos.

—No, qué va.

—Veo que le llama la atención. A mí me encantan los sauces porque… simbolizan la intuición y la creatividad.

Aquel jardín le había llamado la atención más de lo que hubiese creído, quizá porque se habían mezclado allí los recuerdos de su infancia y su curiosidad por los sauces en su juventud. Muy pocas veces se había sentido atraído por algo que no fuera el trabajo, pero de muy joven no era tan metódico ni tan pragmático y hubo un tiempo en el que ciertas cosas que, para él eran hermosas, le intrigaban. Había un lado poético en él que fue erradicado en el momento en que se convirtió en policía, en el momento en que pisó el barro, como solía decir, y descubrió que la naturaleza humana no tenía mucho que ver con poesía, belleza y armonía. Y de vez en cuando había momentos en los que vislumbraba lo que habría podido ser si no se hubiera dedicado a lo que se dedicaba. No siempre le disgustaba fantasear con ello, aunque acababa reconociendo que, en el fondo, su parte artística había sido solapada por su profesión. Hasta que dejó de fijarse en los detalles que lo rodeaban y solo seguía adelante…

—Veo que también le gustan las rosas —dijo él.

Ella sonrió.

—Sí. Me gustan todas las flores. Me entretiene cuidarlas y me gustan los jardines bonitos. Vaya por ahí detrás —insistió ella—. No tenga reparo. Mi hijo siempre está disponible si se trata de trabajo.

Llegó a la esquina, avanzó por el camino de losetas que rodeaban la casa y detectó una pequeña casita de madera en el fondo del jardín. Había un hombre de unos treinta y pocos años moviendo una

caja. Al verlo ir hacia él, la dejó en el suelo y se limpió las manos con un trapo que llevaba colgando del cinturón.

—Hola.

—Hola, siento molestar, pero me han dicho que trabaja en la inmobiliaria que hay en Puerto Castro.

—Sí, pero hoy no podría enseñarle nada. La oficina está cerrada y guardo allí las llaves de las viviendas.

Tenía un rostro expresivo enmarcado por una cabellera oscura y poblada. Un rostro normal que, sin ser atractivo, resultaba armónico. Arturo Salerno dejó el trapo en una mesa de herramientas que tenía a la derecha.

—Usted alquiló los pisos de Carla Llaneza y Elda Rivas.

Al oír aquellos dos nombres tan de repente, el gesto de su cara cambió bruscamente y se tensó.

—Ah… Sí…

—¿Podría decirme si esas dos viviendas son del mismo propietario?

Arturo se volvió hacia la mesa, abrió una caja de herramientas y se puso a revolver en ella.

—No lo sé, no recuerdo los datos de todos los pisos y casas que tenemos. ¿Es policía?

—Sí.

Decirlo no estaba en sus planes, pero había algo que no acababa de encajar. Al oírlo, cerró la caja despacio, se volvió lentamente y lo miró. Kai sacó el móvil.

—No se preocupe, puedo comprobarlo en el Registro de Propiedad sacando una nota simple.

—Son míos. Bueno, míos y de mi madre —dijo entonces. Se puso muy nervioso y Kai ojeó de soslayo en cuestión de segundos si había algo cerca que pudiera tirarle—. Son…

Dio un paso al frente y el inspector apoyó la mano en su arma situada en el costado bajo el abrigo. Evitaba el contacto visual, estaba rígido y no dejaba de observar a ambos lados como si intentara buscar una salida. Aquellas expresiones corporales las

conocía bien, pero no siempre eran signo de culpabilidad, podían deberse a una extrema timidez, ansiedad o estrés.

—Señor Salerno, por favor, no se mueva.

—No voy… Yo no les hice nada… No hice nada, no… —murmuró casi sin voz.

—Tiene que acompañarme.

Durante un instante, Kai dudó de si aquel hombre se lanzaría sobre él. Los ojos enrojecidos se le movían nerviosos. Cualquier objeto cercano podría ser un arma arrojadiza o algo peor, pero no detectó nada que pudiera usar contra él, aunque si quería podía lanzarle a la cabeza la caja de herramientas sin mucho esfuerzo. No era un tipo enclenque ni mucho menos.

Arturo se echó un poco hacia atrás entonces y soltó un profundo suspiro, que hizo que su voz vibrara cuando habló.

—Solo le pido que mi madre no se entere de esto, por favor. Ella…

—Si viene conmigo sin hacer ninguna estupidez, le aseguro que no se enterará.

¿De qué cojones estaba hablando aquel hombre? ¿En serio estaba preocupado a esas alturas por su madre y no por él?

Arturo se frotó la cabeza y asintió.

—Vale.

***

—En el coche de Mateo Saro no había nada fuera de lo normal. —Martina se comió un caramelo y apartó la taza de café. Kai la miraba desde el otro lado de la mesa de la cafetería—. El luminol no reaccionó ni en las alfombrillas, ni en el maletero, ni siquiera en el volante ni en ningún lado. Nada. El chaval decía la verdad.

—La drogó y dejó que se fuera. Pudo seguirla y no hacer nada —dijo él.

—¿Qué coño significa lo de «mami»?

El inspector se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, pero estaba cagado de miedo. Alguien dejó entrar a esa gente en el calabozo. Es normal que no quiera ni moverse ahora. Uno de los de dentro está comprado por la mafia, es lo que hay.

—El muelle es su caldo de cultivo, Kai. ¿Qué esperabas?

Habían dejado a Arturo en una de las salas de interrogatorio para que pasara un buen rato solo y mellarle así un poco el ánimo. Había llegado tan nervioso que tuvieron que darle un relajante muscular y su abogado todavía no había aparecido.

—Ese muelle no suele estar a pleno rendimiento. Va por temporadas según las necesidades de las mafias. Por eso es tan complicado pillarlos.

Martina chascó la lengua.

—Son puertos de tránsito, y Puerto Castro les sirve para redistribuir la mercancía hacia otros destinos.

Rodrigo volvió de la barra con un café y un enorme trozo de bizcocho, y se sentó con ellos.

—¿Saben que se emplea un método llamado «gancho ciego»? Insertan droga sin alterar los contenedores originales.

—¿Tú no ibas a tomarte el sábado con más calma? —Kai le quitó un trozo de bizcocho.

El analista se llevó un pedazo a la boca y sonrió.

—Iba de camino a dar un paseo cuando la jefa me llamó. Estaba aquí al lado. Además, le he hecho caso, he quedado esta tarde con la bebedora empedernida para tomar algo y disculparme.

Martina se levantó.

—Miriam Coto se nos sale de la ecuación. Estamos dando palos de ciego. No estaba de alquiler. Sus abuelos eran de aquí y el piso en el que vivía les pertenecía.

—Y creo que lo de la alfombra no era un pétalo de rosa —susurró él—. Coño, igual me pudo la emoción. O no. Ya no sé qué pensar.

—Kai, ¿te ocupas tú del interrogatorio? —Martina se comió un caramelo—. Quiero pasar por el almacén donde encontraron a Valeria.

—Sin problema. ¿Quieres ver un interrogatorio, Rodrigo?

—¿Yo? ¿Puedo?

—Claro —dijo el inspector—. ¿No decías que te aburrías?

—Me marcho —comentó ella colocándose el cuello de la camisa. Su silueta era una figura espigada que se recortaba contra la pared blanca que tenía detrás—. Ya me contaréis.

Salió del local tras despedirse y fue directa a su coche. Si no se equivocaba, el muelle estaría poco activo ese día, pero cuando llegó allí se topó con la misma actividad y una horda de estibadores funcionando con normalidad. El hombre que estaba en la garita principal le indicó que se hacían turnos rotativos y el sábado trabajaban hasta las dos. Vio el coche de Bernabé aparcado junto a uno de los almacenes principales, pero no se paró. El teléfono le comenzó a sonar cuando estaba intentando empujar el enorme portón de acceso, que habían cerrado a cal y canto. Era su padre. «Qué bien».

—Me pillas en un mal momento.

Él le indicó que tratase de llevar el interrogatorio con la mayor discreción posible.

—La prensa no puede enterarse de nada, Martina. Lo sabes bien.

Lo sabía, pero cada vez le resultaba más repulsivo. Las tres mujeres que habían muerto en sus casas habían tenido un funeral multitudinario, pero estaba convencida de que con el de Valeria Lucas no sería igual. Solo pensarlo le revolvía las tripas, un sentimiento desagradable que no le gustaba nada. Logró abrir el portón hasta dejar un espacio por el que colarse y entró en el amplio espacio. Estaba totalmente vacío a excepción del lugar donde habían encontrado el cuerpo de Valeria, delimitado por la cinta de policía y varios conos. La pintura temporal que marcaba los contornos donde había estado el cuerpo había pasado a la historia desde que existían los registros fotográficos y los vídeos. Los procedimientos habían cambiado, solo se mantenía la violencia y siempre era igual: las mujeres siempre sufrían más esa violencia.

—Estuve con Amalia, creo que le debo una cena. Oye, ¿no habrás tenido algún desliz con ella? Esa mujer te venera.

Rodeó la escena del crimen, cruzó el almacén y se quedó observando el enorme portón, que el día que encontraron a Valeria estaba totalmente abierto. Por el hueco que había dejado, la oscura extensión de cemento gris hasta el muelle se veía nítidamente con el pueblo a lo lejos. Sus casas apretadas con sus tejados en pico formaban filas irregulares y salpicaban la montaña de colores variados.

—No digas tonterías —dijo su padre—. Y ni se te ocurra irle con esas tonterías a tu madre, solo me faltaba ya.

Martina se rio.

—Papá, estoy de broma.

Se dio cuenta en ese momento de que ese almacén salía en una de las fotografías que Valeria tenía en su casa. Una en la que estaba con Bernabé. El ángulo desde donde ella estaba situada era el mismo, se veía ese portón. Su padre seguía hablando, pero ella estaba concentrada en lo que veía, en lo que sentía. Valeria había ido a aquel almacén por algo…

—Papá —susurró—. Repite lo que acabas de decir.

***

Bernabé retrocedió con cautela justo cuando Arty caía a plomo de rodillas y escupía tanta sangre que salpicó las losetas del suelo y a uno de los hombres que estaba a su derecha. El tipo dijo algo en italiano y le dio una patada en el estómago, que lo derribó totalmente. Marcelo estaba repantingado en una silla y observaba la escena como si estuviera hastiado de la vida. Su hermano agarró al estibador por la camisa, lo levantó sin esfuerzo y lo volvió a sentar.

—Por favor… —balbuceó tosiendo—. No puedo más…

—Entonces dime lo que quiero saber, Arty —murmuró Bernabé—. Porque mi paciencia tiene un límite y estás a punto de terminar con la poca que me queda.

El tipo negó con la cabeza, el mayor de los Rinna le agarró la cara con una mano y le giró la cabeza hacia él para que lo mirara. Su mano temblorosa le rozó la camisa, manchándole la tela de sangre. Luego se aferró a él con las pocas fuerzas que le quedaban como si de ese modo pudiera librarse de otra paliza.

—Como no me digas lo que quiero saber, te torturaré hasta que pierdas la consciencia y, cuando despiertes, dejaré que tus heridas se curen para empezar otra vez.

—Por favor…

—¿Quién es la persona que os compraba la droga, Arty?

—Solo… solo la vi una vez.

—Dime su puto nombre —le susurró a un palmo de la cara.

Arty apenas podía abrir los ojos de lo hinchados que los tenía por los golpes. Tembló y un hilo de baba roja le cayó por la barbilla. Soltó un jadeo burbujeante y su cuerpo vibró.

—Mami…

—¿Quién es Mami? —Marcelo se enderezó.

—Solo sé que se hace llamar Mami… ¡Dios mío! ¡Por favor! Por favor, le suplico que no me mate.

Bernabé lo golpeó con fuerza y lo arrastró de nuevo hacia él sujetándolo por los pelos. Los dedos nerviosos del estibador se le aferraron a la camisa dibujándole franjas carmesí.

—Descríbemela —le ordenó con rabia.

***

El abogado de Arturo, un hombre mayor con una prominente barriga y medio calvo, ya estaba sentado a su lado, maletín en mano y con cara de pocos amigos. Se había pasado los primeros diez minutos recordándole a su cliente que no tenía por qué contestar y luego amenazó dos veces a Kai indicándole que no presionara al interrogado y que el procedimiento debía ser legal y justo. El inspector no entendía las chorradas que estaba diciendo y se limitó a insistir:

—Arturo, tienes espacios ocultos en esas casas. ¿Vigilabas a esas mujeres?

El acusado había desarrollado en cuestión de minutos un tic en el ojo bastante llamativo y se retorcía las manos, frotándoselas una y otra vez, claramente alterado. Su máxima preocupación desde que había salido de su casa era que su madre no se llevara un disgusto, algo que Kai no acababa de entender porque el tío estaba ya talludito, pero se comportaba como un adolescente compungido.

—Nunca las toqué —dijo muy bajito. Sus ojos se movían de derecha a izquierda—. Nunca les puse un dedo encima. Lo juro por Dios.

—No estoy diciendo que lo hayas hecho, pero trato de saber por qué tenías esas trampillas en las casas.

—Me gustaban mucho —susurró mirándolo.

—Arturo, no tienes que…

—Cállese —le dijo a su abogado—. Me está poniendo muy nervioso y no he hecho nada.

—Entonces, si no has hecho nada, no necesitas que te digan lo que tienes que decir. Sé sincero y esto acabará rápido —insistió Kai.

El tipo se rascó el dorso de la mano.

—Solo quería verlas, estar cerca de… Solo era eso. Nada más. Yo no pretendía asustar a nadie.

19
ROSAS MUERTAS - LA PRIMERA ROSA

CARLA

Los días transcurren y solo hay una cosa que la hace sentirse mejor: conoce a una persona que la saca de su bucle horrible y pasa mucho tiempo con ella. No es nada serio, lo entiende y lo acepta, pero de algún modo, cuando sale con él, es una liberación y el miedo remite. Intenta a menudo que se quede en casa porque de ese modo los ruidos cesan y no suele soñar. No dibuja corazones en una libreta porque no siente que la ame, pero a veces... se imagina una vida con él. Y sueña, desea, anhela, que algún día esa persona se enamore de ella. Una tarde, cuando regresa a casa de dar un paseo, lo ve a lo lejos y no está solo... Y el corazón se le rompe porque la persona que lo acompaña es una mujer mucho más bonita que ella y se pregunta si realmente merece la pena vivir así, ocultando que sus noches son eternas, que se siente sola, que su trabajo apenas la llena y que cada paso que da es como una losa inmensa que le entorpece el camino y que le impide llegar a algún lugar... Y vuelven las pesadillas, regresan los sonidos extraños, la puerta de sus sueños se abre de nuevo y su habitación se llena de insectos y bichos. Una voz en su cabeza le repite una y otra vez que no está bien y decide visitar a un médico. Él le habla de la depresión, de las alucinaciones auditivas y los miedos. A ella todo le encaja, pero también le habla de los síntomas psicóticos y ciertos trastornos esquizofrénicos, que tienen mucho que ver con esas depresiones profundas. Ella menciona la culpa, menciona el sentimiento que tiene

de no ser suficiente para nadie y reflexiona... Y regresa a casa con la sensación de que quizá ha avanzado un poco, que no ha sido mala idea pedir ayuda, que puede que las cosas mejoren, aunque solo sea un poco.

Y piensa...

Mientras sube las escaleras de su piso.

Piensa...

Que con medicación y ayuda todo irá mucho mejor. Que ella no es tan bonita como la chica rubia que lo acompañaba, pero se merece una vida con alguien que la valore de verdad, alguien que no la engañe, que no la sustituya y que no le mienta. Se da cuenta de que es el momento de controlar su vida, de borrar los terrores nocturnos, de dejar a un lado esa parte de ella —insegura, atormentada y acomplejada— y avanzar... y, mientras esos pensamientos la invaden, se siente un poco mejor, más fuerte y más convencida de que puede hacerlo.

Y entonces escucha un ruido y percibe que hay alguien en su habitación. Cree que los insectos han decidido salir de ese cuarto espantoso de sus pesadillas, y espera... aterrada, mientras la puerta se desliza despacio y lo ve...

Un hombre.

Da un paso atrás, recula y resbala y entonces comprende...

Nunca logrará lo que desea.

20
MAMI

—Nunca tuve intención de hacer daño a nadie —dijo Arturo—. Ni siquiera sabía que existía, nunca me atreví a hablar con ella después de alquilarle el piso.

—Hablas de Carla.

Él asintió. El abogado se frotaba la coronilla algo agobiado, pero su cliente no tenía intención de callar después de estar casi una hora recordándole en cada pregunta que no tenía por qué responder y que podía acogerse a su derecho de guardar silencio.

—No era feliz y ese hombre, ese amigo que tenía, solo se aprovechaba de ella. ¡Yo lo veía con otras! ¡Lo llegué a ver con esa chica que desapareció! —gritó, pero al momento se calmó y se rascó de nuevo la mano—. Solo quería coger algo de ella para tenerlo de recuerdo… —susurró.

—¡Arturo! —ladró su abogado.

—Se asustó —dijo ignorándolo—. No… no pensé que llegaría tan pronto, solo quería coger algo de ella para… mí… Le juró que traté de agarrarla, pero se me resbaló y se cayó por la escalera… Y yo no sabía qué hacer, no sabía dónde ir y me entró el pánico porque no debía estar ahí. No tenía que estar ahí…

Kai miró hacia el espejo que separaba ambas salas y se quedó un instante en silencio. Entonces dijo:

—Y casualmente pasó lo mismo con Elda.

Arturo levantó la vista de la mesa espantado.

—No. ¡Yo no tuve nada que ver con eso!

—Ya, pero se cayó en la ducha y también murió.

—¡Creo que ya es suficiente! —El abogado se levantó bruscamente—. No tienes que responder a más preguntas, por el amor de Dios.

Los ojos desorbitados de Arturo seguían su compás frenético.

—No se lo diga a mi madre —susurró—. No se lo diga, no se lo diga, por favor…

—Hemos terminado, inspector. Mi cliente no va a decir una sola palabra más.

Kai se levantó, salió de la sala y entró en la de al lado, donde Rodrigo permanecía muy atento a los dos hombres.

—¿Y ahora qué? —preguntó el informático.

—Es sospechoso y acaba de reconocer que estaba en casa de Carla cuando murió, así que pasará a disposición judicial y que el juez decida, pero hay posibilidad de que destruya pruebas.

—¿Crees que las mató?

Kai suspiró. En la otra sala, Arturo lloraba mientras su abogado le daba suaves palmaditas en el brazo.

—No lo sé, Rodrigo, no lo sé. Ha mencionado a la chica que desapareció; se refería a Valeria, y eso me lleva a pensar que no tiene nada que ver con su crimen, pero tendremos que investigarlo.

—Sí, me he dado cuenta. —Rodrigo se volvió hacia él—. Es duro, ¿verdad? Me refiero a vivir este tipo de situaciones donde te das cuenta de que un simple accidente o el capricho de alguien puede acabar con una vida sin más. ¿En qué momento dejamos de comportarnos como seres humanos y cometemos estas barbaridades? No puedo entenderlo…

—Eran chicas muy jóvenes y, aunque no suene muy alentador, hay algo positivo en todo esto.

—Algo positivo… —repitió él—. Dios, no me imagino que haya algo positivo.

—Gracias a Valeria, esas mujeres tendrán justicia.

***

Martina se guardó el teléfono y paseó por el almacén mientras se aproximaba al portón medio abierto. Su cabeza no dejaba de funcionar a mil por hora tratando de entender por qué fue allí y no

en otro lugar donde encontraron a la hija de Ciro Lucas. ¿Qué la llevó allí? ¿O quién? Estaba tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que Bernabé Rinna estaba en el espacio abierto del portón. Su sombra se proyectó delante de ella y alzó el rostro. Durante un breve instante tuvo la tentación de saltar sobre él y besarlo. Se había cansado de seguir las normas, se había hartado de callar después de saber, tiempo atrás, que muchos de los hombres a los que ella había admirado tenían las manos manchadas de sangre, que posiblemente su padre tenía algo que ver en todo aquello, que era alguien muy pequeña para luchar contra ellos y que estaba agotada.

Rinna entró en el almacén y ella se percató de que tenía la camisa manchada de sangre; finas hebras rojas coloreaban la seda y ella se quedó mirándolas.

—Vino por ti, ¿verdad? —dijo entonces, y el silencio que siguió a aquella afirmación le dio a entender que no estaba equivocada—. No me di cuenta, pero en su habitación había una fotografía de los dos en este almacén.

—Este lugar siempre estuvo en desuso, cuando era un poco más joven esperaba a su padre aquí. Los hombres no la molestaban y se entretenía escribiendo ahí fuera.

—¿Cuántos años tienes, Bernabé?

—Cuarenta y un años.

Martina sonrió.

—Ella, veinticuatro. Casi podría ser tu hija. ¿Sabías que su padre estaba al tanto de lo que sentía?

—Martina, hay pocas cosas de mis hombres que no sepa… Pero, a veces, es mejor ignorarlas y no hurgar en la herida. Recuerda que soy padre, inspectora, y vivo con los mismos miedos con los que vivía Ciro Lucas.

—Y siendo tan joven uno tiene la esperanza de que todo desaparecerá, ¿no? Las pasiones, los sueños…, la misma locura de la juventud…

Él asintió obligándose a esbozar una media sonrisa.

—Es difícil sentir algo por alguien que no está interesado en ti —dijo él y, por primera vez, sus palabras sonaron tan melancólicas que la sorprendió—. Pero no podemos erradicar el mal en su totalidad, Martina. No podemos coger la parte amable de la vida y borrar todo el horror, o lo que creemos que es el horror. Es imposible, y las injusticias seguirán existiendo, da igual hacia dónde miremos o en qué lado estés en ese momento. Siempre existirán mártires, siempre existirán verdugos… Trato de compensar mis pecados, pero a veces no puedo abarcarlo todo y sé… lo que hago, sé cómo aplico mi justicia y te aseguro que ninguno de los hombres que toco son inocentes.

—No eres ni mucho menos la persona que creía —fue su primer pensamiento. De repente percibió mucha más humanidad en aquel hombre que en muchos de los que trabajaban con ella. No tenía sentido y no quería dejarse arrastrar por él—. Tu justicia es…, cuanto menos, algo discutible.

Rinna miró hacia el espacio vacío donde habían encontrado el cuerpo de Valeria y durante unos segundos se quedó en silencio. Y entonces dijo:

—Mi justicia no se diferencia tanto de la que tú conoces como legal. Aunque te suene ridículo, nunca he aceptado la muerte de personas inocentes, Martina.

Se quedó impactada por sus palabras y se negó a profundizar en lo que acababa de decir. Algo en su interior abrió una especie de brecha, que comenzó a sangrar muy dentro de ella. Jadeó suavemente intentando no llorar y, tras aclararse la voz, dijo:

—¿Sabes lo que más lástima me da? Que estoy segura de que tendrá un funeral triste y vacío, quizá su padre y dos o tres personas más… Mantendrán todo esto en absoluto secreto, la prensa, la opinión pública, todo… Si se llega a saber, indagarán y muchos tendrían que dimitir… —Suspiró—. Siempre fue una mujer que caminó sola porque sabía lo que pensaba la gente de ella y de su padre…

—Cuando te dedicas a esto es algo que asumes. Su padre siempre fue consciente de ello y por eso erróneamente la aisló; no quería que la dañaran y, en el fondo, creo que fue él el primero que le hizo daño sin darse cuenta, pero al final esta vida es así. No es un camino de rosas.

—Un camino de rosas… —susurró sonriendo—. Y solo era la hija de un estibador, ¿no?

Pasó a su lado rozándole la mano y, cuando estaba a punto de salir de la nave, la voz de Rinna la hizo frenar.

—La persona que nos ha estado robando partidas de droga se hace llamar Mami. ¿Te suena de algo?

Martina se volvió bruscamente y Bernabé sonrió.

—Veo que sí.

—Mateo escribió en un papel ese nombre.

—Puedo decirte quién es.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué me darías eso si ya es asunto vuestro? ¿Por qué lo haces?

Rinna se metió las manos en los bolsillos del pantalón del traje y caminó hacia ella.

—Porque quiero que seas tú la que decida lo que es justo.

—Justo…

Rinna sacó un papel doblado por la mitad y se lo ofreció. Ella se quedó mirando aquella hoja como si no se atreviera a cogerla. Muy despacio, levantó la mano y la tomó.

—Tienes una hora y deberás decidir —le dijo.

***

Kai estaba rellenando el atestado cuando comenzó a sentir el soniquete rabioso del teléfono en el bolsillo del pantalón. Se levantó, se acercó a la ventana y atendió la llamada. Rodrigo, que estaba sentado en la silla confidente frente a él, se giró cuando vio la cara que puso. Arturo salía de la sala de interrogatorios custodiado por dos hombres.

—¿Estás segura de lo que me estás diciendo?

Se volvió hacia el detenido y observó la procesión durante unos segundos.

—Pero espera un momento. ¡Martina!

Bajó el teléfono, se pasó la mano por el pelo y volvió a mirar a Arturo.

—Inspector, ¿qué pasa? —Rodrigo se puso en pie y fue hacia él—. ¿Va todo bien?

—Era Martina —dijo con apenas un murmullo—. Ya sabemos quién es Mami.

***

Se quedó contemplando la casa muy quieta. El viento le hacía cosquillas en las orejas, le congelaba los dedos de las manos y de los pies por muy abrigada que fuera. A su derecha había varios tiestos con rosas rojas y blancas y, un poco más allá, alguna que otra flor más. Abrió la verja con un suave ronroneo y avanzó por el camino hacia la entrada. Una silueta se dibujó bajo el pequeño pórtico y le hizo un gesto para que la acompañara adentro. Martina dudó un instante, pero luego la siguió.

—Me sorprendió que me llamaras. No contaba contigo hoy.

Entró en la casa, se desabrochó el abrigo, pero no se lo quitó. El calor de la calefacción la golpeó en la cara como una bofetada y notó el olor dulce de algo recién horneado.

—¿Quieres unas galletas? Acabo de hacerlas.

—No, gracias.

Amalia se limpió las manos con un trapo y le hizo un gesto para que entrara en el amplio salón que tenía a la derecha. Más rosas en un jarrón, una mesa de madera, sofás de cuero, un perchero de pie lleno de sombreros…

—¿Esta casa es alquilada?

—Um… Sí. Ya te comenté que suelo venir de vez en cuando por aquí.

—Es cierto, no me acordaba.

Se sentó en el sofá, pero, al ver que Martina se quedaba de pie en mitad de la nada, frunció el ceño.

—¿Pasa algo? Cuando me llamaste supuse que había alguna novedad en el caso.

—¿Desde cuándo pagas a estibadores para sacar mercancía de los muelles?

Amalia se levantó despacio y sonrió confusa.

—¿Qué?

—Siempre me había llamado la atención que alguien con tu reputación dejara Madrid para venirse a un pueblo en el culo del mundo, pero… tú misma me contestaste que…

—Oye, Martina. ¿De qué demonios estás hablando?

—Me dijiste que mi padre insistió para que trabajaras con él, que te lo había pedido. —Amalia asintió—. Pero hoy casualmente hablábamos de todo un poco y me dijo algo a lo que inicialmente no le di importancia, no me percaté: que tú habías insistido en estar en este caso. Vaya, supongo que todo empezaba a encajar… Eras tú la que estaba en el almacén cuando Valeria Lucas llegó de madrugada, ¿verdad? Aprovechando que los calabreses no estaban en el país.

—Estás equivocándote.

—Y eras tú la mujer que estaba con Ciro en esa gasolinera… La mujer del sombrero… Joder, ¿está Ciro metido en todo esto?

—Martina, no sé de qué me estás hablando.

Martina se sacó el arma y le apuntó con ella. Amalia levantó ambas manos y dio un paso atrás.

—¡Dime la puta verdad! Eres tú a la que llaman Mami los estibadores.

—Es un malentendido, Martina. Yo no soy esa persona que…

Sacó una hoja de papel, la lanzó a la mesa de centro junto al jarrón con rosas y la forense la cogió y la miró.

—Ahí está tu nombre, Amalia. ¿Y sabes de quién es esa letra? Del cabeza visible de la mafia calabresa. Estás jodida.

El rostro de la mujer sufrió un cambio brusco y se ensombreció.

—Estaba colocada —continuó Martina—. Y en ese momento fue al único sitio donde se sentía segura porque era donde siempre solía verlo a él… Ese almacén era su lugar de encuentro y estaba tan desorientada que fue allí, pero él no estaba… Estabas tú…

Dio dos zancadas hacia ella, movimiento que hizo recular a Amalia y le apuntó con la pistola.

—¿Está Ciro metido en esto? —Su compañera la miraba fijamente—. ¿Está Ciro metido en esto? ¡Contesta!

—No —dijo con firmeza—. Ciro era el tonto útil. Me acerqué a él porque tenía total acceso al muelle.

—Entonces Valeria confiaba en ti…

Amalia sonrió fugazmente.

—No podía arriesgarme. No sabía lo que había visto.

Martina negaba despacio mientras la forense la miraba.

—Solo sacábamos pequeñas cantidades de droga cuando sabíamos que los calabreses no estaban en el país. Nadie lo notaba, maldita sea… Eran pequeños hurtos que no iban a ningún lado. ¡Los putos palés estaban abarrotados de drogas y armas! ¿Quién demonios notaría que faltaba algo?

—Y se las vendíais a camellos locales… Pero, esa noche, Valeria apareció…

—¡No tenía que estar allí! Pero llegó tambaleándose, llamándolo como si fuera a aparecer de la nada por arte de magia. Me dio un susto de muerte y tuve que tomar una decisión rápida —dijo con frialdad.

Martina bajó un instante la vista y entonces la forense le dio un manotazo con fuerza, cogió el jarrón, se lo lanzó y la golpeó con él. Una lluvia de rosas voló por los aires y la cerámica le cortó la mejilla al hacerse pedazos en su cabeza. La inspectora cayó hacia atrás, perdió la pistola y Amalia se lanzó a por ella. La agarró por el cuello apretándole la tráquea con fuerza.

La cabeza le daba vueltas y trató de zafarse de ella, pero, cuando le arañó la cara, la forense la mordió en la mano y Martina chilló, o eso intentó, porque le salió una especie de graznido debido a la

presión de sus dedos, que la estrangulaban. Giró el cuerpo, rodó con ella y chocó con la mesa de centro. Amalia se golpeó la cabeza con una de las patas de madera. Justo en ese momento aflojó la fuerza que le ejercía sobre el cuello y la inspectora se liberó, le dio un puñetazo en la cara y la tiró patas arriba entre dos butacas. El tacón del zapato de la forense le pasó muy cerca de la cara cuando intentó darle una patada, pero Martina había recuperado su pistola y se la puso en la cabeza.

—Solo era la hija de un puto estibador… —jadeó Amalia.

—¡Levanta! —exclamó—. ¡Levanta!

«Tienes una hora y tendrás que decidir».

Oyó fuera el motor casi silencioso de un coche, pero no podía ver nada porque la mujer estaba delante de la ventana con las manos en alto y respirando acaloradamente. Se limpió la sangre de la cara con el dorso de la mano.

—Eran solo pequeños hurtos, Martina… Era… dinero fácil.

—La mataste y ni siquiera sabías si había visto algo. La mataste y ella confiaba en ti… Fue a ti a quien le compró la ketamina ese chico del bar…

Amalia parpadeó nerviosa cuando le vio bajar la pistola y dar un paso atrás. Pero volvió a levantar el arma y dijo con furia:

—Tenía veinticuatro años… Y una vida por delante…

—Solo era la hija de ese estibador —susurró la forense con rabia.

Martina bajó la cabeza y se rio.

—Te equivocas —dijo y se fue hacia la puerta.

Amalia puso cara de asombro.

—¿Adónde vas? ¿Por qué…? —Se volvió un poco y vio a los Rinna avanzando por el camino de losetas, seguidos de dos hombres—. ¿Qué…? ¿Qué estás haciendo? No… No, por el amor de Dios, no… ¡Martina! ¡Eres policía! ¡No puedes hacer esto! ¡No puedes permitir esto!

Abrió la puerta de la casa y Marcelo entró primero.

«Eres policía». «Eres una buena policía».

—¡Martina! ¡Martina, no puedes hacerme esto! —gritaba Amalia.

Todo pasó a cámara lenta. Salió al porche; pensando, decidiendo…

«Una rosa, dos rosas, tres rosas».

«Cada rosa tiene un jardín. Y cada una de ellas camina sola…».

El jardín estaba abarrotado de flores y el sol comenzó a asomar y sus rayos le dieron en la cara. Alzó la vista un instante y cerró los ojos.

«Solo era la hija de ese estibador…».

Abrió los ojos, Bernabé pasó a su lado y entonces se volvió bruscamente y corrió hacia él. Rinna se dio la vuelta justo cuando ella trataba de pasar a su lado para llegar a Amalia, la agarró por un brazo y tiro de ella hacia atrás.

—Ya es tarde para cambiar de idea…

—No me hagas esto… Sabes que no puedo mirar hacia otro lado —dijo desesperada.

Él asintió, y sus ojos le repasaron cada detalle del rostro para luego apretarla contra él con más fuerza. Su boca le rozó la oreja.

—Entonces decidiré yo por ti.

Dentro de la casa se oyó el jadeo ahogado de Amalia y Martina se revolvió, pero la empujó suavemente hacia atrás y uno de sus escoltas la agarró y la arrastró. La puerta se cerró bruscamente y ella peleó inútilmente para soltarse de aquel hombre que la sacaba a rastras de la pequeña parcela. Alguien había corrido las cortinas del salón y ya no se oía absolutamente nada. Se quedó plantada delante del escolta en mitad de la acera con la puertecilla entre los dos. No se iba a mover de allí y ella se giró.

No quería mirar hacia atrás porque, si lo hacía, estaba segura de que regresaría. Ya en el coche, encendió la radio y lo único que pensó fue que conocía esa canción, la única estupidez que se le ocurrió en ese momento. Michael Kiwanuka, *Love & Hate* le gustaba. Subió el volumen y tuvo la sensación de que al final de la calle había una chica rubia de largos cabellos que la miraba, pero solo fue eso: un espejismo, o quizá el deseo egoísta y pueril de que ella supiera —allá donde estuviera— que de algún modo le harían justicia.

Y se alejó despacio, descendiendo la carretera que daba directamente al muelle y comprendiendo, sintiendo y entendiendo… que, después de eso, ya no podía seguir siendo policía.

***

Al otro lado del pueblo, Kai contemplaba la caída del sol con un gesto inexpresivo. La inconsciente de Martina no le había querido decir dónde estaba la casa de esa mujer y había ido sola; siempre le hacía lo mismo. Se preguntó, mientras daba ligeros golpes con el zapato a una pequeña maceta decorativa atravesada en medio del caminito del puente, en qué demonios estaba pensando, dejándola irse así, pero cuando se trataba de Martina siempre pasaba lo mismo: de pronto lo llamaba, le soltaba el bombazo y le decía que no se preocupara, y él se quedaba como una mujer doliente, calculando las consecuencias de ir o no ir. Si iba con ella, Amalia los habría visto a cinco kilómetros de distancia. Si ella iba sola, se confiaría y la invitaría a un café. Esa fue la excusa perfecta para dejarla libre como un pajarillo; un día tendría consecuencias.

Cuando vio el coche enfilar por el camino secundario que daba al puente le volvió todo el aire a los pulmones. Llevaba conteniendo la respiración desde que había colgado esa maldita llamada. Martina aparcó delante de él y se bajó del coche con los mismos ojos opacos e inexpresivos que siempre tenía cuando todo la superaba. Y entonces se fue hacia él y lo abrazó con fuerza.

—Oye, me estás asustando.

Su cuerpo vibró, le enterró la cabeza en el pecho y rompió a llorar. Kai se dio cuenta en ese momento de que su relación ya no era aquella guerra constante, sino una extensión de la amistad que siempre habían tenido y de la que se habían olvidado. Porque, cada vez que ella lo había necesitado tiempo atrás, él había estado allí y, cuando él precisaba de ella, ocurría lo mismo. Hacía varios años que había decidido olvidarla porque ella se había ido lejos tratando de

olvidarlo a él, pero en el fondo, en lo más profundo de su fuero interno, seguían necesitándose, y ambos lo sabían.

—Eh… Vamos, esto no es propio de la mujer dura que yo conozco. ¿Qué pasa?

—He hecho algo horrible. Algo horrible —sollozó.

Y Kai entendió… Mucho antes de que ella se lo explicara mientras paseaban los dos solos por los alrededores, contemplando las luces del muelle a lo lejos. Martina lo había mirado esperando los reproches, pero él solo le pasó el brazo por los hombros y tiró de su cuerpo hacia él.

—Martina, no podías hacer nada. Es lo que esperaban y lo que sabíamos que iba a suceder. Puede que tuvieras la oportunidad de cambiar algo, pero sería solo un tiempo y ambos lo teníamos claro desde el principio.

Sabía que lo que Martina quería decir era que no había hecho lo suficiente, que en un momento determinado incluso había decidido dejarla a su suerte, aunque luego cambió de opinión, pero no podía juzgarla ni reprocharle nada. Jamás lo haría.

En ese instante comprendió que el valor no era superar su fracaso como pareja y avanzar fingiendo que ninguno de los dos había existido nunca, el verdadero valor era recuperar a esa persona que creía haber perdido para siempre.

No, no podía juzgarla, no podría reprocharle nada porque simplemente era ella…

21
ROSAS MUERTAS - LA TERCERA ROSA

VALERIA

Luz... Hay luz... y corre frenética hasta el almacén. La cabeza le da vueltas, quizá por la bebida, pero si él ha regresado, estará a salvo y su corazón comienza a latir enloquecido. El inmenso portón está abierto y, cuando entra, lo busca desesperadamente. Grita su nombre porque la luz la ciega y ve una silueta difusa a lo lejos. Entonces se convence a sí misma de que es el momento de confesarle ese amor, porque quizá pronto tenga que volver a irse y pueden pasar muchas semanas, tal vez meses. Se llena de valor mientras atraviesa el almacén y, entonces, la ve y su cuerpo se paraliza.

Su padre le había dicho que era encantadora, una mujer muy preparada y agradable. Una tarde, en una de las cafeterías del pueblo, le dijo entre risas que podía llamarla Mami, pero ella ya tenía una madre, no necesita llamar Mami a nadie que no fuera ella y piensa: «¿Qué hace aquí ella? ¿Acaso mi padre está cerca también?».

Se gira... Lo busca... Pero no ve a nadie... Ella le está hablando, aunque no puede entender lo que le dice. Siente náuseas, calor, no se encuentra bien y, por un instante, cree ver al hombre, aunque su imagen se difumina y desaparece.

Entonces se da la vuelta y trata de correr, pero no huye de la mujer, solo quiere encontrar al hombre y nota el dolor en lo más profundo de su alma, cae al suelo, jadea y siente que todo da vueltas, no entiende lo que está pasando...

Y nota que el suelo se aleja y que todo se va desvaneciendo.

Luz... Una luz que se apaga...

Y su madre, que le dice que no tenga miedo.

Su padre, que la mira desde algún lugar muy lejos de allí.

Y ese amor... que la quema, que la persigue desde niña, que va creciendo; ese amor al que se aferra porque cuando todo era oscuridad, él fue una llama que lo iluminó. Ese amor que la mantuvo a flote porque era lo único que la impulsaba. Esperando a crecer para acercarse un poco más a él, para llegar a ser alguien al que él viera.

Observa al hombre acercarse con sus bonitos ojos azules y su sonrisa. Es una niña de nuevo cuando él le tiende la mano y ella la coge feliz. Y su mano se vuelve transparente cuando trata de entrelazar los dedos con los suyos, su silueta se difumina dejando salir pequeñas motas brillantes que parecen purpurina. Intenta decirle que lo ama, que siempre lo ha amado desde aquel día en el que, esperando a su padre, él llegó a ella y la arropó. Y comienza a llorar en silencio porque es consciente de que algo no va bien. El corazón le late muy despacio y mantiene la mano en alto como si tratara de aferrarse al espejismo del hombre que ya apenas puede ver.

Cierra los ojos porque no siente dolor. Ya no siente miedo.

Y piensa: «Ya estoy en casa».

22
LA HIJA DE UN ESTIBADOR

Miércoles, 12 de febrero

—Arturo está en prisión preventiva —dijo Kai girando a la derecha—. El tipo acabó confesando a voces que entró en el baño de Elda Rivas cuando se estaba duchando porque estaba enfadado.

Rodrigo, que iba sentado a su lado, sacudió la cabeza.

—¿Enfadado?

—Es increíble —murmuró Kai—. El puto universo a veces es caprichoso. Elda, Carla y Valeria… Ninguna se conocía, pero estaban conectadas sin saberlo. Carla salía con Mateo, pero Mateo ya andaba coqueteando con Valeria, hasta que la consiguió. Lo que nos despistó totalmente fue el caso de Miriam Coto. Hemos dado vueltas como aficionados agarrándonos a cualquier cosa…

—Y Elda se encontró de casualidad con Valeria en la tienda de ropa donde trabajaba y se quedó prendada de ella… —dijo Martina desde el asiento trasero observando el bosquejo que dejaban atrás mientras se aproximaban al cementerio del pueblo.

—Arturo las vigilaba, sabía todo de ellas. Según el psiquiatra que lo ha estado tratando, tiene un trastorno obsesivo-compulsivo. A Valeria no llegó a hacerle nada porque se le adelantaron, pero las otras dos pobres chicas…

—Se supone que su intención no era hacerles daño —apuntó Martina.

—No —dijo Kai—, pero entrar en un baño, como si fueras parte de la familia, tratando de que esa pobre mujer te explique por qué no te quiere no es un modo muy amable de darte a conocer. Ese hombre está enfermo. Muy enfermo.

Rodrigo volvió la mirada hacia una pequeña colina que se alzaba justo enfrente del camposanto donde iban a enterrar a Valeria Lucas. Una explanada que se extendía hasta donde alcanzaba la vista y cuyas callejuelas de acceso estaban custodiadas por robles, tejos y acebos. El lugar era precioso, si no hubiese sido por el significado que tenía.

—Sí que está vacío.

Martina chascó la lengua.

—¿Qué esperabais?

El cementerio se dividía en sectores repletos de sepulturas. Para llegar hasta él había que bordear la colina y descender suavemente hasta la entrada principal, donde estaba la capilla. Ciro había decidido enterrar a su hija en una fosa, no quería incinerarla para meterla en un nicho. Era un hombre de creencias muy arraigadas y se negó taxativamente a ello. La iglesia estaba casi vacía a excepción del padre de Valeria, ellos, Marco Mencía y dos agentes de paisano. Cuando ya había comenzado la celebración, llegó Bernabé Rinna y se acomodó en el último banco de la iglesia, para asombro de todos los presentes. A Martina no le extrañó y, cuando fueron abandonando la iglesia y pasó a su lado, le apoyó la mano en el hombro y lo saludó. Rinna tan solo puso la mano sobre la suya y luego dejó que se fuera. Sabía muy bien cuál era su papel, sabía que su presencia llenaba de orgullo a Ciro Lucas, pero también sabía mantener la distancia, ser cauto y mantenerse al margen de todo.

—Las familias de Elda y Carla llamaron a Ciro Lucas —dijo Martina—. Me lo ha comentado cuando he ido a darle el pésame en la iglesia. Se sienten agradecidas por todo lo que ha sucedido gracias a Valeria.

—Tiene que ser muy duro vivir así —comentó Rodrigo—. No sé, al final esa pobre chica pagó el pato por el trabajo de su padre. Los pueblos pequeños es lo que tienen, algunos viven de ese negocio, pero los que no lo hacen detestan a la gente que está involucrada.

Dejaron el coche en una de las calles perpendiculares y se dirigieron hacia la zona donde estaba la fosa de Valeria preparada

para albergar el ataúd. Había, sobre un atril de cuatro patas, una imagen de ella sonriendo.

Martina desvió la vista hacia su padre y los dos agentes, y los saludó. Kai se fue hacia la derecha con Rodrigo y ella se quedó mirando la imagen de Valeria y aquella sonrisa tan bonita que tenía.

—No tienes buena cara.

Se volvió y vio a Bernabé detrás.

—Te lo dije. Elda y Carla estuvieron acompañadas de todo el pueblo. No entiendo qué pudo hacer esta chica para que nadie haya tenido el valor de venir.

—Ah, Martina… ¿Qué necesidad hay de que vengan todas esas personas que ni siquiera la querían cerca?

Ella arrugó la nariz. Ciro se apeaba de un coche que acababa de llegar detrás del vehículo fúnebre.

—Era una chica inocente que no había hecho nada, Bernabé. No sé, algún tipo de reconocimiento como mínimo. Gracias a que Valeria apareció en ese almacén, se ha hecho justicia con dos mujeres más, pero eso nadie lo sabrá. ¿Y por qué? Porque ellos —dijo señalando a su padre— se juegan mucho y si la prensa se enterase caerían muchas personas.

—Tu padre está limpio —murmuró de repente.

Martina lo miró.

—¿Qué?

—Tus miedos. No deberías tenerlos. Nunca se ha vendido, pero tiene que mirar hacia otro lado cuando no depende de él. Así que no seas injusta.

Su padre no tenía nada que ver con la corrupción. ¿Era eso lo que acababa de decirle?

—¿Por qué…?

—¿Por qué te lo digo? —Bernabé miró hacia la colina—. Porque tienes honor. Ya te dije que no somos tan diferentes, aunque caminemos por senderos distintos. Me recuerdas mucho a ella, ya sabes… Tienes su misma fuerza.

Martina comprendió que lo que Rinna trataba de decirle era que tenía cierto parecido con su mujer fallecida, pero estaba convencida de que aquella mujer era más fuerte, más osada, con más determinación y con muy poco miedo.

—Nunca aceptó un soborno —susurró ella, como si tratara de convencerse a sí misma de que todos sus miedos se habían disipado en cuestión de segundos por unas palabras suyas.

—Nunca. Te lo puedo asegurar.

El sacerdote ya cruzaba el camposanto hacia la fosa culebreando entre tumbas mientras sus faldones revoloteaban por la brisa. Dos trabajadores del cementerio parecían discutir junto al coche fúnebre. Ciro se había sentado en una silla que le habían puesto cerca de la sepultura. Parecía agotado, deshecho y atormentado, y los hombros se le encorvaban hacia delante.

—¿Qué les pasa a esos gilipollas? —Martina aguzó la vista.

—Parece que no se ponen de acuerdo —dijo él. Le pasó la mano por la mejilla y se la pellizcó. Martina lo miró algo sorprendida—. Sonríe un poco. Vamos a darle voz.

Nada más decir eso, se giró y fue hacia Ciro.

Quizá en otra vida, ella simplemente pasee por la calle y se cruce con él y algo invisible la hará volverse. El hombre se parará un instante, ladeará el rostro y entonces también la mirará y, por alguna razón que desconoce, ella le regalará la sonrisa más hermosa que verá nunca.

—¿Qué te contaba el gran señor de la mafia? —Kai regresó con Rodrigo después de hablar con su padre.

Martina vio que el tipo que peleaba con el otro parecía claudicar, alzaba los brazos y se iba dando zancadas hacia el sacerdote, que ya empezaba a impacientarse.

—¿Quién es ese? —Rodrigo estaba mirando hacia lo alto de la colina que tenían a un lado, justo al otro lado del camino de acceso.

Un hombre rubio descendía con calma haciendo flotar su abrigo largo. Martina inicialmente pensó que era Marcelo Rinna, pero era más ancho y llevaba gafas de pasta.

—¿No es el otro hermano de los Rinna? —preguntó Kai—. Adriano. El genio informático que… ¿Qué coño hace aquí?

Se oyó un zumbido y un coche frenó en seco un poco más allá. Martina no daba abasto: empezaban a pasar muchas cosas a su alrededor en todas direcciones. Vio a su padre levantar los brazos e ir hacia ella.

—¿Quién ha llamado a la prensa? —Marco Mencía parecía desencajado.

—¿Qué? —Martina observó el bullicio.

—¡Que paren a la prensa! —bramó cuando varias personas corrieron hacia la colina, micrófonos y cámaras en mano.

—¡No podemos, señor! —dijo uno de los hombres—. Es un lugar público que…

—¡Maldita sea!

—¿Qué está pasando…? —preguntó Rodrigo muy bajo.

En esa vida ella no espera ni sueña, no tiene miedo y no se siente pequeña ni sola. Y pinta corazones constantemente, y por eso tiene las agallas para darse la vuelta en esa calle y correr hacia él. Le preguntará si lo conoce de algo, le dirá que su cara le suena, y el hombre le devolverá esa sonrisa y pensará: «Vaya… ¿Dónde he visto yo a esta chica?».

Una fila de coches comenzó a descender el camino que rodeaba la colina mientras el tercer Rinna llegaba hasta el féretro y, acercándose a Ciro, le daba dos besos. De los coches que se aglutinaban en las calles salían hombres y mujeres de riguroso negro que formaban hileras perfectas a ambos lados del acceso a la fosa. Dos hombres enormes sacaron el féretro de Valeria y lo cargaron a hombros.

—Joder…

—Son los calabreses —dijo Kai—. ¿Por qué están aquí?

—¡La prensa no tiene que estar aquí! —Marco Mencía fumaba en pipa de lo enfadado que estaba e iba y venía entre tumbas, tratando de hacer algo con la media docena de periodistas que ya estaban retransmitiendo en directo.

En esa vida el hombre la invitará a tomar algo y ella le hablará de su vida; una vida feliz llena de personas que la aman y que se preocupan por ella, y entonces él se dará cuenta de que no es su belleza, sino la intensidad de su mirada. Le dirá que parece que la conoce de hace mucho y ella sonreirá feliz porque siente lo mismo. Tiene unos bonitos ojos azules que parecen brillar más con el sol y entonces ella piensa, en ese preciso instante…, que ya lo ama.

La cabeza de Ciro vibraba con los ojos muy abiertos y fijos en toda aquella gente. Era como si no entendiera o no asimilase lo que estaba pasando.

—«Darle voz…» —repitió Martina muy bajito y miró a Bernabé—. Ha sido él, Kai…

—¿Bernabé? ¿Por qué lo haría? Sería renunciar al muelle. Esto saldrá en las noticias nacionales. Se enterará todo el mundo.

—Le da igual. Para ellos es insignificante, solo es un muelle de paso.

—¡No pueden grabar! ¡Oiga! —ladró Marco al cruzar a su lado. Intentaba bloquearles el paso con los dos agentes, pero era imposible.

Martina sonrió.

—Quiere que todos sepan quién era ella. —Ella soltó una carcajada, que hizo que Rodrigo y Kai la miraran como si hubiese perdido la cabeza.

El féretro iba acercándose y, a su paso, los hombres y mujeres inclinaban la cabeza en señal del respeto. Los periodistas no dejaban

de hablar mirando a cámara y Ciro Lucas temblaba, sujeto al brazo de una mujer que le decía algo, mientras las piernas se le doblaban y tenían que ayudarle a sentarse.

—Jefa, esto va a ser una locura. —Rodrigo observaba la escena asombrado—. Todo el mundo se va a enterar.

Ella apretó los labios. Jamás se había emocionado tanto como en aquel momento.

—Todo el mundo sabrá quién era la hija del estibador. Maldita sea, Bernabé. Estás totalmente loco… —susurró riendo.

Kai se giró hacia la izquierda y vio a Marcelo Rinna embutido en un traje elegante con sus ojos maliciosos clavados en él. Cuando le guiñó el ojo, el inspector soltó una risita seca.

—Por qué tengo la sensación de que no será la última vez que vea a ese ser del inframundo…

***

Aquel miércoles de febrero Puerto Castro se paralizó, como el resto del país. Las noticias saltaron enloquecidas filmando en directo el funeral multitudinario de una joven que, inicialmente, nadie conocía.

«Fuentes cercanas a la investigación informan de la aparición de una mujer relacionada con el tráfico de drogas. Se la encontró en su casa con un tiro en la cabeza, pero las primeras indagaciones apuntan a que se trata de un suicidio».

«Norman Porta, otro de los miembros de la red, fue hallado a las seis de la tarde junto a la playa de Puerto Castro. Este medio ha tenido conocimiento también de la aparición de un tercer componente, Arty Cabana, un conocido de la policía por pequeños hurtos con violencia y tráfico de estupefacientes…».

Kai cambiaba de canal, pero daba igual lo que pusiera: todos hablaban de lo mismo.

«¿Y esa pobre chica? Solo estaba en el lugar menos indicado. Sabemos de sobra que las mafias siguen funcionando en las costas de nuestro país y…».

Apagó la televisión, se recostó en el sofá y encendió un cigarro.

—Jefe —Rodrigo se sentó a su lado y le entregó un bol de palomitas recién hechas—, mejor ponemos una película y ya mañana hacemos las maletas para irnos.

—Me parece la mejor idea.

Martina bajó las escaleras preparada como para una boda y los dos se la quedaron mirando.

—¿Qué? ¿Por qué me miráis así?

—¿Desde cuándo te pones vestidos? —preguntó Kai.

—Pues… desde que me da la gana —dijo malhumorada—. Salgo un rato.

—Uy, uy… —El analista cerró la boca nada más ver la cara de su jefa.

Martina lo apuntó con dedo acusador.

—Y tú deja de hacer gracietas. Mañana vamos a hablar seriamente. Los tres.

Kai y Rodrigo se miraron de reojo cuando ella se fue.

—Oye, ¿qué tal va lo tuyo con Maya Prida?

Él lo miró espantado.

—Pero qué… ¡No existe nada con Maya Prida! Además, ¿sabe que se va a mudar en breve a Madrid? Me dijo que quiere estudiar allí no sé qué curso de psicología.

—Una buena opción.

—Aquí está bastante limitada. Me parece muy buena idea. Todo lo que ha pasado en este lugar ha cambiado a la gente…

Kai asintió y se llevó un puñado de palomitas a la boca.

—Pon la película y deja de darle a la lengua.

—Es usted un soso.

Kai se rio.

***

—Venía a darte las gracias y a despedirme —dijo ella muy seria.

Bernabé Rinna la miró de arriba abajo y se apoyó en el canto de la mesa. Desde que lo conoció había descubierto que, a través de sus ojos, podía sentir la fuerza que había en él. Nunca en toda su carrera un hombre le había mantenido la mirada como Rinna. Cuando iba hacia el hotel, Martina había pensado si lo vería más humano después del gesto que había tenido con la hija de Ciro Lucas, pero nada más lejos de la realidad. No había cambiado en él ni un ápice del aura que proyectaba.

—Ha sido… asombroso lo que has hecho hoy y sé que es algo que ya tenías planeado porque mover a toda esa gente… Creí que… era algo personal y no institucional.

—Valeria fue asesinada en mi muelle por un tema de drogas. Ya no era algo solo personal.

—Ya. Pues da igual. Me ha parecido impresionante y creo que es justo decírtelo. —Levantó la vista de los pelos de la alfombra y lo miró fijamente—. Nunca dejáis un cabo suelto, ¿eh?

—Somos profesionales —susurró—. ¿Has venido a agradecérmelo?

Martina sintió la cara arderle y, apretando los dientes, dijo:

—¿Por quién me tomas, Rinna?

Bernabé se incorporó y avanzó despacio hacia ella.

—Por una mujer que sabe lo que quiere y a la que le da igual lo que piensen de ella.

Siempre que se había acercado de ese modo a ella, como si fuera a matarla, por inercia daba un paso atrás.

—Ya… Si no fuera así, en mi trabajo estaría jodida.

Rinna pasó junto a ella y, para su sorpresa, se fue hacia una pequeña barra que había al fondo de la habitación, sacó dos vasos y puso un hielo en cada uno.

—Ginebra, ¿verdad?

—Tienes buena memoria.

—Soy intuitivo.

—Ah, ¿sí? Entonces podrás decirme qué va a pasar de ahora en adelante.

Bernabé llenó su vaso, le dio un trago y empujó con dos dedos el suyo.

—Si vienes, te lo cuento.

—No me fío mucho de ti.

Él se rio y entonces ella fue hacia él y se colocó a su lado. Cogió el vaso y le dio un trago.

—De ahora en adelante aún no lo tengo claro, pero puedo decirte lo que va a pasar en un margen de veinticuatro horas.

—Estoy ansiosa por saberlo —dijo con sorna. Se oía un pequeño bullicio en alguna de las habitaciones de al lado.

—Mi familia saldrá a cenar. Tener a todos mis hermanos aquí es como una bomba de relojería, pero, por suerte, Adriano es sensato y sabe controlar a los dos más pequeños.

—¿Paolo se llama el otro?

—Así es.

—¿Y tú?

—Yo voy a quedarme un poco más —dijo—. Suelo ser buen anfitrión ante visitas inesperadas.

Súbitamente bajó la vista un poco, le pasó la mano por el vestido y deslizó los dedos bajo la tela, por su muslo, hasta rozarle el sexo. Luego se apartó y dio un trago. Martina sintió que todo el cuerpo le vibraba.

—Oye, Rinna. No he venido a follar contigo.

—Sí que has venido a follar conmigo.

—¡Ja!

—Y es un buen plan.

Se apartó, Bernabé la agarró de la nuca con una mano y la giró hacia él. Le rozó los labios con los suyos y la besó suavemente.

—Y yo soy un hombre que puede llegar a ser muy complaciente —le susurró en la boca.

—Lo que eres es un puto degenerado.

—El otro día no parecías pasarlo mal con mis… degeneraciones —le dijo besándola. Le agarró la mano, se la puso en la entrepierna y ella jadeó algo en su boca—. La erótica del poder es lo que tiene,

querida… Eres igual de apetecible para mí por lo que representas como lo soy yo para ti… Y qué bien se siente uno…

—Rinna… —jadeó apartándose un poco de él. Seguía agarrada a su erección y no se daba cuenta. Él la iba empujando poco a poco hacia atrás—. Oye, espera un momento.

—Siento decirte que nunca recibo órdenes de un policía.

Martina soltó una risa seca y le apretó el miembro. Sacó la lengua, se la pasó por la boca y él arqueó una ceja.

—¿Está seguro de eso?

—Vaya, inspectora…

Lo empujó suavemente y lo apartó de ella, Rinna soltó una risita cavernosa.

—Vale… Está bien… Vamos a jugar tú y yo.

PARTE 3

23
UN TRATO

Martes, 24 de junio

Había más de diez cajas apiladas formando torres en medio del salón y muy pocas ganas de sacar su contenido y ordenarlo. Desde que había llegado a Madrid tenía la sensación de que la ciudad se la comía entera. Antes, apreciaba el bullicio y la masificación de gente no la molestaba, pero había pasado bastante tiempo en una ciudad muy tranquila y le estaba costando volver a adaptarse.

—Esta es la última.

Rodrigo dejó la caja sobre las cinco que había en la última torre y se abrió la cerveza que Martina le había dejado sobre la mesa. Previamente comprobó que no tenía alcohol, algo que a su nuevo jefe solía olvidársele muy a menudo.

—¿Qué tal los primeros días con Kai?

—Oh, bien. Es casi como trabajar con usted cuando…

—Rodrigo, tutéame de una vez. Además, ya no soy tu jefa.

Desde lo sucedido en Puerto Castro, la Interpol se había fijado en ella, pero Martina había rechazado cualquier tipo de acercamiento. Los puestos dependían del aval del Estado, y si este no la apoyaba, no iba a poder hacer nada. Había decidido dejar su puesto de inspectora para comenzar una larga cruzada contra todos los que estuvieran recibiendo mordidas de las mafias. Kai le dijo que había perdido la cabeza, pero luego prometió que la ayudaría en todo lo que fuera posible. Y cumplió su palabra porque, dos días después de que ella abandonara su cargo, pidió que trasladaran a Rodrigo a su departamento para que dependiera de él. Lo que ella pretendía hacer solo podía ser posible en algún organismo internacional de carácter independiente. Pero al final se decidió por la Europol

porque, aunque ella como tal no podía abrir una investigación como antes, ese papel lo podría llevar perfectamente Kai. Mientras, ella se ocuparía de recolectar, analizar y cruzar información sobre crimen organizado, corrupción y blanqueo. Su papel también era el apoyo a la Policía Nacional con Inteligencia Criminal y coordinaría operaciones conjuntas. Investigar agentes corruptos no era posible directamente, pero sí de un modo indirecto: las relaciones entre policías, políticos y criminales era algo que sí le competía, como detectar patrones de blanqueo, redes de mafias y tráfico ilícito. Todo eso llegaría directamente a las autoridades judiciales del país afectado, en el caso de España se ocuparía bien de que fuera a través del departamento de Kai Vila. Además, tendría acceso a información internacional muy valiosa que hasta ese momento desconocía.

—¿Por qué no te decidiste por entrar en el OLAF? —le había preguntado Kai el día que llegó a Madrid, tomando algo con él—. La oficina contra el fraude sí puede investigar directamente y es independiente.

Ella le sonrió porque el OLAF era justo el lugar donde quería acabar definitivamente, pero se accedía a través de un concurso de la Unión Europea y estar en la Europol la iba a ayudar mucho sin que su padre metiera la manita milagrosa por en medio, algo que nunca aceptó.

—Es la idea, pero todo lleva su tiempo —dijo aquella noche.

—Jefa —Rodrigo se estaba yendo hacia la puerta—, me tengo que marchar. He quedado esta tarde con la bebedora empedernida de Maya. Hoy viene a mirar pisos y le dije que la acompañaría. Solo es una primera expedición, pero no está mal si su idea es empezar el curso que viene en Madrid. Luego nos iremos a tomar algo con el inspector, por si se anima.

—Hoy tengo mucho que hacer —respondió mirando las cajas—. Esa chica tiene mucha suerte de que tú la apoyes.

El analista sonrió.

—Es lo mínimo después de todo lo que ha vivido. ¡Mañana nos vemos!

Martina asintió.

—Mañana nos vemos.

A las diez de la noche ya tenía todo ordenado en los armarios y el camisón puesto. Jamás se habría imaginado que en tan poco tiempo uno podía acumular tanta mierda, y mira que se había esforzado en que no fuera así. Recibió un mensaje de Kai a eso de las diez y media, en el cual le decía que se iba a tomar una copa al Kuentin; las costumbres no cambiaban, aquel antro decadente era el lugar donde siempre paraban desde hacía años. Kai… En los últimos años se había convertido en el caramelo más cotizado de la comisaría, su carácter desdeñoso no espantaba a la horda de mujeres que trataban de acercarse a él de un modo descarado y a veces hasta lascivo, pero su ex siempre había tenido la extraña costumbre de ignorar ese tipo de comportamientos, al menos en público, aunque el señorito no perdía su tiempo… Se rio, llenó una copa de vino para celebrar que tenía la casa por fin habitable y se recostó en una de las butacas frente a la ventana.

—Me duele todo… —susurró.

***

—¡Me encanta esta canción! —chilló Maya eufórica cuando comenzó a sonar lo que Kai catalogaba como «música obsoleta».

Call Me, de Blondie, tenía más años que un bosque, pero era ese tipo de música que nunca pasaba de moda. Él prefería el rock de siempre, aunque cada vez era más habitual volver a lo de antes. Vio a Maya arrastrar hacia la pista a Rodrigo, al que solo le faltaba arañar el suelo, y giró el taburete hacia el camarero espigado que limpiaba con elegancia un vaso de cristal con un trapo.

—Es lo que hay, amigo —le dijo el barman—. La juventud de ahora está perdiendo el sentido del gusto musical, pero aún hay esperanza…

—Ya veo.

El local estaba abarrotado de gente por culpa de una cena de trabajo de alguna empresa a la que se le había ocurrido hacerla un martes. Él, que buscaba un poco de calma después de un día insufrible de papeleo y más papeleo y aquella ola de calor que se había instalado en Madrid desde hacía tres días y que no se iba. Salir por la tarde por la ciudad era como respirar fuego y las noches no resultaban mucho mejor. Pidió otra ronda de tres, bebió un trago y alguien se sentó en el taburete de al lado y, sin mirarlo, Kai empujó una de las copas y se la ofreció.

—De regalo, hoy me siento caritativo.

Lo que llevaba era un bonito pedal con la tontería.

—Gracias… Es alcohol para pordioseros, pero, tratándose de ti, lo aceptaré con amor.

Esa voz… Giró la cabeza y abrió tanto la boca que sintió un trallazo en la mandíbula.

—No me jodas… —susurró.

Marcelo Rinna apoyó el codo en la barra, se sujetó la mejilla y le regaló una sonrisa de lo más encantadora. Kai miró hacia el otro lado y ahí estaba Kendo, plantado en la puerta principal y observando desde el pedestal que le confería su altura a una multitud de mujeres que lo miraban como si acabara de llegar el mismo dios del Olimpo. Volvió la vista a Marcelo y suspiró.

—Si es que sabía que me iba a volver a topar contigo.

—Eso tienes que agradecérselo a tu ex. ¿Adivina quién va a ser su padrino?

—¿Qué?

El italiano se acarició los pelitos de la nuca y chocó su vaso con el de él.

—¡Pues sí! Así que, querido mío…, creo que tú y yo vamos a pasar alguna que otra temporadita juntitos y eso me lleva a recordarte que tenemos una conversación pendiente donde yo te explico los placeres del sexo y tú aceptas experimentar conmigo el…

—Rinna, por favor. Es que tengo la sensación de que no han pasado meses desde la última vez que te vi. Es como…

—Es la magia de mi encanto —dijo. Miró hacia la pista—. Ah, esta canción me encanta…

—¡Oye, pero si es el rubio guapo! —gritó Maya desde el centro de la pista.

—Hola… —susurró Marcelo sin mucho ánimo. Luego miró a Kai, que no había quitado aquella cara de susto—. Bien, ¿por dónde íbamos? ¿Este bar no es un poco de indigentes?

—Creo que voy a matar a Martina.

—Me estoy planteando comprar algún local que tenga encanto en esta ciudad.

—Sí, la voy a matar. Mañana mismo cuando la vea. Eso voy a hacer.

—Así tendré una maravillosa excusa para venir a verte cuando a mi hermano le dé por dedicar su tiempo libre a follarse a tu ex.

—¿Qué?

—¿Um? —Rinna abrió tanto los ojos que pareció que se iba a poner a chillar. Llevaba el pelo engominado y parecían dos focos en mitad de la cara—. Dios mío, sí que estás guapo, Vila… ¿No te interesaría trabajar como mi seguridad privada? Te aseguro que ganarías diez veces más.

Kai soltó una risita nerviosa y se tomó la copa de un trago.

—Eres todo un personaje, amigo…

—Oiga, no me toque si no le importa —le dijo a una chica que pasó a su lado y le puso un gesto picarón. La pobre mujer se quedó cortada y se fue avergonzada mientras Rinna se sacudía la manga de la camisa—. Gentucilla…

Al inspector no se le iba la risa nerviosa y se frotó los ojos.

—Es imposible aburrirse contigo. Da igual lo que hagas… Y yo estoy condenado por culpa de mi ex pirada a verte. La mato, lo juro… Ya sabía yo que algo tramaba. Lo sabía, pero confiaba… ¿Ha sido ella la que te ha dicho dónde estaba?

Rinna alzó el rostro apuntando con su nariz al techo y soltó un suave ronroneo meloso.

—Ha sido ella —dijo Kai—. Ya. Vale.

—¿Nos vamos?

Él parpadeó.

—¿Adónde?

—Ah, inspector… A quemar la noche.

Lo agarró del brazo, tiró de él y Kai salió volando del taburete. Se había olvidado de que su pinta de damisela no tenía nada que ver con la fuerza que demostraba.

—Oye, espera.

—¡Vamos, Vila! Tengo algo que enseñarte que tiene que ver con tu trabajo. ¡Voy a catapultarte a lo más alto! Por supuesto, siempre a cambio de algún que otro favor que tiene que ver más con lo romántico que con lo burocrático.

—Rinna, no voy a meterme ahora en ningún callejón para verte apalear gente.

—Solo voy a parlamentar como buen ciudadano.

—Ya. ¿Por qué no me lo creo?

Casi lo arrastraba fuera del bar. Kendo, al verlos ir, abrió la puerta y murmuró sin mucho ánimo:

—Hola, inspector.

—¡Rinna! ¡Espera!

Marcelo se volvió con una inmensa sonrisa y alzó los brazos como un mesías a punto de obrar un milagro.

—Ah… ¡Hoy comienza una bonita amistad!

***

La ciudad brillaba. Las luces de las farolas se difuminaban con las de los farolillos que la gente colocaba en las terrazas y balcones. Antes, de niña, solo veía esa iluminación en Navidad, pero con el paso de los años todo había cambiado y era bonito porque daba un aire melancólico que le gustaba.

Oyó un suave sonido detrás de ella y se puso alerta. Su silueta era imposible de confundir y relajó el cuerpo cuando lo vio a través del reflejo del cristal.

—Lo de cerrar la puerta no es lo tuyo, ¿no?

Ella nunca se olvidaba de cerrarla.

—Buenos ojos te vean, Rinna.

Martina giró el cuerpo en la butaca y lo vio allí de pie en la penumbra. Su postura siempre había sido la de un general con el suficiente poder para hacer temblar a todos aquellos que en ese momento ella tenía en la diana.

Bernabé avanzó hacia el centro del salón y ladeó la cabeza con una fugaz sonrisa.

—¿No te sientes una mujer afortunada? Solicitas mis servicios y no tardo ni una semana en estar a tus pies… ¿Sabes cuántas mujeres y hombres desearían lograr lo que tú tienes en estos momentos?

Ella entrecerró los ojos.

—¿Sabes que te pareces más de lo que crees a tu hermano Marcelo?

El italiano se rio y fue hacia ella, cogió la botella de vino, una copa y se acomodó en la butaca de al lado.

—He seguido tus pasos, señorita Mencía, y veo que has cogido carrerilla desde que nos despedimos en Puerto Castro.

—Nunca me gustó perder el tiempo. Por eso te llamé.

—Nada menos que la Europol, aunque me da la sensación de que no será un destino definitivo.

—Y no te equivocas —dijo ella sonriendo.

Dio un lento trago al vino y se pasó la lengua por los labios muy despacio.

—Todos codiciamos lo que se nos niega, ¿no es así? Sabía que no tardarías en emprender tu particular cruzada, Martina, y no tienes miedo, no dudas en cada paso que das. ¿Por qué?

—Porque es lo que siento que debo hacer.

Rinna asintió.

—Vas a forjarte muchos enemigos. Lo sabes, ¿verdad?

Lo sabía muy bien, estaba dispuesta a soportarlo, pero Bernabé eso ya lo sabía.

—Toda mi vida he estado rodeada de gente que ha querido que caiga. No será muy diferente.

Él entrecerró los ojos y acarició la copa de cristal con los dedos.

Mientras hablaba con ella, sus ojos rodaban con calma por todo su cuerpo. Estaba segura de que lo hacía a posta, disfrutaba alterándola desde que lo había conocido.

—Y supongo que tendrás un fuerte apoyo por parte de Kai Vila.

Ella asintió.

—Pero necesito tu ayuda, Rinna. Aunque, por tu expresión, cómo no, ya podías hacerte una idea.

Porque ya no era inspectora y su padre no tenía nada que ver con toda la mierda que estaba dispuesta a revolver y porque, en lo más profundo de su ser, no quería renunciar a ver a aquel hombre que le ponía los pelos de punta y al mismo tiempo la excitaba. Porque estaba cansada de seguir sola, de caminar sola, de pelear sola y porque ya no se consideraba tan buena persona ni tan buena policía, pero no le importaba… Él podía darle mucha información y ella podía hacer lo mismo por él. Y esa era la finalidad de todo, era lo que necesitaba, lo que estaba dispuesta a aceptar.

—Señorita Mencía, ¿me estás ofreciendo un trato?

Martina se puso en pie, caminó hacia él y se situó entre sus piernas. Rinna subió la vista despacio mientras disfrutaba de sus piernas desnudas ocultas hasta cierto punto por aquel camisón de raso. No quería confesarle su creciente decepción por todo lo que la rodeaba, por todo lo que había pensado que significaba algo: los valores, las personas de su entorno, incluso lo que sentía por sí misma, porque había decidido renunciar a todo eso para lograr su fin. Pero tenía el apoyo de Kai, un apoyo muy importante para ella, ya que eso significaba aceptar que no se había vuelto loca, aunque él se lo había repetido a menudo como una letanía. Un trato con la mafia era algo improbable tiempo atrás, antes de conocerlo habría

sido una insensatez de la que se habría reído a mandíbula batiente, pero, al final, los dos no se diferenciaban tanto. Rinna tenía razón y estaba segura de que, después de lo de Puerto Castro, Kai pensaba como ella. Lo conocía muy bien y eso era todo lo que necesitaba para seguir adelante.

—No. —Le quitó la copa y le rozó la mejilla con dos dedos—. Estoy aceptando el que tú me propusiste en su momento.

Bernabé levantó el rostro.

—Vas a tener que pelear, Martina… —Puso una expresión pícara—. ¿Estás preparada para usarnos el uno al otro sin ningún tipo de remordimiento?

Ella sonrió.

—Por supuesto que sí.

AGRADECIMIENTOS

A mi familia, que siempre está ahí cuando la necesito. A mis agentes literarios, Joan y Sandra Bruna, y a mi maravilloso editor, Fernando Paz: incansables e inseparables en mi carrera literaria.

A mis lectores, que me regalan su tiempo cada vez que publico una nueva historia y a ti, da igual quién seas, que me estás leyendo en estos momentos, y has llegado hasta aquí. Espero que al cerrar el libro sientas la misma satisfacción que tuve yo cuando llegó el momento de poner el punto final. Espero volver a verte...

Edición en formato digital: mayo de 2026

© Malenka Ramos, 2026
Autora representada por Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-87810-68-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.